

CULTURA DE IZQUIERDA, VIOLENCIA Y POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

Magdalena Cajías de la Vega

Pablo Pozzi

(coordinadores)

Clara Aldrichi | Mauricio Archila Neira

Esteban Campos | Luiz Felipe Falcao

Igor Goicovic | Jan Lust

Mariana Mastrángelo | Gerardo Necochea Gracia

Patricia Pensado Leglise | Claudio Pérez Silva



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras



**UNIVERSIDAD
ACADEMIA**
DE HUMANISMO CRISTIANO

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO



CLACSO

**CULTURA DE IZQUIERDA, VIOLENCIA
Y POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA**

Cultura de izquierda, violencia y política en América Latina / Clara Aldrighi ... [et al.] ; coordinación general de Pablo Pozzi ; Magdalena Cajías de la Vega. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2015.
Libro digital, PDF - (Grupos de trabajo de CLACSO)

Archivo Digital: online
ISBN 978-987-722-119-0

1. Pensamiento Crítico. 2. Pensamiento Sociológico. I. Aldrighi, Clara II. Pozzi, Pablo, coord. III. Cajías de la Vega, Magdalena, coord.
CDD 306

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Cultura / Violencia / Pensamiento Crítico / Pensamiento Sociológico /
Izquierda / Política / América Latina

Colección Grupos de Trabajo

CULTURA DE IZQUIERDA, VIOLENCIA Y POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

Magdalena Cajías de la Vega
Pablo Pozzi
(coordinadores)

Clara Aldrighi
Mauricio Archila Neira
Esteban Campos
Luiz Felipe Falcao
Igor Goicovic
Jan Lust
Mariana Mastrángelo
Gerardo Necochea Gracia
Patricia Pensado Leglise
Claudio Pérez Silva



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras



CLACSO



**UNIVERSIDAD
ACADEMIA**
DE HUMANISMO CRISTIANO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Secretario Ejecutivo de CLACSO Pablo Gentili

Directora Académica Fernanda Saforcada

Colección Grupos de Trabajo

Coordinador del Área de Grupos de Trabajo Pablo Vommaro

Asistentes Rodolfo Gómez, Valentina Vélez y Giovanni Daza

Área de Acceso Abierto al Conocimiento y Difusión

Coordinador Editorial Lucas Sablich

Coordinador de Arte Marcelo Giardino

Primera edición

Cultura de izquierda, Violencia y Política en América Latina (Buenos Aires: CLACSO, agosto de 2015)

ISBN 978-987-722-119-0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO <www.biblioteca.clacso.edu.ar>

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

ÍNDICE

Introducción Pablo Pozzi y Magdalena Cajías de la Vega	9
Intelectuales colombianos en diálogo con el pueblo (años 60 y 70) Por Mauricio Archila	15
La débil y dependiente clase obrera de Revueltas y Lombardo Gerardo Necochea Gracia	35
“Pedro Milesi, memorias de un viejo compañero”. Memoria individual y memoria colectiva en la conformación de una tradición de los oprimidos Mariana Mastrángelo	57
La lucha por la democracia sindical: el caso de los trabajadores del SUTIN Patricia Pensado Leglise	77

Diseño estratégico y práctica política de la resistencia armada en Chile. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), 1978-1988 Igor Goicovic Donoso	101
Un análisis de las causas de la derrota del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru: 1982-1997 Jan Lust	127
La Unidad Popular, el Golpe de Estado y los inicios de la Tarea Militar del Partido Comunista de Chile Claudio Pérez Silva	149
Antihéroes Tortura, traición y justicia revolucionaria en la revista <i>Evita Montonera</i> (1974-1976) Esteban Campos	181
Temas de estudio sobre a Nova Esquerda no Brasil Luiz Felipe Falcao	205

INTRODUCCIÓN

Los artículos reunidos en este libro representan una continuidad de aquellos presentados en la obra *Experimentar la izquierda. Historias de militancia en América Latina, 1950-1990* (CLACSO/UAHC, 2013). En ambos casos responden a la investigación en curso que realiza el Grupo de Trabajo de CLACSO con el título: “**Violencia y política. Un análisis cultural de las militancias de izquierda en América Latina**”. Este GT reúne a historiadores y sociólogos para profundizar sus investigaciones sobre la militancia de izquierda latinoamericana a partir de estudios de caso individuales. En el proceso de investigación en sí, y de discusión entre los integrantes, se amplió la mirada hacia un análisis más global e integrado. Por un lado ésta fue una ampliación geográfica ya que a los países originales (Argentina, Brasil, Chile, Colombia y México) se agregaron Bolivia, Perú y Uruguay. Esto permitió ampliar el espectro sociopolítico e histórico, generando nuevas posibilidades comparativas e interpretativas. Por otro lado, el GT optó por incluir en su objeto de estudio no sólo a la militancia política, sino también al activismo social y a la intelectualidad comprometida de izquierda. De ahí

que la definición de izquierda también fue cuestionada y sujeta a nuevas perspectivas en función de comprender lo que se podría denominar como “el fenómeno cultural de la militancia de izquierda”.

Una de las conclusiones, que sirve para estructurar esta propuesta, es que la propia definición de “izquierda” es un terreno en disputa, donde las interpretaciones siempre tienden a excluir o a limitar el universo. La distinción entre izquierda y derecha no es solo ontológica; tiene un origen topográfico y cambia en mutua relación con su antagonista. Por lo tanto es una noción relacional y conflictiva que varía según los contextos espacio-temporales. En ese sentido se puede entender que es una noción cultural, en la dirección de Raymond Williams (2003), pero históricamente ha adherido a los valores de igualdad y libertad, aunque no siempre en la misma dosis. (Archila, 2008) Para los autores de este libro, el término “izquierda” se sitúa en torno a coordenadas que implican un compromiso de aceptación: la autodefinición del sujeto, y la consideración del analista amparado por sus fuentes. En ese sentido “ser de izquierda” es más una noción cultural, una estructura de sentimiento al decir de Williams (2003), que una precisión ideológica o siquiera de una praxis política. Si bien él intenta una precisión que diferencia entre “rebelde” y “revolucionario” (2003; 94-95), por la cual el segundo busca establecer una nueva sociedad, la realidad es que en la percepción social la diferencia entre uno y otro se esfuma y se incorpora a la imagen de aquellos que se oponen a las injusticias.

Estudiar “las izquierdas” en América Latina requiere algunas precisiones conceptuales para definir qué se entiende por izquierda y derecha. Como ya se dijo, ellas son históricamente construidas a partir de una metáfora heredada de la Revolución Francesa que, con el tiempo, cobra fuerza identitaria en el terreno político. Son términos antitéticos excluyentes pero mutuamente necesarios, pues la una no puede existir sin la otra. Por supuesto el espectro político admite muchos matices intermedios, aunque los extremos antitéticos son los que lo definen (Archila, 2008).

Hoy no parece suficiente la diferenciación acuñada por Hobsbawm (1999) entre la opción por el cambio versus aquella por orden y tradición, pues los neoliberales llaman al cambio (económico) mientras las izquierdas quieren mantener conquistas ligadas al Estado bienestar. En una clara referencia de la Revolución Francesa, quienes tematizan esta diferencia vuelven a los lemas que la trascendieron: libertad, igualdad y fraternidad. Así Bobbio (1995) señala que la lucha por la igualdad es la que separa la izquierda de la derecha, mientras que la búsqueda de la libertad es el umbral para distinguir entre posiciones moderadas (democráticas) y extremistas (autoritarias). De acuerdo con esto, creemos que el elemento Igualdad parece ser el terreno más firme de la

identidad de izquierda, que hoy en América Latina, asociada a la lucha por la libertad, se entronca con los movimientos sociales que reclaman derechos de género, etnia, generación, orientación sexual, etc.

Este universo se complejiza aún más dado que “ser de izquierda” se entrecruza con las construcciones socioculturales e históricas de las naciones en las que se desarrolla. En este sentido, si bien los “izquierdistas” de Asia, Europa y América comparten algunos aspectos comunes, también tienen fuertes diferencias (tanto en praxis como en percepciones y culturas) que son producto de la realidad social circundante. Si bien esto también es real en términos de cada sociedad y cada nación, también es cierto que por lo menos en el caso latinoamericano el “ser de izquierda” implica un cierto arco de solidaridades forjado en una realidad social fuertemente marcada por una relación determinada con las potencias imperiales (Carr y Ellner, 1993). A diferencia de la izquierda norteamericana o europea, “ser de izquierda” en América Latina implica puntos de contacto, en distintos grados según cada país, con el marxismo, el nacionalismo y el populismo, y también con el indigenismo y la negritud, por cuanto cuestionan a la opresión ya sea nacional o de raza. Recientemente esta “noción cultural” incorpora temas tales como las diferencias étnicas, de género, sexualidad, generación.

Por ende, definimos que como categoría analítica el término “izquierda” es una construcción histórica compleja, llena de tensiones, que se encuentra tamizada por los prejuicios de la realidad socio-cultural de cada país, individuo y grupo social. Si esto es cierto, en términos generales, lo es más aún cuando se trata de “izquierdistas” latinoamericanos ya que, por lo menos en América Latina, Williams tenía razón cuando señaló que: “La idea de rebelde aún lleva en su seno una fuerte valoración positiva, aunque de hecho los rebeldes son pocos. El rebelde se asemeja al militante en cuanto tiene un vigoroso compromiso personal con ciertos objetivos sociales, una identificación positiva de su existencia personal con un patrón específico de iniciativa social” (2003, 94 y 98). La complejidad estriba en poder construir una definición de “izquierda”, que tome en cuenta la heterogeneidad de organizaciones y teorías, junto con las disputas y la competencia, han hecho que sus integrantes tiendan a definir el término en formas por demás restrictivas, con cada sector arrogándose el derecho a definir inclusiones y exclusiones de la misma.

Para aproximarnos al objetivo de nuestro objeto de estudio, hemos optado por un enfoque a partir de la “historia popular” o “historia desde abajo”, lo cual implica acercar los límites de la historia a los de la vida de las personas. Para ello, es necesario eslabonar lo particular con lo general. Raphael Samuel (1984) nos dice que para hacer historia popular es necesario comprender la totalidad de las relaciones socia-

les. A su vez, Raymond Williams (1980) planteó relacionar el sistema cultural con el sistema de relaciones sociales en el cual se produce y funciona. Es por ello que entendemos que la *cultura* es un sistema significativo (que comprende señales y signos específicos) a través del cual un orden social se comunica, se reproduce, experimenta e investiga. Como sugieren Kelley (1994), Buhle (1987) y Dunscombe (2002), la *cultura* es profundamente *política*.

De estudiar la izquierda en América Latina nos ha llevado a considerar que el término abarca, y tal como señalamos más arriba, a todos aquellos grupos e individuos que militaron tanto en organizaciones políticas como sociales y que se autodefinieron como parte de ella y se plantearon el socialismo como fin. Ser “de izquierda” resulta entonces un proceso dinámico con evolución histórica. Si en la obra anterior (*Experimentar...*) estos conceptos se derivaron de una discusión teórico-metodológica y se pusieron a prueba en el relevamiento de historia de vida a través de la historia oral (Necoechea y Pozzi, 2008), aquí se trata de que lo desarrollado se ponga a prueba en estudios de caso que se presten a un enfoque comparativo. Así los artículos aquí incluidos no definen un límite temporal al estudio, sino más bien se ciñen a una delimitación temática. Esto es sugestivo de un enfoque dinámico y comparativo, que trasciende la definición de períodos rígidos y posiblemente limitantes. Dicho de otra manera: lo que en un país o zona pueda haber ocurrido en un momento determinado, puede ser de válida comparación de un fenómeno similar ocurrido en otro período en otra zona geográfica. Esto no significará ignorar la periodización del desarrollo histórico de la izquierda latinoamericana que, aunque puede ser inexacta e imprecisa, no deja de ser útil.

Pablo Pozzi y Magdalena Cajías de la Vega

BIBLIOGRAFÍA

- Archila Neira, Mauricio 2008 “La izquierda hoy: reflexiones sobre su identidad” en Jairo Estrada (compilador), *Izquierda y socialismo en América Latina* (Bogotá: Universidad Nacional).
- Archila Neira, Mauricio 1990 “Cultura y conciencia en la formación de la clase obrera latinoamericana” en *Historia Crítica* N° 1, enero-febrero (Revista del Departamento de Historia de la Universidad de Los Andes, Colombia).

- Bobbio, Norberto 1995 *Derecha e izquierda. Razones y significado de una distinción política* (Madrid: Taurus).
- Buhle, Paul 1987 *Marxism in the US* (London: Verso Books).
- Carr, Barry y Steve Ellner (eds.) 1993 *The Latin American Left. From the Fall of Allende to Perestroika* (Boulder, Colorado: Westview Press).
- Dunscombe, Stephen 2002 *Cultural Resistance Reader* (London: Verso Books).
- Hobsbawm, Eric 1999 *On the Edge of the New Century* (Nueva York: The New Press).
- Hoggart, Richard 1980 *La cultura obrera en la sociedad de masas* (México: Editorial Grijalbo).
- Kelley, Robin D.G. 1994 “Afric’s Sons with Banner Red: African American Communists and the Politics of Culture, 1919-1934” en Sidney Lemelle y Robin D.G. Kelley *Imagining Home. Class, Culture and Nationalism in the African Diaspora* (London: Verso Books).
- Necoechea Gracia, Gerardo y Pablo Pozzi 2008 *Cuéntame cómo fue. Introducción a la historia oral* (Buenos Aires: Imago Mundi).
- Samuel, Raphael 2006 *The lost World of British Communism* (London: Verso Books)[orig. 1985 y 1986].
- Raphael Samuel, “Historia popular, historia del pueblo”, en Raphael Samuel, ed. *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona: Ed. Crítica, 1984.
- Williams, Raymond 2003 *La larga revolución* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Williams, Raymond 1980 *Marxismo y literatura* (Barcelona: Ed. Península).
- Winn, Peter 1986 *Weavers of Revolution. The Yarur Workers and Chile’s Road to Socialism* (New York: Oxford University Press).
- Wolf, Eric 1973 *Peasant wars of the twentieth century* (Nueva York: Harper and Row).

INTELECTUALES COLOMBIANOS EN DIÁLOGO CON EL PUEBLO (AÑOS 60 Y 70)*

Mauricio Archila**

“Creo que la diferencia principal (...fue) la importancia que empezamos a darle a las bases populares como tales, con respeto a su identidad, a su aporte, a su inteligencia; que también son capaces de pensar y de hacer, (que) no solamente los intelectuales iluminados de Bogotá hacen eso”

(Entrevista a Orlando Fals Borda, febrero de 2000).

En esta frase que nos dijo el conocido sociólogo colombiano hace ya 14 años se condensa parte del ideario de los intelectuales de izquierda a mediados del siglo pasado. Algunos de ellos no tuvieron explícita militancia partidista –como el mismo Fals Borda–, pero participaban de los ideales de transformación social que caracterizaban a la izquierda.¹ Por vertientes académicas o políticas se coincidía en la necesidad de conocer al pueblo que se pretendía dirigir en pos del cambio revolucionario y para ello era urgente salir de la torre de marfil de la academia para dialogar con él. En este artículo nos centraremos en la conformación de grupos intelectuales colombianos de los años 60 y 70, que construyeron pensamiento crítico y trataron de proyectarlo a amplios sectores populares.

* Avance de investigación “Teoría y práctica del diálogo de saberes” del grupo de Movimientos Sociales del Cinep y cofinanciada por Colciencias. El texto será presentado a la discusión en el encuentro del Grupo de Trabajo de Clacso “Violencia política: Análisis cultural de las militancias de izquierda en América Latina” en Florianópolis (Brasil), octubre de 2014.

** Ph. D. en Historia, Profesor Titular de la Universidad Nacional de Colombia y coordinador académico del equipo de Movimientos Sociales de Cinep.

¹ Ideales que, como lo hemos analizado en otra parte, se anclan en los reclamos de igualdad y libertad, y en tiempos recientes con respeto a la diferencia (Archila, 2008).

La propuesta de diálogo de saberes comenzó a circular en las ciencias sociales latinoamericanas en la segunda mitad del siglo XX a la par con las formas de investigación activa. Una de las modalidades de ese diálogo fue la Investigación Acción Participativa (IAP), una lenta elaboración de intelectuales latinoamericanos y del Tercer Mundo, con aportes de científicos sociales europeos y norteamericanos.

La reflexión inicial sobre el diálogo de saberes y la construcción la IAP en Colombia y América Latina se enmarca en tres fenómenos simultáneos: el agotamiento global del capitalismo “fordista”,² la radicalización política global y continental, y la crisis de las ciencias sociales provenientes de Europa y Estados Unidos. En cuanto al contexto político global y continental, que va a tener repercusiones en la particularidad colombiana, nos referimos al límite de crecimiento del capitalismo consumista en los países centrales y el consiguiente desmonte del Estado Bienestar, especialmente con la crisis de comienzos de los años 70 por el aumento en los precios internacionales del petróleo. Así comenzaban a perder centralidad las clases productivas, especialmente el proletariado, e irrumpen los llamados nuevos movimientos sociales como el feminismo, el ecologismo y el pacifismo.

A la par, se presenta el fin del colonialismo clásico europeo para dar paso a la emergencia de proyectos de liberación nacional en las antiguas colonias, sin que se rompiera la subordinación a los centros imperiales, especialmente en las formas de pensar e investigar. Esto va a estar acompañado de una radicalización política mundial con la aparición de las nuevas izquierdas, que en todas partes reclamaban la renovación del ideario revolucionario. A juicio de ellas ese ideal había sido traicionado no solo por la socialdemocracia europea sino por la misma Unión Soviética en aras de una distensión con occidente en el marco de la Guerra Fría (Hobsbawm, 1994). En América Latina las nuevas izquierdas se expresaron por medio de la lucha armada inspirada en la revolución Cubana (Castañeda, 1994). Las nuevas izquierdas continentales apelaban, todavía dentro de la matriz marxista-leninista, al

2 El fordismo es un término acuñado por Antonio Gramsci para referirse al modelo industrial y de relaciones laborales implantado por el industrial Henry Ford en la primera mitad del siglo XX, ha sido desarrollado y difundido por la corriente de economistas heterodoxos franceses llamada Escuela de la Regulación, la cual postula que a toda forma de acumulación corresponde una de regulación. Así, el fordismo implicará una forma de acumulación apoyada en el consumo de masas –para lo cual es clave la extensión de la relación salarial– y una regulación estatal en áreas de bienestar, legislación social y protección industrial (Castel, 1997, 327-342). Políticamente va a estar ligado a los Estados Bienestar europeos y parcialmente a los regímenes nacional-populares en América Latina que estimularon el consumo masivo. Este régimen acumulación y regulación entra en crisis en los años 70 a nivel global, y en Latinoamérica está acompañado del agotamiento de la industrialización por sustitución de importaciones.

conocimiento de la realidad para transformarla (Archila y otros, 2009). Y el destinatario de su mensaje era el pueblo o el conjunto de sectores explotados, con una supuesta vanguardia obrera pero con gran protagonismo campesino, estudiantil y de sectores populares urbanos.

Colombia no fue ajena a esos cambios continentales y mundiales. Después de la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) se estableció el Frente Nacional (1958-1974), que dejaba en manos de los partidos Liberal y Conservador todas las ramas del poder público, lo que significó un alto grado de exclusión política y social de las fuerzas no participes del bipartidismo (Hartlyn, 1993, 105). En este marco de democracia limitada se gestan las primeras organizaciones de la “nueva izquierda”. Estas, en su mayoría escindidas del pro soviético Partido Comunista de Colombia (PCC), perciben la dificultad de llevar a cabo la transformación de la sociedad por medios electorales, con lo que derivan en la idea de que la única forma para lograr la revolución era la lucha armada, aunque no necesariamente por la vía foquista difundida desde Cuba. En estos años el país pasa de los estertores bandoleros de la Violencia de los años 50 a la aparición de grupos guerrilleros a mediados de los 60 (Archila y otros, 2009). Era un momento histórico en el que se respiraba el ímpetu revolucionario, alimentado por corrientes internacionales como el guevarismo, el maoísmo y el trotskismo. Pero no todos los intelectuales colombianos de izquierda empuñaron las armas; algunos de ellos se rebelaron desde su lugar de producción académica propiciando amplios procesos de educación y organización popular como los vamos a ver en este artículo.

1. EL COMPROMISO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

En Colombia, como en general en América Latina, los elementos del contexto señalado derivan en la inconformidad de muchos intelectuales incluidos los escritores del llamado “boom latinoamericano”.³ En el mundo académico del subcontinente se producirá un cuestionamiento a las matrices que estaban en el origen de las ciencias sociales, en especial el positivismo. De esta forma se criticaba el fetichismo científico que creía en la existencia de una ciencia neutral que podía construir un conocimiento objetivo y verdadero de alcance universal, y que separaba tajantemente el objeto del sujeto así como la teoría de la práctica.⁴ De hecho se comenzó a enunciar que toda ciencia partía de intereses

3 De los cuales Gabriel García Márquez fue uno de los más consistentes en su trayectoria vital que terminó el 17 de abril de 2014. César Rodríguez Garavito en su columna de *El Espectador* (22 de abril de 2014, p. 25) llama la atención sobre esta coincidencia de académicos y literatos rebeldes de los años 60 y 70.

4 Estas dos críticas serán el eje central de la propuesta de la IAP como veremos en este texto.

de clase y que de alguna forma estaba siempre comprometida, o bien con la perduración del orden existente o bien con el cambio revolucionario. Desde estas convicciones, científicos sociales tercermundistas comenzaron a buscar las formas más apropiadas de conocimiento de la realidad. Allí se destaca la trayectoria del sociólogo colombiano Orlando Fals Borda, principal proponente de lo que luego se designará como IAP. Veamos su recorrido intelectual en esos años para ilustrar el origen de su propuesta teórico-metodológica que plantea el diálogo entre saberes académicos y populares, precisamente en el momento en que estaban surgiendo las ciencias sociales en el país (Archila, Correa, Delgado y Jaramillo, 2006). Contemplaremos igualmente otras experiencias de investigación activa paralelas a la IAP.

En un discurso de 1965, cuando aún Fals Borda era profesor de la Universidad Nacional de Colombia, proponía una reorientación de la sociología que se apoyara en el conocimiento de la realidad colombiana y latinoamericana, estuviera comprometida con el desarrollo y mostrara independencia intelectual ante el colonialismo sin rechazar lo que se producía en otras partes del mundo, especialmente en los países del norte. Señalaba que esta búsqueda ya se había iniciado en América Latina, desde finales de los 50, y a ella había contribuido la aparición de la disciplina sociológica en Colombia. Pensaba que con este giro los sociólogos colombianos se podrían poner a la par de los colegas “respetables” de Estados Unidos y Francia –y allí citaba a Touraine, Levi Strauss y Henri Lefebvre– y de América Latina –y mencionaba a Cardoso, Sunkel, Furtado, Costa Pinto, González Casanova, entre otros–. Insistía también nuestro sociólogo en estudiar teorías modernas, como el marxismo.⁵ En ese discurso afloraban ya cuatro conceptos clave que serían la piedra fundamental del cambio que proponía: crisis –de la sociedad y de la sociología–; autonomía, compromiso y liberación (“Antecedentes de una idea”, 1987).

En efecto la reflexión de Orlando Fals Borda en la segunda mitad de los años 60 partía de la noción de crisis “como concepto integrante de liberación” –tal es el título de otro capítulo de su libro publicado en 1987–. La crisis de América Latina “invitaba a romper los marcos académicos y a hacer una ciencia rebelde” (“La crisis como concepto

5 Años después Fals reconocerá que ni él ni el padre Camilo Torres –su colega en la creación de la carrera de sociología en la Universidad Nacional y por ese tiempo enrolado en la guerrilla en donde moriría poco después– conocieron al marxismo en la formación sociológica de cada uno. Se van a acercar a él en la búsqueda de una sociología más apropiada para conocer la realidad (“Política y epistemología”, 1987). Como vamos a citar muchos artículos de Fals Borda nos referiremos con el título del texto y el año de publicación del libro que incluye el respectivo artículo. La referencia completa de los textos aparece en la bibliografía.

integrante de liberación”, 1987, 25). Para él la crisis continental en ese momento, de la que exceptuaba a Cuba, mostraba el fracaso del reformismo desarrollista y desnudaba los mecanismos de explotación y de dominación imperialista y colonial. Era prácticamente la antesala de una situación revolucionaria. En otro texto del libro citado (“La crisis, el compromiso y la ciencia”, 1987) mostraba que esa crisis exigía el compromiso del sociólogo latinoamericano. Ante esta realidad el científico no podía ser neutral, debía involucrarse en el cambio social. Y es que la crisis no era solo de la sociedad sino de la sociología misma que iba abandonando el servilismo intelectual para andar por sí sola (Ibíd., 37). Esto era lo que llamaba en ese momento “sociología de la liberación” – en otra parte la designó como “subversiva” (Ibíd., 36)– que se debía proyectar a la práctica, como lo había proclamado Camilo Torres mucho antes de ingresar a la guerrilla. En consecuencia Fals Borda proponía revisar cuatro aspectos para producir la renovación de la disciplina: 1) sobre los métodos sugería relacionar teoría y práctica recurriendo a técnicas ya conocidas como la observación-participación, el diario de campo, los métodos cuantitativos y los cualitativos, pero insistía en propiciar ante todo una “observación-inserción” en la que el investigador se involucrara en el proceso que estudiaba para colaborar en el cambio (Ibíd., 47); 2) exigía la proyección política del sociólogo ya que no podía ser neutral ante la realidad; 3) pedía la definición del compromiso, pues a su juicio no se requería una nueva sociología sino proyectarla hacia nuevos grupos de referencia –concepto propio del funcionalismo norteamericano que seguirá usando por mucho tiempo– que podían propiciar el cambio revolucionario. En este punto Fals Borda retoma el llamado “engagement” proclamado por Sartre para describir al intelectual que siendo consciente de su papel en la sociedad renuncia a su posición de espectador y pone su conocimiento al servicio de la causa transformadora (Ibíd., 53); y 4) esto requería una nueva síntesis apropiada para América Latina, pues, a su juicio, ya había suficiente conocimiento producido y de lo que se trataba no era de seguir acumulándolo hasta el infinito sino de ponerlo al servicio de dicha causa.

Por esa época su crítica al colonialismo pasaba de la denuncia teórica al análisis práctico, y llamaba la atención sobre la fuga de talentos hacia el norte –Europa y Estados Unidos–, el servilismo y la imitación que practicábamos desde el sur. A esto añadía el desprecio que la academia norteamericana tenía hacia nuestra sociología, por considerarla desordenada y confusa. El trasplante de modelos asépticos del norte, como autocríticamente reconoce que había hecho él, no era la solución (“Casos de imitación intelectual colonialista”, 1987, 79). Había que desarrollar una ciencia propia, como a su modo lo habían hecho en Estados Unidos Barrington Moore, Wright Mills y Myrdal. Por

tanto era necesario hacer un esfuerzo centrípeto hacia nuestra realidad, sin dejar de estudiar a los países del norte. Más bien llamaba a una colaboración entre académicos anti-élites de todas partes del mundo para desarrollar un verdadero compañerismo intelectual. Hablando de la “sociología de la liberación” –título de otro capítulo del mismo libro, escrito a fines de los 60–, Fals Borda decía que ésta era un ruptura con la sociología norteamericana y europea, pero que no negaba la ciencia como tal ni su universalismo, sino que ponía otras prioridades, por ejemplo no centrarse en el orden y la estabilidad, propios del estructural-funcionalismo, sino en el cambio y la revolución. Para él la nueva realidad de América Latina imponía una reflexión distinta del sociólogo que rompiera con el colonialismo sin caer en la xenofobia.

Como se ve, todavía Fals Borda y muchos de quienes lo acompañaban en su crítica epistemológica, creían en la existencia de una sola ciencia y en la acumulación de conocimientos; lo que había que cambiar era los enfoques teóricos y metodológicos para responder adecuadamente a nuestra realidad. Más que una ruptura total con la sociología proveniente de los países centrales, especialmente anglosajones, hubo un desplazamiento hacia nuevas formas, más apropiadas, de investigar en el Tercer Mundo. Pero Fals Borda iniciaba la denuncia del colonialismo no sólo como forma de dominación, sino como un problema de conocimiento.

No obstante, había signos de una incipiente ruptura con las ciencias sociales tradicionales –que él llamaba “normales–, al enfatizar la importancia de la praxis como fuente de validación del conocimiento, la ruptura de la dicotomía entre objeto y sujeto, y el cuestionando a la neutralidad y objetividad científica. En elaboraciones posteriores Fals Borda señalará que los antecedentes de la IAP estaban en el compromiso con las comunidades urbanas que impulsó el padre Camilo Torres y su contra-teoría de la subversión, la educación popular al abrigo de la propuesta de la Pedagogía del Oprimido de Paulo Freire,⁶ la Teoría de la Dependencia, el señalamiento del colonialismo interno de Pablo González Casanova y la Teología de la Liberación.⁷ Pero en últimas

6 Nótese la coincidencia con lo que desde finales de los 60 venía proponiendo Paulo Freire. En una conferencia en 1971 el pedagogo brasileño insistía en una relación dialéctica entre objetividad y subjetividad en el conocimiento de la realidad y en las implicaciones políticas de esa búsqueda que siempre articulaba educación con investigación (Rodrigues Brandao, 1984, 35-36). Nos llama la atención de que uno de los pasos cruciales de su idea de educación de adultos para Freire fuera el estudio del “discurso popular”, su sintaxis, semántica, el uso de metáforas y de las percepciones de la realidad (Ibid., 40-41).

7 En balances posteriores de la IAP, Fals Borda incluirá más aportes de América Latina como del educador Iván Illich y los antropólogos Rodolfo Stavenhagen y Guillermo Bonfil. Reconoce incluso algunos provenientes del norte como la fenomenología de Husserl, el

había una filiación estrecha con el marxismo: “su gran papá es el joven Marx” (Fals Borda y Zamosc, 1987, 72).

2. LA INVESTIGACIÓN MILITANTE

En muchas de estas propuestas lo crucial era el llamado al compromiso del científico con el cambio social. De allí van a surgir planteamientos que indistintamente se llamaban investigación militante o comprometida, mientras se hablaba de construir una ciencia proletaria o popular. Al principio era una reacción empírica a la academia de la que provenían muchos de quienes agenciaban la nueva propuesta investigativa. Estaban cerca de teorías críticas como la gramsciana, el posestructuralismo o la escuela de Frankfurt pero sin leerlas a fondo, como confiesan luego. No en vano, Orlando Fals Borda llamaba este momento como “iconoclasta” (Fals Borda y Rahman, “La situación actual y perspectivas de la IAP en el mundo” en Salazar, 1992, 213).

En Colombia la primera forma de investigación activa comprometida fue la “investigación militante” y quienes mejor la tematizaron fueron los integrantes de la Fundación La Rosca de Investigación y Acción Social,⁸ dentro de los que se destacaba precisamente Orlando Fals Borda. Sobre la trayectoria de este centro de investigación volveremos más tarde, por ahora interesa destacar la construcción de su propuesta, que a mediados del decenio de los 70 se llamará Investigación Acción Participante (IAP).

Pues bien, La Rosca pregonaba la “investigación militante” a comienzos de los años 70 (Bonilla y otros, 1972), en lo que hacía eco de las propuestas de las nuevas izquierdas para acercarse al pueblo, especialmente desde el maoísmo criollo (Archila y otros, 2009).⁹ Los investigadores de ese grupo retoman la teoría crítica para señalar que

existencialismo de Sartre, la Escuela de Frankfurt, y figuras como Henri Lefebvre, Eric Hobsbawm, Samir Amin, Tom Bottomore y Paul Feyerabend, colega de Khun. Según él las contribuciones de los latinoamericanos se publicaron en la revista *Aportes* y en la editorial *Nuestro Tiempo* (Fals Borda, 1999). En otros textos reconoce la inspiración en Mariátegui, Gramsci y más recientemente en Foucault.

8 Según el Diccionario de la Academia de la Lengua, en Colombia y Bolivia se usa esta palabra para describir un grupo cerrado o “camarilla” que busca el beneficio propio. Los intelectuales del grupo eran conscientes de esta connotación negativa y querían proyectarse hacia la amplia sociedad invirtiendo su significado. Así la palabra no peyorativamente sino como círculo o grupo (Parra, 1983, 16). En la entrevista a Fals Borda en 2000 jocosamente nos decía que cómo los iban a criticar de ser una “rosca” decidieron llamarse así y que los funcionarios públicos, ante quienes solicitaron la personería jurídica, les dijeron que jera la primera rosca que se oficializaba en el país!

9 Años después el mismo Fals Borda tomará distancia de la “investigación militante” y la tachara de estar al servicio de los partidos de izquierda (“Cómo investigar la realidad para transformarla”, 2009, 255).

toda investigación no está libre de valores ni está por encima de las ideologías: “hoy más que nunca los científicos sociales se ven abocados a tomar partido” (Bonilla y otros, 1972, 16). Los intereses que debía defender el investigador comprometido eran los de las clases populares, y por esa vía retomaban la famosa sentencia de Marx: no bastaba con conocer la realidad, había que transformarla.

Pero la investigación activa o “militante” debía buscar un método apropiado, más allá de la mera observación participante, como insinuaba Fals Borda a mediados de los 60. En 1972 el grupo de la Rosca propuso el método de “estudio-acción”, que no debía separarse del investigador y menos de la gente con la que se trabajaba. Así se rompía con “la antigua relación explotadora objeto/sujeto” (Bonilla y otros, 1972, 24). En otro texto de comienzos de los 70 el mismo Fals Borda decía que ambos “son sujetos pensantes y actuantes dentro de la labor investigativa” (“Irrumpe la investigación militante”, 1987, 91). Apoyado en la experiencia que adelantaba en la Costa Atlántica colombiana, señalaba los siguientes procedimientos metodológicos de la investigación “militante”: análisis de clase en la región de intervención; selección de temas a conocer por parte de los grupos con los que se trabaja; recuperación crítica de su historia en interacción entre investigador y comunidad; devolución de lo investigado de manera sistematizada, ordenada y racional; y técnicas apropiadas de redacción y difusión de ese conocimiento para audiencias incluso analfabetas (Ibíd., 93). Tal conocimiento, producido fundamentalmente por el investigador militante, no era validado por pares académicos nacionales o internacionales sino por las comunidades involucradas en el proceso.

En síntesis, el método inicial de investigación propuesto por La Rosca debía tener como horizonte “una estrategia global de cambio social” (Bonilla y otros, 1972, 38), y debía apuntar a crear una ciencia popular propia que se enraizara en la realidad colombiana, sin incurrir en lo que los intelectuales de La Rosca llamaron “el colonialismo intelectual de izquierda” (Ibíd., 72). En otras palabras no se trataba de calcar las teorías producidas en otras latitudes, sino de “nacionalizar al marxismo” (Ibíd., 73).

A ese método los investigadores de La Rosca llegaron también desde la reflexión educativa. En un curso dictado a maestros de Barranquilla en 1971, y recogido en el libro *Por ahí es la cosa* (Bonilla y otros, 1971), Fals Borda enumeraba las distintas formas de educación que se han dado en la historia de Colombia, relacionándolas con expresiones políticas dominantes, para detenerse en la última que él designaba “autonomista” que respondía a los intereses de la clase popular (Ibíd., 26). Esa educación descubría los mecanismos de explotación ante la cual no hay neutralidad posible. Llamaba a rescatar lo autóctono sin

imitar modelos externos que nos alejan de “nuestra personalidad como colombianos” (Ibíd., 31).¹⁰ Alentaba la formación de maestros activos en la investigación que contribuyeran a crear una ciencia propia.¹¹

Por su parte Víctor Daniel Bonilla, otro de los destacados intelectuales de La Rosca,¹² hizo una mirada más cultural de la educación insistiendo en la necesidad de encontrar los rasgos propios de la cultura latinoamericana a pesar de los procesos de transculturación vividos en el continente y de la imposición de diversos etnocentrismos –cristiano, colonial e imperialista–. También llamaba a los maestros a colaborar en la recuperación de la identidad perdida, que a su juicio era fundamentalmente indígena, y para lo cual se debía reconocer que ellos tenían su propia racionalidad y unos valores dignos de imitar como es la equidad social, la distribución comunitaria de bienes, otras formas de control social, el respeto a la mujer y la preservación de los recursos naturales (Bonilla y otros, 1971, 76).

Para comienzos de los 70 proliferaban experiencias de investigación activa, no necesariamente “militante”, por todo el continente e incluso en otras partes del Tercer Mundo y aún del Primer Mundo. Eran huestes de científicos “rebeldes” o “radicales” inspirados por el marxismo, pero que rompían con el dogmatismo con que lo recitaban algunos izquierdistas del momento. Según Orlando Fals Borda, a los grupos políticos de izquierda se les olvidaba que los teóricos del marxismo hicieron sus aportes desde condiciones históricas particulares y no se podían transplantar sus teorías a nuestra realidad sin una adaptación necesaria. Así se reproducía una actitud colonial dentro del campo revolucionario (Fals Borda y Rodríguez Brandao, 1986).

Algunos grupos de izquierda, por su parte, criticarán a los impulsores de la IAP por desechar al marxismo como ciencia universal. Según Ernesto Parra –en su evaluación de La Rosca (1983)–, las izquierdas estaban convencidas de que no se necesitaba una nueva ciencia

10 Es de destacar que el grupo de La Rosca, como gran parte de las izquierdas latinoamericanas del momento, a pesar de sus deseos revolucionarios, seguía aferrado a la idea de nación heredada del siglo XIX. Todavía defendían una sola nación bajo un solo Estado y con un solo idioma, no así con una sola religión. A eso respondería el primer indigenismo asumido como incorporación de los pueblos originarios a esa única nación, como lo postuló el intelectual mexicano José de Vasconcelos a comienzos del siglo XX (Natalio Hernández, “La educación intercultural en la perspectiva universitaria, el caso de México”, en Zapata, 2007).

11 Todavía en tiempos recientes se habla del componente investigativo en la educación como la gran novedad pedagógica cuando ya estaba insinuada en las bases de la IAP, si no antes por el mismo Paulo Freire.

12 Para la trayectoria de Bonilla ver la entrevista que parcialmente se publicó en Archila, 2013 A.

para conocer la realidad, lo que pasaba era que no se había hecho una verdadera investigación marxista en Colombia. Otra crítica desde la izquierda a la IAP era que se reemplaza la ciencia por la ética del compromiso, lo que impregnaría de moralismo la investigación activa. El compromiso parecía una actitud más religiosa que política.¹³ Además optar por el marxismo sólo como método dejaría a la IAP huérfana de teoría y derivaría en empirismo. El enfoque regional también fue motivo de crítica desde las izquierdas, pues se perdía el análisis estructural de la realidad nacional. Sobrevalorar el pueblo, como parece que hacían los practicantes de la investigación militante, homogenizaba a diversos sectores populares desconociendo las tensiones entre ellos y suponía que la gente conocía su realidad por lo que parecería sobrar la investigación. Por último, a los iniciadores de la IAP se les criticó su campesinismo y el culto a lo espontáneo en la acción. El mismo Ernesto Parra resume así las críticas izquierdistas: la IAP era la “verbalización académica que el populismo no había podido hacer jamás. Hasta que se lo permitió un grupo de intelectuales apremiados por la ética del compromiso político” (Ibíd., 73).

3. EXPERIENCIAS DE INVESTIGACIÓN ACTIVA

En Colombia va a ser clave el papel de La Rosca, sin desconocer que otros centros de investigación y Ong también se acercaron a estos métodos activos de investigación, en algunos casos más desde procesos educativos y de concientización popular.¹⁴ Igualmente en las universidades, especialmente públicas, en las nacientes carreras de Sociología, Antropología y Trabajo Social se practicaron métodos heterodoxos de investigación activa. La experiencia más conocida de investigación militante, que a su vez aportó las bases de la IAP, fue la adelantada por Orlando Fals Borda en Córdoba y Sucre, cuando pertenecía a La Rosca. Antes de mirar esa experiencia conviene hacer una breve historia de dicha fundación, para lo que nos apoyaremos principalmente en la evaluación de la misma que coordinó Ernesto Parra y se publicó en 1983.

El 6 de julio de 1970 se reunieron accidentalmente en Ginebra (Suiza) Orlando Fals Borda, quien a la sazón trabajaba en la ONU, Gon-

¹³ Curiosamente la misma izquierda, como nueva élite ilustrada, no estaba exenta del mesianismo que le criticaba a La Rosca (Archila y otros, 2009).

¹⁴ Tal es el caso del colectivo Dimensión Educativa, un grupo de religiosos salesianos y laicos al que perteneció Lola Cendales (Torres, 2013). Otro caso a destacar que se dio en el segundo lustro de los 60 fue el grupo del intelectual marxista Germán Zabala, que adelantó una renovadora práctica educativa con las monjas del Marymount –orden religiosa de origen norteamericano que regentaba colegios de elite– en algunos barrios populares de Bogotá (Testimonio de Leonor Esguerra en Chaux, 2011). Sobre Zabala volveremos más adelante.

zalo Castillo y Augusto Libreros –ambos pastores de la iglesia presbiteriana a la que pertenecía también Fals Borda– para hablar de la situación de Colombia y pensar en crear un centro de estudios sobre el país. A ellos se unieron luego Víctor Daniel Bonilla, abogado convertido en antropólogo, y Jorge Ucros, quien murió pocos meses después.¹⁵ Todos compartían un rechazo a las instituciones de las que provenían –universidades, iglesias y entes gubernamentales– y tenían cierta influencia de un marxismo no ortodoxo. Querían hacer una investigación directa de la realidad, pero sobre todo, a juicio de Parra, su meta era más política que académica. Obtuvieron la personería jurídica el 29 de diciembre de 1970. Las primeras reuniones se realizaron con apoyo de la iglesia presbiteriana de Colombia que, junto con la estadounidense, les financiarían las primeras actividades (Parra, 1983).

Después de un breve análisis de la realidad decidieron apoyar la lucha campesina e indígena que repuntaba en el momento al abrigo de la Anuc (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos) y del recién creado Cric (Consejo Regional Indígena del Cauca). Detectaron los lugares más álgidos del conflicto agrario y en consecuencia optaron por llegar a las zonas indígenas de los departamentos de Cauca y Tolima, así como al litoral Pacífico y a la Costa Atlántica. Aunque hubo trabajo urbano se concentraron en lo rural. Paralelamente iniciaron la difusión de sus reflexiones por medio de talleres y de publicaciones escritas a las que agregaron textos de luchadores populares como el indígena Manuel Quintín Lame o el sindicalista Ignacio Torres Giraldo. Pronto afloró la necesidad de una proyección política, pero los activistas de la Fundación no lograron ponerse de acuerdo, ya fuera en sumarse a alguna de las organizaciones políticas de izquierda existentes o en crear una nueva. Les preocupaba el espontaneismo con el que trabajaban. En sucesivos seminarios internos trataron de darse una “línea” política y en 1972 se formalizó, a juicio de Parra, la IAP que Fals Borda había presentado poco antes en Lima. No encontraban en los grupos de izquierda existentes en el país la proyección que deseaban, por lo que decidieron seguir por cuenta propia la construcción del socialismo, enfatizando el trabajo regional, rechazando los debates inútiles y reconociendo “la inevitabilidad y vigencia de la lucha armada” (Ibíd., 22). Pero en ese momento estalló el escándalo por la financiación de La Rosca, de la que algunos grupos que se habían beneficiado y ahora la tachaban de ser “imperialista”.¹⁶ Eso le costará a La Rosca sus relaciones con el movi-

15 En texto posterior (“Orígenes universales y retos actuales de la IAP”, 1999) Fals Borda dirá que también perteneció a La Rosca el dramaturgo Carlos Duplat, quien luego militó en la guerrilla Movimiento 19 de Abril (M-19).

16 Según Ernesto Parra el origen del escándalo fue un presbiteriano de derecha que

miento campesino y en concreto a Fals Borda el trabajo que adelantaba en el departamento de Córdoba del que hablaremos más adelante.¹⁷

Para mediados de 1973, la Rosca se volvió a dividir –parece que antes habían salido Libreros y Castillo–, y los que permanecieron decidieron acercarse al mundo urbano, intelectual y estudiantil, y trascender el regionalismo con una perspectiva más nacional. Pero siguió la ambigüedad política y decidieron apoyar a los partidos de izquierda regionales que adelantaran una “línea correcta” (Parra, 1983, 26). A fines de ese año se propusieron lanzar una publicación de carácter nacional para lo que buscaron el apoyo de intelectuales como Enrique Santos Calderón y Jorge Villegas y más de lejos de Gabriel García Márquez. Así se concretó la revista *Alternativa* que salió en febrero de 1974. A los pocos meses, la revista se dividió y Fals y su grupo crearon la *Alternativa del pueblo* que languideció un tiempo después (Ibíd., 29). *Alternativa* como tal seguiría con interrupciones hasta 1980. Por su parte La Rosca funcionó hasta marzo de 1976 y le sucedieron otras entidades de investigación, también lideradas por Fals Borda. Veamos ahora la experiencia concreta de La Rosca en la Costa Atlántica.

El trabajo de Orlando Fals Borda en los departamentos de Córdoba y Sucre buscaba acompañar el auge de luchas agrarias vividas en el país a inicios de los 70, que fueron especialmente intensas en esa región de la Costa Atlántica. Desde que llegó allí, inició la recuperación de la historia remontándose a las luchas de los años 10 y 20 del siglo XX en la región. Aprovechando esa tradición se propuso organizar formas de autogestión en las tierras recuperadas a los que llamó Baluartes Campesinos (Ibíd., 121). Estos eran una alternativa a las Empresas Comunitarias agenciadas por el Incora (Instituto Colombiano de Reforma Agraria) que titulaban individualmente la tierra reservando un área común para proyectos agroindustriales que el ente estatal administraba. En cambio los Baluartes daban tierra colectivamente a los campesinos para proyectos comunes, aunque otorgaban también lotes individuales para el pancoger. Eran autogestionarios y los campesinos decidían sobre sus planes productivos. Ello les dio autonomía pero al no tener recursos oficiales recurrieron a La Rosca, lo que fue un punto crítico de

atacó a La Rosca de ser un ente comunista financiado por la sede de esa iglesia en Estados Unidos. Dicha iglesia cortó el apoyo económico, pero la Fundación ya contaba con otras fuentes de financiación que le permitieron seguir con su trabajo por unos años más (Ibíd., 23-25).

17 De acuerdo con Víctor Negrete –un intelectual cordobés cercano a Fals Borda– este escándalo afectó la relación de La Rosca con la Anuc nacional, con los partidos maoístas metidos en el movimiento campesino, con la seccional campesina de Córdoba y con los intelectuales locales, todo atravesado por tensiones políticas. Según él todas las partes implicadas en esa pugna salieron perdiendo (Negrete, 1983, 17).

estas formas autogestionarias. Pero también, con el tiempo, se impuso la racionalidad campesina de privilegiar más la parcela individual que la colectiva, con lo que se fue desvirtuando su proyección comunitaria. Además nunca se pudieron superar los problemas de mercadeo a pesar de las cooperativas que se crearon con ese fin (Ibíd., cap 10).

Aparte de esos apoyos financieros, La Rosca ayudaba en la recuperación del pasado y su difusión por medio de cartillas ilustradas, videos, música y teatro, entre otros, y daba recursos generosamente para los cursillos de formación de “cuadros” y financiaba a los directivos agrarios regionales. Incluso otorgó recursos para la adquisición de medios de transporte para el mercadeo y para obras de infraestructura a favor de la economía campesina regional. Para estas labores se apoyó en un grupo de intelectuales de Montería –la Fundación Caribe–, en la cual también militaban algunos activistas de izquierda, especialmente los maoístas del Partido Comunista Marxista-Leninista (Pcml). Pero la plata se dio sin mayor control y sin una contabilidad precisa, lo que se prestó para ineficiencias y malversación de fondos.

Precisamente el éxito de La Rosca provocó los celos de la izquierda maoísta, que se aprovechó del escándalo de la financiación externa de la fundación para macartizarla. Así, ésta se encontró en medio de la pugna entre las directivas nacionales de la Anuc por formar un partido campesino y los militantes del Pcml, que creían que su organización era la vanguardia revolucionaria. Los investigadores de La Rosca, y en particular Orlando Fals Borda, no se sometieron a ninguna disciplina partidista y fueron rechazados por las partes en conflicto. Esto produjo el retiro de La Rosca de Córdoba (Ibíd., caps. 11 y 12). Pero la semilla de la IAP quedó sembrada y continuaría a su modo, aunque sin la presencia de los investigadores de dicha entidad. En todo caso, según Ernesto Parra: “La Rosca y la Fundación Caribe realizaron uno de los pocos intentos genuinos de IAP llevados a cabo en Colombia y América Latina. Los resultados fueron en buena medida exitosos a pesar de los problemas surgidos, y el trabajo arrojó un arsenal de experiencias y enseñanzas interesantes” (Ibíd., 218).

Pero no solo la Rosca practicó en Colombia los métodos de investigación activa. También lo hicieron profesores y estudiantes de varias carreras de las nascentes ciencias sociales, y algunas otras entidades de investigación social. Como lo hemos ilustrado en otra parte (Archila, 2013 B) el Cinep (Centro de Investigación y Educación Popular) hizo uso de ellos aunque no en forma exclusiva. Cuando surgió en los años 60 como Centro de Investigación y Acción Social (Cias),¹⁸

¹⁸ El Cias corresponde a una iniciativa de los jesuitas en América Latina en los años 60 para responder a los desafíos de la pastoral en el subcontinente. En Colombia, como en

realizó un acercamiento cauteloso a la realidad social no exento de cierta ingenuidad, puesto que predominaban los enfoques desarrollistas y dualistas enmarcados en el estructural-funcionalismo en boga por ese entonces en nuestras nacientes ciencias sociales. El Cias en esos años mantuvo la relación de vieja data que tenían los jesuitas con el sindicalismo católico organizado en torno a la UTC (Unión de Trabajadores de Colombia).

Cuando se creó el Cinep como tal en 1972, en términos de la investigación social hubo una ruptura con esa mirada inicial, ruptura que denominamos como el hallazgo de lo popular. Esto implicaba desechar los mecanismos institucionales de concertación o la política electoral como foco de análisis y más bien buscar las nuevas formas organizativas que surgían en el mundo rural, como fue el caso de la Anuc –en lo que se coincidió con La Rosca– y urbano, más disperso pero también muy activo, especialmente en los de los barrios populares y en los movimientos cívicos. A unos y otros el Cinep acompañará en sus inicios como nuevo centro de investigación y educación popular, con resultados también discutibles. Pero al mismo tiempo adelantará investigaciones básicas o estructurales, cercanas a las ciencias sociales del momento, aunque con una evidente influencia del marxismo.

Otra experiencia de investigación activa que no se ha analizado mucho es la propuesta por Germán Zabala, un matemático marxista, compañero de Camilo Torres en el Frente Unido y luego uno de los ideólogos del grupo rebelde sacerdotal llamado Golconda (Romero, 2010). Al igual que Fals Borda, Zabala proponía un conocimiento riguroso de la realidad pero sin creer en la neutralidad valorativa del científico social. En su caso, como en el de Camilo, había más énfasis en lo político que en lo estrictamente académico, por eso su metodología era más una forma de acción política que de conocer la realidad. A Zabala le favoreció estar al margen del mundo universitario, si bien había sido formado en él y mantenía unas cátedras en instituciones de educación superior. Pero su formación había sido también en una vieja militancia comunista, de la que salió expulsado en los años 40 para irse luego a Francia a beber del mundo intelectual de la época (Zabala y otros, 2008).

La metodología de Zabala ha sido tematizada con tres verbos: ir, llegar y volver. Con una remota inspiración en Mao Zedong y en Piaget,

otros países de la región, se le cambió el nombre –en parte para quitar el parecido en la sigla con la agencia de inteligencia norteamericana (la CIA)– y se perfilaron mejor sus objetivos. Así surgió en 1972 el Cinep en Colombia (Ibíd.). Nótese la coincidencia de términos entre La Rosca y el Cias, sobre todo en aquello de Investigación y Acción Social...

proponía partir de lo sensorial a lo más abstracto.¹⁹ El primer paso era “ir” a los sectores populares desprendiéndose de todo prejuicio pequeño burgués para lo que recomendaba la técnica antropológica del diario de campo. Así los cuadros políticos que hacían estas prácticas acumulaban información que debía depurarse en una fichas más generales que iban proveyendo conceptos sobre la realidad estudiada para hacer análisis de la situación de explotación y opresión. Ahí era fundamental “llegar” y permanecer en donde el pueblo vivía. Y luego había que “volver” a esas comunidades devolviendo el conocimiento acumulado y analizado. Pero allí no terminaba el proceso de investigación, pues una vez conocidos los problemas de la comunidad urbana o rural, ésta debía pasar a la acción, organizándose y movilizándose. El ideal es que la gente misma decidiera ese paso a la acción sin interferencia del cuadro externo, pero no siempre sucedía así (Romero, 2010, 19-20).

En la acción política propiamente dicha, Germán Zabala acuñó otro concepto que era el “nodo estructural” del cambio revolucionario. Desde una mirada cultural, que se apartaba del tradicional economismo marxista, él insistía en que la transformación no se daría solamente por la comprensión de las condiciones objetivas de explotación. Que era necesario el liderazgo de un agente articulador de relaciones sociales en una comunidad popular. Podría ser el maestro de la escuela, un estudiante universitario proveniente de la comunidad y hasta un gamonal político, pero por lo común era el sacerdote. Su amistad con Camilo pero también la lectura que hizo del papel de los misioneros en la conquista, de los curas durante La Violencia de los años 50 y la realidad cotidiana en barrios populares y veredas campesinas lo llevaron a concluir que los sacerdotes, si se comprometían con el pueblo, podrían ser los “nodos estructurales” del cambio revolucionario (Ibíd. 19).

En la propuesta de Zabala, hay ecos de “concientización” de Freire y más de fondo remite a la tradición iluminista de izquierda de elevar el conocimiento del pueblo a la verdad científica que el intelectual supuestamente poseía. Aunque hay también mesianismo como en los iniciadores de la IAP, llama la atención el pragmatismo con que asume la figura nodal del cura en un eventual cambio social, lo cual fue útil para los sacerdotes que en ese momento estaban comprometiéndose con el pueblo, como lo había hecho a su manera Camilo Torres, figura inspiracional también de muchos intelectuales críticos de América Latina.

19 Nosotros encontramos puentes con la metodología de Paulo Freire, pero no hay evidencia de que estuvieran en contacto por la época en que Zabala adelantó su propuesta, segunda mitad de los 60 y parte de los 70. Después si se conocieron en la Nicaragua sandinista. Pero tal vez ambos participaban, como también los investigadores activos y otros intelectuales críticos latinoamericanos, de las mismas búsquedas emancipadoras.

4. CONCLUSIONES

Cerramos así el análisis de los primeros intentos del Diálogo de Saberes en Colombia por medio de propuesta de investigación comprometida y “militante” que fue dando los contornos de la IAP. Como hemos visto, ella partía de unas condiciones históricas particulares en América Latina y el Tercer Mundo, en las cuales el concepto de crisis estructural parecía apropiado. Este también aplicaba a las limitaciones de las nascentes ciencias sociales en el subcontinente, en gran parte porque imitaban sin distancia crítica lo que se difundía desde los países del norte, especialmente anglosajones. Así, algunos científicos sociales inconformes con su contexto y las herramientas científicas para leerlo, se plantearon la necesidad de buscar métodos más apropiados para conocer la realidad. En eso se entroncaban con la necesidad que mostraban las nuevas izquierdas de “conocer al pueblo”. Unos y otros compartían el horizonte marxista –e incluso leninista– que los hacía proyectarse hacia la investigación “militante” para la cual utilizaban métodos convencionales en las ciencias sociales pero haciendo énfasis en el compromiso político transformador y en la inserción en las comunidades. Les preocupaba igualmente la concientización, asumida como el acceso de las comunidades con las que se trabajaba al conocimiento crítico construido desde los países centrales.²⁰ Pero la inserción en lo popular no significaba la anulación del investigador o la pérdida de su perspectiva crítica aun con relación a las comunidades con las que se trabajaba.²¹ Con todo, esta cercanía también fue motivo de disputa no solo por el control político de dichas comunidades sino porque unos y otros –académicos críticos y activistas– seguían anhelando el partido del proletariado, que supuestamente era el depositario de la verdadera conciencia revolucionaria.

20 La crítica cultural Catherine Walsh reconoce el aporte de Paulo Freire a la pedagogía del oprimido para su liberación, pero cuestiona el marco humanista en el que se movía al principio, y que luego él mismo relativizará, según el cual el oprimido debía conocer más del saber universal –es decir occidental– para concientizarse. Ese enfoque y el énfasis en la liberación de clase, a juicio de la norteamericana, ocultaba la diferencia racial, elemento clave para el colonialismo (Walsh, 2009).

21 Sobre esto también hubo tempranos llamados de atención de intelectuales latinoamericanos como los esposos Darcy de Oliveira cercanos a Paulo Freire a principios de los 70. Para ellos el investigador no debía caer en el extremo de desaparecer; la comunidad, si era madura, debía aceptar su externalidad. La actitud de fundirse con la comunidad es algo personalista y con ello el investigador se torna en un activista más. Pero es también, a juicio de ellos, una decisión autoritaria porque busca imponer algo a una comunidad que infantiliza, pues le impide decidir por sí misma. El papel del investigador es ofrecer conocimiento crítico y no debe avergonzarse de ello. En eso también, como rezaba el lema de Freire, el investigador debe ser educado por la comunidad (Rodrigues Brandao, 1984, 27-28).

Se trata, entonces, de un acercamiento a lo popular con dosis de mesianismo –no en vano muchos de los investigadores militantes provenían de grupos cristianos– que se articulaba con el tradicional prejuicio elitista ilustrado hacia el pueblo, al que había que redimir. Éste seguía siendo observado como menor de edad que debía ser conducido hacia la verdadera ciencia, que se pensaba única, aunque con variedad de métodos y proyecciones políticas. Pero en esos pasos hay elementos de ruptura con el positivismo y sus derivados teórico-metodológicos, especialmente en cuanto a la separación entre objeto y sujeto así como entre teoría y práctica. E igualmente se daban las primeras críticas al colonialismo del conocimiento, pero sin sacar las conclusiones epistemológicas y ontológicas que de allí se derivaban, sobre todo en torno a la disputa por el poder que dicho conocimiento encierra. Diversas experiencias, de las que solo hemos detallado algunas, especialmente la de La Rosca en la Costa Atlántica, contribuyeron no solo a ampliar las luchas sociales, sino que produjeron interesantes resultados en cuanto a la recuperación del pasado y el rescate de figuras populares un tanto olvidadas. Esas experiencias también generaron reflexiones de corte teórico y sobre todo metodológico, que fueron perfilando los contornos de la IAP, hasta definirla como ocurrió a finales de los años 70.

En efecto, por esos años se consagra la IAP como un movimiento global hasta llegar a plantearse incluso como nuevo “paradigma”. Así ocurrió en el Simposio Mundial de Ciencias Sociales realizado en Cartagena (Colombia) en 1977, publicado luego como *Crítica y política en Ciencias Sociales* (Varios, 1978). Luego de esa consagración internacional y su difusión planetaria, aun en los países del norte, van a venir críticas desde dentro y fuera de la IAP. En forma autocrítica los propulsores de esos procesos investigativos –en particular Orlando Fals Borda– fueron incorporando esos llamados de atención, prefigurando lo que hoy se conoce como “Investigación Colaborativa”: una relación menos mesiánica y asimétrica, basada en diálogos interculturales entre investigadores externos y comunidades subalternas que crecientemente asumen un papel más activo e incluso éstas producen sus propios intelectuales (Rappaport, 2005). Las izquierdas contemporáneas colombianas y del continente van a nutrirse de estas propuestas teórico-metodológicas de las renovadas ciencias sociales, aunque ya no tanto con el afán de conocer al pueblo sino de que él asuma el papel protagónico en su propia liberación. Pero esta es una historia que corresponde a fases posteriores de nuestra pesquisa, que por ahora culmina acá.

BIBLIOGRAFÍA

- Archila Mauricio 2000 “Entrevista a Orlando Fals Borda” (Bogotá) febrero s/d.
- Archila, Mauricio, Correa, Francois, Delgado. Ovidio y Jaramillo, Jaime Eduardo (compiladores) 2006 *Cuatro décadas de compromiso académico con la nación* (Bogotá, Universidad Nacional de Colombia).
- Archila, Mauricio 2008 “La izquierda hoy: reflexiones sobre su identidad” en Jairo Estrada *Izquierda y socialismo en América Latina* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia).
- Archila, Mauricio y otros 2009 *Una historia inconclusa: izquierdas políticas y sociales en Colombia* (Bogotá: Cine).
- Archila, Mauricio 2013a “Víctor Daniel Bonilla, un intelectual de izquierda en la Colombia de la segunda mitad del siglo XX” en Patricia Pensado (coordinadora) *Experimentar en la izquierda: historias de militancia en América Latina, 1950-1990* (Buenos Aires: Clacso).
- Archila, Mauricio 2013 b “La investigación activa en Cinep” en González, Fernán (editor) *Una apuesta por lo imposible, Cinep 40 años* (Bogotá: Cinep).
- AAVV 1978 *Crítica y política en Ciencias Sociales* (Bogotá: Punta de Lanza).
- Bonilla, Víctor Daniel y otros 1971 *Por ahí es la cosa* (Bogotá: La Rosca).
- Bonilla, Víctor Daniel y otros 1972 *Causa popular, ciencia popular* (Bogotá: La Rosca).
- Castañeda, Jorge 1994 *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina* (Bogotá: Tercer Mundo).
- Castel, Robert 1997 *La metamorfosis de la cuestión social* (Buenos Aires: Paidós).
- Claux Carriquiry, Inés 2011 *La búsqueda. Del convento a la revolución armada: Testimonio de Leonor Esguerra* (Bogotá: Aguilar).
- Fals Borda, Orlando 1985 *Conocimiento y poder popular* (Bogotá: Siglo XXI).
- Fals Borda, Orlando 1986 “El nuevo despertar de los movimientos sociales” en *Revista Foro*, N° 1, septiembre.
- Fals Borda, Orlando 1987 *Ciencia propia y colonialismo intelectual: los nuevos rumbos* (Bogotá: Carlos Valencia editores).
- Fals Borda, Orlando 1999 “Orígenes universales y retos actuales de la IAP” en *Análisis Político*, N° 38, septiembre/diciembre.

- Fals Borda, Orlando 2009 *Una sociología sentipensante para América Latina (Antología)* (Bogotá: Clacso/Siglo del Hombre).
- Fals Borda, Orlando y Rodrigues Brandao, Carlos 1986 *Investigación participativa* (Montevideo: Instituto del Hombre).
- Fals Borda, Orlando y Zamosc, León 1987 *Investigación Acción Participativa en Colombia* (Bogotá: Foro/Punta de Lanza).
- Fals Borda, Orlando y Rahman, Mohammad Anisur 1991 *Acción y conocimiento* (Bogotá: Cinep).
- Hartlyn, Jonathan 1993 *La política del régimen de coalición* (Bogotá: Tercer Mundo/Uniandes).
- Hobsbawm, Eric J. 1994 *The Age of Extremes* (Nueva York: Pantheon).
- Negrete, Víctor 1983 *La Investigación Acción Participativa en Córdoba* (Montería: Fundación Sinú).
- Parra, Ernesto 1983 *La investigación-Acción en la Costa Atlántica, evaluación de La Rosca, 1972-1974* (Cali: Funcop).
- Rappaport, Joanne 2005 *Intercultural Utopias* (Durham: Duke University).
- Rodrigues Brandao, Carlos (organizador) 1984 *Pesquisa participante* (Sao Paulo: Editorial Brasileira).
- Romero, Sigifredo 2009 “Grupo Golconda: cristianismo revolucionario en Colombia” en *Tesis de pregrado en Historia* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia).
- Santos, Boaventura de Sousa 2009 *Una epistemología del Sur* (Buenos Aires: Clacso).
- Torres, Alfonso 2013 “Lola Cendales y la emergencia del movimiento de Educación Popular en Colombia” en Patricia Pensado (coordinadora) *Experimentar en la izquierda: historias de militancia en América Latina, 1950-1990* (Buenos Aires: Clacso).
- Walsh, Catherine 2009 “Interculturalidad crítica y pedagogía de-colonial: in-surgir, re-existir y re-vivir” en *Educação on line* (Rio de Janeiro: PUC).
- Zabala, Vladimir y otros 2008 “Germán Zabala: travesías de un pensamiento político humanista” en *Nómadas* (Bogotá: Universidad Central) N° 29, octubre.
- Zapata, Claudia (editora) 2007 *Intelectuales indígenas piensan América Latina* (Quito: Ediciones Abya Yala/Universidad de Chile).

LA DÉBIL Y DEPENDIENTE CLASE OBRERA DE REVUELTAS Y LOMBARDO

Gerardo Necochea Gracia*

I. INTRODUCCIÓN

La izquierda marxista consideró que la clase obrera destruiría al Estado burgués y con ello sepultaría al capitalismo. Esta idea animó la creación de la Asociación Internacional de Trabajadores en 1864, y a toda la secuela de movimientos y organizaciones comunistas que marcaron las lides políticas desde entonces y hasta fines del siglo XX. En México, no sólo el Partido Comunista sino otras corrientes del marxismo esperaban que la clase obrera asumiera su papel de vanguardia revolucionaria, y con frecuencia desesperaban de que no lo hiciera. José Revueltas y Vicente Lombardo Toledano, los dos más importantes marxistas mexicanos del siglo XX, sustentaron su acción política en la confianza de que los obreros harían su parte. Los estudiosos que han examinado las ideas de estos dos hombres han seleccionado cuestiones referentes al Estado, el partido político de vanguardia y la estrategia para lograr la transformación socialista en México, y han dejado de lado la visión que uno y otro tenían de este sujeto colectivo que debía ser responsable de la transformación socialista (Millon, 1976; Illades, 2008 y 2012; Carson, 2012; Chassen, 1977; Olea Franco, 2010; Morúa, 2001; Escobar, 2012; Bartra, 1982). No es asunto menor, entonces, inquirir respecto de sus ideas acerca de la clase obrera.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH, México

Revueltas y Lombardo no fueron académicos sino pensadores inmersos en la práctica política. Lo que escribieron pretendía resolver problemas de esa práctica, y no realizaron investigación primaria para trazar el origen y desarrollo de determinados procesos históricos. En algún momento Lombardo Toledano se definió a sí mismo como un agitador, de manera que parte importante de su obra consistió en polémicas y arengas dirigidas a convencer y orientar la acción política. Los ensayos políticos de Revueltas, menos estudiados que sus escritos de ficción, revelan mayor complejidad pero igual orientación a la polémica que acompaña la agitación política.¹ Para sus argumentos, ambos recurrieron a los escritos de Marx y Lenin para su entramado conceptual y al conocimiento generado por otros para la evidencia que respaldar sus planteamientos.

La noción teórica de la clase obrera que toma conciencia y realiza su misión histórica estuvo continuamente presente en sus preocupaciones. Su discusión sobre la experiencia de trabajadores de carne y hueso, en cambio, fue relativamente pobre, sin duda reflejo del poco conocimiento que se tenía de la historia de los trabajadores en México. Aun así, es posible ver un giro que dieron a ese conocimiento asequible, para trazar senderos por los que en años posteriores caminó la investigación histórica acerca de los trabajadores.

Ambos autores plasman en parte la experiencia de los trabajadores pero descartan que esa experiencia fuera determinante en la constitución del sujeto social colectivo. Para ellos, los trabajadores eran clase debido, primero, a su posición estructural en la organización de la producción, y después, a su conciencia de los intereses y prácticas que su posición de clase implicaba. Lo segundo ocurriría, según Lombardo, cuando los trabajadores ocuparan el espacio ya demarcado por la ley; y según Revueltas, gracias al partido del proletariado que encarnaba la conciencia organizada de la clase. Ambos coincidieron en señalar que debido a las peculiaridades del desarrollo mexicano, la clase era estructuralmente débil y atrasada en su conciencia, y por esa razón estaba lejos de ser independiente. También, ambos creyeron, durante la década de 1930, que la clase pronto alcanzaría consciencia e independencia; treinta años después, Lombardo pensaba que el movimiento obrero había perdido la independencia lograda pero la recuperaría en cuanto fuera conducido por buenos líderes. Revueltas, menos optimista respecto del futuro, pensaba que la clase obrera era, quizás irremisi-

1 Perry Anderson señala que a través del siglo XX, especialmente después de la década de 1930, ocurre una ruptura entre la teoría y la práctica en el marxismo europeo. Algo similar sucede en México, en tanto los dos importantes pensadores marxistas posteriores, Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría, eran académicos: (Anderson, 1979: 24-49; Gandler, 2007).

blemente, dependiente. El origen de sus diferencias puede rastrearse a su apreciación de la revolución mexicana de 1910, razón para iniciar el examen de sus ideas con lo que cada uno expresó acerca de este evento central para entender el siglo XX en México.

II. LA REVOLUCIÓN DE 1910

Los escritos de uno y otro en los años treinta y cuarenta coincidieron en su caracterización de la revolución de 1910. En un ensayo de 1939, Revueltas consideró que la de 1910 había sido una revolución democrático burguesa, necesaria para llevar a México hacia un estadio superior de desarrollo que permitiera el desarrollo pleno del capitalismo industrial (Revueltas, 1985: 83-108). Lombardo utilizó los mismos calificativos y argumento en 1947 (Lombardo Toledano, 1977: 95-140). Ambos, sin duda, tomaron sus categorías del pensamiento marxista dominante entonces.

Hubo por momentos ciertos matices diferentes en la exposición de sus ideas. Revueltas, en 1939, siguió el proceso histórico de la propiedad de la tierra y la conformación de grupos de propietarios y no propietarios, desde el periodo colonial y a través de la guerra de independencia hasta el inicio del siglo XX. Concluyó que la sociedad que emergió de las reformas instauradas a mitad del siglo XIX era semi-feudal. Después, durante los 30 años de dictadura de Porfirio Díaz, un importante sector de los grandes propietarios rurales impulsó el desarrollo capitalista de la agricultura, mientras que el imperialismo, en particular el norteamericano, penetró en la producción para el mercado externo y la acumulación de tierras; a la vez, la integración y expansión del mercado interno permitió el desarrollo de una industria de bienes de consumo y el consecuente crecimiento de una burguesía industrial. Las contradicciones y conflictos sociales que acompañaron estos desarrollos prepararon el terreno para el estallido revolucionario de 1910, particularmente porque quebraron limpiamente en dos a la sociedad. La revolución fue el enfrentamiento “entre dos grandes grupos de clases sociales”: en un bando figuraron “la burguesía industrial, los terratenientes liberales, los rancheros, los campesinos medios y pobres, y el proletariado”, mientras que en el otro estaban “los grandes terratenientes feudales, la burguesía compradora y el imperialismo” (Revueltas 1985: 106). La revolución fue el punto alto de un ciclo de lucha emprendido por la burguesía para liberarse de las limitaciones semif feudales heredadas del régimen colonial.

Lombardo dio cuenta del proceso que llevó a la revolución siguiendo el eje de la cultura popular mexicana. Afirmó entonces que la historia del país podía escribirse observando el sufrimiento del pueblo y la lucha contra la miseria y la opresión. El autor declaraba, sin con-

sideración del tiempo histórico, que el pensamiento mexicano siempre había tenido los objetivos de progreso e independencia. Había arrastrado, al mismo tiempo, el sufrimiento causado por la conquista española, por las subsecuentes intervenciones extranjeras, y por la opresión de la iglesia y los latifundistas conservadores. No obstante la adversidad, el pueblo había demostrado ser indomable y gracias a ello encontró caudillos que encabezaron, primero, la guerra de independencia, después la reforma liberal, y por último la revolución de inicios del siglo XX. Esa revolución llevó por delante las “demandas populares no satisfechas aún, las viejas demandas de Hidalgo, de Morelos, de Juárez; las exigencias substanciales de su historia” (Lombardo Toledano 1977: 128). La revolución, después del triunfo armado, prosiguió su camino para satisfacer las demandas populares, desde Madero, primer presidente revolucionario, hasta Miguel Alemán, estrenando el cargo cuando Lombardo Toledano estaba escribiendo.

La convergencia de Revueltas y Lombardo Toledano fue evidente en la mesa redonda convenida en 1947, para examinar la línea política a seguir por la izquierda marxista en ese momento. Durante su intervención, Lombardo esbozó el desarrollo histórico mexicano de manera similar a lo escrito por Revueltas en 1939. La intervención de Revueltas, por curiosa simetría, hizo eco de las ideas de Lombardo respecto de la sufriente y combativa cultura popular (Lombardo Toledano 1982: 19-74; Revueltas 1982: 369-385).

La afinidad estaba sustentada sobre dos nociones centrales. La primera era que la burguesía mexicana era débil y demasiado timorata para oponerse a la dominación del imperialismo; sólo el empuje de campesinos, obreros y pueblo la arrastró hacia la revolución y el progreso. Por ello, y esta era la segunda noción, la revolución democrático burguesa también era popular y antiimperialista; mientras al menos un sector de la burguesía exhibiera posiciones progresistas, era posible incluirlo en una coalición para luchar por el desarrollo económico y la liberación nacional. La convergencia en ideas y optimismo los llevo a coincidir en la práctica. Revueltas, expulsado del Partido Comunista en 1943, participó con Lombardo en la fundación del Partido Popular (PP), en 1947.

Las divergencias aparecieron en los siguientes diez años. Lombardo y el PP fueron perdiendo credibilidad frente a la izquierda por seguir una línea cada vez más integrada al partido de gobierno y a los sectores anticomunistas y conservadores en el movimiento obrero. Revueltas en cambio se recorrió hacia la izquierda, dejó el PP y escribió el ensayo *México: una democracia bárbara*, en el que no sólo diseccionó la farsa democrática puesta en escena durante la campaña presidencial de 1958, sino que con particular tino y tono cáustico criticó la postura

de comparsa de Lombardo Toledano (Revueltas, 1983: 11-72). Poco después criticó al Partido Comunista, y nuevamente al PP, por mantener la errónea línea política de apoyar a una burguesía nacionalista y progresista, cuando era evidente que esa burguesía era inexistente. Buscando nuevos horizontes, fundó la Liga Espartaco y escribió *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* en 1961. (Revueltas 1980; Revueltas, Martínez y Cheron, 1980: 18-23).

En *Ensayo*, Revueltas examinó la manera en que la burguesía llegó a encabezar el movimiento revolucionario iniciado en 1910. Argumentó que la burguesía mexicana impuso su liderazgo sobre la marcha de la guerra revolucionaria, y después adquirió la conducción política en tanto que desarrolló su conciencia de clase como conciencia de la nación. Los capitalistas pudieron entonces identificar sus intereses con los de la nación en desarrollo, y convertir la prédica burguesa en la conciencia de nacionalidad.

Estas ideas las abordó Revueltas en dos ensayos anteriores, dirigidos a polémicas en curso: en 1947 “Crisis y destino de México”, sobre la supuesta falta de ideología en la revolución mexicana, y en 1951 “Posibilidades y limitaciones del mexicano,” sobre el carácter del mexicano (Revueltas 1985: 115-125, 41-58). Los ensayos rebasaron el limitado horizonte de las polémicas, y sirvieron al autor para madurar sus ideas respecto de la burguesía. En el primero, concluyó que la ideología de la revolución emanó del proceso de concientización de la burguesía respecto de su misión histórica, consistente en la creación del Estado nación y de la nacionalidad. Inicialmente incomprendida, debido al atraso económico y político, dicha misión podía en 1947 ser cumplida gracias a que “las clases sociales ya tienen una demarcación y una claridad de concepción acerca de sus objetivos históricos” (Ibíd.: 125). En consecuencia, como apuntó en el segundo ensayo, dos clases nuevas, la burguesía y el proletariado, estaban “interesadas en la realización del mexicano como ser nacional del país” (Ibíd.: 56), y apuntaban a caminos excluyentes: el del imperialismo, que era el de la burguesía, y el del socialismo, que era el de la clase obrera.

Lombardo no cambió sus ideas. En los años sesenta siguió argumentando que la clase obrera debía aliarse con el sector democrático y nacionalista de la burguesía. Añadía que este sector de la burguesía se hallaba incorporado al gobierno, a través del partido de gobierno organizado por Cárdenas, y que para entonces había cambiado su nombre a Partido Revolucionario Institucional. Lombardo proponía que las organizaciones obreras independientes y la izquierda apoyaran las posiciones progresistas del gobierno, y con su crítica inhibieran el empuje del imperialismo y la burguesía reaccionaria para adquirir posiciones en ese gobierno.

Las ideas acerca de la clase obrera expresadas por ambos pensadores corrieron un curso similar de convergencia y divergencia. Los textos de los años treinta y cuarenta exhiben el optimismo que despertó la política favorable a campesinos y obreros del gobierno de Cárdenas (1934-1940) y la movilización masiva que acompañó la aceleración del reparto agrario y la nacionalización de los ferrocarriles y el petróleo. Al final de la década de 1950 y principios de la siguiente, en cambio, la incertidumbre frente al futuro los llevó a expresar ideas opuestas.

III. LOS OPTIMISTAS AÑOS TREINTA

Revueltas acopló el trazo del desarrollo de la clase obrera al examen de la revolución en el ensayo de 1939, que tituló “La revolución mexicana y el proletariado” (Revueltas, 1985: 83-108). Su propósito era examinar el origen y desarrollo de las clases sociales. Proceder de esta forma facilitaría comprender la revolución mexicana de 1910, ya que, siguiendo a Lenin, Revueltas consideraba que cualquier revolución consistía en el paso del poder de las manos de una clase, o coalición de clases, a las de otra clase o clases. Abordó primero las relaciones agrarias que surgieron en el periodo de dominación española, siguiendo su desarrollo hasta fines del siglo XIX. A continuación describió el surgimiento de la industria en el México independiente. Por último, examinó las acciones políticas de los grupos nacidos del desarrollo agrario e industrial en las primeras décadas del siglo XX.

Resulta una sorpresa que no obstante el título, el ensayo dedicó poca atención a la clase obrera. Por supuesto que Revueltas pensaba que para entender a la clase obrera era necesario entender el proceso global de desarrollo del país. Concluyó, después de estudiarlo, que industria y burguesía aparecieron en México tardíamente, y la segunda nació subordinada a los dictados de las burguesías imperialistas y con escaso margen de acción independiente que la fortaleciera. En unas cuantas páginas, Revueltas presentó a una clase obrera que reflejaba el atraso general, y además permanecía estrechamente ligada al artesanado. Después de examinar la oposición de los artesanos a los esfuerzos por promover la industrialización en la primera mitad del siglo XIX, el autor los calificó de conservadores porque estaban sumados al campo de “las fuerzas tradicionalmente enemigas [del progreso]: las de la feudalidad” (Ibíd.: 99). Asumió sin más la continuidad entre estos artesanos y aquellos a los que se encontraba ligada la clase obrera de principios del siglo XX. Por esa razón encontramos a la clase obrera, en el momento de la revolución, a la zaga de la burguesía agraria, sin conciencia ni partido que pugnara por sus intereses.

Revueltas procedió a afirmar que la presencia obrera impulsó el carácter avanzado y progresista que adquirió la revolución. El escritor

quedó en deuda con el lector que esperaba entender cómo la clase obrera atrasada confirió a la revolución un carácter avanzado. Probablemente su juicio estuvo influido por los sucesos vividos en los años inmediatamente anteriores a escribir el ensayo, particularmente la ebullición en las filas del movimiento obrero. Revueltas argumentó que la revolución pudo proseguir su camino “anti feudal y de liberación nacional” gracias a que en el momento que recrudeció la guerra civil en México estalló la guerra mundial del 14 (Ibíd.: 106). Fue precisamente este camino el que la clase obrera ayudó a trazar y sobre el que avanzaba en los años treinta. Revueltas sentía confianza en que la revolución seguiría una radicalización progresiva gracias a la participación política de la clase obrera, que contaba ya con mayor organización y una “conciencia de clase cada vez más acusada” (Ibíd.: 107). La revolución democrático burguesa sería llevada a una fase superior: “Observamos en la historia contemporánea de México un desarrollo desigual y dinámico de la revolución, por caminos muy propios, mexicanos, que conducen a aquella, hacia vías superiores y que ameritan por sí mismos un estudio especial. El estudio de la revolución se presenta, hoy como nunca, pleno de perspectivas inmejorables” (ídem).

Vicente Lombardo Toledano externó el mismo espíritu en sus intervenciones públicas de esos años. En febrero de 1936, frente a los delegados al Congreso de Unificación Proletaria, que días después fundaron la Confederación de Trabajadores de México, discursó sobre “La situación del proletariado en México” (Lombardo Toledano, 1996: 65-79); en enero y febrero de 1938, pronunció dos discursos (“El pueblo de México y las compañías petroleras” y “La C.T.M. ante la amenaza fascista”, respectivamente) en torno al conflicto petrolero que entonces se desenvolvía, y semanas más adelante terminaría en el decreto de expropiación emitido por el presidente Cárdenas (Lombardo Toledano, 1977: 9-21, 23-37). Los discursos de ninguna manera fueron una teorización sobre la clase obrera, pero revelaron la concepción que de ella tenía Lombardo Toledano.

En 1936, Lombardo dedicó su alocución a detallar cuáles eran las condiciones de opresión para la clase obrera. Explicó a sus oyentes la doble importancia de conocer estas condiciones: así sabrían cómo era en realidad la nación mexicana y, teniendo una visión de conjunto, pondrían la lucha de todos por encima de “conseguir solamente soluciones a sus problemas inmediatos” (Lombardo Toledano, 1996: 66). Procedió entonces a describir la desigual distribución geográfica de la población y la preponderancia de la población rural que poseía poca y mala tierra, y en consecuencia, se hallaba a merced de unos cuantos grandes propietarios que poseían las mejores tierras. Difícilmente podía decirse que la población urbana corría con mejor suerte. Refirió Lombardo que en una

ocasión, de visita en la ciudad de Monterrey, observó a los trabajadores en una fundición de hierro y acero en su descanso para almorzar: “se sentaban sobre la tierra, sin tener alientos para ir fuera de la fábrica a comer, y apenas satisfacían un poco, o engañaban su hambre con unos cuantos tacos, dos o tres, hechos con tortilla y con chile, y una botella pequeña llena de té”. Inmediatamente después ofreció una andanada de datos duros que demostraban que en México “el gasto en alimentación, en proporción al total del salario, está entre los más altos del mundo.” A continuación, citando cifras referidas a la ciudad de México, afirmó que una tercera parte del salario estaba destinada a pagar renta y poder residir en el área urbana “en donde surgen todas las epidemias, de donde la ambulancia recoge el mayor número de cadáveres de niños, de donde se entrega mayor contingente para los hospitales y lugares en donde se hacinan los tuberculosos” (Ibíd.: 77). Estas condiciones de vida estaban enmarcadas en una estructura económica dominada por el capital extranjero y “con una enorme dependencia económica respecto del imperialismo de los Estados Unidos” (Ibíd.: 73). Expuesto lo anterior, su auditorio no podía menos que aplaudir y concurrir con su conclusión: “Un mexicano, si es asalariado, si vive de su esfuerzo material o intelectual, tiene que ser, necesariamente, un individuo nacionalista, antimperialista; de otro modo es traidor” (Ibíd.: 78).

Lombardo, como ya vimos, consideraba que sufrimiento y lucha marcaron a la masa indiferenciada del pueblo a través de la historia mexicana. No era de extrañar que los trabajadores exhibieran ese germen de sufrimiento. En el discurso “La C.T.M. ante la amenaza fascista”, Lombardo aseveró que los trabajadores compartían con el pueblo las vivencias de “largos años de opresión, de ignorancia, de sacrificio constante...” (Lombardo Toledano 1977: 25). Esa historia era responsable de que el proletariado, al igual que el resto del pueblo, caminara pausadamente hacia satisfacer su misión histórica. Pero en ese discurso, como en los otros de esos años, el acento recayó en el espíritu indomable.

Lombardo apuntó en enero de 1938 que los obreros estaban adquiriendo conciencia gracias a sus luchas, y ejemplificó con los trabajadores en las empresas petroleras. Ellos iniciaron su organización en un nivel primario, empresa por empresa; pero la lucha los llevó después a unificar las organizaciones aisladas en un gran sindicato industrial. Además, gracias a la experiencia y la conciencia, habían escogido las tácticas correctas en sus luchas. Refirió el inicio del conflicto petrolero, y subrayó que el Comité Nacional de la Confederación de Trabajadores Mexicanos, presidido entonces por Lombardo Toledano, y el sindicato hicieron “la previsión exacta” y por tanto, “nuestra táctica fue perfecta.” Alude a la existencia de otras posiciones respecto de continuar la huelga y las refuta. “Después de deliberar largamente los dos Comités,

el del Sindicato y el Comité Nacional, resolvieron: frente a la lucha imperialista, la única táctica de lucha posible es la táctica de un Frente Popular..." (Ibíd.: 14). En otras palabras, la conciencia desarrollada de los trabajadores convergía, ni más ni menos que con la línea política establecida en el VII Congreso de la Tercera Internacional Comunista.

Dos ideas destacaron en los discursos de Lombardo. La primera tenía que ver con la separación entre pueblo y proletariado. No explicó los términos pero es posible suponer que el proletario era esa parte de la masa cuya conciencia ha evolucionado, para convertirse en trabajadores organizados en sindicatos de vanguardia pertenecientes a la CTM. Así, en uno de sus discursos declaró que se dirigía a "una asamblea del proletariado mexicano" y describió a los presentes como "una asamblea de hombres y de mujeres conscientes de su responsabilidad", que consistía en "defender la autonomía de la patria", incluso empuñando las armas contra "la reacción y el imperialismo" (Ibíd.: 34). Pueblo, en cambio, resultaba un término más bien vago, que podría definirse por contraste, es decir, era la masa no evolucionada y no consciente. El pueblo era la masa sufriente a través de la historia, que carece de conciencia pero tiene instinto de lucha, gracias al cual responde a caudillos que conocen y encausan sus agravios. El pueblo entonces es instintivo y dependiente de líderes que tengan conciencia de las tareas del momento. La clase obrera tiene conciencia y capacidad de independencia, razón para que asuma la responsabilidad de ser "eje de la vida del país" (Ibíd.: 28).

La segunda idea concernía al proceso del que surge el proletariado. Por un lado, Lombardo aludió a un proceso en el que la necesidad y la experiencia empujaron la evolución de la masa hacia un estadio superior de conciencia y de práctica política (Ibíd.: 12). Independientemente de las objeciones que podamos tener al evolucionismo lineal, la descripción otorgaba un lugar a la experiencia en la creación del sujeto social. Pero la exposición de Lombardo contenía también la idea contraria. Lombardo asentó que ante la campaña incluso ilícita de las compañías, los trabajadores ejercieron con éxito su derecho a la organización. Más adelante, debido a la oposición de funcionarios gubernamentales al sindicato industrial, las centrales "de aquella época" presionaron para que el Departamento del Trabajo respetara el derecho de los trabajadores y registrara al nuevo sindicato (Ibíd.: 11-12). En este otro aspecto de la descripción, los trabajadores ejercieron un derecho y presionaron para que les fuera respetado, pero no era un derecho ganado por ellos mismos. Al contrario, el derecho antecedió a la experiencia, y por tanto constituía a los trabajadores desde la letra de la ley. Tan no existía el sujeto social de otra manera, que sin el registro del sindicato en el Departamento de Trabajo, muy a pesar de la experiencia, el sujeto yacía inerte.

Revueltas y Lombardo recurrieron a la historia para entender a México como una totalidad. Coincidieron en pensar que la clase obrera era atrasada y su conciencia avanzaba lentamente, en considerarla responsable del carácter avanzado de la revolución, y en no detenerse a reflexionar cómo estas características contrarias podían coexistir en el mismo sujeto. Probablemente su postura optimista estuvo influenciada por la militancia obrera en los años treinta.

Entre 1910 y 1940, los años de revolución y de inmediata posrevolución, proliferaron las movilizaciones de trabajadores urbanos. El último periodo de organización y militancia ocurrió en los primeros años de la presidencia de Cárdenas. Baste mencionar el aumento considerable en el número de huelgas entre 1935 y 1938 y la fundación de la Confederación de Trabajadores Mexicanos, central obrera militante que vino a sustituir a la alicaída Confederación Regional Obrera Mexicana. Muchas de las luchas obreras de esos años han adquirido el carácter de mitos fundacionales del México moderno, en particular las huelgas de trabajadores petroleros que culminaron en la expropiación y nacionalización de la industria (Salazar, 1972: 169-369; Olvera Rivera, 1998: 117-138).

También en esos años ocuparon un lugar prominente en la arena pública el Partido Comunista Mexicano y Vicente Lombardo Toledano. Fueron los mejores años para el partido y para el líder obrero. Además, aunque Lombardo Toledano siempre fue anticomunista y rivalizó con el PCM, al menos por un corto tiempo en los años treinta, colaboraron en el movimiento obrero, más que nada gracias a que los comunistas optaron por subordinarse a Lombardo bajo la consigna de unidad a toda costa (Carr, 1996: 61-72). La bonanza de la izquierda resultó, al menos en parte, de la política de frente popular promulgada por la Tercera Internacional en 1935. En México hicieron frente común las izquierdas comunista y no comunista y un numeroso grupo de políticos nacionalistas pertenecientes al partido de gobierno, entonces el Partido Nacional Revolucionario, en apoyo a Cárdenas (Ibíd.: 117-192). Fue este contexto de movilización popular, políticas progresistas y un exitoso frente popular el que engendró el optimismo respecto del futuro de la clase obrera en México expresado en los textos de Revueltas y Lombardo de esos años.

IV. LOS OSCUROS AÑOS DE POSGUERRA

Entre los textos de los años treinta y cuarenta y los de principios de la década de 1960, los caminos de Revueltas y Lombardo convergieron para después alejarse. Revueltas, en parte decepcionado, siguió buscando respuestas y madurando ideas. Lombardo, encumbrado y aislado, fue encerrándose en las ideas que habían sido fructíferas a mediados

de los años treinta. Los dos textos de los sesenta muestran la distinta orientación que para entonces exhibían ambos pensadores.

En *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Revueltas afirmó que había dos maneras de conocer al proletariado: en su práctica, es decir, la historia, y en la cabeza de Marx, es decir, la teoría. En cuanto a la segunda manera de conocimiento, Revueltas recurrió al texto de la *Sagrada Familia* para argumentar que la clase obrera estaba destinada a enfrentar a la burguesía, y en la brega, negarse a sí misma. El proletariado, acorde a Marx, era la clase social que derrocaría al capitalismo y la síntesis que emergería como consecuencia dialéctica sería la humanización de la especie. El conocimiento del ser de la clase sólo podía alcanzarse mediante la conciencia teórica. La clase por sí misma era incapaz de esta conciencia, razón por la que requería del Partido Comunista, es decir, la conciencia organizada del proletariado. La conciencia en el proletariado, gracias al partido,

deja de ser ese simple instinto de clase para convertirse en su pensamiento teórico, en la autoconciencia que lo establece como una clase social determinada, con fines determinados y que, de la “práctica disolución” que es el orden de cosas existente, lo hace practicar dicha disolución como un acto científicamente dirigido y coordinado, dentro de un sistema de ideas que no se limita tan sólo a concebir a realidad, sino que a su vez la transforma (Revueltas, 1980: 191).

En suma, Revueltas consideraba que el partido comunista debía ser la cabeza dirigente del proletariado en su misión histórica de destruir el capitalismo.

A este conocimiento teórico había que emparejarlo con el conocimiento práctico, el de los sucesos vividos por la clase obrera en México. En el ensayo de 1939 Revueltas bosquejó a grandes brochazos lo ocurrido en el tiempo desde los artesanos conservadores de la década de 1830 hasta los trabajadores atrasados de las primeras décadas del siglo XX. En 1961 regresó a la historia de los trabajadores y enfocó particularmente la segunda mitad del siglo XIX.

Revueltas ubicó el nacimiento de la clase obrera hacia la década de 1870. Hizo referencia a los trabajadores de una fábrica textil en el estado de Querétaro, e ilustró con su ejemplo por un lado, la opresión y la pobreza de la clase, y por el otro lado, lo que calificó como actividad social primitiva. Elaboró sobre esta última idea, refiriendo las resoluciones a las que llegó el Congreso Obrero de 1874 (en realidad, 1876), para después señalar que reflejaban la falta de confianza en su fuerza y su significación social, al mismo tiempo que “su tendencia a compensar

este desvalimiento mediante la protección y ayuda del Estado” (Ibíd.: 125). Procedió el autor a explicar que no podría ser de otra manera, ya que los trabajadores laboraban en industrias incipientes que no revelaban la fuerza posible de la clase; no eran aun los grandes creadores de riqueza social, debido a que producían sólo una pequeña porción de lo que la sociedad consumía, mientras el resto eran “los productos de la agricultura y de las importaciones extranjeras” (Ibíd.: 126). En esta situación, la ausencia de conciencia de su propia fuerza impedía acceder al nivel superior de la conciencia de clase.

Revueltas concluyó esta primera aproximación enumerando las características peculiares de la clase obrera mexicana. La primera era su necesidad de obtener la protección del Estado, y por tanto, su buena disposición a intercambiar su apoyo, es decir, a hacer política en los términos dominantes ya que no concebía que pudiera existir “una *política propia de la clase obrera*” (Ibíd.: 126-127, énfasis en original). La segunda característica era que, en tanto débil, consideraba las huelgas como último recurso heroico que inexorablemente la convertía en víctima de la represión. Por lo mismo, y tercera característica, exhibía un “concepto burgués” de la solución a la desigualdad, que se superaría “mediante la desproletarización de los trabajadores, haciéndolos propietarios por medio del establecimiento de talleres (punto segundo del *Manifiesto* de 1874) o volviendo a la producción artesana” (Ibíd.: 126-127). Por último, Revueltas concedía que esos trabajadores comprendían adecuadamente la realidad inmediata a que los sometía el salario, ya que razonaban que el trabajo obrero era una mercancía como cualquier otra y por tanto correspondía al obrero fijar su precio. Debido a este razonamiento y a pesar de lo rudimentario de su conciencia, emprendieron huelgas para exigir salarios más altos.

Fue con esta conciencia primitiva y estas características que la clase obrera llegó a la revolución de 1910. Convergieron en ese momento, acorde a Revueltas, los ideólogos “preproletarios” (es decir, “artesanos por cuanto a las ideas sociales que representaban”) con la ideología democrático-burguesa. La burguesía en ciernes avanzó un programa revolucionario para eliminar el “latifundio feudal” mediante la reforma agraria, oponerse a las presiones del imperialismo enarbolando el nacionalismo y brindar a los trabajadores “la protección del Estado” que buscaban (Ibíd.: 129-130). En suma, la revolución democrático-burguesa en México adquirió así su carácter agrarista, nacionalista y obrerista.

Revueltas fue particularmente agudo en su análisis crítico de la legislación a favor del trabajo, considerada por muchos como prueba de que la revolución era popular y progresista. Argumentó que el derecho laboral plasmado en el artículo 123 de la constitución reconocía al obre-

ro como factor de la producción, y por tanto lo situaba en posición de equidad con el capitalista en la producción. Revueltas criticó entonces la idea de factores de la producción, porque colocaba al patrón en la posición de factor de la producción, como si él fuera la maquinaria y los otros medios de producción, y no como el propietario de esos medios; esa idea, por tanto, sacaba la propiedad privada de la ecuación. Además, continuó argumentando, si el patrón y la propiedad privada desaparecían, trabajador y medios eran suficientes para continuar la producción. El carácter obrerista asumido por la ideología democrático-burguesa, concluyó, escondía la naturaleza parcial del Estado y la posición desigual y antagónica entre obreros y patrones.

Arribó de esta manera a lo que consideró la característica principal de la clase obrera mexicana durante el siglo XX: su dependencia. Nació enclenque, cobijada por la ideología atrasada de artesanos y absorbida por la naciente y revolucionaria burguesía, de manera que no maduró hacia una conciencia de su fuerza y menos de su importancia histórica. Revueltas señaló que los Flores Magón por primera vez llevaron a los trabajadores por el camino hacia el socialismo. Ellos incitaron a la participación independiente y consciente de la clase obrera en la revolución, y si la clase no lo hizo así fue porque la ideología democrático burguesa se adueñó de la mente obrera. Años después fue creado el partido oficial organizado por sectores, y desde entonces los obreros creían participar en la selección de candidatos por parte de sus sindicatos “y no del partido oficial, es decir, del partido de la burguesía”. Ese partido aparecía ante la sociedad como “extensión social” del Estado, y “de este modo hace penetrar sus filamentos organizativos hasta las capas más hondas de la población e impide con ello una concurrencia política de clase” (Ibíd.: 168).

Revueltas repasó en *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* la misma historia descrita en el ensayo de 1939, aunque fue más detallado. Pero ocurrieron cambios. Es notable el cambio de tono, de estado de ánimo si se quiere. En 1939 había lugar para la acción que impulsa la maduración de la conciencia de clase, de ahí que surgiera la expectativa—ciertamente incumplida—de que la clase obrera llevará la revolución a un estadio superior. Por el contrario, en 1961, la clase parecía hallarse en un callejón sin salida y el optimismo cedió ante una perspectiva bastante más sombría. Los sucesos durante los años inmediatos de posguerra no eran para menos: el viraje gubernamental a la derecha dejó una secuela de represión, persecución y asesinatos. También fue evidente un desplazamiento interpretativo. La clase obrera, en 1961, ya no era una clase atrasada sino una clase dependiente. La noción de una clase obrera atrasada invitaba a esperar que el tiempo hiciera su trabajo; una clase dependiente, en cambio, era resultado de un desarrollo

en el tiempo que invitaba a intervenir en él. Posiblemente Revueltas ya sentía la influencia de ideas que madurarían en la teoría dependencista. Como quiera que fuera, la estrategia gradualista y pasiva de la izquierda comunista y lombardista en realidad guillotina al proletariado.

Al igual que Revueltas, Lombardo Toledano separó la comprensión teórica de la práctica, aunque dirigió su atención al movimiento obrero en específico y no a la clase. Desarrolló sus ideas más maduras sobre el asunto en tres conferencias que impartió en 1961, en la Universidad Obrera (Lombardo Toledano, 1961). La primera la dedicó a la teoría del sindicalismo, la segunda a su práctica en México y la última, al que consideraba el problema central, la unidad. Las ideas que expresó eran sencillas, en tanto Lombardo consideraba que el curso a seguir era nítidamente evidente.

En su primera conferencia describió el surgimiento del movimiento obrero europeo y la aparición del socialismo científico, del marxismo y de la primera internacional de trabajadores. Resumió las ideas de Marx y Engels, de Lenin y de la Federación Sindical Mundial, acerca de qué son y qué deben hacer los sindicatos, enfocando en particular la relación entre sindicatos y partido político y la solidaridad entre sindicatos de diferentes países en pro del desarrollo y la paz. Propuso lo que consideró las fases evolutivas de la lucha obrera, que inicia aislada y fragmentada, para luego incluir a todos los obreros de una fábrica, después a los de un oficio, de una localidad, y finalmente, de toda la nación. Advirtió, en consecuencia, que lo importante no eran las luchas en sí sino la conciencia de fuerza que se adquiere y la unidad que se construye. Esta unidad y fuerza del movimiento obrero era importante en los países subdesarrollados porque serían los sindicatos los que impulsasen proyectos de desarrollo “democrático y popular” (Ibíd.: 38) La clase obrera organizada tendría la fuerza para dirigir el frente nacional contra el imperialismo y por el desarrollo. Lombardo afirmó así la importancia dada en la teoría del sindicalismo a la independencia del movimiento obrero.

Lombardo abordó, en la siguiente conferencia, la historia del movimiento obrero en México en el siglo XX. Inició por supuesto con la Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM), argumentando que al momento de fundarse en 1918 era correcto aliarse a los gobiernos de Obregón (1920-1924) y Calles (1924-1928) pero que muy pronto hubo líderes que se olvidaron de las luchas, intereses e independencia de la clase obrera. Ocurrió a continuación una confrontación entre quienes eran gobiernistas y quienes pugnaban por la independencia de los sindicatos. Los segundos abandonaron la CROM y promovieron distintas organizaciones hasta llegar a la fundación de la Confederación de Trabajadores Mexicanos (CTM) en 1936. La CTM, a diferencia de la CROM,

nació sin ayuda del gobierno, y fundó su estrategia en el principio del anticapitalismo y en la idea de que México, como país semicolonial, requería que la clase obrera hiciera alianza con los campesinos y todos los sectores democráticos. Lograda esta unidad, se podían lograr los triunfos necesarios para el desarrollo democrático y popular, como fue el caso de la nacionalización del petróleo, “ejemplo de la eficacia de la línea estratégica y táctica de la alianza de las fuerzas democráticas y patrióticas para derrotar al imperialismo” (Ibíd.: 71-72).

Lombardo argumentó que fueron dos las causas que destruyeron el lugar de vanguardia que llegó a ocupar la CTM en la lucha por el desarrollo de la sociedad mexicana. En primer lugar, el divisionismo ocasionado por un Partido Comunista sectario desde la fundación misma de la organización. En segundo lugar, el viraje a la derecha de los líderes de la Confederación durante el IV congreso general, en 1947, debido a que casi todos los delegados eran “simples sindicalistas con mentalidad pequeñoburguesa, otros de origen campesino sin conciencia de clase, y otros más temerosos de las represalias” (Ibíd.: 80). Refirió que el viraje hacia la derecha llevó a la salida de la Confederación de Trabajadores de América Latina y de la Federación Mundial de Sindicatos y al acercamiento con la Federación Norteamericana del Trabajo; también condujo a la disminución en el número de huelgas, de 569 en 1943 a 9 en 1949. Terminó aduciendo que las recientes huelgas de maestros y ferrocarrileros, en 1959, fracasaron debido al sectarismo de los dirigentes comunistas, que se empeñaron en no trabajar dentro y respetando los estatutos del sindicato. En cambio, propusieron erróneamente respetar la espontaneidad de las masas, renunciando a su papel de dirigentes: “Se repudia la labor paciente y sistemática de orientar, desde dentro de los sindicatos, a sus miembros, y de contribuir a la formación de su conciencia de clase” (Ibíd.: 95).

El gran problema era la clase obrera dividida. En México, país semicolonial, la clase obrera no era aún la clase social que podía definir las luchas sociales y el carácter de la sociedad. Si bien la clase llegaba a comportarse de manera independiente, el atraso de la sociedad implicaba que debía actuar en concertación con campesinos y el sector progresista de la burguesía. Debido a la división existente en su seno, la clase obrera en México “seguirá negándose a sí misma como fuerza revolucionaria para el logro de sus intereses de clase y para contribuir a la marcha ascendente de México” (Ibíd.: 101).

Lombardo insistió en que el derecho funda a la clase. Argumentó que sólo después de que fue derogada la legislación represiva y prohibitiva, inició la organización del movimiento obrero, y por tanto, la experiencia que le permitió a la clase adquirir conciencia de su fuerza e intereses. Así, el cambio de régimen político permitió la organización

de los trabajadores. La Constitución de 1917 dio inicio al “verdadero periodo de organización de las agrupaciones sindicales” (Ibíd.: 51). Esa constitución fue resultado de la exitosa alianza entre obreros, campesinos y pequeña burguesía; todavía en la década de 1960 había que seguir examinando cuidadosamente la legislación para sacar “todo el provecho de esa carta fundamental de la estructura jurídica y política de nuestro país. Cuando la alianza entre la clase trabajadora urbana y rústica y la burguesía gobernante se rompe, ocurren retrocesos en la unidad y en el desarrollo del movimiento sindical” (Ibíd.: 113).

V. SUJETO SOCIAL Y EXPERIENCIA

Lombardo y Revueltas elucidaron sus ideas en respuesta a lo que observaron directamente. Los discursos del primero, en los años treinta, surgieron de su participación en sucesos tales como la fundación de la CTM y la expropiación petrolera, mientras que sus conferencias acerca de la teoría y práctica de los sindicatos remiten a su papel de delegado en los congresos de la Federación Sindical Mundial, Secretario General de la CTM y presidente de la Confederación de Trabajadores de América Latina. También Revueltas, aunque de manera menos explícita, recurrió a la materia prima de su participación política para elaborar sus reflexiones. La intención del primero con frecuencia era dar sustento a alguna propuesta práctica, mientras que Revueltas dirigió su reflexión a desentrañar los resortes activos detrás de los sucesos. Ambos estuvieron más interesados en enfrentar y polemizar respecto de problemas de su práctica política que en la investigación sistemática y académica sobre la clase obrera. El fundamento de su conocimiento acerca de los trabajadores, como ya vimos, derivó de sus lecturas de marxismo, y a ello añadieron lecturas en torno a la historia y la legislación laboral en México.

Revueltas incluyó referencias a trabajos del historiador Luis Chávez Orozco, probablemente también conocidos por Lombardo Tolledano. La razón para destacar a este autor es que ya en 1936 fijó los términos de una discusión (Chávez Orozco, 1974). En primer lugar, Chávez Orozco recurrió al término semifeudal para caracterizar a la sociedad mexicana de fines del XIX y principios del XX. En segundo lugar, señaló que el proletariado mexicano apareció en el último tercio del siglo XIX, producto de la implantación de las industrias textil, de generación de electricidad, y los ferrocarriles. En tercer lugar, el historiador argumentó que los artesanos imprimieron a las luchas laborales de las masas asalariadas un carácter pequeño-burgués y las dirigieron irremisiblemente al fracaso en tanto sus demandas miraban hacia restituir el pasado. Propuso, por último, que la clase estuvo marcada desde su nacimiento por miseria, injusticia y, sobre todo, debilidad, implican-

do, en consecuencia, que precisamente estas características habría que estudiar para hacer la historia de la clase.

Otros estudiosos y políticos de izquierda hicieron eco de estas aseveraciones en años posteriores. José Mancisidor sostuvo, en un texto de 1940, que la consolidación de la producción capitalista ocurrió en 1870, pero el empuje del capitalismo imperialista truncó el desarrollo de la burguesía nacional y resultó en un “renacimiento feudal”. Mientras tanto, artesanos y campesinos despojados se convirtieron en proletarios urbanos, pero su inclinación hacia el mutualismo y el cooperativismo revelaban “la mentalidad pequeño-burguesa del artesano mexicano recién transformado en obrero asalariado” (Mancisidor 1976: 19-23). Aunque su combatividad y su conciencia se habían fortalecido para 1916, el proletariado aun evidenciaba la ausencia de madurez política (Ibíd.: 60-62). Los asistentes a la Mesa Redonda de los Marxistas, convenida por Lombardo Toledano en 1947, coincidieron en que la clase obrera era todavía débil e inconsciente, incapaz por tanto para conducir la lucha por el socialismo. Rafael Carrillo, por ejemplo, afirmó que los mineros y trabajadores textiles eran “los más antiguos, los más viejos” dentro del proletariado y aun así pertenecían a “un proletariado joven” que no había roto con el campo y seguían expresando intereses principalmente campesinos (Carrillo 1982: 151-152).

Estas ideas acerca de la clase descansaban a su vez sobre la caracterización de la sociedad mexicana como semifeudal. Pero este era un basamento en el mejor de los casos precario. La noción definía negando, es decir, la sociedad era ni capitalista ni feudal, lo cual decía poco acerca de qué era en realidad. Tan curiosa definición respondía a ideas acerca de la historia como proceso unificado que atravesaba por etapas progresivas, en el que las sociedades capitalistas industriales en Europa y Estados Unidos ocupaban el extremo avanzado del camino, y el imperialismo impedía u obstaculizaba la realización de las etapas superiores a las naciones oprimidas. Los estudiosos marxistas del desarrollo histórico de las sociedades poscoloniales en América recurrieron a estas ideas evolucionistas durante buena parte del siglo XX. La crítica sistemática del término y lo que pretendía describir inició apenas en la década de 1960. Estudiosos de la historia económica latinoamericana críticos de la teoría de la modernización argumentaron que el desarrollo del capitalismo europeo produjo el subdesarrollo en América, y que las sociedades latinoamericanas no eran feudales o semif feudales sino capitalistas y dependientes. El esquema simplista de progreso a través de esclavismo, feudalismo y capitalismo no sobrevivió a la crítica desde la teoría dependentista.

Muchos historiadores marxistas y no marxistas, además, pensaban que el curso de la historia estaba determinado y su movimiento era regido por leyes objetivas. En la base de ese movimiento estaba la

organización económica para la producción, y sobre ella, el edificio de superestructuras políticas y sociales determinadas que dictaban los actos y la ideología de los individuos. Es de notar que Chávez Orozco no estudió a los artesanos por sí mismos sino como parte de una formación social anterior que estorbaba al desarrollo de la lucha de clases. Los abordó como si fueran un grupo homogéneo, sin advertir los intereses encontrados entre maestros, oficiales y aprendices. Por lo mismo, consideró la influencia artesanal perjudicial y no observó el impacto que tuvo sobre los conflictos laborales la compleja herencia de ideas y actitudes respecto del trabajo, la igualdad y el anticapitalismo. Chávez Orozco supuso, de la misma manera, un proletariado ya plenamente constituido en el instante mismo de iniciar el trabajo en las fábricas, y no un proletariado formado a través de un proceso histórico. La experiencia no era, desde esta perspectiva, un factor histórico relevante. Fue en el curso de la década de 1960 que la crítica al determinismo estructuralista llevó la atención de otros pensadores marxistas a la experiencia, es decir, a la reflexión que hacen los individuos a través del tiempo acerca de la interacción entre sus ideas, sus valores y su práctica en situaciones determinadas, como cimiento de un proceso formativo del sujeto social (y la referencia obligada es a Edward P. Thompson, que publicó *The making of the English working class* en 1963).

Lombardo y Revueltas, a tono con el marxismo de su época, apuntaron que las luchas de los trabajadores generaban cambios en la práctica, pero no consideraron que esa experiencia pudiera dar nacimiento a la clase obrera consciente, es decir, a un sujeto social colectivo que deliberadamente persiguiera sus fines históricos. Ambos abordaron la cuestión de por qué la clase en México no actuó conforme a esos fines, y cada uno la respondió de acuerdo con su idea acerca de la constitución del sujeto social. En el caso de Revueltas, dado que sólo el Partido Comunista podía convertir la experiencia en conciencia de clase, el fracaso del partido en México resultó en un sujeto incompleto: una clase obrera sin cabeza, a la que por tanto la burguesía impuso su conciencia del mundo. En el pensamiento de Lombardo, era el Estado a través de la ley quien otorgaba una posición social que los trabajadores ocuparían gracias a la concurrencia de líderes adecuados, capaces de hacer remontar a la clase su atraso, expertos en saber cómo ocupar ese espacio jurídico y mantenerse del lado progresista del gobierno; Lombardo podía entonces encarnar el papel de guía y maestro, como argumenta Roger Bartra (1982). Al final del día, y a pesar de sus diferencias, los dos viejos marxistas coincidieron en su concepción teleológica de la historia y en atribuir la constitución de los sujetos históricos a una abstracción ideal.

CONCLUSIÓN

Revueltas y Lombardo recurrieron a la historia para anclar las certezas de sus planteamientos. Supusieron que las sociedades marchaban progresivamente hacia un destino ya conocido, pasando de manera irreversible por fases semejantes, la siguiente siempre y necesariamente superior a la anterior. Coincidieron en pensar que sobre las vías de la historia no todos avanzaban al mismo paso, y que México presentaba retraso respecto de los países con un vigoroso capitalismo industrial y un agresivo imperialismo; por supuesto tenían a algunos países europeos en mente pero sobre todo a los Estados Unidos de América. Revueltas consideró, en algunos de sus escritos de los cincuenta, que México ya había sido transformado, si bien no plenamente desarrollado, por el capitalismo industrial. La consideración era ambigua; como también lo fue la de Lombardo Toledano en sentido contrario, que México estaba aún en el atraso semifeudal. Estas finas diferencias en las áreas grises de su argumentación los llevaron, al final, a ideas distintas sobre la clase obrera, y claro, también sobre muchas otras cosas.

Hay por supuesto una visión cambiante de los trabajadores a través del tiempo. Pareciera ser que su evolución los lleva de débiles a independientes, a los ojos de Lombardo Toledano, y así la CTM se distinguió precisamente por nacer independiente de cualquier institución política. Pero es claro que Lombardo se refiere al movimiento obrero, y más en específico a los líderes conscientes, mientras los trabajadores continúan siendo masa carente de fuerza para actuar por sí sola. Fueron, entonces, líderes atrasados y dependientes los que hicieron que la CTM desviara el camino, y las organizaciones obreras tendrían que alinearse tras la bandera de unidad que él levantaba para retomar la postura independiente que ya habían logrado antes. A los ojos de Lombardo, en un país atrasado, los líderes tenían la responsabilidad de guiar hacia delante, mostrar a las masas populares lo que debían hacer, y esperar a que entonces el desarrollo colocara a la clase y sus líderes donde debían estar. Revueltas, en cambio, consideraba que bien poca independencia se había logrado a pesar de gestas formidables, que seguir la política aconsejada por Lombardo o por el Partido Comunista sencillamente ahondaría la dependencia, y que en realidad la clase, y no sólo el movimiento obrero, era dependiente. Para ambos pensadores, la preocupación con la dependencia o independencia de la clase estaba volcada hacia su activismo político. El escenario que proyectaba Revueltas no difería mucho del de Lombardo, pero sí cuestionó los medios de guiar y esperar.

La cuestión de la dependencia motivó una oleada de estudios en las décadas de 1970 y 1980. En general su foco de atención fue el movimiento obrero, ya bien en estudios acerca de sindicatos específicos ya

bien de las centrales obreras. Plantearon como problema la relación entre el Estado y la clase obrera, privilegiando la descripción de cómo las cúpulas gobernantes cooptaron a los dirigentes obreros para apuntalar un proyecto corporativo en lo político y desarrollista en lo económico. En ese sentido, siguieron el itinerario trazado por Lombardo Toledano. Pocos fueron entonces los que dirigieron la mirada a la clase propiamente. El más amplio y complejo problema que podría desprenderse del argumento de Revueltas, centrado en la dependencia de la clase respecto de la burguesía, quedó al margen de las preocupaciones de los estudiosos.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Perry 1979 *Considerations on Western Marxism* (Londres: Verso).
- Bartra, Roger 1982 “¿Lombardo o Revueltas?» *Nexos* en línea, Junio [ref. de 5 junio de 2014]. Disponible en Web: <http://www.nexos.com.mx/?p=4072>
- Carrillo, Rafael 1982 “Intervención de Rafael Carrillo.- Invitado a título personal” en *Mesa redonda de los marxistas mexicanos* (México: Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano).
- Carr, Barry 1996 *La izquierda mexicana a través del siglo XX* (México DF: Era).
- 1981 *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929* (México DF: Era).
- Chassen, Francie R. 1977 *Lombardo Toledano y el movimiento obrero mexicano (1917-1940)* (México DF: Editorial Extemporáneos).
- Chávez Orozco, Luis 1974 [1936] “Prólogo” en José María González, *Del artesanada al socialismo* (México DF: Secretaría de Educación Pública)
- Escobar, Saúl 2012 “Lombardo, Revueltas y la política”. Ponencia presentada en el IX Coloquio Interno de Historia Contemporánea, Dirección de Estudios Históricos, México DF.
- Fuentes Morúa, Jorge 2001 *José Revueltas: una biografía intelectual* (México DF: Universidad Autónoma Metropolitana-Ixtapalapa /Ed. Miguel Ángel Porrúa).

- Gandler, Stefan 2007 *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría* (México DF: Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica).
- Illades, Carlos 2012 *La inteligencia rebelde: la izquierda en el debate público en México, 1968-1989* (México DF: Editorial Océano).
- 2008 *Las otras ideas: el primer socialismo en México, 1850-1935* (México DF: Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa/Era).
- Lombardo Toledano, Vicente 1996 *Obra Histórico-Cronológica* (México DF: Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano).
- 1982 “Intervención inicial de Vicente Lombardo Toledano” en *Mesa redonda de los marxistas mexicanos* (México, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano).
- 1977 *Selección de Obras de Vicente Lombardo Toledano* (México DF: Editorial El Combatiente).
- 1961 *Teoría y práctica del movimiento sindical mexicano*, México DF, Editorial del Magisterio.
- Mancisidor, José 1976 [1940] *Síntesis histórica del movimiento social en México* (México DF: Centro de Estudios del Movimiento Obrero).
- Millon, Robert P. 1976 *Vicente Lombardo Toledano, biografía intelectual de un marxista mexicano* (México DF: Universidad Obrera de México).
- Olea Franco, Rafael (coord.) 2010 *José Revueltas: la lucha y la esperanza* (México DF: Colegio de México).
- Olvera Rivera, Alberto 1998 “Identity, culture, and workers’ autonomy: the petroleum workers of Poza Rica in the 1930s” en John M. Hart (ed.) *Border crossings: Mexican and Mexican-American workers* (Wilmington DE: Scholarly Resources).
- Orduña Carson, Miguel 2012 “José Revueltas. México: Una Democracia Bárbara (1958)” en Carlos Illades y Rodolfo Suárez (coords.) *México como problema: esbozo de una historia intelectual* (México DF: Siglo XXI y Universidad Autónoma Metropolitana).
- Revueltas, Andrea, Rodrigo Martínez, y Philippe Cheron 1980 “Prologo” en José Revueltas *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (México DF: Era).

Revueltas, José 1985 *Ensayos sobre México* (México DF: Era).

————— 1982 “Intervención de José Revueltas. Grupo El Insurgente” en *Mesa redonda de los marxistas mexicanos*, (México: Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano).

————— 1983 *México: una democracia bárbara* (México DF: Era).

————— 1980 *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (México DF: Era).

Salazar, Rosendo 1972 “La CTM” en *Rosendo Salazar II* (México DF: Partido Revolucionario Institucional).

Thompson, Edward P. 1963 *The making of the English working class* (Nueva York: Vintage Books). Traducción al español, Barcelona, Laia, 1977.

***“PEDRO MILESI, MEMORIAS DE UN VIEJO
COMPAÑERO”.***
**MEMORIA INDIVIDUAL Y MEMORIA
COLECTIVA EN LA CONFORMACIÓN DE UNA
TRADICIÓN DE LOS OPRIMIDOS**

Mariana Mastrángelo*



Pedro Milesi 1886-1981
Seudónimos Pedro Maciel, Pedro Islas, El Viejo Pedro

*“La noción que del pasado tiene una
época determinada es una cuestión tan histórica
como lo que en ella aconteció [...] son inseparables”*

* Mariana Mastrángelo, Doctora en Historia, Profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA e investigadora del INDEAL (Instituto de Estudios de América Latina)

La memoria popular, tal como sugiere Raphael Samuel, tiende a cristalizar las experiencias colectivas a través de un evento o personalidad particular. Pero no es cualquier evento o individuo, más bien son aquellos asombrosos que desafían los límites de la realidad (Samuel, 2008: 36). En esto la memoria política militante no es muy distinta y tiende a construir la historia colectiva a partir de personajes, en apariencia comunes, cuya actividad y decisión construyen y sintetizan las características de una clase social. Si bien la memoria siempre es “construida”, ya que se la articula en base a una cuidadosa e inconsciente selección de acontecimientos que son útiles para las preguntas de una época, rara vez es “mentira”. Tampoco es “verdad” en un sentido positivista del término. Los hechos seleccionados, por lo general, pueden ser constatados como realmente existentes. Al mismo tiempo, la forma en que se entrelazan y se articulan entre sí, o sea el cómo se narra la historia, revela una noción del pasado y forja una historia determinada. La historia de Pedro Milesi, en el recuerdo de algunos de sus contemporáneos, da cuenta de la construcción de una historia obrera contestataria que desafía no sólo a la presentada por los sectores dominantes, sino también aquella que intenta forjar la academia. Como sugiere Raphael Samuel, en *Teatros de la Memoria*, “la historia no es la prerrogativa del historiador ni su “invención” como pretenden los posmodernos. Más bien es a una forma social de conocimiento; el resultado del trabajo de miles de manos en diferentes instantes” (Samuel, 2008: 26).

Pedro Milesi, alias Pedro Maciel, Pedro Islas o el Viejo Pedro fue un obrero, militante y sindicalista argentino comprometido con la clase obrera durante sus noventa y dos años de vida. Es recordado como un “formador de conciencia”, que, en los tiempos en que era ácrata, andaba por los campos de la provincia de Santa Fe y el este de Córdoba concientizando obreros. Susana Fiorito, que lo conoció bien, recuerda que en esos tiempos

“Él había fundado muchas bibliotecas y centros de estudios sociales en la pampa gringa. Los centros de estudios eran creación del Sindicato de Oficios Varios: unas piecitas donde había una vitrina con una bandera roja, un libro de Kropotkin, uno de Marx, un diccionario, un cuaderno y un montón de lápices para ir aprendiendo a leer en castellano porque la mayoría de los trabajadores eran extranjeros”¹.

¹ Entrevista a Susana Fiorito en Suplemento Radar del diario *Página 12*. Buenos Aires, Argentina: 4 de febrero de 2002.

Esas piecitas que solo contaban con unos cuantos cuadernos y lápices, una bandera roja y un libro de Marx y de Kropotkin se convertirían en lugares de formación, discusión y organización para obreros criollos y extranjeros, en su mayoría analfabetos, que durante el Grito de Alcorta², empezaban a tomar conciencia de sus derechos. En su relato Fiorito insiste que durante décadas, desde la Semana Trágica pasando por el mencionado Grito de Alcorta, el peronismo y el Cordobazo, Milesi fue *sembrando conciencia*. Para todos aquellos que lo recuerdan, la historia del movimiento obrero corrió por su sangre y sus ideales fueron determinantes o centrales para las futuras generaciones. ¿Cómo lo recuerdan desde el presente aquellos que se formaron a su lado? ¿Qué memoria prevalece del Viejo Milesi? Nuestra intención en este trabajo es examinar esa memoria desde distintas experiencias y testimonios orales. Es la hipótesis de este artículo que al recordar a Pedro Milesi desde el presente, estas personas han proyectado una visión del mundo que liga su propia experiencia con distintos momentos de la historia de vida de Milesi. De esta manera, esta memoria puede ser interpretada como parte de una *tradicción de los oprimidos* solo fragmentariamente inteligible, pero portadora de significados para la conciencia histórica del presente (Sorgentini, 2007); Guinzburg, 1981:28)³. De la misma manera, los distintos testimonios que hemos recopilado para este trabajo que rememoran a Milesi, están construyendo una memoria que tiene sentido en el presente de los mismos. Según sugiere el historiador Pablo Pozzi

La memoria siempre es selectiva y siempre se hace desde las necesidades y los problemas de hoy. Nadie se acuerda de todo, sino que recurre a aquellos elementos que le son útiles adaptándolos y transformándolos según su necesidad. En este sentido la memoria jamás es “la verdad” sino que es una especie de reservorio selectivo de experiencias, donde los recuerdos se articulan entre sí a través del prisma de las necesidades actuales (Pozzi, 2013).

2 Se conoce como *Grito de Alcorta* a la rebelión agraria de pequeños y medianos arrendatarios rurales, que en 1912 sacudió el sur de la provincia de Santa Fe (Argentina) y se extendió por toda la región pampeana, con centro en la ciudad de Alcorta, y que marcó la irrupción de los chacareros (mayoritariamente procedentes de inmigrantes europeos, especialmente italianos y españoles) en la política nacional del siglo XX, dando origen además a su organización gremial representativa, la Federación Agraria Argentina.

3 Véase también en relación a este tema cómo Carlo Guinzburg, con su molinero Menocchio, ha construido un personaje que se convierte en un precursor que anticipa una serie de temas “*que se convertirán en patrimonio de la cultura progresista del siglo siguiente*”. Carlo Guinzburg *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona: Ediciones Península, 1981, pág. 28.

Hemos seleccionado dos testimonios que servirán de contraste para ejemplificar este trabajo. El primero de ellos es el de Susana Fiorito, ex militante del Movimiento de Liberación Nacional (MALENA) y de Vanguardia Comunista (de tendencia maoísta), a través de quienes ingresó en SITRAC como su secretaria; años más tarde fundó la Biblioteca Bella Vista en Córdoba, lugar donde reside y trabaja en la actualidad. El otro testimonio es de Abel Bohovlasky, antiguo médico del Sindicato Clasista de Perkins (Córdoba) y militante del PRT-ERP, actualmente, activista social y sindical. Ambos dan cuenta de cómo se construye la memoria desde las experiencias personales y erigen una memoria distinta sobre Milesi en base a sus propias necesidades y visión del mundo.

Ese reservorio selectivo de experiencias, que se vinculan al presente de las personas, lo veremos en el siguiente testimonio de Susana Fiorito. Fiorito presenta la memoria de Milesi como un estímulo continuo en la búsqueda de generar espacios donde la gente se pueda nuclear y organizar. En este punto ella se asume como una de sus discípulas y como tal preserva y transmite lo que considera el legado del dirigente obrero. En este sentido, esto ha sido fundamental en la fundación por parte de Fiorito de la Biblioteca Popular de Bella Vista y de la Fundación Pedro Milesi. Ella recuerda a Milesi de la siguiente manera:

“Pedro Milesi había sido militante sindical de los de antes: empezó como anarquista pero después firmó las 21 condiciones de la Primera Internacional, así que pasó al comunismo. Se había formado como autodidacta gracias a la prédica de un tal Boglich⁴, un intelectual que vivía en medio del campo en la provincia de Santa Fe y había participado en el Grito de Alcorta, una huelga contra los terratenientes de Santa Fe y el este de Córdoba. Pedro Milesi era un autodidacta que estudió hasta tercer grado porque el padre lo había sacado de la escuela para cargar baldes con arena. Después de formarse en el estudio de idiomas terminó carteándose con los sindicalistas revolucionarios del movimiento italiano y francés. Trabajó en los sindicatos de oficios varios –él hacía vitraux d’art– y estuvo en la fundación de lo que después fue la UOM. Fue

4 José Boglich era pequeño productor y dirigente agrario, estudioso marxista de la cuestión agraria. Fue uno de los líderes de la huelga agraria El Grito de Alcorta en el año 1912. Fundador y secretario de la Federación Agraria Argentina (FAA). Influidor por la experiencia de la Revolución Rusa hacia 1918 es uno de los organizadores del PSI (luego PC) en Alcorta, provincia de Santa Fe. A mediados de la década de 1930 se aleja del PC y adhiere al Partido Socialista Obrero (PSO) y a fines de ese decenio se une al grupo trotskista liderado por Esteban Rey.

muy amigo del dirigente Agustín Tosco a fines de los años '60 y presidió el congreso de los gremios clasistas Sitrac-Sitram. Este hombre murió a avanzada edad –92 años– en la clandestinidad, escapando a la represión de la dictadura militar, que ya se había cobrado muchas víctimas entre sus allegados. Cuando murió, sus amigos pensamos que lo que necesitaba no era ni una placa ni ninguno de esos homenajes. Él había fundado muchas bibliotecas y centros de estudios sociales en la pampa gringa [...] En memoria de estos centros y bibliotecas populares que fueron creados por trabajadores, nos planteamos crear una biblioteca en su memoria.”⁵

Si analizamos lo que dice el testimonio, podemos preguntarnos: ¿es verdad o mentira? En realidad gran parte de los datos son fáciles de constatar y Fiorito no falsea la historia. Si prestamos atención, la forma en que articula el relato es lo relevante, más que la veracidad de la información brindada. Ella “construye” una memoria determinada. En la memoria de Fiorito, la figura de Milesi se convierte en un modelo a seguir y cobra significado para su presente. En su testimonio, la trayectoria de este obrero es fundamental y lo convierte en un militante íntegro. Para Fiorito: “*Era un militante sindical de los de antes*”, marcando una clara diferencia con el presente. La militancia de Milesi comenzó en el anarquismo, pasando al comunismo y luego de varias expulsiones, por el trotskismo; se destaca también su práctica sindical; su condición de autodidacta y de formador de conciencia obrera. Aquí la frase clave es: “los de antes”, esto implicaría que hubo una ruptura entre el ayer y el hoy, y el nexo lo constituye Milesi donde, además, los “de ayer” eran claramente “mejores” que “los de hoy”. Al mismo tiempo, la conciencia en la visión de Fiorito, emerge como producto de la educación libresca. La experiencia sola no genera “despertar”, sino que debe estar acompañada del estudio, de la formación cultural, del conocimiento. Esta tradición obrera, que se remonta al radicalismo artesanal del siglo XVIII, donde educación y libertad tienen el mismo significado, es algo que Fiorito recoge y se hace cargo. Por eso considera que la mejor manera de que perviviera su memoria “*para sus amigos*” en el tiempo era generar bibliotecas y centros de estudios sociales, como él había creado en la *Pampa Gringa*⁶ durante los años del Grito de Alcorta que lo habían tenido como protagonista. Debería quedar claro que en

5 Entrevista a Susana Fiorito, *op. cit.*

6 La Pampa Gringa: zona de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y La Pampa donde se asentaron muchos inmigrantes italianos (“gringos”) y españoles. Se diferencia de la Pampa Húmeda, la zona de tierras más fértiles en los 500 a 600 kilómetros que rodean a la ciudad de Buenos Aires.

su testimonio ella entiende esta labor como “revolucionaria”, ya que estas bibliotecas son consideradas como “formadoras de conciencia”. De esta manera, se han convertido en el paradigma de la Biblioteca Popular Bella Vista y la Fundación Pedro Milesi. Anclada en un barrio popular de la ciudad de Córdoba, la Biblioteca cumple un rol primordial en la actualidad para la comunidad como lugar de reunión y organización. Al igual que lo hiciera Milesi en la Pampa Gringa, su legado es retomado por Fiorito y sus amigos para seguir “formando conciencia obrera”. Una vez más la pregunta, que no tiene una respuesta taxativa, ¿es esto algo real o es parte de la construcción de una memoria determinada? Al fin de cuentas, el fundar bibliotecas y centros de estudio no implica que, necesariamente, los trabajadores los utilicen o que, si lo hacen, esto genere algún tipo de conciencia revolucionaria. Lo que sugeriría el testimonio sería el concepto de que la combinación de experiencia clasista más educación se encontraría en la base de la conciencia obrera.

Asimismo, Fiorito en su relato rescata momentos significativos de la vida de Milesi, tal cual ella pudo ir reconstruyendo de los años que pasó junto a este militante obrero. Una de las primeras y únicas biografías sobre Milesi la escribió Susana Fiorito y fue publicada como un cuadernillo por la Biblioteca Bella Vista y la Fundación Pedro Milesi⁷. En esas líneas Fiorito insiste que la vida de este obrero quedó registrada para que su experiencia no se pierda en el olvido, para que se convierta en memoria. Pero también construye una historia obrera determinada y convierte a Milesi en “prócer” forjador de la misma. De esta manera, plantea Raphael Samuel, la memoria es subjetiva, pero al mismo tiempo, la memoria combina una percepción de la experiencia personal con una percepción del conjunto social, para ir definiendo un accionar y una visión particular de la historia. Esto implica también que el registrar la memoria de un grupo social, significa adentrarse en su subjetividad (Samuel, 2008: 12). ¿En este caso, en qué subjetividad nos estaremos sumergiendo, en la de Susana Fiorito o en la de Pedro Milesi? ¿Qué momentos de la vida de Milesi son significativos para la memoria que construye la persona que la rememora? En realidad sabemos relativamente poco sobre Milesi y lo que pensaba. Lo que sabemos proviene de una serie de escritos políticos de su autoría, y lo que otros dicen sobre su persona, más los significados que estos últimos otorgan a su vida. ¿Tuvo la importancia que Fiorito dice? ¿O es algo que ella construye desde su subjetividad?

7 Véase sobre la vida de Milesi: “Pedro Milesi: su vida” Fundación Pedro Milesi, Córdoba, s/f.; Caglogio, 1980: págs.63 y 64; *Política Obrera* n° 323,21/7/1981; y Horacio Tarcus (director) *El Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*, Buenos Aires: EMECE Editores, 2007, págs. 423 y 424.

Contrastemos la entrevista ya citada con la biografía escrita por Susana Fiorito sobre Milesi para percibir cómo se construye una memoria que está atravesada por la subjetividad de quien la escribe, donde se combinan datos históricos, recuerdos vividos en común y elementos que Fiorito rescata de lo que el viejo Milesi le contó:

“Pedro Milesi nació en Buenos Aires el 8 de octubre de 1886. Su padre era un pequeño contratista de la construcción que trabajaba por cuenta propia con un peón. La madre enseñaba francés en un colegio religioso. Pedro cursó la escuela primaria hasta tercer grado; tenía 10 años cuando su padre lo sacó para que lo ayudara a revolver la mezcla y acarrear baldes sobre los andamios; los domingos debía ayudar en la celebración de la misa, puesto que su familia era católica practicante.”

Ya desde el principio Fiorito establece a Milesi en su condición de obrero de “pura cepa”, *a los diez años ya andaba acarreando baldes sobre los andamios*. Asimismo es interesante remarcar que tuvo una formación religiosa. Fiorito lo presenta como algo legitimante, no sólo porque logra superarlo, sino también porque permite plantear que era una persona “normal”, “que provenía de una familia de bien”.

Más adelante continúa:

“Disconforme con esta vida, a los 14 años dejó la casa paterna con lo que tenía puesto, y recorrió el país en los trenes de carga, con su ‘linyera’⁸ o bolso: zafra de la caña de azúcar en el norte, cosecha de cereales en el centro, de arvejas y papas hasta la barrera del río Colorado: la típica vida del peón golondrina⁹. Objeto de conciencia al servicio militar, emigró a Uruguay en 1908, y volvió con la amnistía concedida en 1910 [Centenario de la Revolución de Mayo]”¹⁰ (...)

8 Linyera. (Del it. *lingera*). 1. f. Arg. y Ur. p. us. Atado en que el vagabundo guarda su ropa y otros efectos personales. (R.A.E)

9 Emigración golondrina es la emigración temporal y repetitiva de carácter anual sin establecer arraigo ni integración en la nueva comunidad, generalmente por motivos laborales no tradicionales y por tanto diferente a la trashumancia y vida nómada. En Argentina se llamaba así a la emigración de los obreros agrícolas italianos que se establecían en el país de octubre a diciembre, período de cosecha en Sudamérica y de pausa agrícola en Italia, aprovechando de tal manera el precio barato del tránsito en los barcos a vapor.

10 La serie de acontecimientos ocurridos en mayo de 1810 en la ciudad de Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de la Plata, dependiente del rey de España, y que tuvieron como consecuencia la deposición del virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros y su reemplazo por la Primera Junta de gobierno.

“En Montevideo vivió en el Centro Internacional, refugio de exiliados proletarios de distintos países, donde se desarrollaba una intensa actividad cultural: grupo teatral, representaciones en prosa y verso, recitales, lecturas comentadas. En esos años leyó toda la poesía y el teatro que caía en sus manos: a los 90 años todavía recitaba de memoria poemas clásicos aprendidos entonces. Volvió a los campos de Santa Fe, adquirió con un grupo de compañeros una máquina ‘corta-trilla’ tirada por caballos, y recorrieron las chacras de los pequeños y medianos arrendatarios cosechando ‘al tanto’. Paralelamente impulsaron la creación de numerosos Centros de Estudios Sociales, donde arrendatarios, colonos y peones aprendían a leer y a escribir, discutían los problemas políticos y sociales y se organizaban” (...)

“En 1912 se produjo en Alcorta la primera huelga agraria, a la que dieron su apoyo los Sindicatos de Oficios Varios, donde Pedro militaba. Allí Milesi conoció a José Boglich, cuya actividad y cuyos libros *El problema agrario y la crisis actual* y *La cuestión agraria* tuvieron gran influencia en el movimiento campesino que se desarrolló en la pampa gringa entre 1912 y 1921. Boglich y un obrero metalúrgico proporcionaron a Milesi material teórico sobre economía política e historia del movimiento obrero internacional.”

Observemos la utilización de palabras y expresiones como “disconforme” utilizada en relación a la vida que llevaba junto a su familia o “típica”, vinculada al trabajo de los peones golondrinas¹¹. Términos como estos van marcando el relato y se articulan junto con una fuerte imagen del militante autodidacta que “leyó” mucho. Sin embargo, Milesi se revela como un obrero “no tan típico” que se convierte en “autónomo” con una corta-trilla propia.

“De nuevo en Buenos Aires, aprendió a armar “*vitreaux d’art*” (trozos de vidrio unidos con plomo que ornamentaban ciertas ventanas y puertas), participó en la organización del gremio de esa especialidad, y más tarde intervino en la fundación del sindicato de la industria metalúrgica, que agrupó a los antiguos sindicatos de oficio en una sola organización.” Como en tantas otras partes de esta biografía, es interesante el silencio, o sea lo que Fiorito considera con mérito de ser y no relatado. Esto se evidencia en los saltos temporales y espaciales que se

¹¹ La realidad era que los “típicos golondrinas” eran inmigrantes provenientes de Europa que regresaban al final de cada cosecha.

encuentran en el relato. Por un lado, Milesi comenzó como ayudante de obra a los diez años junto a su padre que era un pequeño contratista; luego fue peón golondrina en Santa Fe, donde con el tiempo adquiere, junto a otros compañeros una corta-trilla, convirtiéndose en un trabajador independiente; luego de un breve período como metalúrgico, ya en Buenos Aires, va a ser parte de las cuadrillas de adoquinamiento de la ciudad, como trabajador municipal. Fiorito nunca explica por qué ni cómo Milesi vuelve a Buenos Aires, y es interesante el silencio luego de la huelga de 1912. El relato parece dar por sentado que Milesi emigra de la zona “por razones de persecución”, sin embargo también está la posibilidad de un trabajador bastante inestable, cuya característica militante era individualista ya que no termina de construir la organización junto a Boglich. Al mismo tiempo, aquí lo presenta como un obrero no tan típico sino más bien un trabajador especializado cercano al artesanado. Pero al mismo tiempo su individualismo es presentado como algo positivo. Al decir de Samuel: “El individualismo radical no sólo desafía las estructuras autoritarias sino que también cuestiona las premisas de lo colectivo [considerado...] como un instrumento de coerción, de promover la uniformidad” (Samuel, 2006: 8). Esto es notable porque Milesi, uno de los fundadores del comunismo y del trotskismo en la Argentina, queda como un “ácrata” anarcoindividualista en la percepción de Fiorito. Es evidente que la entrevistada selecciona entre sus recuerdos para construir un tipo determinado de militante más acorde con sus preferencias. En esto es importante considerar que si bien los textos del marxismo demarcan con mucha claridad las diferencias ideológicas entre una tendencia y otra, la realidad era muy distinta (Mastrángelo, 2011). Las fronteras que detentaba cada militante entre las ideas anarquistas, socialista y comunistas eran bastante difusas, y muchas veces lo que existía era una especie de sincretismo entre ellas. Lo más probable es que en Milesi convivieran ideas provenientes de todos estos sectores ideológicos, y que esto no fuera algo incoherente ni contradictorio sino que estuviera integrado en un todo práctico que explicaba la experiencia y que se traducía en un comportamiento militante particular.

“Se afilió al Partido Socialista Argentino y contribuyó a la creación de la Biblioteca del Centro Socialista de Villa Crespo, erigida con el trabajo personal de carpinteros, ebanistas, vidrieros, pintores, albañiles, soldadores, azulejistas. Participó como delegado en el congreso de Unidad Gremial (6 al 13 de marzo de 1922) donde nació la Unión Sindical Argentina, y fue también delegado a su primer Congreso Ordinario, en abril de 1924. Escribía regularmente en *La Organización Obre-*

ra (órgano oficial de la Unión), y mantuvo correspondencia en italiano y francés con dirigentes sindicales europeos. En 1930 el gobierno militar de José Félix Uriburu lo detuvo y lo confinó en el penal de Ushuaia, donde pasó un invierno.”

Esto también es interesante en la memoria que construye Fiorito. En 1921 ya había ocurrido la Revolución Rusa y el socialismo argentino había tenido, en 1917, una fracción obrera y de izquierda que fundó el Partido Comunista y que contaba a Boglich entre sus líderes. De hecho la influencia de Boglich sobre Milesi es tal, que éste último también participa de la fundación del PCA. Para 1922 y la fundación de la USA, Milesi era comunista y como tal participa en el congreso sindical. Poco más tarde es electo secretario general de la Asociación de Trabajadores de la Comuna, lo cual revela que su prédica tenía eco entre sus compañeros municipales.

Los datos anteriores desaparecen en el relato: de hecho la historia no es falseada, sino que es recortada. En el relato Milesi es un obrero consciente que se afilia al PSA. ¿Por qué esto y por qué no llama la atención en el relato? Esto toma una mayor dimensión cuando nos damos cuenta que el silencio oculta otra realidad: Milesi aparece en 1920 como miembro del recién creado Partido Comunista, del cual es expulsado a fines de 1922 por ser partidario del frente único con los socialistas (Tarcus, 2007: 423). Una posibilidad es que Fiorito habla desde la perspectiva de la “nueva izquierda” que emergió en la Argentina en la década de 1960, para la cual el PCA no era una opción revolucionaria.

A partir de aquí ocurre un interesante salto de quince años en el relato, justo en el período de auge del comunismo y de las grandes luchas obreras como la de la construcción de 1936. ¿Habrá participado Milesi en la huelga del '36? Si seguimos el relato de Fiorito no lo podemos constatar, quizás porque fue una huelga comunista. Una vez más, Milesi en la década de 1930 reingresa al PCA para ser expulsado en 1932 y funda una de las primeras agrupaciones trotskistas argentinas (la Izquierda Comunista Argentina de la cual es su secretario general). Eventualmente, en 1941, es expulsado del trotskismo al mismo tiempo que se convierte en miembro del Consejo Confederal de la Unión Sindical Argentina.¹² Es evidente que, durante todo este período, Milesi no

¹² La Unión Sindical Argentina (U.S.A.) fue una central sindical dominada por la corriente sindicalista revolucionaria fundada en la República Argentina en 1922. Fue originada en la fusión de la FORA anarquista con varios sindicatos autónomos. La USA fue organizándose como una central casi exclusivamente sindicalista revolucionaria, con algunos miembros anarcosindicalistas, rechazando abiertamente la acción política y el comunismo soviético. En 1930 se fusionó con la Confederación Obrera Argentina (COA) para crear la Confederación General del Trabajo (CGT). En 1935 la CGT se dividió en “CGT

sólo debe haber participado sino que, como comunista o trotskista y obrero del asfalto debe haber tenido un protagonismo en toda la conflictividad de la época.

Fiorito retoma su hilo histórico recién con el surgimiento del peronismo. “En 1945 propició la constitución de una alternativa política diferenciada tanto de la Unión Democrática como de la Alianza constituida por el Partido Laborista y la Junta Renovadora de la Unión Cívica Radical, que auspiciaba la candidatura de Juan Domingo Perón. Su moción no tuvo éxito. Entre 1948 y 1950 se jubiló y dejó la actividad sindical. Se radicó en Córdoba (Bialet Massé), y a mediados de la década de 1960 volvió a relacionarse con estudiantes y activistas sindicales; estableció amistad con Agustín Tosco¹³, secretario general del sindicato provincial de Luz y Fuerza. Hacia 1970 concurría asiduamente a ese Sindicato y al local de SITRAC-SITRAM¹⁴, daba charlas, intervenía en asambleas, jornadas y congresos de trabajadores. Participó en el dictado de cursos sobre historia del movimiento obrero argentino e internacional, para militantes y activistas de distintos sindicatos y agrupaciones gremiales y estudiantiles. Milesi murió en junio de 1981. Legó su único bien -el departamento donde vivía- para contribuir a la educación solidaria y al desarrollo del pensamiento autónomo de los trabajadores.”

Una vez más las palabras y los silencios son reveladores: “¿propició”, “diferenciada”? Lo hizo ¿ante quién? ¿en qué organización, en sindicatos? ¿dónde? La imagen que emerge es de alguien de trascendencia de masas, donde su opinión era atendida y discutida por miles. Aun así, cuando se remata con “no tuvo éxito” su propuesta alternativa a la candidatura de Perón, queda en claro que Milesi tenía razón, pero no sabemos quién lo rechazó. En realidad la “moción que no tuvo éxito” nunca llegó a las bases sindicales y fue votada en la Confederal de la USA. En el relato tampoco se explica por qué se jubila y se retira a

Independencia” y “*CGT Catamarca*”. Esta última, en 1937 se disolvió para recrear la Unión Sindical Argentina. Dirigida por Luis F. Gay (telefónico) desde 1939, la U.S.A. fue uno de los elementos constituyentes del Partido Laborista que llevó al General Perón a la Presidencia en 1946. Poco después se integró definitivamente a la CGT conducida por dirigentes peronistas.

¹³ Agustín Tosco (Coronel Moldes, provincia de Córdoba, Argentina, 22 de mayo de 1930 – 4 de noviembre de 1975) fue un dirigente sindical argentino del gremio de Luz y Fuerza, de ideología marxista, miembro de la CGT de los Argentinos y uno de los principales actores de la insurrección obrera y popular de mayo de 1969 denominada el *Cordobazo*. Asimismo, su planteo sindical se denominó “sindicalismo de liberación”.

¹⁴ SITRAC y SITRAM fueron los sindicatos de fábrica de la empresa Fiat en Córdoba. Entre 1969 y 1972 fueron el epicentro del sindicalismo clasista y revolucionario, en contra de la burocracia gremial peronista y de los modelos sindicales tradicionales.

un relativo destierro en el interior de la provincia de Córdoba. Lo que queda implícito es que el rechazo de sus compañeros y, suponemos, el surgimiento del peronismo sirven de explicación para que se jubile escasamente un par de años más tarde, con apenas 60 años. Esto también llama la atención: en el relato, previamente Milesi ha pasado de un trabajo a otro hasta que en 1922 se convierte en un obrero del asfalto municipal. Y aquí hay un salto nuevamente: entre 1948 y 1950 y la década de 1960, o sea más de una década, Milesi desaparece de la historia. En realidad, si prestamos cuidadosa atención al testimonio, entre 1930 y 1960 su participación parecería ser ínfima. Cuando reaparece en el testimonio no es como organizador si no como “formador” de las nuevas generaciones.

Fiorito redondea su semblanza, con una conclusión que no admite discusión y remarca la excepcionalidad de Milesi: “El hombre que no había cursado más que tres años en la escuela primaria, organizó decenas de centros de estudios sociales, creó bibliotecas, escribió artículos en revistas extranjeras y argentinas, aprendió otros idiomas para cartearse con dirigentes obreros, dictó cursos, intervino activamente en la organización de los trabajadores. Solía decir que había aprendido los rudimentos de la astronomía, la física, la geología, la antropología, en los libritos de la *Escuela Moderna*, del catalán Francisco Ferrer¹⁵. Hasta sus últimos días fue un lector obstinado, tenaz, que cuestionaba metódicamente cuanto pasaba ante su vista y que se interesaba por toda la ciencia, no solo con el objeto de acumular conocimiento, sino para actuar: llegó a leer las obras de Freud para entender mejor los trastornos de conducta de uno de sus allegados”¹⁶.

En esta breve biografía, Fiorito no hilvana los retazos de vida de Milesi, sino más bien construye una memoria determinada a partir de articular los datos que conoce sobre la vida del militante y su propia perspectiva forjada en el período del clasismo y la nueva izquierda de 1960. El rompecabezas biográfico que va armando selecciona cuidadosamente distintos aspectos de la vida de Milesi, tanto para dejar en claro su excepcionalidad como forjador de la conciencia y de las tradiciones obreras, como legitimador y necesario inspirador de la propia labor educativa de la entrevistada. En esos años Fiorito también había

15 Francisco Ferrer, 1859-1909) fue un famoso pedagogo anarquista catalán. Fue condenado a muerte por un consejo de guerra que lo acusó de haber sido uno de los instigadores de los sucesos de la Semana Trágica de Cataluña de julio de 1909. Su condena a muerte y su posterior ejecución levantaron una oleada de protestas por toda Europa y por América. Fue fundador de la Escuela Moderna.

16 Véase Milesi: “Pedro Milesi: su vida” Fundación Pedro Milesi, Córdoba, s/f.; Caglogio, 1980: págs.63 y 64

llegado a Córdoba y se convertiría en colaboradora del SITRAC, donde se conocieron.¹⁷ A partir de compartir experiencias y relaciones en común, el vínculo entre Milesi y Fiorito perduró en el tiempo, en la memoria que está fue tejiendo sobre el dirigente obrero. Como ella señaló, en otra entrevista: “Muerto Pedro Milesi, sus amigos y compañeros quisimos conservar la memoria de prácticas sociales que él y tantos otros concretaron en pueblos y ciudades, para mantener viva la conciencia de la clase obrera”.¹⁸ Al igual que al comienzo de su entrevista, en el último párrafo de la biografía, a modo de síntesis, Fiorito define la memoria de este obrero, militante y sindicalista que en su percepción es un ejemplo de lo que un trabajador debería ser: ese hombre que no había tenido acceso a la educación porque desde temprano debió salir a ganarse el pan, se convirtió en un autodidacta, que llegó a aprender otros idiomas para cartearse con trabajadores de otras nacionalidades y él mismo dictar cursos de formación en historia del movimiento obrero. Su condición de “formador de conciencia” también lo llevó a formar centros de estudios sociales y bibliotecas para que los trabajadores se reunieran y organizaran. Hasta su único bien, el departamento donde vivía, fue legado para seguir contribuyendo a la organización de la clase obrera. Este paradigma de obrero comprometido es la lección que quiere transmitir la memoria de Fiorito y tiene significado en su presente, de esta manera vincula su experiencia con la suya, convirtiéndose en una memoria colectiva o en la *tradición de los oprimidos*.

Otro testimonio, el de Abel Boholavsky, antiguo médico del Sindicato Clasista de Perkins (Córdoba) y militante del PRT-ERP, nos servirá como ejemplo para comprender la relación que se establece entre memoria y el significado que le atribuyen los testimoniantes desde su propia experiencia. A continuación, Boholavsky relata una anécdota de un compañero del PRT-ERP cuando éste conoció a Pedro Milesi:

“Porque algunos compañeros [eran] muy esquemáticos, entre los cuales se incluye el negro Mauro, planteaban que para entrar al partido, todos tenían que hacer primero una acción, o sea que ser combatiente. Entonces, incluso yo recuerdo hasta una minuta, porque nos reuníamos con Santucho, que decía que eran unos esquemáticos y que era una estupidez, que no le podían plantear a un dirigente de SITRAC SITRAM que quería

17 Fiorito había sido militante del Movimiento de Liberación Nacional (MALENA), de los hermanos Viñas, y cuando este se disolvió en 1968 tuvo un breve acercamiento a Vanguardia Comunista (de tendencia maoísta) a través de quienes ingresó en SITRAC.

18 Entrevista de Rubén Kotler, Córdoba 21 de noviembre de 2010. En http://relaho.org/index.php?option=com_content&view=article&id=29:entrevista-a-susana-fiorito&catid=20:cuentame-como-fue&Itemid=23&lang=pt

ingresar al PRT que tenía que ir a hacer una acción, porque era un dirigente de la clase, que si estaba ya de acuerdo con la línea del partido, pues ingresaba al partido. Si era un obrero, dirigente de la clase, de semejante sindicato, con semejantes consecuencias, que asumía el marxismo como ideología y que asumía la línea del partido, listo, tenía que ingresar al partido, y que no tenía que entrar primero al ejército ni primero hacer acciones. Pero había muchos compañeros, incluyendo compañeros de origen genuinamente proletarios como era el propio negro Mauro, que tenían una confusión. Doy otro ejemplo de esta confusión: cuando se hacen los famosos plenarios de SITRAC SITRAM que convocaron a encuentros nacionales que se llamaban ‘Plenario Nacional de Sindicatos Combativos, Agrupaciones Clasistas y Obreros Revolucionarios’, se hicieron dos, en el primero, me acuerdo que hablé, presidió, el viejo Pedro, -el viejo Pedro Milesi no sé si sabés quién es- y el negro Mauro no lo conocía. Yo estaba sentado al lado del negro Mauro y entonces el negro Mauro, claro, se impactó por la... la exposición que hizo el viejo Pedro, y entonces yo le dije que el viejo Pedro, es decir, no es que era un contacto nuestro pero que adhería mucho a nuestra línea, aunque no era miembro... que no era contacto, pero era un viejo dirigente obrero revolucionario, que simpatizaba mucho con nuestras posiciones políticas y con nuestro planteo, entonces me acuerdo que el negro Mauro, tan impactado me dijo ‘Uy, está bárbaro, a este viejo hay que captarlo y clandestinizarlo enseguida’, eso me acuerdo que me dijo el negro Mauro. Yo le dije ‘vos estás en pedo, cómo clandestinizarlo, si este es un dirigente de acá, de masas’, le explicaba quién era, qué sé yo y el negro Mauro seguía con la suya, el negro Mauro, cometía ese tipo de errores, y detrás del negro Mauro, otros compañeros, otros compañeros, entonces se planteaba siempre, un problema entre las líneas políticas”¹⁹.

El testimonio anterior es diferente a la memoria que guarda Susana Fiorito sobre Pedro Milesi. Aquí la experiencia de Bohoslavsky y del negro Mauro²⁰ está marcada por otro momento histórico, el ingreso a un partido revolucionario y guerrillero como el PRT. En el relato, la anécdota de Milesi pone de manifiesto una serie de cuestiones, todas a par-

¹⁹ Entrevista a Abel Bohoslavsky realizada por Pablo Pozzi en enero y febrero de 1999 en Buenos Aires.

²⁰ Negro Mauro: Carlos Germán fue obrero de SITRAC, luego empleado de correos, dirigente del PRT-ERP, y fue asesinado por las fuerzas represivas el 13 de noviembre de 1976.

tir de la construcción de una memoria determinada sobre este obrero emblemático. Por un lado sirve para ilustrar las diferencias en relación a cómo debían incorporarse a militar en el PRT-ERP. Según Boholavsky, algunos de los compañeros estaban confundidos en relación a este tema, lo cual le permite explicar más adelante en su testimonio la eventual derrota de la organización. En la visión del negro Mauro y otros compañeros de origen proletario, cuestión que remarca el entrevistado que le llama la atención, para entrar a militar primero había que hacer una acción, o sea ser combatiente. Esto entraba en tensión con otra línea política dentro del partido, a la cual adhería el testimoniante. Esto sirve para destacar la propia calidad del entrevistado: él si conocía al obrero emblemático, no así el dirigente de su organización; Abel tenía criterios proletarios, aunque era médico, no así el Negro Mauro que era de extracción obrera. En esa dicotomía de líneas políticas e ideológicas, la anécdota del negro Mauro de querer captar y clandestinizar a Milesi tiene un tono gracioso y anecdótico en el relato de Boholavsky, que lo plantea como un disparate. Aquí la memoria está atravesada por la mirada del presente del testimoniante. En este sentido, el ejemplo que tiene como protagonista a Milesi sirve como un prisma, donde la memoria tiene este viaje de ida y vuelta, donde Boholavsky ha revisitado su pasado y da una visión crítica de su experiencia y de sus compañeros en el PRT-ERP desde el hoy. Un elemento interesante es que Abel acepta que Milesi era un “dirigente de masas”, aunque en realidad sabemos que hacía unos 30 años que tenía escasa militancia que no fuera “de formación”. Esto es importante porque el clasismo cordobés lo aceptó como tal en su época. ¿Por qué? En realidad no lo sabemos, pero una posibilidad es que los viejos obreros marxistas en Córdoba estaban vinculados, hacia 1960, con el Partido Comunista y con el trotskismo. La “generación del ‘60” implicó una ruptura con esa tradición y ese pasado militante. Al mismo tiempo hacía falta establecer una tradición propia, al decir de Fiorito una “alternativa”, que fuera “revolucionaria” y que legitimara las nuevas prácticas militantes. En este sentido, Milesi, el obrero intelectual del Grito de Alcorta, es aceptado y construido como obrero revolucionario pero no del PCA –o sea, un clasista “*avant la lettre*”– más allá de la realidad de esta percepción.

La memoria construida aquí juega un papel de articulación de la tradición, en función de legitimar prácticas políticas presentes. Como señalan Fentress y Wickham la memoria tiene un inmenso papel en la sociedad, en los grupos y en las colectividades que las sostienen. La memoria nos recuerda quiénes somos, de dónde venimos. La memoria inserta nuestros recuerdos en la corriente de la memoria del grupo al que pertenec-

emos. Nos ayuda a definir y modificar nuestra identidad para adaptarla a la identidad colectiva, o para criticarla (Fentress y Wickham, 2003: 117).

De esta manera la memoria individual se incrusta en la memoria colectiva, dotándola de significado no sólo a nivel personal, sino a la identidad del grupo al cual pertenece Boholavsky, haciendo una mirada crítica de un momento de su historia, como así también del partido al cual pertenecía. De hecho, según el testimonio, si Milesi era un dirigente de masas histórico, y como lo expresa Boholavsky estaba con ellos, entonces allí estaba lo más avanzado de las masas revolucionarias.

En otro tipo de testimonio, en este caso una entrevista sobre el Cordobazo y la figura de Agustín Tosco, Abel Boholavsky, se refiere a Milesi de la siguiente manera:

“Tosco tenía una especie de padre espiritual, que era el viejo Pedro Milesi: era un obrero que había sido peón rural en el grito de Alcorta de 1912; luego se vino de obrero a Buenos Aires, donde participó unos años después en la ‘Semana Trágica’ de 1919; y estuvo preso muchas veces. Y se hizo revolucionario: primero anarquista, y luego comunista; pero a él le toca la época (años ‘20) en el que el PC se degenera con el estalinismo, y se va, con un grupo de trotskistas sueltos, pero no se sumó a nada, siguió siendo un marxista suelto. En la década del ‘30 participa en todas las luchas de la época junto a anarquistas y comunistas, y forma parte del CAER (Comité de Ayuda a la España Republicana), cuando la guerra civil española. Y este viejo, es uno de los que hizo el 17 de octubre de 1945. En la década del ‘70, publicó un artículo al respecto, rebatiendo las ideas gorilas de que ese era un movimiento reaccionario, como así también el exitismo peronista; él no era populista. Y como él no se sumó al peronismo, quedó como marginado, y se fue a vivir a Córdoba, y no sé en qué momento, conoce a Tosco, cuando el Gringo no era todavía conocido, y establecieron un vínculo, muy importante. El viejo Pedro Milesi, también estuvo en el Cordobazo. Yo no lo sabía, me lo contó el viejo unos años después, que cuando la sublevación empieza a ceder, y está por venirse el ejército dentro de la ciudad, Tosco le dice ‘vení viejo que te saco’, y en medio del Cordobazo, Tosco se fue con la camioneta del sindicato hasta Biale Massé, 30 Km., lo llevó a Pedro, lo dejó allí y cuando volvió, ahí cayó el Gringo, porque se quedaron en el sindicato. Esta anécdota Tosco no me la contó nunca, me enteré por el viejo. Yo me reunía con el viejo Milesi

en la clandestinidad en Capital Federal, porque él también se tuvo que rajar, con 85 años, porque estaba perseguido”.²¹

En este testimonio, Boholavsky recuerda al dirigente obrero y en ese proceso construye la imagen de un *revolucionario*, teñido también por las necesidades del presente del entrevistado. Halbwachs plantea que “El recuerdo es, en gran medida, una reconstrucción del pasado con la ayuda de datos tomados del presente, y preparada de hecho con otras reconstrucciones realizadas de épocas anteriores, por las que la imagen del pasado se ha visto ya alterada” (Halbwachs, 2004: 71).

Esta reconstrucción que realiza el entrevistado tiende puentes con su propia historia ya que él mismo se siente revolucionario. Para construir esta imagen el testificante apela a la historia, utilizando datos del pasado que son resignificados desde el hoy. En este testimonio Boholavsky no recorta la historia de Milesi y ofrece explicaciones breves y concretas de cada paso político. Sin embargo, al mismo tiempo, deja flotando las expresiones “no lo sabía” y Tosco “no me lo contó”, de esta manera se destaca su cercanía con Milesi, enfatizando su propio protagonismo. Abel no coteja, ni puede hacerlo, los datos que le relata el propio Milesi. De hecho, Milesi ha contribuido a construir su propia memoria para la nueva generación de militantes revolucionarios. ¿Participó en el Cordobazo? ¿Hizo el 17 de octubre? Fiorito no lo menciona, Abel no lo puede constatar, pero lo que le da veracidad al relato es que “él también se tuvo que rajar” y estaba en la clandestinidad. Lo que encierra este testimonio, en contraste con el de Fiorito, es que para Boholavsky la participación de Milesi en ciertos hechos fue destacada (“hizo el 17 de octubre”), y para Fiorito no es digna de mención. De hecho, para Abel el Viejo Milesi es un antecedente directo de las guerrillas de los ‘70, y el hecho que se “reúnan en la clandestinidad” implica una cercanía y un aval. En este sentido, la construcción de la “memoria” por la cual Milesi es un “prócer” constructor de la historia obrera y revolucionaria argentina emerge a partir de las necesidades de los entrevistados y de la propia historia que relata Milesi centrada en su descollante protagonismo. Milesi se convierte de esta manera en una figura clave dentro del relato de Boholavsky ya que en esta descripción hay una construcción de lo que debería ser un revolucionario. Y la clave está en que Milesi, luego de pasar por el anarquismo, el comunismo y el trotskismo, se convierte en un “marxista suelto” pero cercano a la guerrilla. Para Fiorito, en cambio, no hay una estructura partidaria que pueda “encasillar” a

21 Entrevista realizada a Abel Boholavsky por Roberto Turco Habichayn para el periódico digital de la Juventud Guevarista en el año 2009 con motivo de un nuevo aniversario del Cordobazo. <https://actividadesjg.wordpress.com/2009/06/11/entrevista-cordobazo/>

un libertario o, en palabras de Abel, un revolucionario que a los 85 años seguía huyendo por sus ideas.

Retomando a Halbwach, el autor sugiere que

Podemos recordar solamente con la condición de encontrar, en los marcos de la memoria colectiva, el lugar de los acontecimientos pasados que nos interesen...La sociedad, adaptándose a las circunstancias, y adaptándose a los tiempos, se representa el pasado de diversas maneras: la sociedad modifica sus convenciones. Dado que cada uno de sus integrantes se pliega a esas condiciones, modifica sus recuerdos en el mismo sentido en que evoluciona la memoria colectiva (...) Por supuesto, se hace necesario renunciar a la idea de que el pasado se conserva intacto en las memorias individuales, como si no se hubiese transitado por tantas experiencias diferentes como individuos existen. (Halbwach, 2004: 323).

En los testimonios analizados hemos puesto énfasis en cómo la memoria individual se inserta en la memoria colectiva. Siempre tamizada por las necesidades y miradas del presente, la memoria apela a la subjetividad de las personas, a la experiencia vivida. A su vez, existe la necesidad de que esa memoria se exteriorice, se haga pública. De esta manera se vincula a la memoria colectiva, al exteriorizarse la memoria individual ésta se articula, conecta y entrelaza con diferentes memorias colectivas.

La vida de Pedro Milesi según la memoria de Susana Fiorito y de Abel Boholavsky tiene esa característica en común, vincula su experiencia personal con la memoria de Milesi. Ambos recuerdan a un obrero, militante y dirigente sindical ejemplar. Rescatan su condición de luchador incansable, de formador de conciencia y de haber estado siempre ligado al movimiento obrero. Nunca se equivocó, ni sintió flaquear sus fuerzas; su lucha emerge en estas memorias como infatigable, sin recompensa ni reconocimiento hasta que por fin llegó la nueva generación de militantes que supo reconocer el valor de Milesi. En realidad no se trata ni de desmerecer la trayectoria de Milesi, cuya contribución indudablemente fue significativa, ni de cuestionarla. Lo que aquí interesa es cómo, entre tantos heroicos obreros pensadores y militantes, se selecciona a la figura de Pedro Milesi como ejemplificadora y "típica". Es más, comparado con otros como Rufino Gómez o los hermanos Manzanelli o el mismo José Boglich, Milesi fue una figura menor y relativamente inconstante: fue anarquista, socialista, brevemente comunista, cercano al trotskismo, más tarde clasista; duró poco tiempo en cada organización a la que se acercó siendo expulsado o yéndose solo. Pero fue también un militante clasista durante más de

medio siglo. La nueva generación sesentista y el clasismo obrero de fines de la década de 1960, encontraron en él precisamente eso: un obrero que no estaba vinculado ni a la tradición comunista ni a la trotskista, que había participado de gran parte de la historia obrera argentina, y que había encarnado en numerosos escritos, un espíritu crítico. Pero para que sirviera como “precursor” legitimante, había que reconstruir la memoria suprimiendo y resignificando aquellos episodios que no fueran de utilidad a esos objetivos.

Por ende, en el caso de Fiorito, su memoria enfatiza la condición de “formador de conciencia” de Milesi ya que esta memoria le sirve para su propio proyecto personal. Rescata el hecho de haber estado siempre comprometido con la clase a la cual pertenecía, ayudando a que los obreros pudieran organizarse, en esas piecitas modestas donde circulaban ideas del anarquismo y del marxismo, cientos de trabajadores aprendieron sus primeras letras y a la vez se concientizaban. Ese modelo, como ya lo planteamos en párrafos anteriores, sirvió de guía para el nacimiento de la Biblioteca Bella Vista y de la Fundación Pedro Milesi. De esta manera, la memoria individual de Fiorito se liga a la memoria colectiva.

En el caso de la memoria de Abel Boholavsky, él construye la imagen de un revolucionario en la figura de Milesi. Aquí su propia experiencia tiñe su mirada sobre el dirigente obrero, que nunca llegó a militar en un partido revolucionario como sí lo hizo Boholavsky. Él mismo relata que terminó siendo un marxista independiente. La visión positiva sobre Milesi queda de manifiesto en todo el relato que el testificante realiza. Podríamos vincular esta mirada positiva sobre el dirigente obrero con la de *rebelde* planteada por Raymond Williams. Para el autor,

La idea de rebelde aún lleva en su seno una fuerte valoración positiva, aunque de hecho rebeldes son pocos. El rebelde se asemeja al miembro en cuanto tiene un vigoroso compromiso personal con ciertos objetivos sociales, una identificación positiva de su existencia personal con un patrón específico de iniciativa social (Williams, 2003:93).

Esta valoración positiva de Boholavsky sobre Milesi como un *rebelde* también rescata en gran medida su propia historia de militancia. La anécdota de su compañero Mauro pone de manifiesto el ejercicio de visitar su pasado, de poder mirarlo desde su presente para analizarlo y criticarlo. En este caso también la memoria individual se inserta en el colectivo. De esta manera, contribuyen ambas memorias a lo que hemos denominado la construcción de una *tradicción de los oprimidos*. Fiorito

y Boholavsky se sitúan en esta tradición, de la cual se sienten parte, y junto a la memoria de Pedro Milesi, siguen luchando.

BIBLIOGRAFÍA

- Fentress, James y Wickham, Chris 2003 *Memoria social* (Madrid: Cátedra/ Universitat de Valencia).
- Halbwach, Maurice 2004 *La memoria colectiva* (Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza).
- Guinsburg, Carlo 1981 *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI* (Barcelona: Ediciones Península).
- Mastrángelo, Mariana 2011 *Rojos en la Córdoba obrera* (Buenos Aires: Imago Mundi).
- Pozzi, Pablo 2013 “Historia oficial y memoria obrera: Argentina 1976-1983”. Una primera versión de este trabajo fue presentada en el Encuentro de la Red de Resistencia y Memoria, Universidad Nacional de Lisboa, Portugal, 27 a 29 de junio de 2013.
- Samuel, Raphael 2006 *The Lost World of British Communism* (London: Verso Books).
- Samuel, Raphael 2008 *Teatros de la Memoria. Pasado y presente de la cultura contemporánea* (Valencia: PUV).
- Sorgentini, Hernán 2007 “Reflexiones sobre la memoria y autorreflexión de la historia” en *Direito a memoria e a verdade. Coletanea de subsidios III. Artigos científicos-internacionais* (Brasilia) junio.
- Tarcus, Horacio (director) 2007 *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*. (Buenos Aires: Emecé Editores).
- Williams, Raymond 2003 *La larga revolución* (Aires: Nueva Visión).

LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA SINDICAL: EL CASO DE LOS TRABAJADORES DEL SUTIN

Patricia Pensado Leglise*

El propósito de este texto es dar a conocer la experiencia de un grupo de trabajadores que lucharon por construir un sindicato democrático que incidiera en la vida política del país para transformarlo. Demostrando que era posible hacer gestión en la industria, es decir, que los trabajadores opinaran en cómo se debía manejar la industria nuclear.

Para lo cual se retoman tres entrevistas de trabajadores que ocuparon cargos de dirección sindical y que permanecieron firmes en los casi dos años que duró la lucha por impedir que cerraran su centro de trabajo Uranio Mexicano (URAMEX).

De tal manera, que sus testimonios serán continuas referencias de explicación e interpretación de los sucesos que aquí serán narrados.

* María Patricia Pensado Leglise es Dra. en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Profesora Investigadora del Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora. Imparte cursos en la licenciatura de Historia en el Sistema de Universidad Abierta y Educación a Distancia y en el Colegios de Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Entre sus publicaciones se encuentran en coordinación con Gerardo Necochea *Experiencia y expectativa, dos categorías históricas y ocho ensayos* (2014), la coordinación de *Experimentar la izquierda: historia de militancia en América Latina, 1950-1990* (2013), *Voltear el mundo de cabeza* también en coordinación con Gerardo Necochea (2011) y *El espacio generador de identidades locales: análisis comparativo de dos comunidades: San Pedro de los Pinos y El Ocotito* (2004).

Los entrevistados ingresaron al trabajo por contactos personales, en esa época esto era muy común, en el caso de Luis Felipe Salmones, quién es el primero en entrar a trabajar en 1970, se debió a la recomendación de un familiar y laboró en el área de cartografía y dibujo, fue Secretario General de su Sección. Manuel Vargas Mena, Ingeniero Químico, llegó en 1974 por invitación de Arturo Whaley, Secretario General del sindicato, se incorporó al Centro Nuclear del Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares (ININ) al proyecto de Radioisótopos, fungió como Secretario de Organización y Jorge Bustillos, licenciado en Administración de Empresas, ingresó también por invitación de una compañera, en 1975 empezó a trabajar como auxiliar de analista, y llegó a ser Secretario de Relaciones Exteriores del Comité Nacional.

¡POR LA UNIDAD DEL PROLETARIADO!

Haciendo suyo el legado del movimiento de los electricistas democráticos dirigidos por Rafael Galván, el Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear (SUTIN) fue la última organización social que sustentó desde la izquierda, las ideas del nacionalismo revolucionario que proponía un programa de reorientación nacional, popular y democrática de las empresas del Estado. De ahí que se planteara definir el papel del Estado en la energía nuclear, y el papel de los sindicatos en la sociedad.

Sus argumentos consistían en afirmar “que sólo el Estado podría garantizar el dominio nacional sobre la industria nuclear y que sólo el Estado podría conducir las actividades nucleares de manera eficiente y con criterios sociales” (SUTIN, 1984: 56), evitando caer en la dependencia de las empresas transnacionales, tal y como sucedía en países que habían dejado las actividades de producción y de desarrollo tecnológico en manos del sector privado energético.

En la práctica sindical democrática esto se traducía a contar con “la existencia de secciones con autonomía relativa y capaces de promover sus propias discusiones, administrar parte de sus cuotas sindicales, tener sus propios órganos de prensa [...] la democracia, de esta forma, es trascendente y auténtica cuando consigue que los trabajadores manifiesten, expongan y profundicen sus puntos de vista sobre sus problemas más inmediatos, sobre la situación de la rama de actividad donde laboran y, también, sobre el país entero. No en balde, los electricistas democráticos afirmaban, con certeza, que ‘democracia es programa’” (MAP, 1981: 221).

El SUTIN fue vanguardia de las luchas sindicales que se libraron en el contexto del movimiento de la insurgencia sindical, durante los años setenta. Una de las discusiones más importantes que se dieron en ese periodo entre las distintas organizaciones sindicales fue el de la indepen-

dencia sindical, la cual para algunos significaba impulsar la democratización de las organizaciones obreras existentes y para otros, se trataba de desarrollar la independencia organizativa fuera de las agrupaciones sindicales dominadas por dirigentes oficialistas, incluso proponiendo la creación de sindicatos distintos, al margen de los que ya existían.

Los trabajadores nucleares se pronunciaron por defender su autonomía ideológica y política respecto de la política y la ideología del Estado, pero manteniéndose en las organizaciones obreras existentes, como el Congreso del Trabajo, de la cual formaban parte desde 1980. Esta posición se interpretaba por los sectores más radicales del movimiento como neocharrismo, es decir, que recurrían a los mismos métodos que los antiguos charros, líderes corruptos e incondicionales del sistema político mexicano, bajo el argumento de que confiaban en las estructuras sindicales oficiales atreviéndose a participar en ellas. Mientras que grupos del gobierno y de las organizaciones del movimiento obrero oficial los calificaban de izquierdistas.

En realidad, su planteamiento era impulsar la democratización de las organizaciones obreras existentes, hasta lograr un programa proletario entre el conjunto de los trabajadores.

Uno de los entrevistados define la presencia del SUTIN en el movimiento obrero como bisagra entre el sindicalismo independiente y el oficial.

“... creo que en 81 empezamos a discutir con sindicatos del Congreso del Trabajo, nosotros dentro del Congreso del Trabajo, la formación de la Unión Nacional de Trabajadores (UNT), discutíamos con Hernández Juárez, con los tranviarios, con los pilotos de ASPA, con los maestros [...] quién llevaba la propuesta de la UNT era Arturo Whaley [...] convocábamos a congresos y reuniones en donde estaba el sindicato, la CTM, la CROC y por el otro lado pues las filas democráticas e independientes: el Frente Auténtico del Trabajo (FAT), los universitarios [...] había muchos sindicatos independientes más pequeños, que se reunían alrededor del SUTIN. Era una bisagra el SUTIN, unía a los dos y era el único capaz de convocarlos” (Bustillos, 2014: 10-11).

Ahora bien, rescatar la experiencia individual y colectiva de algunos ex trabajadores de la Industria Nuclear revela, lo que Peter Burke define como cultura obrera, es decir “el sistema de significados, actitudes y valores compartidos y las formas simbólicas (representaciones, artefactos) en las cuales cobran cuerpo” (Thompson, 1995: 8-19), que en estos trabajadores se desarrolló al compartir experiencias comunes en la vida

laboral, sindical, política, social y afectiva, lo que desplegó también lazos de confianza entre la base y la dirección sindical.

Sin hacer uso de la historia oral, es decir sin recobrar las voces de los trabajadores sería muy difícil comprender los casi dos años que duró la huelga del SUTIN, máximo si se considera que se trataba de trabajadores bien remunerados, debido al nivel de especialización que requería su trabajo y sobre todo comparándolos con los niveles salariales del resto de los trabajadores del país.

A partir de las décadas de los años setenta y ochenta, México atravesaba una crisis económica que asolaba la economía de los trabajadores al demeritar sus salarios ante la carestía de la vida y una crisis política frente a sus organizaciones corporativas y sociales, las cuales hacía tiempo habían dejado de representarlos.

Esta etapa se conoció como insurgencia sindical, debido a que muchos sindicatos decidieron demandar no sólo reivindicaciones económicas (aumentos salariales, mejores condiciones de trabajo) sino también a ejercer el derecho a organizar sindicatos en empresas donde no existían y a exigir libertad para elegir democráticamente a sus representantes.

Durante 1983 año en que el SUTIN estalló la huelga por aumento salarial de emergencia y contra la política de austeridad, se registraron 3500 huelgas¹ en todo el país (Argüelles Romo, 1983: 13-17).

El contexto en el que se vivió la experiencia sindical de los trabajadores del SUTIN, marcó el final de la política del Estado benefactor y el inicio de la aplicación de la política neoliberal, y con esta, la cancelación no sólo del proyecto del sindicalismo independiente sino de la fuerza política que detentaban los sindicatos.

El programa de reordenación económica del entonces presidente Miguel de la Madrid Hurtado “se situó en lograr la contención salarial acordada con el FMI, para el conjunto de las clases trabajadoras” (Economía Informa, 1983: 22). La política de estabilización apostaba a una reactivación orientada por el mercado y a una modernización en la que privara el abaratamiento de la fuerza de trabajo. Para lo cual también era necesario que la presencia del movimiento obrero como fuerza social perdiera importancia política.

1 La gran oleada huelguística comprendió al sindicalismo universitario (STUNAM, SITUAM, y UPN y doce universidades de provincia) empresas como el propio SUTIN, Industrializadora de Maíz CONASUPO, Leche industrializada CONASUPO, Bodegas BANRURAL, Industrias CONASUPO, Transportadora de Automóviles, Mineras, Industria Cementera y Yesera, Celulosa y papel, Beneficiadora de Cal y Ferroaleaciones de México, Sosa Texcoco, Calera de Juixtepec, S.A., Aseguradora Nacional Agrícola, Laboratorios Lepetit, Sintex, Embotelladoras de refrescos, trabajadores de tierra en las aerolíneas Iberia y Japan Air Lines, empleados de Salas Cinematográficas de la Compañía Operadora de Teatros, trabajadores de la construcción y del campo entre otras.

“Se va a buscar que el estado deje de depender de la base social encuadrada en sindicatos y otras agrupaciones afiliadas al partido gobernante, al PRI. Ello era un complemento necesario de la decisión de reducir el gasto social del Estado, el peso del sector estatal en la economía y el salario en términos reales” (Gershenson, 1987: 68).

¡POR LA SOBERANÍA NACIONAL!

Hay que señalar, como antecedente importante de esta efervescencia sindical, que después del fracaso y la represión al movimiento estudiantil de 1968 y de 1971 la militancia política de izquierda se volcó al movimiento sindical, de ahí que muchos de los dirigentes sindicales contaban con experiencias políticas previas en el movimiento estudiantil.

En el caso del Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear (SUTIN) esta situación de algunos de sus agremiados y dirigentes se tradujo en el interés por la vida política del país, en particular a conocer a fondo la vida sindical y de las instituciones corporativas. Esto los condujo a fungir ante el movimiento obrero nacional como eje organizador y promotor del movimiento sindical que demandaba la reestructuración sobre la base de sindicatos nacionales únicos en cada rama de actividad, con autonomía en sus secciones e independencia del sindicalismo.

El planteamiento de los sindicatos nacionales de industria era estratégico para que “los trabajadores de un mismo sindicato, dentro de una rama industrial estuvieran en condiciones de poder orientar esa rama industrial de la economía en determinado sentido” (Vargas Mena, 2014: 19).

Uno de los hechos que originaron que el SUTIN desarrollara una conciencia nacionalista fue la experiencia de haber luchado por constituirse como un “Organismo Público Descentralizado del Gobierno Federal, con personalidad jurídica y patrimonio propios en los términos de la Ley Reglamentaria del Artículo 27 Constitucional en Materia Nuclear [...] (que estipula) que corresponde exclusivamente a la Nación el aprovechamiento de la energía nuclear y es facultad exclusiva del Estado mexicano llevar a cabo la exploración, explotación, beneficio y comercialización de los minerales y materiales radioactivos” (Uranio Mexicano, 1979:13-14). Lo cual por estar vinculado con la explotación de los recursos naturales y estar amparado por el Artículo 27, lo facultaba a pedir y obtener por conducto del Comité Ejecutivo Nacional, información sobre la definición y aplicación de criterios técnicos. Lo que ocasionaba estar más ligado a la vida productiva, y de alguna manera a incidir y vigilar la explotación de los recursos productivos, en este caso el uranio.

¡DOMINIO DE LA NACIÓN SOBRE LA INDUSTRIA NUCLEAR!

Como parte de la lucha por la soberanía de la industria nuclear, desde sus inicios en 1973, plantearon la necesidad de contar con reactores de uranio natural, como base del programa nucleoelectrico para la generación de electricidad, debido a que “Los reactores de uranio natural llevan un proceso bastante más accesible tecnológicamente, los de uranio enriquecido son mucho más complejos e inclusive tienen dentro del mismo proceso productos del plutonio, y por ende secretos militares, etcétera, etcétera, que no lo harían accesible. Entonces, es la línea de uranio natural que debemos usar para que en México se establezca. ¿Cuáles son esos? Los reactores canadienses, los reactores que se establecieron en la India... y esa era nuestra apuesta [...] ir creando dentro del aparato de investigadores y académicos toda una conciencia tendiente a decir: no basta con que te pongas a investigar. Necesitamos que se genere esta claridad para poder comprometernos con el impulso de estos proyectos” (Vargas Mena, 2014: 7).

¡POR UNA INDUSTRIA NUCLEAR INTEGRADA Y NACIONAL!

En 1974 los trabajadores del SUTIN consiguieron el reconocimiento de su contrato colectivo y se conformaron como secciones del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM). Para lo cual, se formó una comisión tripartita, en donde participaban la Comisión Federal de Electricidad (CFE), el Instituto Nacional de Energía Nuclear (INEN) y el SUTERM, con la finalidad de elaborar un plan nuclear nacional que garantizara la independencia nacional, el máximo aprovechamiento de los recursos naturales, el mínimo costo y la máxima participación de la industria nacional.

La decisión de ingresar al SUTERM se fundamentaba en que si la actividad central de los trabajadores nucleares era utilizar la energía nuclear para la generación de electricidad, debían formar parte del proyecto de unidad de los trabajadores electricistas de formar un solo sindicato, con el propósito de impulsar la integración de la industria eléctrica nacionalizada. Así como también, mejoraría su situación laboral en el marco del Apartado A y de la Ley Federal del Trabajo.

“... hablamos con Rafael Galván, que era en aquella época presidente de la Comisión de Vigilancia del SUTERM, ya conformado como sindicato único, y entonces Arturo (Whaley) se acerca, le plantea la posibilidad, dado que dentro de la materia de trabajo del Instituto hay un área que tiene que ver con la posible generación de energía eléctrica a futuro, entonces que si podíamos pertenecer a este sindicato... a Rafael Galván le pareció interesante la posibilidad, porque los planteamientos del sindicato eran bastante cercanos a los planteamientos que frente a la industria eléctrica tenía Galván y toda el ala democrática del sindicato” (Vargas Mena, 2014: 15-17).

Si bien el SUTERM desde marzo de 1973 aceptó la incorporación de los trabajadores nucleares a sus filas, el registro formal lo otorgó el presidente Luis Echeverría Álvarez hasta el primero de mayo de 1974.

Resulta interesante observar como recuerda este hecho uno de los entrevistados, quién no puede abstraerse de la carga ideológica que simboliza el Palacio Nacional, recinto del poder ejecutivo, quién detentaba el poder omnipotente del país y la presencia del ejército, que después del 68 y el 71 época en que muchos de ellos habían sido estudiantes, lo percibían y asociaban como sujeto de represión a los movimientos sociales.

“Entonces nosotros nos metimos a esa ala de don Rafael Galván, al cual le debemos yo creo que la formación de muchos también de nosotros [...] don Rafael

Galván era la persona más clara que se puede uno imaginar en este país, era priísta, sí, pero fue de los que se atrevieron a discutir contra el régimen. De ahí que bueno, posteriormente fuera expulsado. Era la Tendencia Democrática, así se llamaba la Tendencia Democrática del SUTERM y ahí estábamos nosotros, entonces él nos jaló y nos permitió entrar, al entrar nos permitió ganar el Contrato Colectivo del que yo hablaba, nos permitió ganarlo.

Era un primero de mayo, lo tengo pero bien presente, íbamos pasando frente a la puerta de Palacio, quiero recordarlo pero se me va, estaba Farell Cubillas, como Secretario de Trabajo, después fue director de la Comisión Federal de Electricidad [...] llegando a Palacio nosotros gritando nuestras consignas, nunca fueron ofensas [...] entonces nos hizo la seña el presidente (Luis Echeverría Álvarez) de que pasáramos y todos nos quedamos ¿qué onda, no? o sea abriendo las puertas de Palacio y mira todavía se me enchina la piel. En ese momento el ejército que estaba haciendo valla cortaron cartucho, a muchos de nosotros se nos cayeron los calzones, eh porque “y pásale, ¿no?, pero solos”, no con SUTERM, no con SME, solos, entonces pasamos y la sangre nos hervía a todos, llegamos a uno de los patios de ahí y se anunció por Farell Cubillas que nos aceptaban y nos daban el contrato colectivo de trabajo, entonces fue algo formidable” (Salmones, 2013: 10).

Sin embargo, la presencia de los trabajadores nucleares en las filas del SUTERM duró muy poco tiempo, debido a que los electricistas democráticos iniciaron un movimiento por la reinstalación de los dirigentes nacionales despedidos y por continuar la lucha por la democracia sindical al interior del sindicato.

Como resultado de esta lucha se creó en 1975 la Tendencia Democrática, dirigida por Rafael Galván, que proponía entre otras demandas la integración de todo el sector eléctrico, la creación de sindicatos nacionales de industria, la reinstalación de los despedidos y la democra-

tización de los sindicatos. La sección de los trabajadores nucleares se sumó a la lucha de los electricistas democráticos.

Jorge Bustillos lo explica de la siguiente manera: “La democracia se planteaba desde el punto de vista de tener la posibilidad de elegir a los dirigentes y de no imponerlos en las secciones del SUTERM. Y pues el manejo de las cuotas. Y la otra parte también tiene que ver un poco con la relación de esta dirigencia del SUTERM con el gobierno, y la visión que se tenía frente a la industria eléctrica. La Tendencia Democrática planteaba una cosa más integral, en donde pudiera haber una fusión, una Compañía de Luz y Fuerza del Centro y pudiera concebirse como una industria integral en la ciudad; con cierta reivindicación de las banderas del nacionalismo revolucionario, del Estado protector, el Estado nacionalista, el Estado que reivindicaba la propiedad sobre las industrias estratégicas [...] Yo creo que esas eran lo que distinguía a la Tendencia Democrática. Tenía banderas que iban más allá, dijéramos, de las reivindicaciones laborales inmediatas [...] Y también eso empapó a las secciones nucleares, ¿no? Que, pues también había una dirigencia vanguardista, dijéramos, con una visión más amplia de lo que podía ser el significado del movimiento sindical, entendiéndolo como un instrumento transformador de la sociedad.” (Bustillos, 2014: 3)

Para Galván era claro que derribar al charrismo, ese sistema de compadrazgo que promovía políticas clientelares y que se subordinaba a los mandatos del gobierno no era “una tarea que pueda cumplir una sola agrupación sindical, por aguerrida que sea: es tarea para un movimiento sindicalista provisto de una dirección política consecuente y eficaz y los medios para hacerla producir, por la vivienda, el transporte y todos los servicios básicos, por la democracia y la independencia” (Galván, 1990: 188).

Al ser reprimido el movimiento en 1976, los nucleares fueron expulsados del SUTERM, cuando se anunció la huelga para el 16 de julio de “bajar el switch”, misma que fue impedida por la intromisión de la fuerza pública.

En un desplegado que apareció en el diario Uno más uno, en diciembre de 1977, los trabajadores nucleares advertían del propósito del gobierno de “desmembrar su organización sindical por su trayectoria democrática y combativa; y por haberse mantenido pese a las agresiones, en la lucha de la Tendencia Democrática, en la lucha por una política nuclear independiente y en todas las luchas democráticas de la clase obrera y del pueblo” (Desplegado Uno más uno, 1977).

La identificación de los trabajadores nucleares con la lucha que daba Rafael Galván, les proporcionó una visión más amplia de los problemas que atravesaba el país, no sólo en el sindicalismo, sino también con otros grupos sociales, como los campesinos y el sector popular. De-

bido a que Galván promovía un programa político sindical con alcances nacionales, en ese momento los electricistas democráticos luchaban por la defensa de la democracia sindical, la gestión industrial y la forma misma de organización industrial.

Retomando los principios del nacionalismo revolucionario planteaban organizar a los sindicatos por rama industrial, más que por empresas y de esta manera incidir en la orientación de la rama industrial en la economía de los diferentes sectores productivos.

Se proponía un nacionalismo que diera continuidad a las reformas políticas y sociales que había planteado la Revolución mexicana, y que el gobierno había abandonado.

¡ESTE PUÑO SI SE VE!

La experiencia que el SUTIN recibió del movimiento democrático de los electricistas se materializó no sólo en sus principios ideológicos, sino también en sus acciones al interior del sindicato y hacia el exterior, frente a los movimientos sindicales que se presentaban en el país o fuera de él. De tal manera que la lucha tanto por la defensa de los recursos naturales como las actividades de solidaridad con los trabajadores y los movimientos revolucionarios en otros países ocuparon un papel muy importante.

En el primer caso, en 1978 lograron revertir la iniciativa de ley del presidente del país José López Portillo, para reglamentar el Artículo 27 Constitucional en materia nuclear. “En esa iniciativa, además de darse las medidas administrativas para terminar de una vez por todas con el sindicato de los nucleares [...] se establecían las condiciones para que buena parte de la futura industria nuclear pudiese quedar en manos privadas” (Ponce, 1983: 9).

En cuanto al segundo, innumerables fueron las muestras y los apoyos ofrecidos a los movimientos huelguísticos nacionales, a la resistencia chilena, a la Unión de Electricistas de Estados Unidos, a la Revolución nicaragüense y a la insurgencia salvadoreña.

Los entrevistados coincidieron en señalar que la solidaridad, no sólo fue un rasgo que caracterizó al sindicato frente a otras organizaciones, sino que se convirtió en una actitud ética de su praxis sindical. Al respecto los siguientes testimonios:

“... yo tengo, sin temor a equivocarme pienso que éramos el sindicato que más ayuda daba al sindicalismo en México. Se nos acercaban en cada asamblea uno o dos sindicatos para pedirnos ayuda, bien fuera económica que siempre la dábamos [...] se votaba en asamblea [...] si la asamblea era a nivel nacional, el resultado de nuestra asamblea se sumaba al resultado de las otras secciones y tomábamos acuerdos” (Salmones, 2013: 13).

“Esta vertiente de la solidaridad, es de los rasgos más importante del SUTIN, que marcaron así su personalidad [...] el 80% de los recursos que aportábamos los trabajadores a nivel nacional se destinaban para solidaridad de diferentes tipos. Y era dinero en efectivo a movimientos de huelga, apoyo con banderas, apoyo con desplegados, apoyo con realización de marchas o eventos... por ejemplo, en el caso de Nicaragua y El Salvador, los apoyos frecuentes a estos movimientos con visitas allá, con arropar a compañeros acá en México. Y tenemos 20% para la operación del sindicato. Que era mantener el periódico sindical, el traslado de compañeros a nivel nacional para movernos, para conectarnos, para comunicarnos... que era muy poco, realmente. Y lo más destacado en esto, es que la forma en que se resolvía eso, era que cada semana en las asambleas se tomaba la decisión de qué hacer con lo que tenían las arcas sindicales. Cada semana se entregaba un informe de tesorería. Una cosa increíble [...] el abanico de las relaciones que tenía el SUTIN era amplísimo. O sea, era increíble el trabajo dentro de las instalaciones del sindicato, todo el día teníamos visitas, todos los días teníamos que salir a una marcha, o ir a alguna asamblea de algún movimiento, de algún sindicato. O sea estábamos atiborrados de trabajo. A tal grado que yo no era el único comisionado de tiempo completo, sino también mi suplente Silvia Ramos” (Bustillos, 2014: 18-20).

“Cuando se viene el triunfo de la Revolución Sandinista, pues la gente en Nicaragua tenía una gran carencia. No solamente en el plano económico material, sino también en el plano técnico, tecnológico [...] el Frente Sandinista se acerca a las organizaciones sindicales. Tenemos estos problemas [...] tenemos las minas de oro para la extracción y el beneficio del oro, pero pues los técnicos se fueron. Triunfa la revolución y salieron [...] entonces se habla con la administración de Uranio Mexicano: “necesitamos técnicos para Nicaragua, que sigan siendo pagados por Uranio Mexicano.” Entonces se conforma una brigada de ingenieros químicos, metalúrgicos, etcétera, que se van a Nicaragua. Se van a radicar año, año y medio [...] se iba la gente que quería irse por supuesto [...] varios compañeros se inscribieron. Bueno, tú das el perfil... Y algunos se fueron con su pareja, otros se fueron solos, otros se encontraron allá pareja” (Vargas Mena, 2014: 12).

¡POR UN MEJOR NIVEL DE VIDA DE LOS TRABAJADORES!

Fue hasta febrero de 1979 que entrará en vigor los contratos colectivos entre el Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear (SUTIN) y los organismos descentralizados Uranio Mexicano (URAMEX) e Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares (ININ), presentado ante el Director de la Junta de Conciliación y Arbitraje por el entonces Director General de URAMEX, Doctor Francisco Vizcaíno Murray y el Ingeniero Arturo Whaley Martínez, Secretario General del sindicato. El sindicato quedaba en el Apartado A, con todas la prerrogativas que este apartado les amparaba.

De esta manera, “ lo que era el Instituto Nacional de Energía Nuclear (INEN) se dividió en Uranio Mexicano, que eran las oficinas que estaban en el Distrito Federal, las oficinas de campo que estaban en el norte de la República Mexicana y la otra parte era la investigación que era el Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares, el ININ, y se formó una tercera que era la Comisión Nacional de Seguridad y Salvaguarda que era la que iba a ser la rectora, la coordinadora de todas las actividades. Nosotros (se refiere a los trabajadores de URAMEX) teníamos a nuestro cargo la exploración, la explotación y el beneficio del mineral, que en este caso era el uranio, por eso se llamaba Uranio Mexicano. El ININ tenía la parte de investigación, tanto de reactores como de investigación en la medicina, en la salud, en la educación, en todos los otros campos que tenían que hacerse con el material que estábamos extrayendo [...] estábamos conformados en secciones [...] estaba la sección que estaba en el Distrito Federal, posteriormente se formó la sección del Centro Nuclear que pertenecía al ININ. Entonces siendo un solo sindicato, teníamos dos empresas (URAMEX y el ININ), como éramos secciones del sindicato, pues cada quién tenía una vía relativamente libre para hacer su gestión. Había comités ejecutivos seccionales, había comité ejecutivo nacional”(Salmones, 2013: 3-4).

Los 1417 afiliados con los que el SUTIN contaba en ese momento, comenzó a tener una presencia significativa en el Congreso del Trabajo. “Al mismo tiempo había conseguido que en la legislación para la industria nuclear se estableciera la exclusividad del Estado sobre todas las fases productivas del aprovechamiento y generación de la energía nuclear” (Trejo Delarbre, 1990: 207).

También se extiende la prospección regional en Chihuahua, Sonora, Tamaulipas - Nuevo León, Coahuila – Durango, Oaxaca y San Luis Potosí. Inicia la evaluación geológica de los yacimientos más conocidos de Chihuahua (SUTIN, 1984: 23).

¡LA OPCIÓN OBRERA ÚNICA VÍA!

Otro de los aspectos más sobresalientes, fue el cuidado que siempre tuvo la dirección del sindicato por mantener una relación directa con la base trabajadora, procurando siempre su participación tanto a nivel del sector como a nivel de la empresa, en la construcción y operación de la industria.

Este es el espíritu con el que nacen los grupos de discusión que se crearon como la instancia para debatir los problemas inmediatos de cada sección, así como los que planteaba la dirección del sindicato.

Como resultado de esta interacción, la dirección obtuvo el arraigo de sus propuestas en la mayoría de las bases. Así como también se produjo una relación de mayor confianza y cohesión entre ambos. No obstante, también era foro de las corrientes opositoras quienes manifestaban sus divergencias con los lineamientos del Comité Ejecutivo Nacional.

Felipe, Manuel y Jorge lo recuerdan de la siguiente manera:

“Se hicieron reuniones para discutir lo que eran los estatutos, que estaban los estatutos, pero nadie los conocíamos, como íbamos a defender algo que ni teníamos la menor idea. Entonces se fueron conformando pequeños núcleos de discusión” (Salmones, 2013: 6).

“...las áreas de trabajo, se reunían una vez por semana de manera regular y permanente a discutir pues los temas, la agenda que por un lado pudieran proponer los trabajadores del mismo grupo, y que por otro lado, los dirigentes o representantes sindicales llevaran a debatir. Entonces era una permanente retroalimentación de los problemas sindicales que se daban (laborales, de todo tipo dentro de los grupos de trabajo) y también de los diferentes aspectos que la dirección del sindicato consideraba importante que se conocieran, que se analizaran, que se difundieran, para posteriormente poder llegar a la toma de decisiones en asambleas y demás” (Vargas Mena, 2014: 8).

“Se iba construyendo una conciencia colectiva, política de lo que había alrededor. Nadie podía decirse desinformado, que no sabía. Pues al momento de tener la reunión estábamos enterados, algunos estábamos con dudas. Pero no por falta de información, sino al contrario, porque teníamos información y sabíamos dónde estábamos parados” (Bustillos, 2014: 8).

Esta instancia creada para la discusión de los problemas colectivos es la que más enorgullece a los entrevistados, porque consideran que de

ella dependió el funcionamiento democrático del sindicato; los temas de discusión tuvieron dimensiones nacionales e internacionales, lo que condujo a una mayor politización y comprensión de los movimientos sindicales y políticos que se desarrollaban en el país y en el extranjero.

Por otra parte, “se obligaba a los trabajadores, y por ende al sindicato, a buscar de manera permanente su capacitación y superación técnica y profesional pues resultaba evidente que la mejora de sus condiciones laborales y sus remuneraciones dependerían de que estuvieran actualizados sobre su materia de trabajo y el modo más eficiente y seguro de realizarlo”(Ejea, 2014: 5).

En este sentido, se creó también en 1980 la Escuela sindical, en la que se debatían los problemas nacionales, funcionaba como un círculo de estudios abierto a todos los trabajadores que quisieran participar. Cabe mencionar que aquí participaron un grupo de intelectuales de izquierda destacados y comprometidos con el sindicalismo democrático que acudían a dar conferencias sobre distintos temas, economía, política, el Estado y el régimen político, movimientos sociales. Entre ellos se pueden mencionar al propio Rafael Galván, Arnaldo Córdova, Rolando Cordera, Adolfo Sánchez Rebolledo, Carlos Pereyra, José Woldenberg, Raúl Trejo Delarbre, Luis Emilio Giménez Cacho y Rafael Cordera.

Todos ellos participaron también en el Movimiento Sindical Revolucionario (MSR), organización que formó Rafael Galván y que tenía como propósito ser “una gran organización de sindicatos independientes y de tendencias sindicales democráticas” (Galván, 1990: 183), además de incluir a los movimientos campesino y popular del país. Contaron con una publicación denominada Solidaridad² que se distribuía en algunas librerías y en los sindicatos, entre ellos el SUTIN.

Si de alguna manera se puede caracterizar a la vida sindical del SUTIN es que fue muy intensa, como la califica Jorge Bustillos : “... la vida de las secciones nucleares era una vida sindical muy intensa. O sea era un sindicato vivo. Sentías el latido de su corazón todo el tiempo porque eran: asambleas semanales, consejos nacionales mensuales, consejos técnico semestrales y congresos nacionales anuales, y grupos de discusión una vez a la semana con cada área de trabajo [...] Todo, salvo los grupos de trabajo, las reuniones de los grupos de trabajo, se hacían fuera de horarios laborales. Pero los grupos de trabajo, llegábamos a acuerdos con los directores de las áreas, y pedíamos permiso para te-

2 Solidaridad fue una revista que se vinculó con las luchas concretas de los trabajadores y como mencionaba Rafael Galván, “con la dura vida de las masas, a diferencia de las publicaciones que se elaboran desde el alto cielo de una sabiduría sin alma, sin nervio”, en Rafael Galván, cit., p.181.

nerlo temprano... normalmente era a las 8 de la mañana, una cosa así, tempranera. O bien, media hora antes de salir” (Bustillos, 2014: 5).

Esta condición configuró un sindicato donde se desarrolló entre las bases un proceso de politización que adquirieron a lo largo de su praxis sindical y que se manifestó en todas las luchas que libraron.

¡LA HUELGA Y LA DEFENSA DE LA ECONOMÍA NACIONAL!

El 30 de mayo de 1983, el SUTIN junto con doce sindicatos universitarios y algunos sindicatos pertenecientes al Congreso del Trabajo (CT) y a la Confederación de Trabajadores de México (CTM) estallaron una huelga por aumento salarial de emergencia y contra la política de austeridad del gobierno.

Se declaraba públicamente: “Los trabajadores nucleares, al igual que otras organizaciones de trabajadores, hemos estallado la huelga por aumento salarial de emergencia y manifestamos ante el pueblo las razones y circunstancias de nuestra acción, por considerarlas comunes a todo el pueblo de México [...] Insistimos en la reorientación económica y la reactivación de la producción sobre varios pilares fundamentales” (Desplegado Uno más uno, 1983).

En ese momento “el SUTIN contaba con 4000 afiliados, trabajadores de URAMEX, ININ y de la empresa privada Radiografías Industriales, S.A., agrupados en secciones del Distrito Federal, Centro Nuclear de Salazar, Estado de México, Chihuahua, Reynosa, Torreón, Hermosillo, Oaxaca y San Luis Potosí, y delegaciones de Irapuato, Guanajuato y Maquixco” (SUTIN, 1983: 27).

Para dividir el movimiento entre los trabajadores que laboraban en URAMEX y los que estaban en el ININ, a tres días de la huelga se declara inexistente en el ININ, por no haber suspendido labores en uno de los centros de trabajo, el Centro Nuclear de Salazar, Estado de México, donde se concentraba la oposición a la dirección del sindicato.

En dicho centro este grupo de trabajadores argumentaba que no había condiciones para la huelga, y que no se conseguiría el aumento salarial, además hacían suyo los argumentos de las autoridades del ININ, quien “solicitó de inmediato la declaración de inexistencia de la huelga argumentando que no había desequilibrio entre los factores de la producción y que en todo caso este desequilibrio sería a favor del ININ y no en su contra; que no era la mayoría de los trabajadores la que había estallado la huelga; y que la suspensión de labores no se había producido en el Centro Nuclear en la fecha y hora señalada en el emplazamiento” (SUTIN, 1983: 33).

En realidad, estas medidas cumplían el propósito de esquirolea la huelga en el ININ contra el acuerdo mayoritario nacional de estallar-la en todos los centros de trabajo de URAMEX y del ININ.

Así lo manifiestan las opiniones de los trabajadores sobre la huelga:

“Sí, llega un momento en que vienen las devaluaciones, vienen los aumentos en los costos y precios y se plantea a nivel general por parte del sindicalismo, inclusive del sindicalismo controlado un aumento de emergencia, el cual nosotros apoyamos [...] nosotros salíamos de una revisión de contrato, o sea, tal vez nuestro sueldo soportaba eso, pero era una injusticia lo que estaba pasando en el movimiento obrero. Entonces se hicieron los planteamientos para hacer los emplazamientos a huelga de todo el sindicalismo en México, democrático y no democrático, charro y no charro, blanco y no blanco, entonces nos fuimos a la huelga [...] a nivel nacional decidimos irnos a la huelga, pero con la consabida traición que hubo, por parte de los dirigentes de la otra empresa, del ININ [...] ya había muchos enfrentamientos entre el Comité Ejecutivo Nacional y los dirigentes de esas secciones [...] (el Comité Ejecutivo Seccional) ellos votaron en contra de la huelga, a pesar de que hubo secciones del ININ que si votaron la huelga [...] entrar a un movimiento de huelga dividido, aunque eran dos empresas y eran dos patronos, era el mismo sindicato, pero entrar divididos nos debilitó muchísimo” (Salmones, 2013: 15-16).

“...estábamos todos muy dentro de la euforia del movimiento de la huelga. Es decir, como estar en una huelga, pues sí como que nos acerca más al prototipo de revolucionario, de luchador. Yo creo que si tuvo mucho ese carácter [...] lo que hacíamos dentro de la administración del Centro Nuclear, era hablar con la gente, era darle apoyo a los compañeros de URAMEX [...] Las colectas, los volanteos... todo esto que se daba, el poder ir a otras organizaciones sindicales, a platicar a hablar; la participación en las marchas. Entonces todo eso fueron tareas que estuvimos desarrollando, digamos que fuera de las horas de trabajo. Y dentro de las horas de trabajo [...] hablando con la gente y planteándole la necesidad de la solidaridad. Sobre todo la solidaridad económica, porque pues finalmente la gente que estábamos en el Centro Nuclear pues cobrábamos, pero la gente de URAMEX no [...] lo que detonó después la salida de muchos de nosotros, fue cuando se planteó la necesidad de un recuento dentro del Centro Nuclear [...] Y entonces pues llegaron estas gentes, llegaron a una oficina, y entonces no las dejamos salir. Los que estábamos en contra del recuento. Porque ese recuento era en el sentido de golpearnos [...] A varios de nosotros nos identificaron como gente que estuvo en eso y nos corrieron...” (Vargas Mena, 2014: 27-28).

¡REINICIO INMEDIATO DE LABORES EN URAMEX!

El 23 de junio, el sindicato se desistió de la huelga en URAMEX, con el argumento de que el aumento salarial que habían recibido en febrero de ese año en la revisión contractual, era el mismo del 14 de junio, en el que los salarios mínimos nacionales habían aumentado en la misma proporción de un 15.6%.

“Lo que parecía un triunfo del movimiento obrero fue en realidad una treta del gobierno. Las huelgas del grupo CT y CTM finalizaron, pero a los universitarios no se les otorgó el aumento y el SUTIN fue desmantelado mediante una acometida de argucias legales y coerción política que culminó el 19 de diciembre de 1984 con la aprobación de la nueva Ley Nuclear.” (Ejea, 2014: 1).

La administración de URAMEX lanzó su ofensiva, negándose a recibir las instalaciones, argumentando que era improcedente el desistimiento unilateral del sindicato huelguista y lanzando críticas sin fundamento, mencionaban inoperancia de URAMEX, costo oneroso de sus actividades y reducido consumo previsible de uranio. En realidad, se trataba de presionar al sindicato para que aceptara la liquidación de todos los trabajadores de URAMEX mediante una huelga forzosa convertida en paro patronal.

El testimonio de Felipe resulta muy elocuente al dar cuenta por una parte de la intransigencia de las autoridades y el gobierno, que incluso recurrían a argumentaciones que contradecían declaraciones hechas antes del conflicto sobre el estado productivo y los alcances nacionales de la industria nuclear, hasta llegar a intentar sobornar a los dirigentes; y por otra, todas las acciones colectivas dirigidas a sensibilizar a la sociedad, mediante su presencia en la prensa, organizando foros y acudiendo a sindicatos y escuelas.

“Yo creo que fue un mes y cachito el que nos aceptaran levantar la huelga [...] y llegamos dimos la información, votamos, levantamos la huelga, abrieron, les entregamos la empresa, habíamos estado en el segundo piso, pues no llegamos ni a la mitad de las oficinas, ni a la mitad del lobby, nos dijeron “pues ahora se salen”, y nosotros, ¿cómo que se salen?, y estaba la policía, se salen porque ahora es un paro patronal, entonces nos sacaron ese mismo día que levantamos la huelga, nos sacaron con la fuerza pública [...] y bueno empezó la guerra en la prensa que fue intensiva como no tienen idea, de buscar a los periodistas de este país para que sacaran notas a favor nuestro, llevábamos, hacíamos discusiones, mesas redondas, íbamos

a los salones de clase en las escuelas, bueno, se dio así una información muy detallada de lo que era nuestro movimiento [...] el no muy grato Salinas de Gortari, como secretario de Programación y Presupuesto, dio el presupuesto para trabajar y luego, obviamente tenían que buscar un chivo expiatorio, fue el director. Entonces dijeron “no, es que no hay reservas de uranio probadas para seguir trabajando, no tiene caso que la energía nuclear en México siga, entonces vamos a terminar con esto”, y todo el dinero que se había invertido en aviones, en helicópteros, en equipo de prospección, en equipo de exploración, en equipo de explotación quedó ahí en los lugares [...] el personal desconcertado, fue muy duro, muy duro se vivieron momentos muy, muy difíciles [...] y finalmente luchamos dos años para aceptar la liquidación [...] por ejemplo un servidor que en ese tiempo era secretario general, me llamaban y me decían “¿cuánto quieres por liquidarte?” [...] a Isidro Navarro Jaimes que fue una pieza fundamental en esta huelga, igual le ofrecían, nos ofrecían a todos los dirigentes sindicales, evidentemente a la cabeza más ¿no?, porque era importante que se liquidaran, el chequecito era muy atractivo, pero pues era más atractivo seguir con tus principios y poder ver de frente a todo el mundo” (Salmones, 2013: 17-19).

La liquidación por la que optaron algunos de los trabajadores, se llevó a cabo de una manera ilegítima, debido a que no hubo el convenio previo entre empresa y sindicato, “que sólo podría darse por causas justificadas técnica y económicamente, y conforme a los procedimientos y dentro de las limitaciones que establece el Contrato Colectivo de Trabajo vigente” (Salmones, 2013: 37).

Un suceso importante fue el hecho, que en enero de 1984 las secciones 2 y 8 del SUTIN acordaron nombrar secretario general a David Bahena, dirigente del Centro Nuclear, desconociendo al comité nacional que dirigía Arturo Whaley, con el grupo opositor estaban aproximadamente 600 trabajadores. El comité nacional reunió a la mayor parte de los trabajadores en el edificio del Congreso del Trabajo. Donde 1177 trabajadores nucleares rati- ficaron al comité encabezado por Arturo Whaley (Trejo Delarbre, 1990: 212).

¡SUTIN EN PIE DE LUCHA EN DEFENSA DE LA INDUSTRIA NUCLEAR Y DE SU ORGANIZACIÓN!

El último golpe que se asestó a los trabajadores nucleares fue la aprobación de la Ley Nuclear, el 19 de diciembre de 1984.

Esta ley fue aprobada en la Cámara de Diputados después de siete horas de discusión, en la cual la intervención de Arnaldo Córdova,

entonces diputado del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) argumentaba que la ley era “desnacionalizadora”, “desintegradora” y “anti sindical”. “Se trataba –explicó- de un designio establecido desde hace dos años y animado por las más despiadadas y perversas razones de Estado, de aniquilar y en todo caso reducir a la impotencia a un sindicato cuyo único delito ha sido ser independiente y autónomo, nacionalista de verdad, amante y continuador de las mejores tradiciones de lucha del pueblo mexicano trabajador [...] pero, por lo visto, para el gobierno es más importante la lealtad cortesana y el servilismo degradante de los ciudadanos que una voz autónoma y libre que, con lealtad, pero también con dignidad, se atreve a decir por donde hay que conducir el peregrinar de nuestro pueblo en esta época angustiosa y difícil, tan llena de retos y peligros” (Córdova, 1984).

Posteriormente, en 1985, tras varios desgastantes meses de movilizaciones el movimiento de huelga termina no sólo con una marcada división interna sino con el cierre de URAMEX y la liquidación de sus trabajadores. Permitiendo que continuaran las labores del ININ, no sin antes despedir también a los trabajadores que habían apoyado a la huelga.

En la actualidad, al hacer un balance del fracaso de la huelga cada uno de los entrevistados coincide en que se debió a lo adverso de la coyuntura política económica en la que se desarrolló el movimiento, en una etapa que comenzaba la transición del modelo capitalista hacia la adopción de las políticas neoliberales. Donde sindicatos como el SUTIN con un programa nacionalista revolucionario resultaban un obstáculo tanto para aplicar las nuevas normas en que se regirían o mejor dicho provocarían el debilitamiento o desaparición del sindicalismo mexicano, como para que el Estado abandonara la rectoría de la economía nacional. Así lo refleja el siguiente testimonio:

“Y...y pues quizá esa fue también la peor derrota, pues ese cambio no se logra o esa vertiente nacionalista no sale triunfadora. O sea, finalmente triunfa y predomina la concepción neoliberal y el Estado fue reducido y apartado de la inclusión social. La consecuencia... sacas al estado de la economía y lo reduces a su mínima expresión; y reduces así como que todo a los trabajadores, y disminuyes a los sindicatos, y a los campesinos. Ya no creas fuerza de trabajo y los factores de la producción. Eso es lo malo [...] es la consolidación, del proceso de una nueva visión de desarrollo del capitalismo, y eso empieza a modificar las relaciones sociales o sindicales, políticas en todo el mundo. [...] a mí siempre me motivó ver en el SUTIN un instrumento de transformación, que podía colaborar a transformar las condiciones sociales aunque fuera gradualmente y poco a poco... es

el sindicalismo [...] el papel que jugaban los sindicatos en esa etapa, ante la ausencia de organizaciones políticas en un sistema partidista... los sindicatos tenían la posibilidad de jugar un papel transformador y veíamos que pues poco a poco se lograbán algunas cosas. De hecho yo creo que todo ese movimiento sirvió para ir conformando un espectro de los espacios políticos y democráticos que hoy reinan en el país. Y creo que eso fue lo que a mí me enamoró, pero no creo que nada más a mí. Y si lo convertimos en un proyecto de vida [...] reivindicamos que los sindicatos tenían que ser escuchados, que los sindicatos tenían que formar parte de los interlocutores con el Estado. Esta área desde esa visión del nacionalismo revolucionario. Los obreros, los sindicatos formaban parte de este proceso de construcción de nación [...] cuando hablaba yo de que era un proyecto de vida, es que tenías banderas clarísimas y razones por las cuales vivir y luchar, y levantarte temprano o desvelarte o salir a las marchas... Y razones de incluso por qué cantar cosas y por qué gritar cosas... había una consigna que calaba hondo... ¡Por el bienestar de la población, el control obrero de la producción!" (Bustillos, 2014: 13-15).

En la actualidad, la existencia del SUTIN se reduce a su presencia en el ININ³, pero sin contar con todos los atributos que hemos indicado antes, debido a su nula presencia en el movimiento obrero nacional y al haber abandonado las banderas de lucha del pasado.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

El hecho de recuperar esta experiencia sindical mediante los testimonios de historia oral, tiene como finalidad reconocer una etapa efervescente de la lucha sindical en las últimas décadas del siglo veinte que fue fundamental en la historia del movimiento obrero del país, por lo novedoso de sus planteamientos, sus alcances programáticos, la organización de frentes comunes, acciones conjuntas de protesta en contra de la política de austeridad del gobierno o de la estructura monolítica y antidemocrática de sus organizaciones, el debate entre las diferentes posiciones que la izquierda tenía sobre la lucha sindical. Y sobre todo porque planteaban demandas de orden económico y político dirigidas a cambios de fondo en el país.

Al respecto Guillermo Ejea apunta que "la insistencia en el control de cambios, la disminución de las tasas de interés, la nacionaliza-

³ Es un hecho que el Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares (ININ) se dedica exclusivamente a actividades de investigación desligadas de la producción y de la realidad nacional.

ción de la banca y otras medidas que pretendían ofrecer una solución nacionalista y popular a la crisis económica, causaban antipatía entre los sectores conservadores del gobierno que finalmente se hicieron de él en diciembre de 1982” (Ejea, 2014: 2).

Aún falta mucho por analizar, como sugieren los entrevistados, el papel que desempeñó la insurgencia sindical durante el proceso de reforma política (1977) que se proponía democratizar la vida política. Algunos intelectuales, como Adolfo Sánchez Rebolledo han interpretado esta reforma como una respuesta del gobierno ante las movilizaciones obreras que se generalizaban por todo el país. Sin embargo, esta reforma en sus inicios benefició más a las organizaciones de derecha.

Lo adverso de la coyuntura en que se desarrollaron estas movilizaciones, dado el ascenso de las políticas neoliberales que comienzan a aplicar todos los gobiernos, fue sin lugar a dudas un hecho que contribuyó a la derrota de muchos movimientos, entre ellos el del SUTIN.

Donde el gobierno ya no estaba dispuesto a tolerar a un sindicato que por derecho contractual había conseguido intervenir en la dirección y orientación de la producción del uranio, recurso estratégico para la seguridad nacional. Incluso se llegó a plantear que hubo presiones del gobierno estadounidense al mexicano para que no se permitiera que el recurso quedara en manos de un grupo de sindicalistas de izquierda.

Según la opinión del ex presidente Miguel de la Madrid, que aparece en sus memorias, el SUTIN se vinculó al movimiento que dirigían los sindicatos universitarios el SUNTU, STUNAM y SITUAM⁴, al sentir un ambiente propicio para “formar un frente intergremial de rechazo a la política económica del gobierno, el cual, erróneamente pensaba, podría conducir a una huelga general [...] pero al ver que se arreglaba nuestro problema con el movimiento obrero organizado, sintieron que se quedaban colgados” (de la Madrid, 2004: 124 y 129).

En relación a la posición estratégica de esta industria, de la Madrid menciona que URAMEX sólo debía extraer uranio y su transformación debía quedar en manos de una dependencia del gobierno y no de un órgano descentralizado, porque “dados los avances tecnológicos, quien logra enriquecer el uranio puede elaborar una bomba atómica y, como es lógico suponer, no vamos a dejar esta posibilidad quede en manos del SUTIN” (de la Madrid, 2004: 130).

Estas declaraciones no hacen sino corroborar que se trataba de

4 El significado de las siglas de estos sindicatos son: Sindicato Único de Trabajadores Universitarios (SUNTU), Sindicato de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México (STUNAM), Sindicato de Trabajadores de la Universidad Autónoma Metropolitana (SITUAM).

desaparecer al SUTIN, no sólo por el papel que desempeñó en las movilizaciones obreras del periodo, sino también para evitar su participación en la orientación de esta industria, era obvio que las autoridades temían perder el control tanto de las actividades productivas de la empresa como de la influencia que el SUTIN tenía en la reestructuración democrática del sindicalismo, sobre la base de sindicatos nacionales únicos en cada rama de actividad, con autonomía en sus secciones, proceso que se había iniciado tanto en los sindicatos independientes como en algunos oficiales⁵.

Además de continuar con la política contra las empresas públicas, que hasta ese momento se consideraban la espina dorsal del desarrollo nacional.

Arturo Whaley, declara en una entrevista que en realidad, “el sindicato ha significado un estorbo para quienes intentan conformar la industria nuclear como la mayoría de las industrias que se han establecido en el país, teniendo como eje la inversión extranjera y la dependencia externa que de ella se deriva” (Fusión, 1983: 3).

Para finalizar, es necesario insistir en que recurrir a la historia oral para relatar movimientos obreros, es revelar una dimensión desconocida casi siempre, que se refiere a la humana, que contribuye a la comprensión del proceso en que el sujeto elige participar en el accionar social para transformarlo, con la certeza de que puede existir otra forma de ser, de vivir, de pensar. Y es ahí donde reconocemos la importancia de la subjetividad que nos conduce a los intersticios de la memoria individual desde donde el entrevistado puede narrar su experiencia y dar cuenta de sus expectativas⁶, con la intención de que el olvido no la vaya a borrar, que alcancen a formar parte del acervo de la experiencia humana.

5 Las principales movilizaciones obreras hacia 1977, no se realizaron en sindicatos independientes y de empresa, sino en el seno de organizaciones nacionales, como el sindicato minero metalúrgico en las secciones de Fundidora Monterrey, la Siderúrgica Lázaro Cárdenas- las Truchas y Altos Hornos de Santa Clara y Tlanepantla, véase José Woldenberg y Raúl Trejo Delarbre, “Los trabajadores ante la crisis”, en Rolando Cordera, Desarrollo y crisis de la economía mexicana, México, FCE, 1981.

6 Ambas categorías que según el historiador alemán Reinhart Koselleck, “se dirigen al relato metahistórico al tratarse de acontecimientos que ocurren en el pasado presente y que puede recordar el sujeto, en el cual aparecen “esperanza y temor, deseo y voluntad, la inquietud, pero también el análisis racional, la visión receptiva o la curiosidad”, todas ellas percepciones desarrolladas a partir de generar expectativas”. Véase, Patricia Pensado Leglise, La manera de pensar la utopía hoy es radicalmente distinta, en El siglo XX que deseábamos. Ensayos de historia oral en torno a experiencia y expectativa, México, INAH, 2013, p.69.

BIBLIOGRAFÍA

- Ejea, Guillermo 2014 *El SUTIN y su época. Una relectura* (México: en prensa).
- Galván, Rafael 1990 “Replanteamiento de nuestro esfuerzo”, en *Batir el tambor del alba* (México: El Nacional).
- Gershenson, Antonio 1987 *México: sindicalismo y poder. La experiencia nuclear*, (México: El Caballito).
- Madrid, Miguel de la 2004 *Cambio de rumbo. Testimonio de una presidencia, 1982-1988* (México: FCE).
- Pensado Leglise, Patricia 2013 “La manera de pensar la utopía hoy es radicalmente distinta” en Necochea, Gerardo y Patricia Pensado (coords.), *El siglo XX que deseábamos. Ensayos de historia oral en torna a experiencia y expectativa* (México: INAH).
- Thompson, E. P. 1995 *Costumbres en común* (Barcelona: Crítica).
- Trejo Delarbre, Raúl 1990 *Crónica del sindicalismo en México (1976-1988)* (México: Siglo XXI-UNAM).
- Woldenberg, José y Raúl Trejo Delarbre 1981 “Los trabajadores ante la crisis”, en Cordera, Rolando, *Desarrollo y crisis de la economía mexicana* (México, FCE).

HEMEROGRAFÍA

- Argüelles Romo, Leticia 1983 “Cronología de las huelgas de junio” en *Economía Informa* (México: Facultad de Economía, UNAM) núm. 107, agosto.
- Desplegado, *Uno más uno* (México), 1 de junio de 1983.
- Desplegado, *Uno más uno* (México), 14 de diciembre de 1977, Secciones nucleares del SUTERM (Sindicato Único de Trabajadores del INEN).
- Fusión* 1983 (México), 9 de septiembre.
- Movimiento de Acción Popular 1981 Tesis y programa (México: Solidaridad).
- Ponce, Antonio 1983 “¿Qué está en juego en URAMEX?” en *Economía Informa* (México: Facultad de Economía de la UNAM), núm. 107, agosto.
- Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear 1984 El conflicto del SUTIN (México).

Taller de Coyuntura, DEPFE 1983 “Crisis y política económica: las respuestas sociales” en *Economía Informa* (México: Facultad de Economía de la UNAM), núm. 107, agosto.

Uranio Mexicano (URAMEX) 1979 *Contrato Colectivo de Trabajo*, Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear (SUTIN).

FUENTE ORAL

Entrevista a Luis Felipe Salmones, realizada por Isidro Navarro Rivera y María Teresa Meléndez, transcripción Martín Manzanares, el día 26 de diciembre de 2013, en la Ciudad de México.

Entrevista a Manuel Vargas Mena, realizada por Patricia Pensado, Isidro Navarro Rivera y María Teresa Meléndez, transcripción Andrei Guadarrama, el día 18 de enero 2014, en el Instituto Mora.

Entrevista a Jorge Bustillos, realizada por Patricia Pensado, Isidro Navarro Rivera y María Teresa Meléndez, transcripción Andrei Guadarrama, el día 8 de febrero de 2014, en el Instituto Mora.

DISEÑO ESTRATÉGICO Y PRÁCTICA POLÍTICA DE LA RESISTENCIA ARMADA EN CHILE

El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), 1978-1988*

Igor Goicovic Donoso**

PRESENTACIÓN

Si bien el quehacer de las organizaciones políticas de izquierda en Chile y su contribución a la construcción de nuestra historia reciente, ha tenido en este último tiempo un adecuado y riguroso tratamiento desde la historia; en particular en las áreas referidas a sus expresiones organizativas, a su proyección en la lucha de masas, a la condición de clandestinidad, a la recuperación de su memoria histórica y al alcance de los efectos de la represión sobre sus militantes; el problema de la violencia política y específicamente los diseños y las dimensiones operativas del accionar armado no han generado ni el mismo interés, y tampoco han sido tratados con similar rigurosidad.

Al efecto se pueden observar diferentes planos. Mientras algunos tienden a minimizar sus alcances, otros, por el contrario, sobredimensionan su importancia. De esta manera el problema de la violencia política puede aparecer fuertemente anatémizado o, en subsidio, reconvertido en hagiografía de la épica revolucionaria. En este sentido, a nuestro juicio, se encuentra pendiente un adecuado balance de la experiencia de violencia política acumulada en Chile entre las décadas de 1970 y 1990. La au-

* Este trabajo forma parte de los proyectos de investigación Grupo de Trabajo CLACSO, Violencia y política. Un análisis cultural de las militancias de izquierda en América Latina y FONDECYT N° 1130323, Contexto histórico y dinámicas políticas de la insurgencia armada en Chile (1978-1994).

** Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile.

sencia de este balance tiene que ver, entre otras cosas, con la profundidad de la derrota político-militar de la izquierda revolucionaria chilena. Ello devino, prácticamente, en la liquidación de dichas organizaciones y, junto con lo anterior, la pérdida del espacio político necesario para realizar dicho ejercicio. Ello obliga, entonces, a la historiografía a realizar una recuperación de dicho fenómeno, a partir de los fragmentos documentales y testimoniales dejados por dicha experiencia.

En esta ocasión nos proponemos abordar lo que el MIR denominó como Estrategia de Guerra Popular Prolongada (EGPP), tanto en sus componentes teóricos, como en el plano de su ejecución operativa. Dada la complejidad de la temática y el carácter exploratorio de la investigación, nos proponemos desarrollar un ejercicio en base a tres aspectos centrales: El contexto regional y nacional, el modelo o diseño estratégico y la experiencia político militar del MIR chileno.

AMÉRICA LATINA: DE LA REVOLUCIÓN CUBANA A LA CONTRAINSURGENCIA

La Revolución Cubana modificó de manera importante la forma de hacer política por parte de los sectores populares en América Latina. La llegada al poder de las columnas guerrilleras del Movimiento 26 de Julio, tras el desarrollo por más de dos años de una estrategia de enfrentamiento armado con el Estado, modificó de manera significativa los lineamientos táctico-estratégicos de un segmento importante de la izquierda latinoamericana (Cf. Bambirra, 1971; Bambirra, 1973; Harnecker, 1984; Castañeda, 1994; y Pozzi y Pérez, 2012).

Efectivamente, el modelo cubano favoreció la constitución de la llamada Izquierda Revolucionaria, un conjunto amplio y heterogéneo de fuerzas políticas, como las Fuerzas Armadas de Liberación Popular (FALP), en Venezuela; el Ejército de Liberación Nacional (ELN), en Perú, Colombia y Bolivia; el Movimiento de Liberación Nacional (MLN-Tupamaros) en Uruguay; el Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y Montoneros en Argentina; y Acción Libertadora Nacional (ALN), en Brasil, que colocaron en el centro de su quehacer político el accionar armado.

En la década de 1960 ello se expresó a través de un esfuerzo por replicar a escala regional, de manera más o menos mecánica, el modelo estratégico-táctico del castro-guevarismo, contenido en la obra de Ernesto “Che” Guevara, *Guerra de guerrillas* (1960). A partir de ese momento, y en especial entre 1962 y 1967, se instalaron en las zonas rurales latinoamericanas focos guerrilleros que pretendieron catalizar el ascenso experimentado por las luchas populares.

No obstante, hacia 1967, la experiencia foquista ya se encontraba ampliamente derrotada en toda la región. Pero esta derrota coincidió

con un incremento del accionar ofensivo de los sectores populares. Lo cual se expresó en la emergencia y movilización de nuevos actores sociales, como los pobres urbanos, en la rearticulación de la protesta agraria y en la radicalización de la movilización obrera y estudiantil.

A escala internacional coincidió con la experiencia exitosa de la lucha armada antiimperialista en Vietnam, fenómeno que, a su vez, aparecía asociado a las luchas de descolonización en Asia y África, iniciadas en la década anterior.

Todos estos fenómenos dieron origen a una profunda revisión de los modelos teóricos que orientaban el accionar insurgente. Especial incidencia en ello tuvieron los planteamientos teóricos e históricos contenidos en los textos de Mao Tse Tung, sobre la guerra popular prolongada (1938), de Vo Nguyen Giap, sobre la movilización del pueblo para la guerra (1959) y de Franz Fanon, sobre las luchas de descolonización (1961).

A partir de los nuevos enfoques teóricos las organizaciones insurgentes latinoamericanas comenzaron una profunda discusión sobre la relación entre el capitalismo agrario, el campesinado y el proletariado agrícola. Sobre las transformaciones del espacio urbano a partir de las dinámicas migratorias campo-ciudad; respecto de la incidencia de la lucha guerrillera en el proceso de acumulación de fuerzas; y en torno al carácter de la vanguardia revolucionaria, en especial sobre el partido de cuadros profesionales, de carácter político-militar.

Esto supuso para las organizaciones insurgentes latinoamericanas un profundo proceso de reorganización de la estructura partidaria (especialmente durante la década de 1970), a los nuevos requerimientos de la lucha de clases. No obstante dicho proceso no alcanzó a madurar eficientemente debido a la instauración de las dictaduras militares y a la aplicación de una devastadora política de contrainsurgencia (Velásquez, 2002: 11-39). Efectivamente, el despliegue del accionar represivo interrumpió en muchos casos el desarrollo ascendente que venía experimentando la lucha armada, como fueron los casos de Argentina y Uruguay; mientras que en otras circunstancias inhibió su potencial desarrollo (Bolivia). No obstante, en Chile, la dictadura instalada en 1973 redujo la capacidad de acción del movimiento de masas, pero creó condiciones políticas favorables para el despliegue de la insurgencia armada.

DICTADURA Y PROCESO REFUNDACIONAL

El Golpe Militar del 11 de septiembre de 1973 no fue el típico cuartelazo latinoamericano, ni tampoco se planteó el ejercicio transitorio del gobierno para restituir a la oligarquía tradicional el poder que le había sido expropiado. Se trató de una intervención institucional (del

conjunto de las fuerzas armadas y de orden), orientado a reconstruir la sociedad chilena sobre nuevas bases. Fue, en definitiva, de una refundación económica, social y política (Cf. Goicovic, 2013a: 113-147; Huneus, 2005: 77-128; Yocelevsky, 2002: 69-103; Arriagada, 1998: 19-58). Es por ello que un primer elemento a tener en cuenta es que el Golpe Militar si bien discursivamente se planteó, en sus inicios, como una asonada dirigida contra la izquierda marxista, a poco andar develó sus verdaderas intenciones, al señalar que la clase política en su conjunto fue la responsable (por acción u omisión) de la llegada de la izquierda marxista al Gobierno. El objetivo, por lo tanto, era crear un nuevo sistema político y formar una nueva clase dirigente, que jamás permitiera que la experienciamarxista se repitiera en el país (Loveman y Lira, 2000: 394-424). Este propósito, en un comienzo precariamente esbozado, comenzó a decantar ya en los primeros años de la dictadura.

Podemos observar una primera etapa que va desde 1973 a 1974, en la cual la dictadura consolidó su posición de poder a través de la más brutal e indiscriminada represión. Este es el período en el cual se verificó el más alto número de víctimas de la represión: Detenidos desaparecidos, ejecutados sumariamente, torturados, encarcelados, exiliados, confinados, etc. En este período la represión afectó, fundamentalmente, a los militantes izquierdistas de base, la clase obrera, el campesinado y los pobladores de las periferias urbanas. El terror se convirtió en la herramienta más eficiente para contrarrestar cualquier conato de resistencia o disidencia (Barros, 1996; Rettig, 1991; y Garretón, 1989;)

Simultáneamente se desplegó una serie de iniciativas institucionales tendientes a borrar del escenario político y social a las intermediaciones orgánicas del movimiento popular. De esta manera, a través de sucesivos decretos leyes, se puso fuera de la ley a todos los partidos políticos de izquierda, a la Central Única de Trabajadores (CUT), a las grandes confederaciones de trabajadores afiliadas a ella (minera, metalmeccánica, textil, campesina, etc.); y se declaró el receso del Congreso Nacional y subsecuentemente el receso de los partidos políticos opositores al fenecido Gobierno de la Unidad Popular (la Democracia Cristiana y el Partido Nacional).

Una segunda etapa, iniciada en marzo de 1974 y cerrada en 1978, estableció las bases de la construcción de la nueva sociedad. Con la creación de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), la represión política se tornó selectiva. La estrategia de control social, una vez pacificado el país mediante el terror, apuntó a impedir la rearticulación del vínculo entre los partidos de izquierda y las masas populares. De esta manera los objetivos más golpeados por la represión fueron las direcciones políticas en la clandestinidad (PS y PC) y, especialmente, los cuadros político-militares de la insurgencia (MIR). En 1977 la dic-

tadura podía proclamar el aniquilamiento de todo tipo de oposición en Chile. Las condiciones políticas para reconstrucción del Estado y de la sociedad estaban, en consecuencia, plenamente garantizadas.

Cabe destacar que desde 1973 la dictadura asumió facultades ejecutivas, legislativas y constituyentes. Es decir gobernó, dictó leyes y asumió la tarea de definir un ordenamiento institucional para el país. Operó, por lo tanto, como un régimen de gobierno que se propuso y llevó a cabo un profundo proceso de reorganización. La represión política fue, en consecuencia, una condición imprescindible para garantizar el éxito del proceso refundacional y un elemento clave para destruir definitivamente la estrecha relación entre la izquierda política y el movimiento popular.

Los elementos ideológicos que vienen a explicar este posicionamiento se encuentran estrechamente vinculados a la Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN). La misma, incubada entre las fuerzas armadas latinoamericanas y la élite intelectual conservadora, en el contexto de la Guerra Fría, suponía la existencia de un enemigo: El comunismo internacional, que socavaba las bases de sustentación de la convivencia nacional introduciendo el desorden social y político. Los portadores de la disolución social no eran otros que los partidos comunistas locales y, por extensión, las organizaciones sociales y políticas que le eran afines o tributarias (Choteau, 1983: 5-25).

Se trataba, para sus mentores ideológicos, de una guerra. Que tenía la peculiaridad de ser una guerra interna. Es decir, que enfrentaba a los defensores del orden democrático contra los defensores del comunismo soviético. Era, además, una guerra encubierta, en la cual ambos bandos desplegaban los métodos de la guerra irregular y psicológica para defender o hacerse con el poder. Para ello el Estado de Seguridad Nacional define una estrategia: La Estrategia de Contrainsurgencia. De acuerdo con la misma, el objetivo fundamental del Estado es perseguir, localizar y aniquilar al enemigo interno y a sus aliados. Los métodos para acceder a tal objetivo son los propios de una guerra irregular: La tortura, el asesinato, el soplónaje, etc. Es decir: El terrorismo de Estado (Goicovic, 2013b: 245-270).

Es importante destacar que la dictadura no se encontraba aislada en este cometido. La base política y social de apoyo del régimen fue importante y amplia. La conformaron el aparato militar del Estado, constituido por las tres ramas de las fuerzas armadas y los organismos de seguridad, las cuales prácticamente no experimentaron fisuras ni disidencias significativas respecto de los objetivos fundamentales definidos por el Gobierno.

También cerró filas en torno a la dictadura, la antigua oligarquía terrateniente que aspiraba a recuperar las tierras expropiadas por la Re-

forma Agraria de la Unidad Popular; la burguesía industrial, financiera y comercial, afectada por la política económica del Gobierno de Salvador Allende, pero principalmente por los desbordes del movimiento popular. Se sumaron, particularmente al inicio de la dictadura las capas medias: Los colegios profesionales (médicos, abogados, ingenieros, etc.), transportistas, pequeños y medianos comerciantes y una fracción importante del mundo femenino doméstico. También apoyaron a la dictadura la derecha política y un importante segmento de la Democracia Cristiana; particularmente su tendencia más conservadora (representada por figuras emblemáticas, como Eduardo Frei Montalva, Juan de Dios Carmona y Patricio Aylwin). Por último habría que destacar la incorporación a la élite dirigente de la Corte Suprema de Justicia y de un número importante de magistrados de los diferentes escalafones del Poder Judicial; lo cual explica la pertinaz actitud de dichos jueces de no dar a lugar a los recursos de protección que se imponían a favor de las víctimas de la represión.

Externamente, si bien la dictadura fue mayoritariamente repudiado por la comunidad internacional, siempre contó con el respaldo de las agencias especiales del Gobierno de Estados Unidos (especialmente durante la administración de Ronald Reagan), del Gobierno de Margaret Thatcher en Gran Bretaña, de la gran banca transnacional y de las dictaduras militares latinoamericanas.

Los principales y más duraderos logros del régimen militar se observan en la reestructuración de la economía chilena (Arancibia y Balart, 2007 y Larraín y Vergara, 2000: 5-26). Ya a partir de 1974 se comienza a perfilar una nueva política económica de matriz neoliberal, que llegó en los portafolios de los graduados de la escuela de Chicago, los cuales accedieron a importantes cargos en los diferentes ministerios y servicios del área (hacienda, economía, obras públicas, impuestos internos, tesorería, etc.). El nuevo patrón de acumulación capitalista se asentó en la especialización de la economía nacional como exportadora de recursos primarios con ventajas comparativas en el mercado internacional. De esta manera junto a la tradicional minería del cobre, se privilegió la inversión en las empresas agroindustriales, en las explotaciones forestales y en la pesca industrial. Se reformó la legislación que gravaba la inversión extranjera y se abrió la economía a la importación de productos industriales (electrónicos, textiles, metalmecánicos, etc.). Se procedió a la privatización de las empresas públicas: Comunicaciones y transporte, energía, financieras e industriales.

Los cambios fueron radicales: La industria manufacturera nacional, incapaz de competir en un mercado abierto con los bienes importados, colapsó, enviando a la desocupación a un numeroso contingente de trabajadores, que en su proceso de desproletarización (pla-

nes especiales de absorción de la cesantía, trabajadores temporales en la actividad frutícola, comercio ambulante, etc.) perdieron vínculos orgánicos e identitarios con la cultura popular de izquierda (Campero et al., 1993: 17-28).

En el agro la desarticulación de los asentamientos y cooperativas formadas por la Reforma Agraria, con la subsecuente asignación individual de tierras (sin acceso a créditos ni maquinarias), facilitó la constitución de un mercado de la tierra que rápidamente permitió la concentración de la misma y la constitución de los modernos complejos agroindustriales orientados a la exportación. De la misma manera la restitución de predios a los latifundistas permitió la rearticulación de la gran propiedad, especialmente en la zona centro sur del país.

No obstante, las reformas económicas más importantes se situaron en el ámbito de los servicios. Los fondos previsionales fueron enajenados de la administración estatal y traspasados a las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP), las cuales operan sobre la base de la capitalización individual e invirtiendo el monto global de los fondos en diferentes áreas de la economía. Con el sistema de salud operó un fenómeno similar, al crearse las Instituciones de Salud Previsional (ISAPRE), que trabajan con las cotizaciones de salud de los trabajadores en el mercado financiero. La educación, a su vez, también fue liberalizada al ampliarse el número y cobertura de los colegios privados y al surgir una nueva figura administrativa los establecimientos con sostenedores, que reciben una subvención pública para operar en el sistema pero que administran autónomamente el subsistema educacional en el cual se desenvuelven. A este modelo concurren tanto los municipios (que operan con el sistema público) y sostenedores particulares que operan en la lógica del mercado.

Las consecuencias sociales de la aplicación de esta política no se hicieron esperar. La reducción de los servicios públicos involucró, evidentemente, la cesación de funciones de un contingente importante de su planta laboral, la cual históricamente se había identificado con los proyectos políticos reformistas. Por otro lado, el funcionamiento de estos servicios, en lógica mercantil (rentabilidad y productividad), derivó en la asignación de prestaciones públicas de mala calidad para los pobres y abundantes en recursos para quien puede pagarlos. Por ende, la brecha que se produjo entre los segmentos acomodados y modernos de la sociedad respecto de los pobres y excluidos adquirió cada día manifestaciones más pronunciadas.

La tercera fase del proceso de transformaciones se inició en 1978, y tuvo su explicitación institucional en la Constitución Política de 1980 y se proyectó hasta el plebiscito de 1988. Efectivamente, en 1978, una vez controlado política y militarmente el país, la Junta Militar de Go-

bierno dictó el Decreto Ley de Amnistía, mediante el cual todos los delitos que involucraban causalidad política o colateral con la misma (robos, asaltos, secuestros, etc.), cometidos entre septiembre de 1973 y marzo de 1978 quedaban sin sanción. Lo anterior no significa que se perdonaba a quienes cometieron los delitos, sino que se borraba el delito. Es decir los jueces enfrentados a un proceso amparado en la Ley de Amnistía debían abstenerse de investigarlo. Huelga decir que, dadas las características del proceso represivo vivido en Chile entre 1973 y 1978 los beneficiados con este Decreto Ley fueron los miembros de las fuerzas armadas y de los organismos de seguridad involucrados en las violaciones a los derechos humanos. De esta manera el Gobierno Militar se adelantaba a ulteriores investigaciones, dictando un decreto de auto-perdón que zanjaba, desde el punto de vista jurídico, cualquier inconveniente posterior.

El segundo paso en esta fase está dado por la promulgación, en 1980, del texto constitucional hoy día vigente que establecía los marcos institucionales por los cuales debía transitar, en el largo plazo, el sistema político chileno (Valdivia, 2006: 49-100 y Maira, 1980). En ella se consagraba un sistema político fundado en instituciones autoritarias, con un poder presidencial fuerte, un Parlamento debilitado, con gobiernos locales designados, y con unas fuerzas armadas autónomas respecto del poder político y jugando el rol de garantes del orden institucional. El objetivo era generar una sociedad de sujetos obedientes frente al gobierno y leales a la patria (cuya definición correspondía y era atributo de sus defensores históricos: Las Fuerzas Armadas). Para ello se dotaba a las autoridades correspondientes de los instrumentos legislativos y operativos, que permitieran identificar a los enemigos de la patria para proceder a su extirpación. Entre los instrumentos más recurrentes de la aplicación de dicha política encontramos: La Ley Antiterrorista (1984), el endurecimiento de la Ley de Seguridad Interior del Estado (1931-1958) y de la Ley de Control de Armas y Explosivos (1972), la ampliación de las atribuciones de los tribunales militares (fundamentalmente para conocer y resolver causas criminales civiles) y la militarización de los organismos policiales de seguridad: Central Nacional de Informaciones (CNI), Carabineros de Chile y Policía de Investigaciones (Tironi, 1988).

Mientras se arribaba al período de plena vigencia del nuevo orden institucional (marzo de 1990), el Gobierno Militar administró el poder apoyándose en las 24 disposiciones transitorias de la Constitución antes señalada, las cuales, básicamente, le entregaban al ejecutivo prerrogativas discrecionales para decretar diferentes estados de excepción. Los más socorridos, mientras arreciaban las protestas sociales antidictatoriales (1983-1987), fueron el Estado de Perturbación de la Paz Interior del Estado y el Estado de Sitio. Situaciones excepcionales que

le permitían al gobierno conculcar todas y cada una de las libertades individuales establecidas en su propia Constitución: Desplazamiento, asociación, reclusión en recintos de detención públicos, de prensa, etc.

FUNDAMENTACIÓN TEÓRICA Y POLÍTICA DE LA ESTRATEGIA DE GUERRA POPULAR PROLONGADA

En el caso del MIR, en Chile, el diseño de la Estrategia de Guerra Popular se comenzó a desarrollar a partir de 1978, en el marco de la ejecución del denominado Plan 78 u Operación Retorno¹. Este plan apuntaba a la reinserción en el país de cuadros provenientes del exilio y con formación militar en Cuba (MIR, 1980a; 1980b; y 1984).

El eje del nuevo diseño político era la guerra del pueblo contra el imperialismo, las clases dominantes y su expresión política en Chile, la dictadura, en todas las áreas: Política, social, económica, ideológica y militar. En este diseño el movimiento de masas pasaba a convertirse en el eje central de las preocupaciones del movimiento insurgente. Para ello se debían construir redes de enlace y comunicaciones expeditas entre los destacamentos guerrilleros en el campo y los centros urbanos y suburbanos, donde el movimiento político, a su vez, debía construir bases milicianas y políticas. La propaganda nacional e internacional, pasaba a convertirse, a su vez, en un eje estratégico en la construcción de la retaguardia del movimiento. En esta propuesta se observa una mayor preocupación, que en otros momentos históricos, por los emergentes movimientos sociales: Urbanos, juveniles, indígenas, cristianos de base, mujeres, etcétera.

La guerra popular apuntaba estratégicamente a socavar las bases de sustentación del régimen de dominación en una guerra social total, para posteriormente detonar la insurrección general y desencadenar la ofensiva final (Silva, 2011: 39-51). Este diseño estratégico, exitoso en la experiencia nicaragüense de 1979, se convirtió en el nuevo paradigma para muchos grupos insurgentes latinoamericanos a partir de la década de 1980 (MIR, 1979). De hecho, la influencia de la revolución nicaragüense se hizo sentir en el MIR en la preocupación por la formación de milicias urbanas y en la implementación de los denominados levantamientos locales, de los cuales el producido en el sector de Pudahuel, en la ciudad de Santiago, en julio de 1984, fue el más importante (Peñañiel, 2010).

En el Chile de fines de la década de 1970, el proceso de reestructuración del capitalismo iniciado por la dictadura militar en 1975, y el

¹ Para un análisis longitudinal de la historia del MIR ver Goicovic (2012). La fase de fundación de la organización y su primera etapa política en Palieraki (2014) y Salinas (2013). El período de la Unidad Popular y el rol de Miguel Enríquez en la dirección política de la organización en Amorós (2014).

subsecuente proceso de institucionalización del régimen (1980), llevó al MIR a centrar su proceso de acumulación de fuerza en las áreas urbanas, teniendo como referencia a los trabajadores más golpeados por los ajustes introducidos por el modelo económico de mercado y a los pobres urbanos, que se multiplicaban exponencialmente en los nuevos contextos de miseria. En este diseño la estrategia de guerra popular apuntaba a generar las condiciones políticas para preparar la insurrección de masas. La insurrección de masas debía ser acompañada activamente por las milicias de la resistencia popular y éstas, a su vez, debían contar con el apoyo de las células político-militares especializadas del Partido. Estas células formaban la Estructura de Fuerza Central (EFC) y se encontraban compuestas, mayoritariamente, por militantes clandestinos, provenientes del exilio, y con formación militar en Cuba.

EL CICLO OFENSIVO DEL ACCIONAR ARMADO DEL MIR

Hacia 1978 las organizaciones opositoras a la dictadura se encontraban fuertemente reducidas en su capacidad de acción. El Partido Socialista vivía (especialmente en el exilio), un profundo debate respecto de la derrota de la Unidad Popular y las proyecciones de la lucha contra la dictadura; mientras que el Partido Comunista comenzaba un lento proceso de reorganización y redefinición de su accionar estratégico². Solo la Democracia Cristiana desplegaba una activa campaña pública de disidencia frente a los cambios impuestos por la dictadura, pero con un eco político relativamente escaso en la población.

Por su parte la política del MIR, a partir de 1978, se fundó, precisamente, en la constatación de la existencia de un modelo refundacional. De esa forma, el “carácter del período” condicionó el nuevo diseño estratégico. La Estrategia de Guerra Popular, recogida especialmente de la experiencia insurgente del pueblo vietnamita, fue definida como:

(...) una estrategia político militar, que basada en el marxismo-leninismo, entregará las leyes y principios que guiarán el desarrollo de la fuerza social revolucionaria y su expresión orgánica en una fuerza política y una fuerza militar, elemento fundamental del poder popular del proletariado que permitirá derrotar política y militarmente a la burguesía chilena y sus aliados imperialistas. La estrategia político-militar del proletariado chileno tiene un carácter unificador del conjunto de pequeños y grandes combates que va impulsando la clase, los

² Las readecuaciones políticas en la izquierda en Moyano (2013: 149-176) y Álvarez (2003).

articula y desarrolla en base a las leyes y principios que rigen la lucha de clases en la realidad chilena (MIR, 1980b: 3).

En ese contexto, la propaganda armada se convirtió en el nexo entre la situación de las fuerzas populares y la orientación estratégica. A ese efecto los esfuerzos del MIR se concentraron en el fortalecimiento de la Estructura de Fuerza Central, el principal núcleo especializado de combatientes del Partido. Para ello se reclutó a los militantes que se encontraban en el exilio y que manifestaron mejor disposición para reintegrarse a las tareas político-militares en el frente interno. A partir de este momento las “tareas especiales” desplegadas por la Estructura de Fuerza Central comenzaron a adquirir una creciente relevancia³.

A mediados del mes de julio de 1980 se llevó a cabo la ejecución del Director de la Escuela de Inteligencia del Ejército, Coronel de Ejército Roger Vergara. El militar, identificado como uno de los principales responsables de la CNI, fue emboscado por un comando del MIR en la intersección de las calles Manuel Montt y Puyehue, en la comuna de Providencia, Santiago. La relevancia del militar puso en evidencia la vulnerabilidad de los mandos de los aparatos de seguridad y constituyó un duro golpe para la dictadura (El Mercurio, 1980 (Santiago de Chile), 16 de julio: A1 y A20). La justificación de la acción quedó plasmada en el órgano oficial del MIR.

No es casualidad que este coronel fuese Director de Inteligencia del Ejército, cargo que ocupan sólo personas de gran confianza de la dictadura. Y Vergara supo ganarse la confianza de Pinochet pues durante el gobierno del Presidente Salvador Allende fue un activo promotor del golpe en las filas de las FF.AA. Consumado el derrocamiento del Gobierno Popular, se destacó por su celo represivo a raíz de lo cual fue premiado con la medalla “11 de Septiembre”. Su buena disposición para reprimir al pueblo y ensangrentarse las manos en defensa de los intereses del capital monopólico y de sus generales aliados, llevó a que fuera integrado al grupo de oficiales que desde la DINA-CNI, Investigaciones y los aparatos de inteligencia de las FF.AA. y Carabineros dirigen las operaciones represivas contra el movimiento de masas y las fuerzas democráticas (*El Rebelde*, 1980, Santiago de Chile, N° 165: 14).

3 La discusión respecto de la naturaleza (terrorista o emancipadora) de las acciones de insurgencia armada ha convocado sistemáticamente a los especialistas en la materia. Al respecto ver, Wieviorka (2007: 92-104; Witker (2008: 151-171. El contrapunto en Pozzi y Pérez (2012).

Durante el año 1981 las acciones más espectaculares desarrolladas por el MIR fueron la ejecución a tiros en la comuna de San Miguel, Santiago (6 de julio), del agente de la CNI Carlos Tapia Barraza y la emboscada (18 de noviembre) en la que perdieron la vida tres agentes de la Policía de Investigaciones, que custodiaban la casa del General de Ejército, Santiago Sinclair, en la comuna de Providencia, también en la capital del país. Respecto de la ejecución de Carlos Tapia Barraza el MIR informó,

La orden emanada de un Tribunal Popular exigía la eliminación de Carlos Tapia. Este sujeto cumplía “labores” de jefe de personal de la Dina-Cni, es decir, se encargaba de adiestrar a su “personal” en las técnicas de tortura para lo cual tenía una extensa experiencia práctica. Era un funcionario de alto nivel dentro del aparato represor. Advertido por la resistencia sobre sus crímenes intentó eludir la justicia popular ocultándose tras la imagen de un “hombre bonachón, de trato amable y deferente” entre sus vecinos. Ni el poder ni la protección armada que tenía pudo impedir que se cumpliera la sentencia de muerte (*El Rebelde* 1981, Santiago de Chile, N° 177: 9).

Este ciclo de desarrollo del accionar operativo se cerró en agosto de 1983 con la ejecución del Intendente de Santiago, Mayor General Carol Urzúa y de dos miembros de su escolta. Urzúa fue el responsable político de la represión de las protestas populares que se verificaron entre mayo y agosto de 1983, en su condición de Intendente de la Región Metropolitana. En un comunicado público, recogido en la prensa de la época, el MIR señaló,

Esta acción de ajusticiamiento contra uno de los más sanguinarios exponentes de la dictadura militar de los monopolios fue ejecutada por el comando Miguel Enríquez. Ningún crimen contra el pueblo quedará sin castigo. El pueblo tiene legítimo derecho a emplear la violencia para combatir el crimen, el robo y la usurpación de los derechos populares (*La Tercera* 1983, Santiago de Chile, 31 de agosto: 17).

Este importante nivel de desarrollo del accionar operativo de la Estructura de Fuerza Central del MIR estuvo acompañado por un creciente grado de intervención de las Milicias de la Resistencia Popular y por el surgimiento de las Organizaciones Democráticas Independientes (ODI).

Los sabotajes al tendido del alumbrado público, así como los cortes de vías de comunicación a través del levantamiento de barricadas, la colocación de artefactos explosivos, el rayado de consignas antidictatoriales y el uso de bombas molotov en las manifestaciones, se comenzaron a tornar habituales.

De la misma manera, la captura de vehículos de transporte de alimentos y la posterior distribución de los mismos en las poblaciones populares de Santiago, Concepción, Valparaíso y Viña del Mar, generó un importante grado adhesión de los pobladores al accionar de la resistencia.

Las operaciones armadas del MIR, en especial aquellas que golpeaban a la represión o a los centros de acumulación del gran capital, infundieron nuevos ánimos al desarrollo de la lucha clandestina y semiclandestina. Una parte importante de la sociedad, especialmente en poblaciones, centros de estudio y unidades fabriles, observó que la dictadura era vulnerable y que, en consecuencia, el despliegue de un accionar organizado y combativo amagaba su estabilidad. Se comenzaron a multiplicar, a partir de este momento, los comités de resistencia y junto con ellos surgieron y se desarrollaron las organizaciones de masas.

Se reanimó la lucha sindical, en especial tras las huelgas obreras del sector textil (industrias Panal, 1980) y de los trabajadores que operaban en la construcción de la Central Hidroeléctrica Colbún-Machicura (1982-1983). De la misma manera los estudiantes en los centros de educación superior iniciaron procesos de agrupamiento y movilización en torno al rechazo a la Ley General de Universidades (1981). Mientras que en la periferia de las grandes ciudades se comenzaron a desarrollar las primeras ocupaciones (tomas) de terrenos.

Cabe destacar, a su vez, que entre 1980 y 1982, se multiplicaron los mítines anti dictatoriales, especialmente para fechas emblemáticas, como el 1 de mayo y el 11 de septiembre, y se llevaron a cabo las primeras manifestaciones callejeras, conocidas como las Marchas del Hambre.

En este proceso surgieron y comenzaron a adquirir creciente relevancia organizaciones como los Comités Coordinadores de Trabajadores (CCT), que agruparon a obreros de los antiguos cordones industriales, en centros fabriles de Santiago de Chile como Panal, Madeco, Lanera Chile, Promatex, entre otros. La Coordinadora de Organizaciones Poblacionales (COAPO), que junto a la Coordinadora Metropolitana de Pobladores (afiliada al Partido Comunista), se puso a la cabeza de las movilizaciones y manifestaciones del mundo poblacional, también en la ciudad de Santiago de Chile. La Unión Nacional de Estudiantes Democráticos (UNED), que agrupó a los estudiantes más radicalizados dentro de las universidades chilenas, destacando en la lucha por la recuperación democrática de las federaciones de estudiantes. Y el Comité de Defensa de los derechos del Pueblo (CODEPU), que asumió la defensa de los derechos humanos desde la perspectiva de la reivindicación de la lucha antidictatorial⁴.

⁴ Las subjetividades que acompañaron la construcción y desarrollo del MIR se encuentran analizadas en Salinas (2014).

Uno de los componentes fundamentales de la denominada Operación Retorno era la instalación de dos frentes guerrilleros en la zona sur de Chile; uno en la Cordillera de Nahuelbuta, en las proximidades del conurbano industrial Concepción-Talcahuano y de la cuenca carbonífera de Lota y Coronel y el otro al interior de Valdivia, en las cercanías del Complejo Maderero y Forestal de Panguipulli, una de las áreas en las cuales el Movimiento Campesino Revolucionario (MCR), había experimentado un alto grado de asentamiento antes del Golpe de Estado de 1973. De hecho, en esta segunda zona, se había producido, el 11 de septiembre de 1973, un asalto al retén de carabineros de Neltume, encabezado por el dirigente del MIR, José Gregorio Liendo Vera, posteriormente fusilado por las autoridades militares. La instalación de estos frentes se relacionaba de manera directa con las definiciones estratégicas del Partido, ya que se trataba de contar con fuerzas militares permanentes capaces de disputarle al Estado burgués el control territorial de determinadas zonas del país. Ello consideraba, además, la conformación de un territorio de repliegue para los cuadros urbanos y de formación de un movimiento de masas rural que fuera ampliando la fuerza social revolucionaria (*El Rebelde*, op. cit.). La experiencia de la escuadra exploratoria instalada en la zona de Neltume fue desastrosa. Denunciados por los campesinos de la región (objeto de un fuerte amedrentamiento por parte de los organismos de seguridad y de los hacendados de la zona), los guerrilleros fueron primero detectados y posteriormente ejecutados en una maniobra combinada del Ejército y la CNI. En las acciones de cerco y aniquilamiento perdieron la vida, entre septiembre y octubre de 1981, nueve combatientes del MIR, entre ellos el líder del grupo, Miguel Cabrera Fernández (“Paine”).

De esta manera, junto con la reanimación de los movimientos sociales y de la resistencia antidictatorial, también se incrementó el accionar represivo. La Dictadura, cuestionada en uno de sus soportes fundamentales (la política represiva), colocó al MIR en el foco de su atención. Más de 46 militantes resultaron muertos en el transcurso del ciclo 1979-1983, en enfrentamientos armados, reales o simulados. La mayoría de ellos pertenecían a los comandos militares de la organización⁵. Otros resultaron detenidos y fueron objeto de largas condenas a prisión dictaminadas por tribunales militares.

Los comandos de la Fuerza Central quedaron prácticamente diezmados, y sus contingentes debieron ser relevados con militantes

5 Como represalia por la muerte de Carol Urzúa, en 1983, los organismos de seguridad dieron muerte en Santiago (el 7 de septiembre de ese año), a los dirigentes del MIR y responsables de su Comisión Militar, Arturo Villabela Araujo y Hugo Ratier Noguera. En los enfrentamientos armados perdieron la vida, además, otros tres militantes de la organización. Este golpe represivo resultó demoledor para el MIR.

provenientes de las filas de la Resistencia. Ambos fenómenos tuvieron proyecciones en el futuro inmediato del MIR. Por una parte, decreció la capacidad de intervención operativa en las tareas de mayor envergadura; mientras que, por otro lado, la Resistencia Popular experimentó un drenaje sistemático de cuadros, lo cual afectó la relación entre el Partido y los frentes de masas.

LAS PROTESTAS POPULARES Y EL ACCIONAR INSURGENTE

A partir de la crisis económica internacional de 1981-1982, la situación política y social se tornó cada vez más compleja en el país. Particularmente entre los años 1983-1987, el descontento popular con la dictadura se expresó a través de una serie de manifestaciones populares callejeras que adquirieron crecientes grados de violencia⁶.

El enfrentamiento social se tornó más agudo y, al amparo del mismo, la oposición política al régimen logró reconstruir sus lazos con la sociedad chilena. En ese contexto se perfilaron dos alternativas de superación de la dictadura militar: Una representada por el Movimiento Democrático Popular (MDP) agrupaba a los partidos de la izquierda histórica: El PC y el PS, a los cuales se sumó el MIR. Su programa involucraba el derrocamiento de la dictadura, utilizando todas las formas de lucha (incluida la insurgencia armada) y la construcción de una “democracia popular”, que introdujera reformas políticas, sociales y económicas que orientaran nuevamente el país en el camino al socialismo.

La otra, representada por la Alianza Democrática (AD), tenía como referente hegemónico a la DC y a él se sumaba una fracción, de matriz socialdemócrata del PS y el antiguo Partido Radical (PR). Su programa político planteaba el término de la dictadura militar mediante la movilización social pero sin utilizar la lucha armada. Su meta era restaurar el sistema democrático vigente en Chile hasta antes del golpe militar de 1973. Ambas alternativas suponían que un paso imprescindible para lograr sus objetivos era derogar la Constitución Política de 1980, a la cual se consideraba intrínsecamente antidemocrática.

En septiembre de 1986 el intento de ejecución de Augusto Pinochet por parte de un comando del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), no sólo desató una violenta represión sobre el movimiento opositor. También dejó en evidencia, para todos los actores políticos chilenos y para quienes se preocupaban de la situación política en Chile desde el extranjero (especialmente EEUU), que el desborde social y el accionar insurgente decantaba rápidamente hacia la generación de un

⁶ La relación entre la precarización de las condiciones materiales de vida de la población y su apoyo a los grupos armados ha sido analizada por Lee (2011: 203-245) y Justino (2000: 315-333).

escenario de guerra de baja intensidad, como el que existía en esos momentos en Centroamérica, Perú y Colombia. Al amparo de los buenos oficios del Departamento de Estado norteamericano e intermediado por la cúpula de la Iglesia Católica chilena, se convocó a los representantes de los partidos políticos opositores (articulados en torno a la AD) y a los representantes políticos de la dictadura militar, a concordar un “gran acuerdo nacional” que impidiera el desencadenamiento de una guerra civil aislando políticamente a los “grupos extremistas”, que limitara temporalmente el mandato militar y que restaurará un difuso sistema democrático (Gómez, 2010: 59-164).

Entre 1987 y 1988 las negociaciones llevadas a cabo entre ambos sectores devinieron en la aceptación por parte de los partidos democráticos del calendario político y del marco institucional definido por las autoridades militares para restaurar la democracia. Por su parte la dictadura, que aspiraba a prolongar su mandato político hasta 1998, aceptó a regañadientes el fallo adverso de las urnas en el plebiscito de octubre de 1988 y los resultados electorales de diciembre de 1989 que dieron como ganador al representante de la Concertación de Partidos por la Democracia (continuadora de la AD), Patricio Aylwin Azocar y entregó el gobierno en marzo de 1990. Se abrió, de esta manera, el camino a la transición política a la democracia⁷.

En este ciclo las operaciones militares del MIR se atenuaron (Palma, 2012: 117-295). El fracaso de la instalación del contingente guerrillero en Neltume (1981) y los fuertes golpes represivos sobre la Fuerza Central mermaron considerablemente la capacidad operativa del grupo. De esta manera, cuando se inauguró la insurrección general del campo popular, a partir de las protestas del año 1983, el destacamento militar del MIR ya se encontraba prácticamente desmantelado. Otros grupos armados, como el FPMR y el Complejo MAPU-Lautaro, relevaron al MIR en el protagonismo de la lucha armada.

No obstante, el MIR continuó realizando algunas acciones de alta complejidad operativa, regularmente orientadas contra los agentes de seguridad, sindicados como responsables de violaciones a los derechos humanos. Entre ellas, la muerte en el Hotel Araucano de Concepción, el 25 de marzo de 1985, de dos agentes de la CNI, René Lara Arriagada y Alejandro Avendaño Sánchez. Estos resultaron muertos al estallar una bomba trampa en una de las habitaciones del hotel (La Tercera 1985 (Santiago de Chile), 27 de marzo: 5). Ese mismo año (13 de agosto) y en un procedimiento similar perdió la vida, en la localidad de Peñablanca, Región de Valparaíso, el teniente de la armada, adscrito a la CNI, César

⁷ Este proceso se encuentra analizado en Mella (2011). Para un análisis de la transición y su relación con la violencia política ver Goicovic (2010a: 288-319) y Goicovic (2010b: 59-86).

Chesta Mousset (El Mercurio 1985 (Santiago de Chile), 14 de agosto, 1985: A 1 y C 6). Por último, el 26 de enero de 1988, fue ejecutado en Santiago, con una bomba trampa, el mayor de carabineros y comandante del Grupo de Operaciones Especiales (GOPE), Julio Benimelli Ruíz (El Mercurio 1988 (Santiago de Chile), 27 de enero, 1988: A 1 y A 10).

Pese al fuerte desgaste que el MIR había venido experimentado desde 1982 en adelante, particularmente por efecto de la política represiva de la dictadura, su dirección política, seducida por el ascenso experimentado por la lucha de masas, a partir de 1983, continuó insistiendo en la necesidad de vincular la lucha social con la construcción de un poderosa fuerza militar. En 1985, un documento del Partido señalaba al respecto,

En esta etapa, la centralidad debe ser la construcción de la fuerza revolucionaria y partidaria y el desarrollo de la lucha armada para dar un salto cualitativo en la guerra popular. Y esto debe ser asumido ideológica, política y prácticamente por el conjunto del partido. No debe entenderse por centralidad táctica ningún tipo de reduccionismo. (...) no planteamos descartar la lucha ideológica, el trabajo de alianzas, la construcción del partido en los movimientos sociales, ni dejar de lado la movilización social ofensiva y la insurgencia de masas. Tampoco entendemos la resistencia armada ni la lucha guerrillera al margen de las masas, como el enfrentamiento de dos aparatos militares. Nuestra preocupación principal es construir un partido enraizado en las organizaciones y frentes naturales de masas y una fuerza militar firmemente anclada en bases revolucionarias de masas (MIR, 1985a: 17).

El ascenso de la lucha rupturista de masas planteaba la opción de una salida revolucionaria a la crisis de la dictadura. Efectivamente, a partir de 1983 el campo popular había recuperado el protagonismo, las masas se desplegaban masivamente en el espacio público, cuestionando la política económica y la política represiva de la dictadura; mientras que las organizaciones armadas y los destacamentos milicianos redoblaban su accionar político-militar. En este proceso el MIR destacaba la necesidad de la búsqueda de una salida popular independiente a la crisis política.

Los chilenos queremos un Gobierno Provisional, donde no estén presentes los intereses del gran capital financiero y monopolístico nacional y extranjero; un Gobierno Provisional que lleve adelante la reorganización y democratización de las FF.AA.; que disuelva los organismos represivos y castigue a los asesi-

nos y torturadores; un Gobierno con una política económica puesta al servicio de las amplias mayorías, donde el capital financiero y monopólico sea nacionalizado y puesto bajo la dirección de los trabajadores (...) El Paro nacional del 2 y 3 de julio [1985] debe servir para fortalecer la verdadera alternativa democrática: la alternativa popular y revolucionaria. Las grandes mayorías nacionales no deben esperar nada de los actuales dueños del poder y la riqueza. Sólo deben tener confianza en sus propias fuerzas y organizaciones (MIR, 1985b: 1-2).

Esta fase en la intervención política del MIR si bien se encuentra marcada por el decrecimiento de su accionar armado a nivel de aparato especializado, generó en un explosivo crecimiento de sus organizaciones de masas y milicianas. La militancia y la periferia del MIR, especialmente entre los jóvenes pobladores y entre los estudiantes universitarios crecieron significativamente. Entre estos cuadros destacaron figuran emblemáticas de la lucha que el MIR desplegó en la década de 1980, como Eduardo, Rafael y Pablo Vergara Toledo; Araceli Romo, Paulina Aguirre y Mauricio Maigret.

En este escenario la postrer política de levantamientos populares, recogida de la experiencia centroamericana, e implementada en los barrios populares de la periferia de la capital, a partir de 1984, se convirtió en el último intento del MIR por revertir el colapso definitivo de la estructura partidaria, a partir de la incorporación a la lucha miliciana de cientos de jóvenes pobladores. El acontecimiento más importante de esta etapa de ascenso de las luchas populares fue el denominado Paro Comunal de Pudahuel, realizado el 26 de julio de 1984. En esa ocasión miles de pobladores de esa populosa comuna de la zona poniente de Santiago detuvieron sus actividades regulares y se movilizaron a lo largo de todo el día en una serie de acciones de protesta antidictatorial: Marchas callejeras, corte del alumbrado público, levantamiento de barricadas, saqueo de supermercados, hostigamiento a los soplones y enfrentamientos con la policía (Peñañel, 2010). En estas acciones jugaron un rol fundamental las Milicias de la Resistencia Popular que acompañaron la movilización social resguardando con armamento casero y automático el despliegue de los pobladores. La evaluación realizada por el MIR de esta movilización local fue particularmente positiva.

Este primer paro local reafirma la potencia del pueblo, su capacidad para combinar en una misma acción sus organizaciones y fuerzas populares y milicianas, para desarrollar todas las formas de lucha y disputar momentáneamente el control que la dictadura ejerce sobre el territorio. Con re-

presión o sin ella, el ejemplo de Pudahuel será seguido en las futuras jornadas de lucha con nuevas protestas y paros comunales, en el camino hacia el paro Nacional, Obrero y Popular (*El Rebelde*, op. cit.).

Pero este esfuerzo también resultó infructuoso. Inmediatamente después del Paro de Pudahuel se desató sobre la localidad una ofensiva represiva que desembocó en la prisión y tortura de cientos de pobladores, en el encarcelamiento prolongado de varias decenas y en la desarticulación profunda de la organización social y miliciana de la localidad. El balance realizado por el MIR respecto de esta experiencia fue lapidario.

La línea estratégica de los levantamientos locales fracasó. El MIR sufrió un nuevo revés estratégico-táctico, pero esta vez no se limitó al sector militar, sino que afectó gravemente todas las estructuras partidarias, revirtiendo el proceso de crecimiento orgánico, quebrando su iniciativa política, debilitando su vinculación orgánica con el movimiento de masas, debilitando aún más su capacidad militar. Fue este revés, el que terminó de producir el proceso de crisis que ha afectado al partido desde 1985 en adelante (MIR, 1988: 74).

Cabe señalar que junto al trabajo en poblaciones populares el reconocimiento social y político del MIR se incrementó de manera importante a partir de la apertura de espacios para la representación pública del Partido —especialmente en torno a las figuras de sus voceros, el sacerdote Rafael Maroto y el dirigente Jeckar Neghme—. Pero ello no se tradujo mecánicamente en el fortalecimiento de la línea militar propia. Por el contrario, la misma, comenzó a ser duramente impugnada por una parte de la dirigencia de la organización, lo cual se convirtió en el punto de partida para el quiebre partidario. Efectivamente, la crisis interna iniciada en 1984, como consecuencia del fracaso de la Operación Retorno y de la muerte o encarcelamiento de cientos de militantes, se cerró a comienzos de 1987 con la división del partido en dos grupos, que manifestaban lineamientos estratégicos diferentes. El núcleo principal de la controversia se encontraba en la estrategia de acumulación político-militar. Mientras el grupo encabezado por Nelson Gutiérrez enfatizaba la necesidad de ligar cada vez más al MIR con los frentes de masas, incluso acompañando a los sectores populares en la experiencia de votar NO en el plebiscito de 1988, el grupo encabezado por el Secretario General del Partido, Andrés Pascal, insistía en las definiciones adoptadas a fines de la década de 1970; se trataba de construir un partido, en el seno del pueblo, que acompañará el despliegue político

y militar de las masas. No obstante, ambas estrategias se verían confrontadas por un escenario político vertiginoso que condujo de manera expeditiva a una transición negociada, en la cual organizaciones como el MIR no tenían cabida.

CONCLUSIONES

La historia del MIR en el ciclo 1978-1988 contribuye a conocer mejor la historia política de Chile en la fase de institucionalización de la dictadura militar. Por ello que es necesario enfatizar que aún se encuentra pendiente el balance historiográfico de las experiencias concretas de violencia política en Chile. No cabe duda que en esta última década se ha avanzado bastante; pero lo avanzado aún no es suficiente. Como indicamos previamente, es necesario despejar acuciosamente la relación entre las definiciones adoptadas por los partidos y movimientos que reivindicaron la violencia como método de acción política y las prácticas políticas concretas de las organizaciones y de sus militantes. Para ello es necesario realizar un registro sistemático del quehacer operativo de los grupos revolucionarios, pero también recrear las percepciones que la militancia ha realizado de dichas experiencias.

Una primera cuestión a considerar es que las condiciones para el desarrollo de la violencia política en Chile difieren significativamente de otras experiencias latinoamericanas. Si bien la Revolución Cubana operó como un catalizador para el desarrollo de la izquierda revolucionaria en Chile (tanto en la fundación del MIR, como en la radicalización del PS), no es menos efectivo que este fenómeno se expresa más bien como un ascenso y agudización de la lucha de masas y no necesariamente (como ocurrió en otros países de la región), como configuración de focos guerrilleros. En Chile la interrupción del proceso político liderado por Salvador Allende (la denominada “vía chilena al socialismo”), fue lo que favoreció el desarrollo (y en otros casos la creación), de organizaciones armadas con capacidad de disputarle al Estado el monopolio de la violencia.

Efectivamente, la dictadura militar chilena es, probablemente, la más exitosa de todas las dictaduras latinoamericanas, en cuanto llevó a cabo un profundo proceso de refundación del conjunto de la sociedad. En el plano económico avanzó hacia la implantación de una economía de mercado (posteriormente aceptada por la socialdemocracia chilena); logró individualizar las relaciones al interior de la sociedad; y reestructuró profundamente la institucionalidad política. Este proceso refundacional requirió del ejercicio sistemático de la represión a objeto de neutralizar cualquier iniciativa de resistencia. Ello resultaba especialmente necesario en una sociedad en la cual el movimiento popular revolucionario había demostrado, hasta 1973, su fuerza y capacidad de convocatoria.

El ejercicio de la violencia política por parte del MIR se explica, entonces, como expresión de resistencia frente a la dictadura militar. Por este medio la organización intentaba demostrar que el movimiento popular, y en especial el campo revolucionario, continuaban representando una alternativa política. Ello explica que los golpes ofensivos desencadenados por el MIR, en el marco de la Operación Retorno, se dirijan, fundamentalmente, contra el aparato armado del Estado. Se trataba de demostrar que el poder fundamental de la dictadura: La represión, era vulnerable. Las ejecuciones de varios agentes de los organismos de seguridad y el despliegue de acciones milicianas, expresadas como copamientos territoriales, apuntaban en dicha dirección.

Desde esa perspectiva el ciclo ofensivo del accionar militar del MIR (1978-1982), explica el proceso de reanimación que comenzó a experimentar el movimiento de masas a partir de 1978 y el posterior desarrollo de las protestas populares (1983-1987).

Pero ello, evidentemente, colocó al MIR en el centro del accionar represivo de la dictadura. Efectivamente, el MIR fue la organización más duramente golpeada por la represión entre 1978 y 1982. Y las principales víctimas de la represión fueron los cuadros político militares que habían comenzado a ingresar al país en el marco de la Operación Retorno. La aniquilación de la Estructura de Fuerza Central en el ciclo previamente señalado llevó a la dirección del MIR a transferir cuadros al aparato militar, desde las estructuras milicianas y desde los frentes sociales, para llenar los vacíos dejados por la represión. No obstante la represión continuó golpeando estas estructuras, mientras que las milicias y las organizaciones de masas se veían debilitadas como consecuencia del vaciamiento de sus cuadros.

El análisis crítico de este proceso construido al interior de la estructura de dirección del MIR desembocó, hacia 1987, en la división de la organización en dos bloques y su posterior fracturación en múltiples microfracciones. Concluida la dictadura e iniciado el proceso de transición a la democracia el MIR había dejado de existir como organización política, pero sus cuadros se habían difuminado en la trama social dando origen a la denominada “cultura mirista”.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Rolando 2003 *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)* (Santiago de Chile: LOM Ediciones).
- Amorós, Mario 2014 *Miguel Enríquez. Un nombre en las estrellas. Biografía de un revolucionario* (Santiago de Chile: Ediciones B).

- Arancibia, Patricia y Balart, Francisco 2007 *Sergio de Castro, El arquitecto del modelo económico* (Santiago de Chile: Libertad y Desarrollo).
- Arriagada, Genaro 1998 *Por la razón o la fuerza. Chile bajo Pinochet* (Santiago de Chile, Editorial Sudamericana).
- Bambirra, Vania 1971 *Diez años de insurrección en América Latina*, 2 vols. (Santiago de Chile: Editorial Prensa Latinoamericana).
- Bambirra, Vania 1973 *La Revolución Cubana: Una reinterpretación* (Santiago de Chile: Cuadernos del CESO, 18).
- Barros, Robert 1996 *By reason and force: Military constitutionalism in Chile, 1973-1989* (Chicago: UMI Dissertation Services).
- Campero, Guillermo; Flisfisch, Ángel; Tironi, Eugenio y Tokman, Víctor 1993 *Los actores sociales en el nuevo orden laboral* (Santiago de Chile: Ediciones Dolmen).
- Castañeda, Jorge 1994 *La utopía desarmada: Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina* (Buenos Aires: Ariel).
- Choteau, Jorge 1983 *Seguridad nacional y guerra antisubversiva* (Santiago de Chile: FLACSO) Vol. 185.
- Fanon, Franz 1965 (1961) *Los condenados de la tierra* (México D.F.: Fondo de Cultura Económica).
- Garretón, Manuel Antonio 1989 *The chilean political process* (Boston: Unwin Hyman).
- Giap, Vo Nguyen 1972 (1959) *Guerra de liberación* (Santiago de Chile: Quimantú).
- Goicovic, Igor 2010a “La transición política en Chile. Especificidades nacionales y puntos de referencia con el caso español (1988-1994)” en Martín García, Oscar y Ortiz Heras, Manuel (coord.) *Claves internacionales en la transición española* (Madrid: Libros de la Catarata).
- Goicovic, Igor 2010b “Transición y violencia política en Chile (1988-1994)” en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea* (Madrid) Vol. 79 N° 3.
- Goicovic, Igor 2012 *Movimiento de Izquierda Revolucionaria* (Concepción: Editorial Escaparate).
- Goicovic, Igor 2013a “Golpe de Estado, violencia política y refundación de la sociedad chilena” en Moyano, Cristina (comp.) *A 40 años del golpe de Estado en Chile* (Santiago de Chile: Editorial USACH).

- Goicovic, Igor 2013b "Terrorismo de Estado y resistencia armada en Chile. El MIR, entre la dictadura y la transición (1973-1994)" en Águila, Gabriela y Alonso, Luciano (coord.) *Procesos represivos y actitudes sociales. Entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur* (Buenos Aires: Prometeo Libros).
- Gómez, Juan 2010 *Política, democracia y ciudadanía en una sociedad neoliberal (Chile: 1990-2010)* (Santiago de Chile: Editorial ARCIS – CLACSO).
- Guevara, Ernesto Che 1969 *Obra revolucionaria* (México D.F.: Editorial Era).
- Harnecker, Marta 1984 *Pueblos en armas. Guatemala, El Salvador, Nicaragua* (México D.F.: ERA).
- Hiner, Hillary 2009 "Voces soterradas, violencias ignoradas: Discurso, violencia política y género en los informes Rettig y Valech" *Latin American Research Review* (Pittsburgh) Vol. 44 N° 3.
- Huneus, Carlos 2005 *El régimen de Pinochet* (Santiago de Chile: Editorial Sudamericana).
- Justino, Patricia 2000 "Poverty and violent conflict: A micro-level perspective on the causes and duration of warfare" en *Journal of Peace Research* (London) Vol. 46 N° 3.
- Larraín, Felipe y Vergara, Rodrigo 2000 *Las transformaciones económicas de Chile* (Santiago de Chile: CEP).
- Lee, Alexander 2011 "Who becomes a terrorist? Poverty, education and the origins of political violence" en *World Politics* (New York) Vol. 63 N° 2
- Lovema, Brian y Lira, Elizabeth 2000 *Las ardientes cenizas del olvido: Vía chilena de reconciliación política, 1932-1994* (Santiago de Chile: LOM/DIBAM).
- Lozoya, Ivette 2013 "Pensar la revolución: Pensamiento latinoamericano e intelectuales en el MIR chileno, 1965-1973. Propuesta teórica y metodológica para su estudio desde la historia intelectual y la historia de la violencia" *Revista de Humanidades* (Santiago de Chile), Vol. 27.
- Maira, Luis 1988 *La Constitución de 1980 y la ruptura democrática* (Santiago de Chile: Editorial Emisión).

- Mella, Marcelo 2011 *Extraños en la noche. Intelectuales y usos políticos del conocimiento durante la transición chilena* (Santiago de Chile: RIL Editores).
- MIR 1979 *América Latina en la hora de Nicaragua. Se consolida el nuevo ciclo de ascenso y ofensiva de las fuerzas populares* (Santiago de Chile: MIR).
- MIR 1980a *La línea militar del MIR chileno* (Santiago de Chile: MIR).
- MIR 1980b *La Estrategia de Guerra Popular Prolongada* (Santiago de Chile: MIR).
- MIR 1984 *Tesis programáticas y estratégicas del MIR. El carácter y programa de la revolución proletaria y popular* (Santiago de Chile: MIR).
- MIR 1985a *Pleno del Comité Central. Acuerdos y resoluciones* (Santiago de Chile: MIR).
- MIR 1985b *Llamado a los trabajadores y al pueblo de Chile* (Santiago de Chile: MIR).
- MIR 1988 *IV Congreso Nacional del MIR. Balance histórico del MIR y su lucha revolucionaria* (Santiago de Chile: MIR).
- Moyano, Cristina 2013 “El golpe de Estado y la erosión de los mapas cognitivos. Renovación socialista y efectos en la posdictadura” en Moyano, Cristina (comp.) *A 40 años del golpe de Estado en Chile* (Santiago de Chile: Editorial USACH).
- Palieraki, Eugenia 2014 *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta* (Santiago de Chile: LOM Editores).
- Palma, José 2012 *El MIR y su opción por la guerra popular. Estrategia político-militar y experiencia militante, 1982-1990* (Concepción: Editorial Escaparate).
- Peñañiel, Oscar 2010 “¡A tomarse las comunas! La táctica del MIR para el periodo de las jornadas de protesta nacional. Momento de constitución de movimiento popular (1983-1984). El caso del paro comunal de Pudahuel (26-27 de julio, 1984)”, Tesis de Licenciatura, USACH.
- Pozzi, Pablo y Pérez, Claudio (eds.) 2012 *Por el camino del Che. Las guerrillas latinoamericanas 1959-1990* (San Martín: UBA, UAHC, RELAHO, Imago Mundi).
- Rettig, Raúl (coord.) 1991 *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación* (Santiago de Chile: Imprenta de La Nación).

- Salinas, Sergio 2013 *El tres letras. Historia y contexto del Movimiento de Izquierda Revolucionaria* (Santiago de Chile: RIL Editores).
- Salinas, Sergio 2014 *Memorias de militancia en el MIR* (Santiago De Chile: RIL Editores).
- Silva, Robinson 2011 *Resistentes y clandestinos. La violencia política en el MIR en la dictadura profunda, 1978-1982* (Concepción: Editorial Escaparate).
- Tironi, Eugenio 1988 *Los silencios de la revolución. Chile: La otra cara de lamodernización* (Santiago de Chile: Editorial Antártica)
- Tse-Tung, Mao 1960 (1938) *Sobre la guerra prolongada* (Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras).
- Valdivia, Verónica 2006 “Lecciones de una revolución: Jaime Guzmán y los gremialistas, 1973-1980” en Valdivia, Verónica et al *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el chile de Pinochet (1973-1981)* (Santiago de Chile: LOM Ediciones).
- Velásquez, Edgard 2002 “Historia de la doctrina de la seguridad nacional” en *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales* (México D.F.) Vol. 9 N° 27.
- Wieviorka, Michel 2007 “From classical terrorism to global terrorism” en *International Journal of Conflict and Violence* (Bielefeld) Vol. 1 N° 2.
- Witker, Iván 2008 “La conversión de terroristas en íconos o el síndrome de Heróstrato” en *Estudios Públicos*, Vol. 111.
- Yocelevsky, Ricardo 2002 *Chile: Partidos políticos, democracia y dictadura, 1970-1990* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica).

UN ANÁLISIS DE LAS CAUSAS DE LA DERROTA DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO TÚPAC AMARU: 1982-1997

Jan Lust*

INTRODUCCIÓN

En diciembre de 1996, la organización político-militar peruana el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) tomó la residencia del embajador japonés en Lima, donde se celebraba el cumpleaños 63 del emperador japonés. Durante unos cuatro meses los militantes de la organización guerrillera ocuparon la residencia, tomaron 72 personas como rehenes, entre congresistas, empresarios, policías, diplomáticos japoneses y otros. En abril de 1997, comandos peruanos de las Fuerzas Armadas atacaron la residencia, liberando todos menos uno de los rehenes quien murió en la acción. Los 14 guerrilleros murieron, algunos liquidados con sólo una bala en su cabeza. El ataque fue mortal para el MRTA. La ocupación de la residencia fue una acción emblemática del MRTA y es la motivación de este trabajo.

* Jan Lust es estudiante del doctorado de Estudios del Desarrollo de la Universidad Autónoma de Zacatecas, México. Su tesis doctoral lleva como título "Un análisis de clase de las dinámicas capitalistas en el Perú y la lucha por la transformación social: 1980-2015". En el 2013 su primer libro fue publicado por la editorial RBA libros (Barcelona): *Lucha revolucionaria. Perú, 1958-1967*. En el 2014 publicó en la revista *Critical Sociology* "Social struggle and the political economy of natural resource extraction in Peru", en la revista *Class, race and corporate power* "Mining in Peru: Indigenous and peasant and peasant communities vs. the state and mining capital", y publicó el artículo "Peru. Mining capital and social resistance" en *The new extractivism. A Post-Neoliberal Development Model or Imperialism of the Twenty-First Century?*, editado por Henry Veltmeyer y James Petras. El autor publica también en los sitios de web como *Marxismo Crítico*, *Rebelión*, *La Haine* y *Cronicón*.

Un análisis de la derrota del MRTA no puede reducirse a los errores militares y tácticos. Consideramos que una derrota militar se origina en una derrota política. También la derrota política no puede circunscribirse al terror del estado y el sentimiento generalizado de temor en la sociedad por el uso de armas para perseguir objetivos políticos, como argumenta Breuer (2014: 65). Además, aunque el colapso de lo que se ha llamado “socialismo real existente” en Europa del Este podría haber causado un impacto negativo en la credibilidad del MRTA. Consideramos que eso no ha “producido” la derrota política, sino que ha contribuido a la crisis general dentro de la izquierda peruana desde la década de noventa.

La literatura sobre las razones de la derrota política y militar del MRTA es casi inexistente. Aunque Fournier (1991), Quechua (1994) y Jiménez (2000) han realizado extensos estudios sobre la organización guerrillera y proporcionan muchos datos, no son fuentes confiables como estos individuos estaban vinculados a las Fuerzas Armadas o a la policía peruana y, por tanto, tienen una tendencia a prejuzgar. Además, hay muy pocas referencias que apoyan sus afirmaciones. Las obras de carácter académico que ayudan a explicar el desarrollo de la organización, sus puntos de vista políticos y que tienen la intención de demostrar las causas de la derrota política son escasas. Sin embargo, la tesis doctoral de Meza Bazán (2012) y el documento de trabajo de Breuer (2014) son definitivamente de interés, importantes y buenas contribuciones. La poca investigación sobre la organización se compensa con la abundancia relativa de los textos sobre algunas acciones del MRTA, como la fuga de presos del MRTA del penal de Canto Grande en 1990 (Thorndike, 1991; Alegria y Flakoll 1996) y el asalto a la mencionada residencia del embajador de Japón (Prieto, 1997; Hermoza, 1997; Aoki, 1998; Wicht y Rey de Castro, 1998; Hidalgo, 2007; Jara, 2007).

Creemos que la causa fundamental de la derrota política del MRTA tiene que ver con la incapacidad teórico y práctica de la organización para capturar las masas por sus propuestas políticas. La incapacidad teórica se puede demostrar cuando se compara los conceptos políticos de la organización con la realidad peruana. La incapacidad práctica puede visualizarse en base de un análisis de los objetivos de la organización y sus problemas para convertir las proyecciones políticas abstractas en una práctica política y militar concreta.

Este ensayo está estructurado en seis secciones. En la sección uno se describe, en líneas generales, el desarrollo económico y social del Perú en el período 1980-1990. En la sección dos se presentan datos relativos al empleo y la lucha de los trabajadores en el período 1980-1993. La tercera sección está dedicada a las concepciones políticas e ideológicas del MRTA. En la sección cuatro se analiza estos conceptos

en relación con la realidad económica y social del Perú. La quinta sección examina la debilidad práctica de la organización y la cuestión del reformismo armado. Por último, en la sección seis, se discute lo que podría ser el “asalto final” al MRTA y a proyectos políticos que apuntan al socialismo o a proyectos sociales colectivos en general.

POLÍTICAS ECONÓMICAS Y DESARROLLO ECONÓMICO: 1980-1990

En 1980, Fernando Belaúnde fue elegido como presidente del Perú después doce años de dictadura militar. Curiosamente, Belaúnde fue el mismo presidente cuyo gobierno fue derrocado por los militares en 1968.

El gobierno de Belaúnde no cambió las políticas económicas de orientación al mercado que se introdujeron durante la presidencia del general Francisco Morales Bermúdez a mediados de la década de setenta. Belaúnde buscó una mezcla entre la intervención estatal y el libre mercado denominada como una economía social de mercado.

Las políticas económicas del gobierno apuntaron al desarrollo de una economía basada en la exportación de *commodities* (Wise, 2010: 173). Con la esperanza de aumentar la competitividad de la economía, la economía fue en gran parte liberalizada y la estabilidad laboral fue eliminada.

Sin lugar a dudas, el desarrollo económico del Perú y las políticas económicas se vieron afectados por la crisis internacional de 1982, que contribuyó a bajar los precios de exportación de los *commodities* peruanos causando problemas en la balanza de pagos, la deuda externa y en la tasa de cambio. Las tasas de crecimiento del Producto Bruto Interno (PBI) en los años 1980-1984 fueron 4,9%, 5,1%, -0,2%, -12,6%, 5,8% y 2,2% (Parodi Trece, 2010: 158, 162). En términos generales, el crecimiento y decrecimiento de la economía peruana dependía de la evolución de las economías de los países capitalistas “avanzados”.

Como consecuencia de los problemas económicos, los salarios reales disminuyeron drásticamente, el desempleo y el subempleo comenzaron a crecer y el sector informal amplió estructuralmente su “presencia” en la economía. En el periodo 1980-1984, la tasa de subempleo subió de 51,2% al 54,2% (INEI, 1983: 99; 1987: 150). Según Parodi (2010: 174), en los años 1980-1985 40% de la fuerza laboral fue considerada informal.

En 1985 le tocó el turno a Alan García de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) para manejar el destino del Perú. El gobierno consideró que el detonante para el crecimiento económico fue el incremento de la demanda interna. Como consecuencia, no solamente se intentó expandir el mercado interno sino también proteger la industria local.

El gobierno de García dependía en gran medida de las decisiones de las empresas a invertir en la economía, a pesar de que la intervención

estatal en la economía había aumentada. Se pensaba que un aumento de la demanda interna estimularía la inversión, dar lugar a economías de escala y bajaría la inflación. Dada la existencia de una capacidad de producción instalada no usada, se consideró, además, que la inflación no se incrementaría por causa de políticas monetarias y fiscales expansivas (Parodi Trece, 2010: 26).

En los dos primeros años del gobierno de García las medidas produjeron efectos positivos en el PBI y en la inflación. La capacidad de producción comenzó a trabajar a toda velocidad, lo que urgió nuevas inversiones para aumentar el PBI y para detener el recalentamiento de la economía. Sin embargo, dado que la rentabilidad no fue restaurada en forma estructural, las inversiones privadas no crecieron suficientemente. Aunque el gobierno trató de estimular el sector privado a hacer inversiones (Wise, 2010: 211-215) y garantizó sus tasas de ganancia a través de compensaciones tributarias y la reducción de las tasas de intereses por los aumentos de los salarios reales (Burt, 2011: 76), el sector privado no estaba interesado en aumentar su participación en la economía. Además de la inseguridad política y económica, también el muy disminuido mercado interno puede explicar este desinterés.

A partir de finales de 1987, el Gobierno comenzó a disminuir su control sobre la economía. Sin embargo, a medida que el gobierno aflojó su control sobre la economía, la economía se salió de control (Crabtree, 2005: 196-198, 202, 204).

En los años 1988-1990, el PBI a precios de 1979 disminuyó en un 8,8%, 11,7% y 3,8% respectivamente (Parodi Trece, 2010: 259). El índice del salario real (año base 1985) para las personas que trabajaban en el sector privado disminuyó en los años 1988, 1989 y 1990 respectivamente a 90,7; 60,2 y 42,4. En el caso del salario mínimo real, las cifras fueron 84; 44,6 y 39,5 (Murakami, 2007: 160). En 1988, la inflación ascendió a 1.722,3%. Dos años más tarde se situó en 7.649,6% (Parodi Trece, 2010: 259). La Población Económicamente Activa (PEA) que trabajó en el sector informal subió a casi 50%. Además, en el período 1984-1990 las empresas con menos de 9 trabajadores aumentaron con casi el 50% y los que emplearon de 10 a 19 trabajadores aumentaron por alrededor de 61% (Thomas, 1999: 268).

EMPLEO Y LUCHA TRABAJADORA: DATOS SOBRE EL PERÍODO 1980-1993

El MRTA fue fundado en 1982. Aunque la organización comenzó a operar oficial y públicamente en 1984, en los años entre 1982 y 1984 ejecutó diferentes acciones y organizó sus militantes política y militarmente.

Con el fin de obtener una idea más o menos estructurada de la posible base social de la organización, en lo que sigue se presentan tres tablas. Los datos presentados no se reducen a la década de ochenta sino termina en 1993, un año después de la captura del líder del MRTA, Víctor Polay, como de Abimael Guzmán, líder del Partido Comunista del Perú (PCP), también denominado como Sendero Luminoso, la otra organización armada que estaba activa en las décadas de ochenta y noventa. Hemos considerado estos datos hasta el año 1993 porque a partir de la captura de estas personas las actividades de las organizaciones armadas peruanas disminuyeron drásticamente (Meza Bazán, 2012: 307) y, más importante aún, no se había publicado nuevas conceptualizaciones políticas e ideológicas por parte del MRTA.

En la tabla 1 presentamos la evolución de la Población Económicamente Activa (PEA). Como se puede ver, en el periodo 1980-1993 la fuerza laboral peruana se concentró en el sector agrícola. Esto lleva directamente a la conclusión de que cualquier estrategia revolucionaria debe tener su mirada puesta en el campo.

El sector de servicios parece ser una red de seguridad para todas aquellas personas que no han sido capaces de encontrar un trabajo adecuado en los otros ocho sectores mencionados en la tabla. Sin duda, en este sector podemos encontrar la mayoría de los trabajadores informales y las personas que trabajan en empresas muy pequeñas. Dada la importancia de este sector para el empleo y para la supervivencia, una estrategia revolucionaria debe elaborarse sobre las características de este sector y sobre la base de esta estrategia se debería desarrollar tácticas concretas que permitan a estas personas a participar en la lucha. Lo mismo se aplica para todas aquellas personas que trabajan en lo que se ha denominado como el sector de comercio.

En lo que respecta a los sectores donde podemos localizar la clase de trabajadores “clásica” (los sectores de minería, manufactura, electricidad, construcción y transporte), su participación en la PEA total fluctuó entre el 20 y el 22%. Aunque la clase obrera se mantiene como un “elemento” importante, y hasta histórico, para cualquier estrategia revolucionaria, sin embargo, en el Perú su importancia no debe exagerarse.

Tabla 1
Población Económicamente Activa: 1980-1993 (x 1000)

Año	Total	Agricultura	Minería	Manufactura	Electricidad	Construcción	Comercio	Transporte	Finanzas	Servicios
1980	5586,5	2223,4	111,7	648,0	16,8	217,9	731,8	245,8	139,7	1251,4
1981	5769,8	2279,1	115,4	646,2	17,3	225,0	767,4	248,1	138,5	1332,8
1982	5957,0	2335,1	119,1	643,4	17,9	232,2	810,1	250,2	143,0	1405,9
1983	6151,6	2362,2	123,0	652,1	18,5	239,9	848,9	264,5	147,6	1494,9
1984	6351,3	2381,7	133,4	666,9	19,1	241,3	889,2	273,1	152,4	1594,2
1985	6555,5	2399,3	144,2	681,8	19,7	242,5	937,4	281,9	163,9	1684,8
1986	6767,9	2422,9	162,4	690,3	20,3	243,7	981,3	297,8	169,2	1780,0
1987	6989,5	2460,3	167,7	719,9	21,0	251,6	1034,4	307,5	174,7	1852,4
1988	7205,5	2507,5	172,9	742,2	21,6	259,4	1080,8	317,1	180,1	1923,9
1989	7429,9	2555,9	178,3	772,7	22,3	267,5	1136,8	326,9	182,0	1987,5
1990	7344,0	2497,0	176,3	771,1	22,0	271,7	1145,7	323,1	176,3	1960,8
1993	7109,5	1901,2	72,2	783,9	18,7	255,0	1167,0	347,5	283,7	2280,4

Fuente: INEI (1995), Perú: Series Estadísticas 1970-1994, Lima, INEI, p.445.

En la tabla 2 presentamos las categorías ocupacionales para el periodo 1980-1993. Como se puede observar, no sólo la clase obrera representa alrededor del 20% del total de la PEA, sino los trabajadores por cuenta propia forman la mayor fuerza laboral en la PEA. Se podría esperar que la mayoría de los trabajadores por cuenta propia sean parte del sector informal.

Trabajadores por cuenta propia, las personas empleadas en pequeñas empresas y los individuos que trabajan en el sector informal son aquellos los más afectados por la inestabilidad política, crisis económica, lucha política de clases y la instalación de zonas de emergencia por el gobierno, ya que dependen para su subsistencia lo que “trae” cada día. Dada su importancia para el empleo, es indispensable para una organización revolucionaria que desarrolla una práctica política hacia este sector.

Tabla 2
Categorías ocupacionales: 1980-1993 (en % del total de la PEA)

	1980	1981	1993
Empleadores	0,6%	1,1%	2,6%
Trabajadores	23,2%	22,7%	20,9%
Empleados	18,6%	21,2%	26,1%
Trabajadores por cuenta propia	48%	42,6%	36,4%
Trabajadores familiares	6,3%	5,3%	10,3%
Trabajadores domésticos	3,4%	3,4%	3,7%
No especificado		3,7%	

Fuentes: INEI (1981), Perú: Compendio Estadístico 1980, Lima, INEI, p.21; INEI (1984), Perú: Compendio Estadístico 1983, Lima, INEI, p.107; INEI (1994), Compendio de Estadísticas Sociales, 1993-1994, p.245.

Finalmente en la tabla 3 se presenta las huelgas en el sector privado según los sectores económicos para los años 1980 hasta 1992. Una revisión de la tabla lleva a la conclusión de que la mayoría de las huelgas se concentraron en la minería y la manufactura. La cantidad de huelgas en los dos sectores mencionados podría ofuscar el hecho de que estos sectores de la economía, en su conjunto, sólo cuentan con alrededor del 12% al 13,6% de la PEA total. Cuando sumamos todas las huelgas en los sectores que “pertenecen” a la clase trabajadora “clásica”, podemos ver que su tasa de participación en la total de huelgas fluctúa entre el 73% y el 87%. En otras palabras, la lucha de los trabajadores se concentró en los sectores que componen alrededor del 20% al 22% de la PEA total.

Tabla 3
Las huelgas en el sector privado según los sectores económicos: 1980-1992

Año	Total	Agricultura (i)	Minería	Manufactura	Electricidad (ii)	Construcción	Comercio (iii)	Transporte (iv)	Finanzas (v)	Servicios (vi)
1980	739	5	123	361	33	5	113	37	xxx	53
1981	871	9	156	394	19	19	60	49	91	57
1982	809	13	129	331	21	82	63	46	66	41
1983	643	17	145	230	16	52	26	42	67	37
1984	509	5	110	189	20	33	39	42	33	26
1985	579	20	101	250	31	20	31	48	34	37
1986	642	22	125	311	28	34	40	29	23	29
1987	720	13	168	301	46	58	33	50	28	21
1988	814	14	127	341	43	46	44	77	62	53
1989	667	13	120	281	39	17	33	62	56	46
1990	613	15	106	270	23	6	27	63	51	50
1991	315	6	65	145	17	8	7	23	11	32
1992	219	8	46	113	10	2	4	16	6	13

Fuente: INEI (1995), Perú: Compendio Estadístico 1994-1995, Lima, INEI, pp.631-633.

(i) Incluye: Pesca, silvicultura

(ii) Incluye: Gas, agua

(iii) Incluye: Restaurant, hoteles

(iv) Incluye: Almacenamiento, comunicación

(v) Incluye: Seguro, inmobiliaria, servicios para empresas

(vi) Incluye: Servicios comunales, sociales y personales

Como hemos visto en la tabla 1, los principales sectores de empleo fueron la agricultura y el sector de servicios. Es sorprendente observar que en relación a los otros sectores casi no había huelgas en el sector agrícola, aunque en la década de ochenta fue la principal fuente de empleo.

Para que una estrategia revolucionaria se arraigue en la sociedad se necesita calidad y cantidad. Mientras que la militancia de los sectores “clásicos” de la clase trabajadora constituye una importante base social para la organización revolucionaria y las propuestas políticas podrían encontrar fácil acceso, sin embargo, cuando la estrategia de la organización no apunta a captar a las masas o, en este caso particular, la organización no presenta una estrategia para conquistar las personas que trabajan en los sectores más importantes de empleo, en el mediano plazo la estrategia fracasará y la organización será derrotada.

LAS CONCEPCIONES POLÍTICAS E IDEOLÓGICAS DEL MRTA

En esta sección presentamos las concepciones políticas e ideológicas del MRTA como fueron desarrolladas en la década de ochenta. También hacemos referencia, ocasionalmente, a los textos o pronunciaciones de exlíderes del MRTA. La primera subsección se dedica al carácter de la sociedad peruana. En la siguiente se presenta las ideas de la organización con respecto a una situación prerrevolucionaria y una situación revolucionaria, y en la última subsección exponemos la estrategia del MRTA.

EL CARÁCTER DE LA SOCIEDAD PERUANA

En junio de 1980, las organizaciones precursoras del MRTA, el Partido Socialista Revolucionario - Marxista Leninista y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria - El Militante (PSR-ML-MIR-EM), publicaron el documento “Bases de la unidad del PSR-ML – MIR-EM”. En este documento el Perú fue considerado como un país capitalista en el cual la clase obrera “no sólo juega un rol clave en nuestra economía, sino que políticamente ha pasado a ser la fuerza principal de la revolución” (MRTA, 1990b: 21).

En el texto “Nuestra Posición” (MRTA, 1990c: 23), publicado en junio de 1980 por las organizaciones precursoras del MRTA antes mencionadas, el Estado peruano fue considerado una “maquinaria de opresión” de la clase dominante. En otras palabras, el MRTA tuvo una visión instrumentalista del Estado peruano.

En el documento “El camino de la revolución peruana”, aprobado en la segunda reunión del Comité Central Unificado¹ del MRTA en 1988, la sociedad peruana se caracterizó de la siguiente manera (MRTA, 1988: 20-26):

- i. El Perú está dominado por el imperialismo y es una semi-colonia. El país es política, económica y militarmente controlado por el imperialismo.
- ii. Los sectores capitalistas de la economía son los sectores más importantes. Aunque en el sector agrícola podríamos encontrar formas de relaciones de producción feudales, la importancia de este sector ha disminuido, como demuestran su contribución al PBI.
- iii. Un pequeño grupo de corporaciones, de “carácter monopólico” determina el curso de la economía. Según el MRTA, sólo “6% de las empresas que emplean más de 100 trabajadores y cuyos propietarios constituyen la burguesía intermediaria y la gran burguesía: tienen casi la mitad de los trabajadores de la

¹ En diciembre de 1986, el MRTA y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria - Voz Rebelde (MIR-VR) se unificaron; de ahí la denominación Comité Central Unificado.

industria; producen cerca de las dos terceras partes del valor agregado y poseen casi las tres cuartas partes de la capacidad instalada en máquinas y equipos”.

iv. La mayoría de las empresas emplean entre 5 y 19 trabajadores, a pesar de que su contribución al empleo total está alrededor del 20%. Se trata de pequeñas empresas y sus propietarios son pequeños burgueses.

La sociedad peruana está compuesta de cinco clases (MRTA, 1988: 27-28):

i. La burguesía. Esta clase está “constituida por los propietarios de los medios de producción capitalistas [...] En su conjunto, la burguesía se encuentra completamente fusionada con el imperialismo”. La burguesía puede dividirse en tres fracciones: la gran burguesía, la burguesía media y la burguesía rural.

ii. La pequeña burguesía o la clase media. “Partiendo sobre la base de la propiedad de los medios de producción, tenemos una “burguesía pequeña”, que está constituida por pequeños propietarios de comercio, talleres, servicios y empresas de diversos tipos. [...] Otro sector que se confunde con la pequeña burguesía son las denominadas *capas medias*. Su ubicación no está dada tanto por su propiedad sobre los medios de producción como por su ubicación en la producción o su identificación ideológica. Se encuentra conformada por profesionales, técnicos, empleados; la mayoría de los estudiantes, maestros, etc.”.

iii. La clase obrera. “Se encuentra conformada por los asalariados que producen las riquezas de nuestro país en las fábricas, las minas, la explotación del petróleo, la pesca, el transporte, la construcción, el comercio, la infraestructura del país, etc. También la integra la inmensa masa del proletariado agrícola de las haciendas y cooperativas agrarias”.

iv. El campesinado. “En nuestro país, es el aliado fundamental de la clase obrera. Está constituido por millones de pequeños propietarios, campesinos sin tierra, comuneros, socios de las cooperativas, etc. Es la clase social más numerosa”.

v. Semiproletariado urbano. “Se encuentra conformado por la enorme masa de desocupados y subocupados de las grandes ciudades, que buscan las más diversas formas de supervivencia, como, por ejemplo, el trabajo ambulatorio”.

UNA SITUACIÓN PRERREVOLUCIONARIA Y REVOLUCIONARIA

El MRTA consideró la situación política como una situación prerrevolucionaria. La organización debería contribuir a transformar la situación prerrevolucionaria en una situación revolucionaria (MRTA, 1990d: 70). En términos concretos, esto significaba que se debería preparar la guerra revolucionaria (MRTA, 1990a: 15; 1990c: 27). En 1985, el MRTA (1990d: 70) escribió lo siguiente: “En un periodo pre-revolucionario la tarea de los revolucionarios es madurar este periodo hacia una situación revolucionaria. En nuestro país sólo es posible mediante la lucha armada. En esa perspectiva lo fundamental de nuestra actividad debe estar centralizada en el desarrollo de la lucha político-militar”.

Es interesante observar que la organización no nos proporciona una definición de lo que es una situación prerrevolucionaria². En “Nuestra Posición”, sin embargo, se puede leer lo siguiente: “Estamos en la antesala del recrudecimiento de los factores objetivos que signaron el período pre-revolucionario” (MRTA, 1990a: 16). A lo que los mencionados factores objetivos se refieren no está claro. Parece que estos factores tienen que ver con algunas condiciones objetivas de una situación revolucionaria como ha sido descrito por Lenin en su trabajo “La bancarrota de la II Internacional” (1915). Durante la segunda reunión del Comité Central del MRTA, en febrero de 1985, la organización confirmó que “[...] la situación económica y política ha empeorado para las masas. Se ratifica en consecuencia la validez y la vigencia del periodo pre-revolucionario prolongado y que la forma de acumular fuerzas es mediante la lucha armada de manera prioritaria [...]” (MRTA, 1990a: 47). Además, en un documento de la segunda reunión del Comité Central Unificado de 1988, se puede extraer la siguiente: “Estamos en un periodo pre-revolucionario en que las condiciones para la revolución se van dando, las masas se encuentran en un estado paupérrimo, van adquiriendo creciente combatividad y autonomía ideológica a cuyo calor se va forjando una dirección revolucionaria con la incorporación de sectores de vanguardia a la guerra revolucionaria” (MRTA, 1988: 70)³.

En consonancia con las nociones guerrilleras desarrolladas en la década de sesenta en lo que respecta a la “consecución” de la conciencia

² Según Polay (2007: 300-301), el MRTA estaba convencido de que el Perú se encontraba en una situación prerrevolucionaria “[...] porque sentíamos que por el lado del movimiento popular, donde teníamos trabajo, había una gran demanda por iniciar una actividad político-militar, distinta en el país [...]”.

³ La relación entre un empeoramiento de la situación económica de la población en relación con un proceso hacia una situación revolucionaria también ha sido formulada en “Hiperinflación-recesión y militarización: Las dos caras del proyecto contrarrevolucionario del gran capital”. De acuerdo con el MRTA (1990e: 183), el empeoramiento de la situación política y económica de las masas aumentaría el espíritu de lucha de la población.

de clase (Guevara, 1962: s.p.; Castro, 1967: 162), el MRTA pensaba que el desarrollo de los frentes revolucionarios y la lucha armada podría generar la conciencia necesaria para pasar de una situación prerrevolucionaria a una situación revolucionaria (MRTA, 1990c: 27). Sin embargo, como la organización no definió lo que podría llamarse una situación revolucionaria, no pudieron desarrollar un plan estratégico concreto con las correspondientes prácticas políticas y tácticas militares para pasar de una situación prerrevolucionaria a una situación revolucionaria. Además, debido a que no se definió una situación prerrevolucionaria y revolucionaria, la organización tampoco fue capaz de desarrollar una nueva estrategia y poner en práctica nuevas tácticas en función de la nueva situación política, económica y social de la década de noventa. Tan sólo hay que hacer referencia a la cantidad de huelgas en 1991 y 1992 en relación con los años anteriores para saber que algo había cambiado (véase la tabla 4).

LA ESTRATEGIA

Cuando el MRTA inició la lucha armada, el país fue gobernado por un presidente elegido democráticamente. Según la organización, el cambio de una dictadura militar (1968-1980) a un gobierno civil no había cambiado las condiciones para el uso de la violencia revolucionaria porque los factores estructurales que agravan la situación del país hacen que el desarrollo de la guerra sea posible (MRTA, 1990a: 17). Es interesante observar que años después de la derrota política y militar, Alberto Gálvez, uno de los dirigentes del MRTA, consideró que “[...] el hecho de que el enfrentar a un gobierno democrático nos dejaba sin la superioridad moral indispensable para cualquier victoria revolucionaria [...]” (Polay, 2007: 435).

En el documento *El camino de la revolución peruana*, la organización presentó su estrategia. “En términos generales, definimos la estrategia como el conjunto de principios y leyes que rigen el desarrollo de una lucha para alcanzar determinados objetivos. La estrategia revolucionaria tiene como objetivo la captura del poder y la construcción del socialismo” (MRTA, 1988: 38).

Con el fin de tomar el poder, las fuerzas políticas y militares tuvieron que ser construidas. Esto, de acuerdo con el MRTA, sólo era posible a través de la guerra revolucionaria. MRTA (1988: 39): “El proceso de construcción de esta fuerzas político-militar popular es la guerra revolucionaria del pueblo, esto es, el complejo e integral proceso de entrelazamiento de diversas formas de lucha y organización que ordenándose en torno al eje estratégico de la lucha armada, permite la generación de una nueva correlación de fuerzas entre las clases y la derrota de la contrarrevolución. Por eso es que definimos la estrategia de

la revolución peruana como la de la guerra revolucionaria del pueblo”.

Aunque el MRTA consideró la lucha armada como el principal elemento de la estrategia, la organización no descartó otras formas de lucha. “La guerra revolucionaria del pueblo es la vía estratégica por la que se abre paso la revolución peruana. La entendemos como el complejo proceso en el que se entrelazan diversas formas de lucha y organización que se articulan en torno al eje estratégico de la lucha armada. Esto permite la acumulación de fuerzas político militar del pueblo generando la correlación de fuerzas que ha de permitir la victoria revolucionaria” (MRTA, 1988: 40-41)⁴.

LOS CONCEPTOS POLÍTICOS DEL MRTA Y LA REALIDAD PERUANA

El MRTA consideró acertadamente que la contribución del sector agrícola al PBI fue disminuyendo durante años. Sin embargo, esto no es, por supuesto, una indicación de la dominación del capitalismo en la sociedad. Con el fin de determinar si el modo de producción capitalista es dominante, es necesario analizar las relaciones sociales de producción. De hecho, un aumento de la importancia del sector agrícola en el PBI podría, también, indicar el predominio del capitalismo en la sociedad.

La primera causa principal de la derrota política del MRTA es el hecho de que para la elaboración de sus conceptos políticos, la organización se basó más en inspiraciones teóricas que en un análisis profundo de la realidad peruana. Concediendo a la clase obrera “clásica” el papel de la vanguardia real de la revolución, la organización demostró una falta de conocimiento sobre el peso político real y el poder de la clase obrera peruana. Aunque la clase obrera podría tener intereses objetivos para la eliminación del sistema capitalista, la realidad social y económica del Perú en la década de ochenta no concedió a la clase obrera esta función. De hecho, los datos de la PEA para el período 1980-1993 demuestran que la clase obrera “clásica” sólo “ocupó” algo del 22% de la PEA. Es posible que se haya confundido la cantidad por la calidad porque mientras la clase obrera “clásica” formó una minoría dentro de la PEA, según los datos sobre las huelgas, estas eran la más combativas “luchadores de clase”.

La segunda causa principal de la derrota política está relacionada con la conceptualización no dialéctica de la realidad. Por lo tanto, la organización no fue capaz de responder adecuadamente a las cambiantes situaciones políticas. Aunque el MRTA era consciente de que

⁴ “La vía estratégica para la Revolución Peruana es la Guerra Revolucionaria de todo el pueblo (G.R.P.); en ella se entrelazan diversas formas de lucha, articuladas por la lucha armada” (MRTA, 1988: 55).

la población peruana no tenía la conciencia de clase necesaria para la revolución, se pensó que la experiencia de lucha propia de la población generaría esta conciencia. La organización no entendió que la lucha armada en tiempos de extrema crisis económica y social no genera resultados políticos “normales” de la lucha de clases. Pobreza y cocha bombas no crean una conciencia revolucionaria; sin embargo, y de hecho, el predominio de la ideología de la clase dominante y su manejo de los medios de comunicación, crean la apatía, las estrategias de supervivencia y soluciones fascistas. Cuando en 1987 la crisis económica y social empezó a tomar fuerza la organización debió haber puesto toda su energía en su propio desarrollo político e ideológico, crear bases de apoyo y trabajar para convertirse en una alternativa política... manteniendo sus armas.

El análisis del MRTA en relación con el carácter capitalista de la sociedad peruana debe verse en contraste con el punto de vista del PCP que consideró la sociedad como semifeudal. En la lógica del carácter capitalista de la sociedad peruana, el MRTA concentró sus fuerzas en las ciudades en vez de en las zonas rurales, no obstante su (fallido) intento de construir una fuerza guerrillera rural en Cuzco (1984) y las incursiones armadas exitosas de su Ejército Popular Tupacamarista (EPT), en el departamento de San Martín, y sobre todo la ocupación de la ciudad de Juanjui en 1987.

La tercera causa principal de la derrota política del MRTA es de no haberse propuesto la tarea de construir estructuralmente bases de apoyo en las zonas rurales y de no haber basado su EPT en un trabajo político y estructural en las zonas rurales⁵. La masa de la PEA en el período de 1980-1993 trabajó en el sector agrícola. Según el MRTA, el campesinado era el aliado fundamental de la clase obrera y fue la más numerosa clase social (MRTA, 1988: 21). Las actividades de la EPT en San Martín, sin embargo no se convirtieron en trabajos políticos prolongados. Se podría argumentar que la urgencia del MRTA para iniciar la guerra revolucionaria a la luz de la creciente militarización de la sociedad peruana, el creciente predominio político del PCP dentro de la izquierda y el impacto de sus acciones sobre la población, provocó una debilidad estructural en la organización que comenzó a tener sus efectos correspondientes cuando los líderes fueron arrestados.

Los datos demuestran que en el período entre 1980 y 1993 el porcentaje de trabajadores por cuenta propia disminuyó en la PEA total. Sin embargo, una cantidad considerable de personas siguió trabajando como trabajadores por cuenta propia. El énfasis puesto en la clase obre-

⁵ La falta de trabajo político en las zonas rurales ha sido confirmada por Alberto Gálvez (CVR, 2003: 430).

ra “clásica” y el descuido de los trabajadores por cuenta propia podría haber contribuido a la pérdida de las bases de apoyo posibles. La misma tiene que ver con las personas que trabajaban en el sector informal. La cuarta causa principal de la derrota política del MRTA podría haber sido la concentración de su trabajo político en los sectores y bases “clásicos” de la lucha revolucionaria, es decir, la clase obrera “clásica”, en lugar en los sectores que acumularon más combatientes potenciales para una alternativa revolucionaria.

DEBILIDAD POLÍTICA Y REFORMISMO ARMADO

El MRTA consideró la situación política en el Perú como una situación prerrevolucionaria. Como ya se ha mencionado arriba, lo que puede entenderse como una situación prerrevolucionaria no fue definido por la organización político-militar. Parece que el MRTA eligió este concepto para justificar sus acciones. De hecho, incluso se podría argumentar que cada situación que no es una situación revolucionaria es una situación prerrevolucionaria o una situación posrevolucionaria.

En su descripción del carácter de la sociedad peruana, la organización dejó muy claro que el Perú era una sociedad capitalista. Como consecuencia, la práctica política y militar de la organización se basó principalmente en las ciudades. En su esquema de la estructura de la industria peruana, el MRTA demostró que la mayoría de las empresas fueron pequeñas y medianas. Aunque estas empresas fueron de menor importancia para la generación del empleo que los monopolios, la pequeña burguesía fue considerada un posible aliado para la revolución (MRTA, 1988: 27). Una práctica política concreta hacia la pequeña burguesía, sin embargo, no fue desarrollada. La importancia de la pequeña burguesía o la clase media en la PEA, en términos generales integrados por empleados y trabajadores por cuenta propia, se demostró en la tabla 3.

El MRTA fue una organización que tenía como objetivo defender los intereses de la población peruana⁶. Como tal, el MRTA se parecía más a una organización de auto-defensa popular⁷ o un sindicato que una organización que luchaba para la toma del poder. De hecho, los análisis de la organización sobre la situación política en el Perú se centraron principalmente en las ocurrencias de la coyuntura en vez en las tendencias estructurales y contradicciones en la sociedad peruana en general y en las contradicciones entre las clases y fracciones de clase en particular. Pensamos que esto es sintomático para una organización

6 “[...] nosotros nos levantamos contra Belaunde porque no sólo traiciona la expectativa del pueblo, sino que también vulnera y pisotea las libertades que estaban conquistadas en la Constitución peruana” (MRTA: 1990g: 106).

7 Para una caracterización del MRTA, véase Polay (2007: 397).

que no tiene la proyección de largo plazo para la toma del poder. Por lo tanto, no puede ser una sorpresa que el MRTA consideraba que entre el aumento de la pobreza y el aumento de las bases para la resistencia popular existió una relación causal.

Las razones principales para que el MRTA iniciara la guerra revolucionaria eran razones defensivas. No obstante, también se esperaba que a través de la guerra revolucionaria se difundiera y “se haga accesible” la violencia revolucionaria “[...] como forma fundamental de lucha de la población por la toma del poder” (MRTA, 1990f: 56)⁸. Sin embargo, una revisión de “Las resoluciones del 1 de marzo. Sobre la lucha armada” (MRTA, 1990h), “MRTA. ¡Por la causa de los pobres! ¡Con las masas y las armas! ¡Venceremos!” (MRTA, 1990i) y “La entrevista de Vicky Peleaz” (MRTA, 1990j), demuestra la incapacidad de la organización para superar estas razones defensivas y proponer un programa político práctico de la violencia revolucionaria. Las proposiciones políticas que se pueden extraer de estos documentos no distinguen al MRTA de la izquierda legal y corriente en el Perú⁹.

El MRTA pensaba que la militarización del Perú a principios de la década de ochenta instó la existencia de una organización que defendía la población (MRTA, 1990c: 26)¹⁰. Sobre la base de esta defensa, se asumía que la conciencia de la población maduraría para una lucha socialista. Sin embargo, basando la lucha armada en la defensa de la población significó que la organización no podía convertirse en una organización que lideraría el proceso revolucionario. El MRTA dependía mucho de las organizaciones populares para avanzar en la lucha. Y cuando estas organizaciones fueron derrotadas, o tal vez mejor, destruidas, el MRTA se quedó sin un horizonte político concreto.

El MRTA apreciaba la democracia burguesa en los países capitalistas “avanzados”¹¹. La organización luchó por la paz y el bienestar de

8 “El actual clima de violencia represiva tiene que ser enfrentado. No es posible que la policía siga ensañándose impunemente con la población indefensa” (MRTA, 1990f: 57). Para la misma argumentación, véase MRTA (1990j: 63). Véase también Polay, 2007: 211-212.

9 La misma crítica en Breuer (2014: 50).

10 “Actualmente que nos encontramos en una fase donde el régimen empieza a perder su legitimización ante las masas, el cierre sistemático de libertades burguesas ante la presión del movimiento popular, y sobre este hecho a su vez anuncia nuevos “rebalses” que activarán la combatividad popular así como el incremento de la represión, se perfilan más nítidamente las condiciones para el uso de la violencia revolucionaria” (MRTA, 1990c: 28).

11 MRTA (1988: 39-40): “En los países capitalistas desarrollados se ha generado una “sociedad civil” (es decir un conjunto de organizaciones, instituciones, tradiciones, etc.) densa y compleja, donde la dominación burguesa adquiere contornos más consensuales que represivos. En países como el nuestro, en cambio, la dominación burguesa se manifiesta más a través de aparatos represivos del Estado”.

la población peruana. Por esta razón, no podemos estar desconcertados por el hecho de que el MRTA propuso negociaciones con el gobierno aprista ya un año después de haber anunciado oficialmente su existencia y con el gobierno de Fujimori en 1990¹². Para el MRTA, se podría iniciar las negociaciones de paz si el gobierno de turno estaba dispuesto a detener sus medidas políticas, económicas y militares contra la población. La estrategia formulada en *El camino de la revolución peruana* parece ser nada más que una construcción teórica (“La estrategia revolucionaria tiene como objetivo la captura del poder y la construcción del socialismo”) como el MRTA estaba dispuesto a dejar las armas si el gobierno estaba dispuesto a respetar los intereses directos (y no los que podríamos llamar históricos) de la población¹³.

EL ATAQUE FINAL: CAMBIOS EN LAS ESTRUCTURAS SOCIALES

La derrota militar del MRTA en 1997 fue una derrota política que se originó en la década de ochenta. Esta derrota se hizo más evidente por el apoyo popular que obtuvo el expresidente Alberto Fujimori en la aplicación de las políticas neoliberales. Hasta el día de hoy, Fujimori, actualmente encarcelado por cargos de corrupción y la violación sistemática de los derechos humanos, sigue teniendo un gran apoyo, sobre todo de lo que podríamos llamar las clases populares.

Las elecciones presidenciales en 1990 significaron un punto de inflexión en la historia política, económica y social del Perú. A tan sólo once días después de ser juramentado como presidente, Fujimori puso el país a un curso neoliberal.

La introducción del neoliberalismo en el Perú por Fujimori contaba con el apoyo de la población (Murakami, 2007: 267). De hecho, en 1991 el 72% de la población peruana consideraba el libre mercado conveniente para el país. Según Balbi Scarneo y Arámbulo Quiroz (2009: 302), en “un contexto en que el Estado deja de ser garante de la inclusión social, y dado un acelerado proceso de difusión de los valores del individualismo utilitarista, el mercado aparece como la única vía para acceder a la ciudadanía”. En la tabla 4 se presenta la cantidad de huelgas en el sector privado en el período 1993-1997. Cuando se compara las tablas 3 y 4, el “éxito” de Fujimori se muestra claramente.

12 Según Polay (2007: 221), en 1990 el MRTA estaba buscando un diálogo con el gobierno de Fujimori con el fin de poner fin al conflicto armado.

13 En 1985, la organización consideró que para los revolucionarios y el pueblo del Perú no había nada más que hacer que rebelarse y “desarrollar la lucha armada como principal forma de combatir por la liberación nacional y social” (MRTA, 1990k: 75).

Tabla 4: Huelgas en el sector privado: 1993-1997

Año	Total
1993	151
1994	168
1995	192
1996	77
1997	66

Fuente: INEI (2001), Perú: Compendio Estadística 2001, Lima, INEI, p.252.

La derrota política del MRTA no fue total por el apoyo popular a las medidas neoliberales de Fujimori sino por los cambios en la estructura social como consecuencia de las propias dinámicas políticas y económicas capitalistas en el Perú que hizo que los conceptos políticos del MRTA quedaran fuera de contacto con la realidad peruana. Según Burt (2011: 153), la persistente crisis económica y el aumento de la informalidad de la economía “socavaron la base organizativa de las identidades y de las movilizaciones de la clase”. En su trabajo “Neoliberalism and the transformation of populism in Latin America: The Peruvian case”, Roberts (1996: 98-99) argumenta que la dinámica política, social y económica del capitalismo podría haber erosionado las bases sociales de las organizaciones populares. Según Portes y Hoffman (2003: 76), “[...] la vuelta a la democracia en la mayoría de los países de la región despertó expectativas de una recuperación de las fuerzas sindicales. Éstas fueron frustradas por un adversario que, aunque pacífico, demostró ser mucho más eficaz que la represión militar. El cierre de fábricas, la precarización del empleo, la subcontratación y la creación de enclaves con regímenes aduaneros especiales –todas partes del nuevo modelo– han debilitado severamente al proletariado formal y con ello a su capacidad para apoyar a los partidos de clase”.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegria, Claribel y Flakoll, Darwin 1996 *Tunnel to Canto Grande: The story of the most daring prison escape in Latin American history* (Willimantic: Curbstone Books).
- Aoki, Morihisa 1998 *La casa del embajador* (Lima: Apoyo).
- Balbi Scarneo, Carmen Rosa y Arámbulo Quiroz, Carlos 2009 “La recomposición de las clases medias y el voto en el Perú” en

- Plaza, Orlando (comp.) *Cambios sociales en el Perú, 1968-2000* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú/Facultad de Ciencias Sociales/Departamento de Ciencias Sociales/Centro de Investigaciones Sociológicas, Económicas y Antropológicas).
- Breuer, Martin 2014 “‘¡Con las masas y las armas!’ Deutungs- und Handlungsrahmen des Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) im diskursiven Spannungsfeld Perus 1980-1990”, KLA Working Paper Series N° 13 (Bielefeld/Köln/Bonn) en <http://www.kompetenzla.uni-koeln.de/fileadmin/WP_Breuer.pdf> acceso 19 de noviembre de 2014.
- Burt, Jo-Marie 2011 *Violencia y autoritarismo en el Perú: bajo la sombra de Sendero y la dictadura de Fujimori* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos/Asociación Servicios Educativos Rurales).
- Castro Fidel 1967 “Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, primer secretario del CC del PCC y primer ministro del gobierno revolucionario en la clausura de la primera conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), celebrada en el teatro “Chaplin”, el día 10 de agosto de 1967, Año del Vietnam Heroico” en *OLAS Primera conferencia de la Organización Latinoamericana Solidaridad* (Montevideo: Nativo Libros).
- Crabtree, John 2005 *Alan García en el poder. Perú: 1985-1990* (Lima: Ediciones Peisa S.A.C.).
- Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) (2003), “1.4. El Movimiento Revolucionario Túpac Amaru” en Comisión de la Verdad y Reconciliación *Informe Final*, Lima en <<http://www.cverdad.org.pe/ifinal/pdf/TOMO%20II/CAPITULO%201%20-%20Los%20actores%20armados%20del%20conflicto/1.4.%20El%20MRTA.pdf>> acceso 23 de agosto de 2014.
- Fournier, Eduardo 1991 *Conociendo al MRTA, para vencerlo. El desarrollo de su estrategia en Perú* (Lima).
- Guevara, Ernesto 1962 “Palabras en el acto conmemorativo del 152 aniversario de la independencia argentina, celebrado en Río Cristal, 25 mayo 1962” en <<http://old.kaosenlared.net/noticia/memoria-historica-discurso-che-25-mayo-1962>> acceso 28 de noviembre de 2014.
- Hermoza Ríos, Nicolás 1997 *Operación Chavín de Huantar. Rescata en la residencia de la Embajada de Japón* (Lima).
- Hidalgo, David 2007 *Sombras de un rescate. Tras las huellas ocultas en la residencia del embajador japonés* (Lima: Planeta Perú).

- INEI 1983 *Perú: Compendio Estadístico 1982*, Lima: INEI).
- INEI 1987 *Perú: Compendio Estadístico 1986* (Lima: INEI).
- Jara, Umberto 2007 *Secretos del túnel* (Lima: Norma).
- Jiménez, Benedicto 2000 *Inicio, Desarrollo y Ocaso del Terrorismo en el Perú. Tomo II. El ABC de Sendero Luminoso y el MRTA ampliada y comentada* (Lima: Edgar Vizcarra Basto).
- Meza Bazán, Mario Miguel 2012 “El Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) y las fuentes de la revolución en América Latina”. Tesis para optar el grado de Doctor en Historia, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos.
- MRTA 1988 “El camino de la revolución peruana. Documento del Segundo Comité Central de MRTA” en <<http://www.nadir.org/nadir/initiativ/mrta/>> acceso 19 de noviembre de 2014.
- MRTA 1990a *Conquistando el porvenir*. Documento en archivo del autor.
- MRTA 1990b “Bases de la unidad del PSR-ML – MIR-EM” (1980) en MRTA *Conquistando el porvenir*. Documento en archivo del autor.
- MRTA 1990c “Nuestra posición” (1980) en MRTA. *Conquistando el porvenir*. Documento en archivo del autor.
- MRTA 1990d “El MRTA y las tareas en el periodo pre-revolucionario. Documento aprobado en el II Comité Central” (1985) en MRTA. *Conquistando el porvenir*. Documento en archivo del autor.
- MRTA 1990e “Hiperinflación-recesión y militarización: Las dos caras del proyecto contrarrevolucionario del gran capital” (1989) en MRTA: *Conquistando el porvenir*. Documento en archivo del autor.
- MRTA 1990f “Situación política y perspectivas. I Comité Central” (1984) en MRTA: *Conquistando el porvenir*. Documento en archivo del autor.
- MRTA 1990g “Segunda conferencia clandestina reinicio de las hostilidades” (1986) en MRTA: *Conquistando el porvenir*. Documento en archivo del autor.
- MRTA 1990h “Las resoluciones del 1° de marzo. Sobre la lucha armada” (1982) en MRTA: *Conquistando el porvenir*. Documento en archivo del autor.
- MRTA 1990i “MRTA ¡Por la causa de los pobres! ¡Con las masas y las armas! ¡Venceremos!” en MRTA: *Conquistando el porvenir*. Documento en archivo del autor.

- MRTA 1990j “La entrevista de Vicky Peleaz” (1985) en MRTA, *Conquistando el porvenir*. Documento en archivo del autor.
- MRTA 1990k “El MRTA y la revolución peruana” (1985) en MRTA: *Conquistando el porvenir*. Documento en archivo del autor.
- Murakami, Yusuke 2007 *Perú en la era del Chino. La política no institucionalizada y el pueblo en busca de un salvador* (Lima/Kyoto: Instituto de Estudios Peruanos/Center for Integrated Area Studies, Kyoto University).
- Parodi Trece, Carlos 2010 *Perú 1960-2000. Políticas económicas y sociales en entornos cambiantes*, (Lima: Centro de la Investigación de la Universidad del Pacífico).
- Polay, Víctor 2007 *En el banquillo. ¿Terrorista o rebelde?* (Lima: Canta Editores/Colección Tamaru).
- Portes, Alejandro y Hoffman, Kelly 2003 “Las estructuras de clases en América Latina: composición y cambios durante la época neoliberal”, Serie Políticas Sociales, N°68, Santiago de Chile, CEPAL en <<http://www.cepal.org/publicaciones/xml/1/12451/lcl1902e-p.pdf>> acceso 25 de agosto de 2014.
- Prieto, Federico 1997 *Rescate en Lima* (Lima: Realidades).
- Quechua, Víctor Manuel 1994 *Perú... 13 años de oprobio* (Lima)
- Reyna, Carlos 2000 *La anunciación de Fujimori. Alan García 1985-1990* (Lima: Desco).
- Roberts, Kenneth M. 1996 “Neoliberalism and the transformation of populism in Latin America: The Peruvian case” en *World Politics* (Cambridge) Vol. 48, N° 1.
- Thomas, Jim 1999 “El mercado laboral y el empleo” en Crabtree, John y Thomas, Jim (comps.) *El Perú de Fujimori: 1990-1998* (Lima: Universidad del Pacífico/Instituto de Estudios Peruanos).
- Thorndike, Guillermo 1991 *Los topos. La fuga del MRTA de la prisión de Canto Grande* (Lima: Mosca Azul Editores).
- Wicht, Juan Julio y Rey de Castro, Luis 1998 *Rehén voluntario. 126 días en la residencia del Embajador de Japón* (Lima: Santillana S.A.).
- Wise, Carol 2010 *Reinventando el Estado: estrategia económica y cambio institucional en el Perú* (Lima: Universidad del Pacífico/Centro de Investigación)

LA UNIDAD POPULAR, EL GOLPE DE ESTADO Y LOS INICIOS DE LA TAREA MILITAR DEL PARTIDO COMUNISTA DE CHILE*

Claudio Pérez Silva**

Este artículo tiene por finalidad analizar y comprender los procesos políticos y las dinámicas partidarias internas que dieron vida a la denominada “Tarea Militar” del Partido Comunista de Chile. Esta, parte en abril de 1975 con la incorporación de una cincuentena de jóvenes militantes comunistas a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba para formarse como militares profesionales.

En términos generales sostenemos que las decisiones tomadas por este partido para dar el vamos a “La Tarea”, no implicaron una ruptura con sus concepciones y viejas tradiciones políticas. Tampoco re-adequaciones, ni giros en el desarrollo de su línea táctica para enfrentar a la dictadura (Frente Antifascista), menos aún cambios significativos respecto de su estrategia para llevar adelante las tareas de democratización y transformación social en miras al socialismo.

Consideramos que la política del Frente Antifascista levantada por el PCCh inmediatamente después del Golpe de Estado, operó como marco político general en el cual se inscribe la decisión tomada por la

* Este artículo forma parte del proyecto de investigación: “Contexto histórico y dinámicas políticas de la insurgencia armada en Chile (1978-1994)” FONDECYT N° 1130323.

** Doctor en Estudios Americanos. IDEA-USACH y académico de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y Universidad de Santiago de Chile.

dirección del PCCh para dar pie a la formación de militares profesionales en Cuba. A nuestro entender, el inicio de la Tarea Militar, así como el desarrollo de su política militar para este periodo, no son incoherentes con la táctica del Frente Antifascista. La formación de estos militantes comunistas en militares profesionales, así como los nuevos elementos que emergen en la política militar del PCCh a partir del Golpe de Estado, no implican o significan en lo inmediato, una fractura con la vieja política militar, ni menos con la política del Partido para este periodo.

En función de las problemáticas planteadas, estudiaremos los principales análisis y producciones políticas realizadas por la dirigencia comunista chilena desde septiembre de 1973, hasta mediados de 1975 (fecha de inicio de la Tarea Militar), particularmente respecto de la experiencia de la Unidad Popular (UP) y las causas de su derrota. De igual forma, daremos cuenta y examinaremos los escenarios y las dinámicas partidarias internas que se conjugaron en torno a dicho proceso de producción, tanto en Chile como en el exilio. Lo anterior, a objeto de contextualizar, caracterizar y comprender las concepciones y apuestas con los cuales se imaginó y articuló el desarrollo de la Tarea Militar. En definitiva, creemos posible inscribir esta iniciativa política a partir de las principales interpretaciones que realizó dicho partido respecto de las causas de la derrota de la Unidad Popular.

LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO Y EL GOLPE DE ESTADO. BALANCE Y AUTOCRÍTICA COMUNISTA

En Chile, las apuestas levantadas por el PCCh inmediatamente después del Golpe de Estado, se orientaron esencialmente a la reanimación política de la militancia comunista y las distintas expresiones del movimiento popular donde este partido tenía gran incidencia, particularmente, el movimiento obrero.

Desde el punto de vista de la materialización de su política, lo fundamental fue la denuncia de las violaciones a los derechos humanos cometidas por la Junta Militar, dando cuenta con ello, del carácter fascista de ésta. Lo anterior, en la lectura de los comunistas, no solo permitiría y profundizaría el aislamiento nacional e internacional de la "Junta", sino también, la reanimación y articulación de las distintas expresiones de resistencia y rechazo del movimiento popular, tanto al Golpe de Estado como a las políticas de la dictadura.

Los balances políticos relacionados con las causas de la derrota de la Unidad Popular tardaron en aparecer. Más bien, las orientaciones partidarias tendieron a obviar esta problemática, optando por concentrar todos los esfuerzos orgánicos en el fin de la dictadura, quedando pendiente de esta forma un examen más crítico sobre la experiencia del Gobierno Popular.

Lo anterior a nuestro parecer, implicó desde el punto de vista político y táctico, una continuidad irrestricta de las concepciones, líneas y apuestas desarrolladas por el PCCh hasta el propio Golpe de Estado, sobre todo respecto del carácter de la revolución y su política de alianzas.

Las alusiones realizadas por la dirigencia comunista en Chile a la experiencia de la UP, resaltaban lo acertado y correcto de la línea política del Partido hasta entonces. Lo anterior, significó que los nuevos elementos de análisis así como las políticas planteados hasta ese momento para enfrentar a la dictadura, tendieran a complementar y dar continuidad a las concepciones y apuestas desarrolladas históricamente por el PCCh, más que a tensionarlas o ponerlas en cuestión.

Un primer esbozo o referencia general de una autocrítica realizada por la dirigencia comunista en Chile, apareció un mes después del Golpe de Estado¹. Es una declaración en la que caracterizan el Golpe, la Junta Militar y fijan las tareas de los comunistas y el movimiento popular. Lo interesante de la declaración es que establecen la necesidad de avanzar en un análisis crítico respecto de la *experiencia chilena*², del cual señalan los comunistas, a pesar de la justeza general de la política del Partido, se puedan identificar y reconocer también los graves errores y debilidades del proceso.

Respecto de esto último, establecen que un daño “muy serio causaron las posiciones y las actividades de la ultraizquierda, así como las tendencias reformistas que se expresaron en uno que otro momento en la propia acción del Gobierno Popular”³.

La idea anterior, es un enunciado general dentro de la declaración, no se desarrolla un análisis más profundo sobre la problemática planteada. Por el contrario, se estima como inoportuno e innecesario para el momento, identificar las responsabilidades y discutir los errores cometidos tanto por los partidos integrantes de la UP como por el propio Gobierno, señalando al respecto, “*cada cosa a su debido tiempo*”.

Para el PCCh, eran los tiempos de la Unidad. La tarea principal del período era lograr la unidad política más amplia en contra de la dictadura. Centrar la preocupación política en los errores o causas de la

1 La voz de orden es la unidad (Declaración formulada en Santiago el 11 de Octubre de 1973). En: *Desde Chile hablan los comunistas!* Ediciones Colo-Colo, 1976.

2 Las cursivas son nuestras. *La experiencia chilena* aparece recurrentemente en la documentación partidaria para referirse al proceso político que permitió el triunfo electoral de la Unidad Popular en 1970, así como también, al propio proceso que se desarrolló durante el Gobierno de Allende (1970-1973).

3 La voz de orden es la unidad. Pág. 28.

derrota de la UP y la *vía chilena al socialismo*, podía empañar la alianza entre los partidos populares y de izquierda⁴.

A fines de 1973, aparecerá con fuerza y centralidad en la evaluación del PCCh, un elemento de análisis político clásico en la nomenclatura de la izquierda, nos referimos a la “correlación de fuerzas”. Este elemento de análisis para dar cuenta de la dinámica de la lucha de clases, será la base con la cual el PCCh profundizará gran parte de su evaluación política sobre el derrotero de la UP y las causas de su fracaso.

A este aspecto, se incorporarán y conjugarán otros factores y precipitantes relativos a la dinámica política y social, que según los comunistas, cambiaron y reconfiguraron la correlación de fuerzas favorables al proceso de cambios llevado adelante por la UP⁵.

Bajó esta lógica de análisis, para la dirigencia comunista del interior, el factor principal que incidió en la derrota del proyecto de la UP “fue sin duda el éxito alcanzado por los enemigos en aislar a la clase obrera y otros sectores revolucionarios en el periodo anterior al golpe”⁶.

Será recién a mediados de 1974 donde aparecerá un análisis más profundo sobre la experiencia de la Unidad Popular. En él, aunque se ratifican reflexiones y evaluaciones políticas ya planteadas, se agregan otros elementos de análisis y contexto, tanto para fundamentar y reforzar el diagnóstico realizado hasta ese momento sobre el Gobierno Popular, como también para reafirmar la defensa de la propia apuesta y viabilidad de la estrategia levantada por el PCCh para la conquista del socialismo.

De esta forma, resaltan las condiciones históricas particulares de la época, las cuales permitieron transitar a la clase obrera y el pueblo el camino hacia el poder dentro de los propios espacios y dinámicas del régimen político burgués. Según estos, “la fuerza del movimiento revolucionario y su capacidad de alianzas con distintos sectores sociales”, permitió “desarrollar y garantizar el democratismo en la vida política aún bajo el poder reaccionario y crear una correlación de fuerzas capaz de impedir el desencadenamiento de la violencia armada reaccionaria para oponerse a su victoria”⁷.

4 Para el PCCh, el principal desafío político era conservar y desarrollar la unidad “para hacer frente a la dictadura militar y acometer con espíritu unitario las nuevas tareas que la clase obrera y el pueblo tienen ante sí”. La voz de orden es la unidad. Pág. 29.

5 Por ejemplo, la pérdida de centralidad y hegemonía de la clase obrera; la cohesión política de la Unidad Popular; el papel de los sectores medios, las Fuerzas Armadas, la pequeña y mediana burguesía y la tan cuestionada ultraizquierda.

6 Unir millones para poner término a la pesadilla (Declaración formulada en Santiago el 20 de diciembre de 1973). En: “*Desde Chile hablan los comunistas!*” Pág. 44.

7 Los acontecimientos en Chile: visión de los comunistas (Artículo enviado desde Santiago, en junio de 1974, a la Revista Internacional, que lo publicó en sus ediciones de junio

Bajo este marco interpretativo, resaltan en primer orden lo correcto de la apuesta, es decir lo acertado del proyecto de la *vía chilena al socialismo* y sus posibilidades reales de concreción dentro del “estado burgués”. Segundo, la centralidad dentro de este proyecto, de una política de alianzas que permitió la inclusión de vastos sectores sociales en el proceso de cambios y de democratización de la sociedad. Tercero, la capacidad de maniobra y desarrollo de una correlación favorable de fuerzas que posibilitó el aislamiento de los elementos reaccionarios evitando con ello el desencadenamiento de la violencia armada en contra del proceso de cambios sociales llevado adelante por la clase obrera y el pueblo.

Lo importante de este documento (a pesar que se ratificaba lo correcto de la apuesta histórica del PCCh), es que aparecían en él las primeras interrogantes respecto de la experiencia chilena. De igual manera, establecían los marcos generales por los cuales debía transitar la evaluación sobre la Unidad Popular.

Una de las problemáticas planteadas por el PCCh decía con lo que hizo el pueblo, la izquierda y particularmente el PCCh para evitar el golpe. Otro aspecto a revisar a juicio de los comunistas, fue la rápida consolidación de la dictadura y la débil resistencia armada al golpe, que para el PCCh, era “plenamente necesaria y justificada en esa hora”⁸.

No obstante, la centralidad del debate estaba en la interrogante establecida respecto a si la derrota de la Unidad Popular implicaba necesariamente la inviabilidad de “la tesis de la posibilidad de la conquista del poder por vía no armada, en general”⁹.

De esta forma y en este análisis en particular, el PCCh establecía el foco de análisis en los aspectos, procesos y dinámicas estructurales que permitieron el desarrollo y triunfo parcial de la *vía chilena al socialismo*, más que en los factores coyunturales que se conjugaron en la derrota de la Unidad Popular. Estos últimos, fueron abordados con mayor profundidad y de manera mucho más crítica posteriormente entre la militancia y dirigencia comunista que se encontraba ubicada en el exilio.

Así, gran parte del análisis y la trama histórica construida por el PCCh después del golpe de Estado, independientemente de la autocrítica realizada hasta entonces, se aferró a la defensa y relevamiento del proceso histórico político, así como también a las apuestas partidarias que hicieron posible la experiencia de la UP.

Podemos señalar a partir de lo anterior, que los comunistas chilenos mantuvieron después del golpe de Estado, gran parte de las con-

y agosto de 1974). En: “Desde Chile hablan los comunistas!” Pág. 79.

⁸ *Ibíd.* Pág. 80.

⁹ *Ibíd.* Pág.

cepciones y apuestas políticas en relación a la posibilidad de conquistar el poder por la vía no armada. Lo anterior implicaba igualmente la definición de los criterios y las dinámicas partidarias por las cuales debía transcurrir la lucha y el enfrentamiento en contra de la *junta fascista*. Estas, debían realizarse a través de las mismas formas y apuestas políticas desarrolladas y conjugadas en el camino de la construcción de la *vía chilena al socialismo*, las cuales habían permitido entre otras cosas el triunfo electoral de Allende en 1970.

Bajo esta lógica, se entendió y presentó el triunfo de Allende en 1970 como la culminación de un largo, masivo y profundo proceso de lucha de masas que implicó la participación y protagonismo de diversos actores y expresiones sociales. Para el PCCh, esta experiencia política fue viable esencialmente porque el movimiento popular y la clase obrera lograron articular alrededor suyo, a diversos sectores sociales y políticos en una apuesta certera, la cual delimitaba apropiadamente el carácter de la revolución chilena y la forma en cómo llevarla adelante. Los méritos fundamentales de este proceso político, señala el PCCh, estaban dados por la precisión y claridad con la cual se establecieron los objetivos del proceso y “los enemigos fundamentales: el imperialismo y la oligarquía monopolista y terrateniente”¹⁰, así como también la dirección en la cual se habían dirigido los golpes principales.

En relación a las debilidades y errores del proceso, señalan una serie de aspectos que incidieron negativamente en el desarrollo del Gobierno Popular. Entre ellos, la falta de disposición para terminar con las maniobras abiertamente golpistas de los sectores reaccionarios, quienes a juicio de los comunistas habrían utilizado desmedidamente las formas democráticas para desestabilizar y generar las condiciones del golpe de Estado. En este error de la UP, sentencia el PCCh, incidieron “negativamente concepciones idealistas de la libertad, que abordaban los problemas al margen de la lucha de clases en curso, las que se tradujeron en tolerancia frente a los desbordes fascistas y permitieron su desarrollo”¹¹.

Otro aspecto según el PCCh, fue la persistencia entre las masas de concepciones propias de las clases dominantes, elementos que junto a la hegemonía establecida por la oligarquía a través del dominio de los medios de comunicación masivos, terminaron produciendo un importante influjo de ideas y movimientos en función de la restitución del poder a la burguesía.

10 *Ibíd.* Pág. 81.

11 *Ibíd.* Pág. 84.

A los aspectos ideológicos de la derrota, el PCCh suma los efectos que provocó en la sociedad chilena, el desarrollo global de una estrategia de desgaste y hostigamiento armado al Gobierno Popular por parte de la reacción y el imperialismo, materializada esta, a través de acciones de sabotaje económico y el boicot.

Por otra parte, agregan las dificultades económicas que heredó el Gobierno Popular, como la deuda externa, el retraso agropecuario y la precaria infraestructura. A estas habría que sumar los problemas que se abrieron producto del propio proceso de transformación y democratización de la sociedad, ejemplo de ello, sería el aumento de la demanda social¹².

Lo interesante de las conclusiones de este artículo, es que no establece ningún elemento crítico respecto de la estrategia general levantada por el PCCh, más bien como señalamos, hace una defensa acérrima de su concepción y la línea política, así como de lo viable de la apuesta.

Respecto a la forma en cómo la UP debió enfrentar la ofensiva reaccionaria y las contradicciones de clase abiertas en el proceso de transformaciones sociales, el PCCh también ratificaba su lectura sobre el periodo y las respuestas que levantó para enfrentar la ofensiva de la oposición. Al respecto establecen que la salida política a la crisis estaba dada fundamentalmente por el incremento de “la actividad revolucionaria de la clase obrera y el desarrollo de su capacidad de alianza.” Agregando a modo de corolario, que “la conquista de una sólida mayoría, capaz de aislar a los enemigos principales, es tarea decisiva que debe ser resuelta victoriosamente en cada coyuntura política. La experiencia que surgió del proceso mismo, de cada victoria alcanzada, lo confirma”¹³.

En cuanto a las dinámicas y factores inherentes del movimiento popular que se conjugaron en la derrota de la UP, se encuentran según el PCCh, las importantes y variadas divergencias de apreciación política que se presentaron entre los partidos de la izquierda chilena a lo largo del gobierno de Allende. Éstas, habrían imposibilitado a juicio de los comunistas, la articulación y materialización de los lineamientos programáticos del movimiento popular. Así, establece el PCCh, uno de los factores claves que incidió en la derrota, fue la inexistencia “de una dirección única del proceso revolucionario capaz de llevar adelante

12 La no resolución de estos problemas, habría facilitado el éxito de la oposición y los sectores reaccionarios en su afán golpista, provocando según los comunistas, “el caos y una aguda crisis económica que se agravó con nuestros errores y debilidades”, teniendo esta situación “una fuerte incidencia en nuestra derrota”. Los acontecimientos en Chile: visión de los comunistas. Pág. 85.

13 *Ibíd.* Pág. 86.

una política de principios que sorteara los riesgos de las deformaciones oportunistas de ‘izquierda’ y derecha”¹⁴.

Por otra parte y profundizando en la misma línea de análisis, establecen que uno de los elementos que más permeó y debilitó a la UP, al mismo tiempo que profundizó las diferencias entre los partidos miembros de esta coalición y la dirección única del movimiento popular, fue “la permanente labor de zapa contra la unidad socialista-comunista y de la Unidad Popular realizada por la ultraizquierda, interesada sobre todo en la creación de un ‘polo revolucionario’ con clara definición anticomunista”. Lo anterior, con el objetivo de desarrollar otro foco de dirección, en reemplazo “a la ‘dirección reformista’ supuestamente impuesta por nuestro Partido”¹⁵.

Según el PCCh, la retórica de la ultraizquierda, no se quedaba en el aire, allanó importantes espacios y retumbó en la propia dirección de uno de los partidos claves de la UP, el Partido Socialista de Chile. Este elemento de análisis esgrimido por el PCCh, se convertirá en uno de los pilares centrales y rectores para explicar las dinámicas y tensiones internas de la UP. Será relevado además, recurrentemente por los dirigentes comunistas en Chile y en el exilio, como uno de los factores principales causantes de la derrota del Gobierno Popular.

Entre las políticas y concepciones ultraizquierdistas que según los comunistas más influyeron y operaron negativamente sobre el movimiento popular y el gobierno de Allende, se encontraban las críticas realizadas hacia la política de alianza llevada adelante por la UP, particularmente aquellas que se intentaron desarrollar con el Partido Demócrata Cristiano y el sector constitucionalista de las Fuerzas Armadas¹⁶.

Todos estos aspectos según el PCCh, terminaron minando las posiciones de la UP, así como la correlación de fuerzas favorables construidas durante años en función de las transformaciones sociales. Las concepciones y las actitudes del ultraizquierdismo, generaron las condiciones propicias a juicio de los comunistas chilenos “para la fascistización relativa de la pequeña burguesía y otras capas medias, para la exacerbación de sus ánimos opositoristas”¹⁷. Concluyendo

14 *Ibíd.* Pág. 87.

15 *Ibíd.* Pág. 88.

16 Según el PCCh, las críticas lanzadas a su política de alianza con el sector “constitucionalista y patriota de las Fuerzas Armadas”, provocaron el aislamiento y debilitamiento de las concepciones y posiciones de este sector en el grueso de las Fuerzas Armadas. Abriendo de esta forma el camino a “la labor del fascismo para agrupar a la mayoría de la oficialidad en sus rangos, y a la postre, bloquear toda resistencia interna al golpe”. En *Los acontecimientos en Chile: visión de los comunistas*. Pág. 88.

17 *Ibíd.* Pág. 90.

en base a la experiencia chilena, que “el imperialismo y la reacción sacan inmenso provecho del ultraizquierdismo”, el cual sería promovido y alentado por estos “sistemáticamente y de diversos modos para derrotar a los pueblos”¹⁸.

No obstante, agrega el PCCh, las insuficiencias en la conducción del Gobierno Popular, no solo dejaron espacios para la incidencia de las concepciones ultraizquierdistas, sino también para las “*oportunistas de derecha*”. Para el PCCh, estas desviaciones, se habrían expresado fundamentalmente en el economicismo que permeó en sectores de trabajadores políticamente atrasados. Estos, no lograron a lo largo del proceso de cambios, vincular la lucha reivindicativa con la lucha por el poder.

En lo fundamental señalan los comunistas, la Unidad Popular no pudo impedir el aislamiento de la clase obrera ni conquistar a la mayoría de la población, cuyos intereses más hondos según estos, estaban firmemente relacionados con el desarrollo del programa del Gobierno Popular. Esta situación para el PCCh habría determinado el desenlace de la experiencia chilena. Bajo su óptica, la “derrota fue la expresión del aislamiento de la clase obrera”. Lo anterior, en la sentencia analítica de los comunistas, habría decidido “la victoria de la contrarrevolución en la disputa por el poder. Esto significa que más que una derrota militar, fuimos vencidos políticamente. (Nuestra derrota militar fue posible sobre todo porque fuimos vencidos políticamente)”¹⁹.

Según los comunistas, como partido siempre actuaron y se esforzaron junto al presidente Allende para lograr una permanentemente unidad de criterios en conjunto con los partidos miembros del Gobierno Popular. Lo anterior concluye el PCCh, con la finalidad de “resolver el problema del poder en nuestro país sin recurrir a la lucha armada”²⁰. Por ello lo de la centralidad de la derrota política antes que militar en el análisis post-Golpe de Estado.

Bajo estas concepciones, para el PCCh cualquier vía de lucha por el poder, así como para la consolidación y el éxito del proceso revolucionario, suponen en todo el proceso una protagónica y activa movilización de masas. Su fuerza, agregan, es imprescindible para frenar las iniciativas y el poderío de la reacción que resisten en todo momento el “avance del pueblo hacia sus objetivos” y para imposibilitar igualmente el “desencadenamiento de la violencia del sistema de poder reacciona-

18 *Ibíd.*

19 *Ibíd.* Pág. 93.

20 *Ibíd.* Pág. 93

rio, siempre presente, real o potencialmente”²¹. En este sentido concluyen los comunistas, el éxito de “la vía no armada (llamada a veces pacífica, de un modo que resulta impreciso) se afirma en la capacidad de las masas para amarrar las manos” de aquellos sectores “que quieren desencadenar la violencia reaccionaria con las armas”²². Esta posibilidad o escenario político señala el PCCh, “se abre paso, en condiciones históricas dadas, en la misma medida que la correlación de fuerzas favorece al pueblo y aísla a los reaccionarios”²³.

Según la evaluación y análisis del PCCh post-golpe, la política desarrollada bajo estas orientaciones, así como la construcción y movilización de fuerzas que emergieron de de estas concepciones, fue correcta y certera. Logró aislar a los reaccionarios y golpistas durante gran parte de la *experiencia chilena* y permitió a la clase obrera y el pueblo obtener significativas victorias. Por ejemplo, echando abajo los esfuerzos de la oligarquía y el imperialismo para evitar la asunción de Allende y la materialización de su gobierno. Con esta política, fundamentan los comunistas, se pudo enfrentar y derrotar sucesivamente los diversos esfuerzos golpistas (complot, conspiraciones y arremetidas oligárquicas), desde el paro transportista de octubre de 1972 hasta el golpe fracasado de junio de 1973. En todo este proceso y en cada uno de los casos, señala el PCCh, “la victoria del pueblo sobre los golpistas fue posible porque la correlación de fuerzas sociales creada por la acción del Gobierno, de los partidos y de las masas populares fue favorable al Gobierno Popular”²⁴.

No obstante señala el PCCh, la realidad cambió (correlación de fuerzas favorables a desfavorables) triunfando las posiciones reaccionarias y el Golpe de Estado. Lo anterior a juicio del PCCh, fue resultado del trabajo y las capacidades de la reacción y el imperialismo para construir y disponer de un extenso y dinámico frente de oposición al Gobierno Popular. En éste, se articularon la burguesía monopolista, la oligarquía agraria y una gran parte de la burguesía mediana y pequeña, pero también agregan, la totalidad de los sectores medios y atrasados de otros segmentos del pueblo²⁵.

Desde el punto de vista político, precisa el PCCh, las fuerzas reaccionarias ampliaron densamente el campo de maniobra político-social al arrimar a su bloque al grueso de la Democracia Cristiana bajo el

21 *Ibíd.* Pág. 93

22 *Ibíd.* Pág. 93.

23 *Ibíd.* Pág. 93.

24 *Ibíd.* Pág. 94.

25 *Ibíd.* Pág. 94.

liderazgo del ex Presidente Eduardo Frei, lo mismo que a importantes sectores tradicionales del Partido Radical.

Por último y desde el punto de vista militar, el PCCh establece que la oligarquía y los sectores reaccionarios no solamente lograron acercar hacia las posiciones golpistas a diversos sectores políticos y sociales, sino también *“a la abrumadora mayoría de las Fuerzas Armadas y Carabineros e impedir prácticamente toda adhesión a la defensa del régimen democrático”*²⁶.

Lo trágico de los acontecimientos señalaba el PCCh, ameritaban un análisis más profundo del problema de las fuerzas armadas, así como también una definición y una actitud de los comunistas frente a ellas. A juicio de éstos, con el golpe de Estado, las FFAA chilenas habrían sido *“arrastradas a romper una tradición de largos años de prescindencia política, de profesionalismo y respeto a las instituciones democráticas”*²⁷.

Según el PCCh, en base a estas *“tradiciones”* y concepciones políticas sobre las fuerzas armadas, la izquierda chilena y el movimiento popular se habían apoyado para edificar su vía revolucionaria. Incluso, durante el gobierno de la UP, los comunistas habrían persistido en su política de profundización y desarrollo de *“esas tradiciones democráticas”*, a objeto de consolidar *“el carácter institucionalista de las Fuerzas Armadas para cerrar el paso a los intentos fascistas de transformarlas en cancerberos de la reacción”*²⁸.

En este sentido y teniendo como supuesto la conducta y el ideario profesional de obediencia al gobierno y orden establecido por parte de las FFAA, el PCCh desarrolló en su programa de gobierno, una política amplia hacia ellas en la que se permitía a éstas, ser parte de los esfuerzos de construcción económica sin menoscabo de su disposición y centralidad en la protección del país.

Según el análisis del PCCh, las fuerzas golpistas lograron desplazar en la dirección de las FFAA a los mandos patriotas y leales al gobierno de Allende, quedándose gradualmente con gran parte de los cargos claves de las cúpulas militares. Esta tarea habría sido exitosa, ya que contaron con bases objetivas para su materialización y desarrollo, entre las que destacan, *“la formación ideológica reaccionaria”* llevada adelante por el imperialismo sobre las fuerzas armadas y *“la composición de clase de su oficialidad, cuestión que pesaba tanto más cuanto mayor era el aislamiento de la clase obrera”*²⁹.

²⁶ *Ibíd.* Pág. 94.

²⁷ *Ibíd.* Pág. 95.

²⁸ *Ibíd.* Pág. 95.

²⁹ *Ibíd.* Pág. 95.

En un análisis autocrítico sobre su política hacia las FFAA, destacan la incapacidad y ausencia de orientación política por parte del Partido para aprovechar los lazos existentes, principalmente con sectores de la suboficialidad y la tropa. Esta relación a juicio del PCCh, era producto del origen de clase al cual pertenecía este numeroso segmento de militares. La situación anterior, no fue aprovechada políticamente según los comunistas, para situarlos e inclinarlos favorablemente hacia las políticas y los objetivos del Gobierno Popular.

Al respecto, estimamos que las miradas y las concepciones que tenía el PCCh sobre las FFAA chilenas previo al triunfo de Allende, así como las definiciones que lograron construir en relación a su carácter, operaron como un marco político general configurador de su política militar y de la política desarrollada hacia las FFAA. Lo anterior, es posible identificar a partir de la propia autocrítica comunista en relación a las orientaciones y esfuerzos que llevó adelante el Partido durante la U.P, por ejemplo, para “mantener el carácter profesionalista de las Fuerzas Armadas”. Bajo esta lectura y línea política, los comunistas encontraban contradictorio desarrollar un “trabajo de esclarecimiento del significado del Gobierno Popular entre los soldados”³⁰.

A nuestro juicio, uno de los elementos de análisis más autocrítico por parte del PCCh, particularmente en relación a su política militar, dice relación con la existencia al interior del partido de una especie de delirio respecto al peso político y significado real del “profesionalismo y espíritu constitucionalista en el seno de las FF.AA.”³¹.

En lo fundamental, el PCCh concluye que los sectores reaccionarios y golpistas lograron ampliar y acumular la suficiente fuerza política, social y militar para transformar la situación, cambiando con ello la correlación de fuerzas en relación a los intereses y objetivos del movimiento popular y la UP. Por tanto, bajo la lógica de construcción y análisis del PCCh, lo que explicaría finalmente el triunfo del golpismo en septiembre de 1973, habría sido la inexistencia de una mayoría clara (una correlación de fuerzas favorable) en disposición a defender tanto las conquistas como al propio Gobierno Popular.

Considerando hasta este momento el análisis planteado por el PCCh respecto a la *experiencia chilena* y las causas de su derrota, quisié-

30 *Ibíd.* Pág. 96.

31 *Ibíd.* Pág. 96. La problemática abierta por la sobredimensión de las cualidades profesionales y democráticas de los militares chilenos, también se trasladó a otras instituciones y dinámicas de la vida política nacional. Para el PCCh, uno de los errores más graves fue la sobreestimación en muchos sentidos y aspectos de “las capacidades democráticas del sistema estatal en Chile y no haber actuado a tiempo para transformarlo. Ocurrió así en relación con las FF.AA., también con relación a otros asuntos”. En *Los acontecimientos en Chile: visión de los comunistas*. Pág. 96.

ramos señalar algunos elementos que a nuestro juicio permiten dar cuenta de los significados e implicancias de las discusiones desarrolladas por el PCCh en torno a estas temáticas, a partir del mismo golpe de Estado.

Estimamos que la importancia de las evaluaciones partidarias internas está dada por el estrecho vínculo que se genera entre los balances sobre la UP y la emergencia inicial de lineamientos políticos para enfrentar la dictadura. Esto, nos permite contextualizar, entender y relacionar entre otras cosas, las primeras decisiones e iniciativas políticas tomadas por este partido, así como también los principales elementos configuradores de la política y la táctica desarrollada por el PCCh para enfrentar a la dictadura.

En otro sentido, podemos señalar a partir de los análisis realizados hasta entonces por la dirección comunista en Chile, que los elementos o factores relacionados con el problema de la capacidad y disposición política para la defensa del Gobierno Popular no eran considerados elementos explicativos de la derrota. No hay por tanto todavía elementos de análisis vinculados a las capacidades y fuerzas propias de la izquierda y el movimiento popular que, en conjunto con los sectores democráticos proclives a las transformaciones sociales hayan impedido, por sus capacidades y fuerzas, la arremetida de los golpistas.

Por otro lado, estimamos que es en el periodo inicial de la dictadura, particularmente en la fase 1973-1977, donde podemos encontrar una mayor recurrencia y referencia analítica así como una clara vinculación política, entre los balances sobre la derrota de la UP por parte de la dirigencia comunista (tanto en Chile como en el exilio) y la emergencia-desarrollo de lineamientos y apuestas políticas para enfrentar a la dictadura.

En base a lo anterior, el PCCh establecía por ejemplo que, a pocos meses de haberse instalado la Junta Militar, el bloque de mayorías que había logrado construir la oligarquía y el imperialismo en función del golpismo, ya enfrentaba sus primeras crisis y desmoronamientos, principalmente como consecuencia de los negativos efectos que tenían sobre la mayoría de los chilenos las políticas llevadas adelante por la dictadura.

El amplio rechazo que tenía la dictadura entre la población, así como su aislamiento nacional e internacional, plantean los comunistas, habrían generado importantes cambios en la correlación de fuerzas y por tanto en la situación política nacional. Estableciéndose así las condiciones básicas y objetivas para “construir el más amplio Frente Antifascista, donde tienen un lugar todas las clases y capas sociales del pueblo”³². En este marco político señala el documento, la clase obrera tenía nuevamente la posibilidad y la capacidad de articular a su al-

32 *Ibíd.* Pág. 99.

rededor, al grueso de los sectores sociales que se veían afectados por las políticas de la Junta Militar, particularmente las capas medias, los campesinos y la “pequeña burguesía nacional democrática”. Lo anterior concluye el PCCh, permitía materializar social y políticamente “un Frente capaz de derrocar a la dictadura, conquistar una democracia renovada, erradicar para siempre el fascismo y retomar, con el apoyo mayoritario del pueblo, el camino de los cambios revolucionarios que el país requiere”³³.

Como vemos, existe una clara continuidad política y analítica en el PCCh post-golpe, por ejemplo, en cuanto al peso y centralidad política asignada a la correlación de fuerzas y la construcción de mayorías como elementos determinantes en las dinámicas y los ritmos de la lucha de clases. Estimamos, que a partir de las lógicas, contenidos y apuestas con las cuales el PCCh se plantea la constitución de este Frente Antifascista, es posible identificar un importante anclaje en la histórica y tradicional política del PCCh en torno a la construcción de la más amplia unidad política (Frente) para enfrentar y derrotar al imperialismo y la oligárquico.

Es importante destacar, que a partir de las evaluaciones realizadas por el PCCh respecto de la experiencia chilena y su derrota, este Partido desarrolló una apuesta política que en lo central ratificaba y daba continuidad a sus concepciones sobre el carácter de la revolución, los objetivos de ella y la forma en cómo desarrollarla.

Considerando lo anterior, es posible inscribir y comprender algunas de las conclusiones políticas a las cuales llega el PCCh sobre la trayectoria de la Unidad Popular.

Una de ellas, dice relación con la profundidad o alcance del descalabro de la *experiencia chilena*. Según este partido, las posibilidades de conquistar el poder a través de la denominada vía no armada en algunos países y en determinadas situaciones históricas concretas, no se anulaban del todo a partir del golpe de Estado en Chile, como establecían interesadamente según el PCCh, algunos sectores reaccionarios en conjunto “*con el revolucionarismo pequeñoburgués*”. Igualmente aclaran los comunistas, “el revés temporal de un movimiento nacional que se ha empeñado en una insurrección o en otra forma de lucha armada, no significa que la revolución no se hará en ese país, por una u otra vía”³⁴.

En la misma línea, sostienen que en un contexto político nacional donde el fascismo había reducido enormemente “*las posibilidades de un tránsito no armado del pueblo al poder político*”, donde además las

33 *Ibíd.* Pág. 99.

34 *Ibíd.* Pág. 106.

probabilidades de llevar el conflicto al costo de una guerra civil producto de los rechazos de la población a las políticas de la Junta y en cuyo caso señalan, las respuestas armadas del pueblo al fascismo se hacían necesarias y obligatorias, incluso ahí precisan, en ese posible escenario de confrontación con la dictadura, “la amplitud del campo de alianzas que abre ante la clase obrera la misma existencia del fascismo, augura la posibilidad de acumular en nuestro favor una proporción tal de fuerzas que la reacción sea incapaz de recurrir a las armas para resistir la embestida del pueblo”³⁵.

Ratificando y afinando aun más la apuesta política, señalaban que terminada toda expresión democrática en el país, la guerra civil no sería la única posibilidad de salida por parte del pueblo. A juicio del PCCh, una “huelga general política, apoyada en la mayoría inmensa del país, puede amarrar las manos de los que quieren desencadenar la violencia reaccionaria armada”³⁶.

En función de lo anterior, el PCCh llamaba a realizar todos los esfuerzos necesarios para impedir que la clase obrera llegue a concepciones y salidas dogmáticas que provoquen un freno en la reanimación del campo revolucionario, así como también un retardo en la transformación democrática de la sociedad chilena y la instalación además, en el movimiento popular de “formulaciones esquemáticas del revolucionarismo pequeñoburgués como ‘el poder nace del fusil’”³⁷.

El poder a juicio del PCCh, nacía de la “*fuerza de las masas*”. Sin embargo, señalan que la derrota de la UP también habría demostrado la importancia que juegan las armas en los procesos políticos. Aclaran de igual forma, que “los fusiles enmudecen o truenan según sea la fuerza del pueblo. Y que si truenan ante un pueblo fuerte, unido y movilizado este encuentra como acallarlos”³⁸.

EL IMPACTO DE LA DERROTA Y LA APERTURA DEL DEBATE EN EL EXILIO CHILENO

Será en el exilio donde la militancia comunista desarrollará ampliamente los balances políticos relacionados con la “*experiencia chilena*” y la derrota de la Unidad Popular. Siguiendo a Rolando Álvarez y Viviana Bravo, la condición y el contexto del exilio facilitaron las dinámicas y los espacios políticos para los mea culpa y los acercamientos más rápido a la autocrítica. Este proceso, tanto personal como colectivo, generó

³⁵ *Ibíd.* Págs. 106-107.

³⁶ *Ibíd.* Pág. 107.

³⁷ *Ibíd.* Pág. 107.

³⁸ *Ibíd.* Pág. 107.

importantes balances y reflexiones sobre el periodo, de igual manera, significativos y profundos análisis y evaluaciones inorgánicas, así como reflexiones “oficiales” desde la institucionalidad partidaria respecto de la *experiencia chilena* (Álvarez 2006 y 1990; Bravo 2010).

A nuestro juicio, un primer factor a considerar en este proceso de evaluación, es el contexto abierto a partir de las lecturas y críticas planteadas públicamente por altos personeros del Movimiento Comunista Internacional (MCI) sobre el desenlace de la *experiencia chilena*. Al respecto, Olga Ulianova plantea que se debe tener en cuenta el carácter particular de la relación entre el PCUS y el PCCh. Según ésta, los lazos entre estos partidos son profundos y arraigados, lo que habría incidido notablemente en la percepción que tenían ambas colectividades políticas respecto del gobierno de Allende y particularmente sobre las causas de su derrota (Ulianova, 2000: 89).

Según esta autora, en la URSS se desarrollaron una cantidad significativa de trabajos políticos ideológicos, académicos y de propaganda dedicados a la *experiencia chilena* inmediatamente producido el Golpe de Estado.

En términos generales, la preocupación se centró en las causas de la derrota de la UP y particularmente en los elementos de carácter ideológico, ya que tenían en ese momento una mayor importancia política debido al contexto global de debate ideológico en el que se encontraba el PCUS y el resto de partidos comunistas de occidente³⁹.

Para Ulianova, lo importante de estos estudios es que a partir de los trabajos reservados y destinados a la discusión interna del Comité Central del PCUS, se divulgaron una serie de trabajos de carácter público orientados a la lectura de los partidos componentes del MCI, pero fundamentalmente, a los dirigentes del PCCh. Por otra parte agrega, Ulianova, los “cargos que los autores de esos textos ocupan dentro de la jerarquía ideológica soviética deberían indicar a los lectores nacionales y extranjeros que se trataba del punto de vista oficial” (Ulianova, 2000: 122).

Al respecto, estimamos que tanto las interpretaciones del proceso realizadas por los soviéticos, así como los desafíos abiertos por la derrota de la Unidad Popular generaron un ambiente propicio para abrir una importante discusión política al menos en los cuadros directivos del PCCh instalados en los países socialistas.

Aislarse, inhibirse o desentender los llamados a la revisión, los balances, las correcciones, por el tipo de vínculo entre estas dos colec-

39 Para Ulianova, la preocupación se materializó en numerosos trabajos “reservados” realizados por importantes centros de estudios dependientes de los principales órganos directivos del PCUS, así como en las constantes referencias de la *experiencia chilena* a través publicaciones teóricas para espacios abiertos o en los manuscritos oficiales del PCUS, por ejemplo, los elaborados para sus congresos (Ulianova, 2000).

tividades era inadmisibles para las autoridades políticas del PCCh. Sobre todo, como señala Ulianova, cuando la dirigencia comunista chilena estaba acostumbrada “por décadas a venerar la palabra proveniente del Partido Comunista soviético, especialmente cuando se refería a su país y a la evaluación de su actividad”. De ahí que siguieran “muy atentamente todas las publicaciones soviéticas dedicadas al análisis de la Unidad Popular” (Ulianova, 2000: 128).

El apoyo material por parte del PCUS para que el Coordinador Exterior del PCCh se instalará en Moscú, así como la estadía en la URSS de gran parte de los miembros directivos del exterior del PCCh mientras se realizaban los estudios y las intervenciones políticas soviéticas, primero a través de publicaciones y luego a través de discursos de importantes miembros del Poli Buro, hacían imposible aislarse del debate. La situación anterior permitió acercarse, descifrar, calibrar los tonos de la crítica y asimilar más rápido el balance de la dirigencia soviética sobre las causas de la derrota (Ulianova, 2000).

Por otra parte, Rolando Álvarez señala que el impacto mundial de la derrota de Allende, implicó que la izquierda chilena quedara expuesta a nuevas influencias políticas. Agrega también, que la ruptura emocional y afectiva que generó la derrota, así como “la certidumbre de la muerte y la tortura, provocó que el exilio chileno se convirtiese en un espacio de discusión intelectual y emocional sobre cuáles debían ser los nuevos derroteros que dicho sector debía recorrer en tiempos de dictadura”, del mismo modo el inicio de “un profundo proceso de reflexión sobre las certezas políticas e ideológicas existentes hasta 1973” (Álvarez, 2007: 105).

Por tanto, es en este marco donde debemos inscribir y calibrar el impacto de las críticas emanadas desde distintos actores y estructuras del PCUS. Por ejemplo, las realizadas por el jerarca soviético Boris Ponomarev, quien a propósito de la experiencia chilena señalaba que estos acontecimientos volvían a “recordarnos la importancia primordial de saber defender las conquistas revolucionarias alcanzadas y estar prestos a cambiar rápidamente de formas de lucha, pacífica y no pacífica; vuelven a recordarnos que debemos ser capaces de responder con la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria de la burguesía”⁴⁰. Estableciendo además, que para garantizar el desarrollo de la revolución por vía pacífica, no solo era necesaria “una correlación de fuerzas sociales en que la burguesía no se atreva a desencadenar la guerra civil, sino también la disposición constante de la vanguardia revolucionaria y

40 Ponomarev, Boris, Conferencia de la Revista Internacional, Praga, Enero, 1974. Manuscrito sin número de páginas.

de las masas (disposición en la práctica y no de palabra) para entablar la lucha más resuelta, si la situación lo exige"⁴¹.

En lo fundamental, la crítica soviética se orientaba a revertir las concepciones y dinámicas políticas que inhibieron el desarrollo de fuerzas capaces de garantizar la materialización del proyecto y las conquistas de la clase trabajadora, estableciendo con ello, la voluntad política como punto de partida para resolver el problema del cambio en las formas de lucha cuando las condiciones y las dinámicas del enfrentamiento de clases lo requerían.

Aunque estas críticas pueden ser consideradas de grueso calibre hacia la dirigencia comunista chilena instalada en Moscú, a propósito de la forma, lugar y personajes que las emiten, éstas, no implicaron a nuestro juicio, un cuestionamiento de fondo al proyecto desarrollado por el PCCh, ni menos el desconocimiento o subestimación de las razones con las cuales los comunistas chilenos habían explicado hasta entonces la experiencia y la derrota de la UP⁴².

El conjunto de críticas, no refutan en lo principal las concepciones con las cuales el PCCh definió el carácter de la revolución y los enemigos principales, menos aún, los elementos con los cuales construyó su estrategia, la vía revolucionaria y su política de alianzas. Lo anterior, queda graficado igualmente en palabras del mismo dirigente soviético, cuando señala que la experiencia chilena "ha demostrado a la vista de todo el mundo la posibilidad de que un bloque izquierdista, dirigido por partidos proletarios e inspirado por ideas marxistas-leninistas, acceda al poder, basándose en la constitución vigente". Por último, concluye, también quedaría demostrada "la viabilidad de atraer a las capas medias, e incluso a la burguesía no monopolista, al lado de las fuerzas de izquierda". Derribando una vez más, la propaganda anticomunista que establece "que la revolución contemporánea es incompatible con la democracia"⁴³.

A partir de las críticas de los dirigentes del MCI, los balances y debates desarrollados en torno a la derrota de la UP tomaron nuevos aires y ritmos y si bien no pusieron en cuestión los fundamentos y la viabilidad del proyecto comunista, al menos le impregnaron un dina-

41 *Ibíd.*

42 Entre los elementos de análisis que destaca Ponomariov, se encuentran la centralidad de la política económica para garantizar el desarrollo del proceso revolucionario; la atracción de la pequeña burguesía y las capas medias hacia las posiciones de las fuerzas reaccionarias; el peso que tienen los medios de comunicación masiva sobre la sociedad moderna sobre todo cuando son monopolísticos. Por último, el papel negativo jugado por la denominada "ultraizquierda". Según el dirigente comunista soviético, los acontecimientos de Chile volvían a demostrar que el enemigo de clase "aprovecha enérgicamente la actividad de las fuerzas aventureras de extrema izquierda que desempeñan objetivamente un papel provocador, sobre todo, en las condiciones de desarrollo pacífico de la revolución". Ponomariov, 1974.

43 *Ibíd.*

mismo al proceso que permitió revisar y ampliar el foco de análisis hacia algunas de las concepciones y centralidades políticas con las cuales se estructuró el proyecto de la *vía chilena*.

En cuanto al significado y peso de la crítica realizada por la dirigencia del MCI, ésta ha sido relevada (aunque con distintos significados políticos) por el conjunto de historiadores que han estudiado al comunismo chileno durante dictadura⁴⁴. No obstante, es necesario precisar, que tanto la apertura del debate político, así como la dinámica de discusión que se generó en torno el tema militar, no implicaron en lo absoluto que la política militar desarrollada por el PCCh, principalmente a partir de la Política de Rebelión Popular de Masas durante los años ochenta, pueda ser explicada o ser resultado únicamente de dicha influencia o presión por resolver los problemas enunciados en torno a la *experiencia chilena*. Más bien, la crítica operaría como escenario y contexto del debate global respecto de la experiencia revolucionaria mundial, así como de otras temáticas de discusión, de las que la dirigencia comunista chilena formaba parte, al igual que la gran mayoría de los partidos comunistas del mundo.

En otro sentido, si bien algunos autores destacan mayormente los aspectos militares en la crítica del MCI respecto de la *experiencia chilena*, es necesario plantear que ésta (como vimos), de ninguna manera invalidó la apuesta desarrolla por el PCCh en torno a la *vía chilena* o pacífica. De ahí que parte de ella se remita principal y exclusivamente al problema de la capacidad de defensa del proyecto político y a la dinámica del cambio en las formas de lucha producto del propio desarrollo del conflicto de clases.

EL CONTEXTO DE EXILIO Y LA PROFUNDIZACIÓN DE LA AUTOCRÍTICA COMUNISTA

Como señalamos, la necesidad de reflexionar sobre la *experiencia chilena* y su traspié, fue asumida tempranamente y con mayor fuerza en el segmento exterior de la dirigencia comunista chilena. Esta, fue iniciada por Volodia Teitelboim, miembro del “Coordinador Exterior” del PCCh, a días del golpe de Estado a través de una intervención en Radio Moscú. Según este dirigente, la derrota de Allende planteaba enseñanzas que debían “ser examinadas, estudiadas y aprendidas por el movimiento popular, que afronta la necesidad de realizar su propia reflexión en el fragor de la batalla, sin detener por un instante su acción”⁴⁵.

44 Al respecto ver los trabajos ya citados de Rolando Álvarez y Viviana Bravo. Ver además: Samaniego, 2002; Riquelme, 2009; Moulían y Torres, 1988; Corvalán, 2000; Rodríguez, 1995; Venegas, 2009; Herreros, 2003; Furci, 2008.

45 Volodia Teitelboim. Noches de radio (escucha Chile). Una voz viene de lejos. El programa se transmitió el 29.09.1973 (Teitelboim, 2001: 44).

Lo interesante de este primer llamado (no solo por lo temprano de la reflexión), es que es el propio dirigente comunista quien reconoce la necesidad imperiosa de enfrentar la discusión sobre el proceso que llevó a la derrota de la UP, a diferencia de la sugerencia planteada por la dirigencia comunista en Chile de realizar el debate más adelante. La trascendencia de esta problemática, la establece al señalar que muchas “preguntas se formulan a través del mundo sobre el caso chileno. Nuestro pueblo, por cierto, también se las hace. Le corresponde hacer un análisis a fondo de lo vivido, ahondar en las fallas y las causas; trazar las perspectivas conducentes a la reconquista de sus derechos y a revivir un Chile democrático”⁴⁶.

Más tarde, en enero de 1974 y profundizando más aún en la necesidad de “*aprender de la amarga lección*”, señala la urgencia de avanzar en lecciones que permitan llegar a conclusiones útiles para el futuro, para no quedarse en un lamento del pasado, “sino para tenerlas en cuenta en las batallas por venir, haciendo las correcciones tácticas necesarias”⁴⁷.

Lo llamativo de esta intervención política, es que a partir de las necesidades de la lucha contra la dictadura y a la luz de la premura por establecer los lineamientos políticos para enfrentarla, de forma paralela también instalaba las primeras reflexiones críticas respecto de la experiencia de la UP. Según el dirigente comunista, lo primero era producir el aislamiento de la Junta Militar, confrontarla en todos los espacios, trabajar para lograr “la alianza más amplia y efectiva de los obreros con las capas medias, cosa que no se consiguió antes, reforzar las posiciones de las fuerzas democráticas y progresistas. Porque esa desunión fue uno de nuestros talones de Aquiles”⁴⁸.

Señala por último, un importante elemento de análisis que pone en cuestión concepciones estructurantes con las cuales se fundamentó la política militar del PCCh durante la UP, nos referimos al supuesto carácter constitucionalista de las FFAA chilenas. Al respecto, establece que “la idea de un ejército fuera de la política es un espejismo. La historia nos ha demostrado que, al igual que todas las instituciones y como todos los seres humanos, quiéranlo o no, está inmerso en el mundo de la política”⁴⁹. Concluyendo a partir de lo anterior, que la oligarquía y el imperialismo tenían muy clara esta situación, razón por la cual traba-

46 *Ibíd.*

47 El programa se transmitió bajo el título: *Aprender de la amarga lección*. Primera semana de enero de 1974. (Teitelboim, 2001: 52).

48 *Ibíd.* Pág. 53.

49 *Ibíd.* Pág. 53.

jaron en función de ello, logrando a la larga acercar a sus intereses a los cuerpos militares de más alto rango y desplazar a los sectores “honrados” de las FFAA. Según este dirigente, a partir de la experiencia de la UP y de la realización de “las correcciones tácticas necesarias” para terminar con la dictadura, “la conducta frente al ejército y su papel en el proceso es un problema de primer orden, de cuya solución depende en gran medida la reconquista de la democracia en Chile”⁵⁰.

Según Rolando Álvarez, la necesidad de dar cuenta de la derrota de Allende apremiaba a la dirigencia comunista instalada en el exilio, sobre todo cuando las críticas de importantes dirigentes del MCI respecto de las denominadas “desviaciones de derecha” instaladas en el Partido chileno, eran abiertamente señaladas. Lo anterior, a juicio de este autor, habría provocado “que lo militar se convirtiera en uno de los principales tópicos de discusión al interior del equipo del “Coordinador del Exterior” y el resto del Partido” (Álvarez, 2007).

Haciendo referencia al contexto, el escenario político partidario interno, así como el significado, la dinámica que adquirió la reflexión y la forma en que se desarrolló la discusión política sobre estas problemáticas, Orlando Millas, a través de sus memorias, nos entrega importante información relacionada con este proceso.

Para este dirigente comunista (miembro de la Comisión Política y del Coordinador Exterior del PCCh durante este periodo), la derrota de la UP implicó para los comunistas la apertura de un importante debate⁵¹.

Según relata Millas en sus memorias, al llegar a los países socialistas e iniciar la travesía del exilio, fue inmediatamente advertido por un dirigente comunista chileno respecto a la incubación de un peligroso escenario político interno, en donde la experiencia de la Unidad Popular estaba siendo discutida. Que mientras se engrandecía, homenajeara y estudiaba favorablemente a Allende en algunas partes del mundo, también se desarrollaban y eran patentes los esfuerzos por poner en cuestión su labor. No obstante señala Millas, lo que más le preocupaba a este dirigente comunista era “que esa negación de lo esencial de nuestra política surgía en altas esferas de los países socialistas y encontraba eco en algunos dirigentes comunistas en el exilio” (Millas, 1996: 175).

50 *Ibíd.* Pág. 53.

51 Al respecto, señala que el debate fue reabierto más profundamente por parte de los distintos partidos comunistas que eran gobierno en sus respectivos países, quienes de acuerdo a Millas, “se habían visto obligados a aceptar nuestra trayectoria como algo excepcional y pasaron a reivindicar las viejas tesis de progenie estalinista, con prudencia pero con pertinacia, haciéndonos notar lo que se denominó nuestro “vacío histórico” (Millas, 1996: 35).

A juicio de Millas, la mayoría de las intervenciones en torno a las causas de la derrota de la experiencia chilena se focalizaron en la falta de preparación para la lucha armada, la cual era considerada como ley de todos los procesos revolucionarios. Esto último señala, fue definido políticamente en términos de un *vacío histórico*. Para este dirigente, lo impactante de dichas definiciones es que eran realizadas por dirigentes de alto rango, como era el caso de Volodia Teitelboim del PCCh y de Boris Ponomarinov (Millas, 1996: 182-183).

Para el historiador Rolando Álvarez, es justamente en la propia cabeza del “Coordinador del Exterior” del PCCh donde se dieron los primeros pasos en relación a revisar la *experiencia chilena*. Sería Volodia Teitelboim, responsable de este máximo organismo directivo en el exilio, quien señalara la necesidad de indagar en los errores cometidos a objeto de liberarse de ellos (Álvarez, 2007).

Al respecto, estimamos que el proceso de revisión política abierto en torno a la experiencia chilena no fue monolítico y absoluto, contó también con importantes rechazos, al igual que permanentes defensas irrestrictas a la trayectoria y la tradición partidaria. Y si bien no se desarrolló públicamente y con muestras claras-públicas de tensión interna, generó al menos un contexto político de cuestionamientos, reconocimiento de errores y carencias, así como de voluntades políticas para enfrentar dichas problemáticas.

En este escenario y lógica de discusión podríamos inscribir un problema planteado por el dirigente comunista Orlando Millas en sus memorias. De acuerdo a su relato, estando en Berlín se percató que un trabajo de su autoría pedido para publicar en el “Boletín del Exterior” del PCCh, había salido cortado en la parte donde se describían los pormenores de una reunión de la Comisión Política realizada el mismo día del golpe de Estado en Chile y en la cual se había resuelto llevar adelante un repliegue ordenado del partido para resistir a los golpistas (Millas, 1996: 196).

Según Millas, los dos miembros de la Comisión Política y del Coordinador Exterior en ese momento, que no habían participado de esa reunión (Volodia y Gladis Marín) rechazaron el artículo propuesto, ya que según estos, la decisión del repliegue era “poco romántico, ajeno a su concepción del heroísmo y vergonzoso en cuanto no aplicaba el principio remarcado en esos días por Bréznnev sobre la necesidad de defender las conquistas revolucionarias”. Sin embargo, agrega, “lo que coloqué en dicho artículo y fue objeto de censura corresponde a la realidad y es un hecho histórico inamovible, guste o no guste” (Millas, 1996:197)

Lo más preocupante de este problema señala Millas, no era solo el hecho de eliminar la afirmación relacionada con la decisión política

tomada en torno al repliegue ordenado para después iniciar la lucha, sino que la dirección a la cual apuntaba dicho acto. Según este, lo anterior implicaba examinar la trayectoria histórica partidaria y adaptarla, pero lo más grave concluye, era “salirse de una manera de ser que nos caracterizó invariablemente desde tiempos de Recabarren, basada en un sentido muy estricto de la responsabilidad, ajena al sacrificio inútil de lo más valioso que es la vida de la gente del pueblo” (Millas, 1996:199).

Son justamente estas revisiones y nuevas voluntades políticas incrustadas en el espacio de dirección exterior, las que a nuestro juicio permiten explicar las decisiones políticas tomadas posteriormente por este partido en relación a la problemática militar y la política militar del PCCh. Lo interesante de este proceso y marco general de reflexión y producción, es que aunque permitió discutir y asumir política y orgánicamente nuevas temáticas o líneas de trabajo que en teoría estaban poco tratadas o eran inexistentes en la trayectoria del PCCh, éstas fueron a nuestro juicio, coherentes y en plena dirección con las políticas históricas de este partido y con los lineamientos políticos establecidos para enfrentar a la dictadura. Por tanto, las decisiones políticas iniciales que emanan de estas reflexiones no implicaron ruptura alguna desde el punto de vista político ideológico, programático o estratégico.

La discusión sobre la UP tomó cuerpo rápidamente y tanto los resultados como las asimilaciones de *la experiencia chilena* fueron expuestos de manera abierta. La dinámica anterior, podemos identificarla a partir de la intervención realizada por Volodia Teitelboim en representación del PCCh, en dos grandes eventos políticos de carácter internacional.

Uno de esos eventos fue la primera Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina y del Caribe, realizada en Cuba en Junio de 1975. En dicha actividad, se desarrolló un balance de la situación política en América Latina, así como un análisis de las principales luchas y coyunturas políticas por las cuales atravesaba el movimiento popular en el continente. Los resultados y las apuestas políticas que surgieron de la conferencia, se tradujeron en una declaración conjunta de los partidos que asistieron al evento⁵².

En relación a Chile, la declaración final incluye –textualmente– algunos párrafos y contenidos de un documento elaborado por la dirección interior del PCCh y publicado por la Revista Internacional en agosto de 1974 con el nombre: “Los acontecimientos en Chile: visión de los comunistas”⁵³.

52 Declaración de la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y del Caribe. La Habana, Cuba, 13 de Junio de 1975. En Revista Tricontinental. Número 44. Julio-Agosto, 1975.

53 Este documento fue analizado en las páginas anteriores.

Lo interesante de los párrafos referidos a Chile en la declaración, es que ratifican gran parte del análisis y las conclusiones políticas a las cuales llegó este partido inicialmente sobre la derrota de la UP. Sin embargo, agregan un nuevo elemento de análisis, al establecer que la experiencia chilena igualmente demostraría “que el movimiento revolucionario no puede desechar ninguna de las vías de acceso democrático al poder, pero tiene también que estar plenamente preparado y dispuesto a defender, con la fuerza de las armas, las conquistas democráticas”⁵⁴.

A nuestro juicio, la idea anterior es completamente nueva si tomamos en consideración los elementos de análisis y las conclusiones que aparecen en el documento publicado originalmente y del cual extraen gran parte de los contenidos referentes a Chile para la declaración. Es interesante comparar la conclusión de la declaración con el texto original, lo cual mostraría en primera instancia importantes diferencias⁵⁵.

La declaración final que emana de la Conferencia da cuenta claramente de la inclusión de concepciones y elementos políticos de análisis sostenidos en la crítica del MCI, particularmente los establecidos por Ponomariov.

El otro evento político que nos permite dar cuenta del debate y la reflexión incubada en la dirigencia comunista del exterior, es el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, realizado en diciembre de 1975⁵⁶. En aquel acontecimiento político, Volodia Teitelboim a través de un saludo oficial en representación del PCCh, resalta la importancia política del Primer Congreso, las capacidades de la revolución cubana y del PCC, así como también del pueblo cubano para defender sus logros y conquistas frente las embestidas y provocaciones del bloqueo imperialista.

Respecto a la situación en Chile, reafirma la voluntad y la disposición de los comunistas chilenos y sus aliados para realizar los máximos esfuerzos a objeto de desarrollar “las acciones más enérgicas en todos los terrenos que sea necesario para combatir el fascismo”⁵⁷. De igual manera, llama a trabajar siempre junto a las masas, en primer orden, “con nuestra aguerrida clase obrera”, sosteniendo por último que, “todos los medios y caminos son posibles en esta lucha, para culminar con

54 *Ibíd.* Pág. 83.

55 En el texto original elaborado desde el interior se señala lo siguiente: “la posibilidad de éxito de la vía no armada (llamada a veces pacífica, de un modo que resulta impreciso) se afirma en la capacidad de las masas para amarrar las manos de los que quieren desencadenar la violencia reaccionaria con las armas”. En, *Los acontecimientos en Chile: visión de los comunistas...* Pág. 93.

56 Realizado en Cuba, del 17 al 22 de diciembre de 1975.

57 Saludos del PCCh al Primer Congreso del PCC. La Habana, 17 de diciembre de 1975. Intervención de Volodia Teitelboim. Pág. 3.

alta probabilidad en una insurrección popular armada, que abra paso a una profunda y definitiva victoria de la causa del pueblo”⁵⁸.

Luego, en el mismo evento político, pero en representación de los Partidos Comunistas de América Latina y el Caribe establece y ratifica en relación a la situación política en Chile, algunos elementos y apuestas realizadas por el PCCh en función de la lucha en contra la dictadura. De igual forma, incorpora nuevos elementos políticos extraídos directamente de las evaluaciones realizadas sobre la derrota de la UP.

Entre los elementos que resalta, se encuentra la importancia de la unidad política para enfrentar a la dictadura. Agrega en relación a esta temática, que la unidad es uno de los valores más significativos en la lucha. Nace según Volodia en las prisiones de Chile y se irradia a las masas, se encuentra y desarrolla en todas partes como necesidad, ya “que trasciende la profundidad de las iglesias y atraviesa los patios de los cuarteles”⁵⁹. La Unidad como un determinante fundamental para la victoria, construida alrededor de la clase obrera, en torno a la unidad política comunista-socialista y la Unidad Popular, “unidad antifascista, unidad total de todas las fuerzas antimperialistas para derrocar al fascismo por todos los caminos y por todos los medios posibles, bajo la divisa de que el pueblo debe sumar a la razón la fuerza para defenderla”⁶⁰.

En este contexto de balances y críticas, pero de ratificación del proyecto político llevado adelante por el PCCh, es donde debemos inscribir las primeras medidas políticas tomadas por este Partido en función de afrontar las problemáticas abiertas por el tema militar, a objeto de suplir las carencias y errores cometidos en el desarrollo de la *experiencia chilena*.

Considerando lo anterior, es posible sostener que al menos en el ámbito del debate y la reflexión política pública, lo militar, vinculado a la capacidad de defensa del proyecto popular, fue instalado como un elemento más de discusión en relación al desenlace de la UP. Esta discusión y problematización, ubicada principalmente en el exilio chileno y entre los miembros del equipo “Coordinador Exterior” tuvo como resultado dos grandes iniciativas políticas vinculadas a las problemáticas militares. Por una parte, la creación de equipos de trabajo en la República Democrática Alemana, cuya finalidad era justamente dar cuenta de los temas militares, las FFAA y la derrota de la Unidad Popular. Por otra, la

58 *Ibíd.*

59 Intervención de Volodia Teitelboim en representación de los Partidos Comunistas de América Latina y el Caribe en el marco del Primer Congreso del PCC. La Habana, 20 de diciembre de 1975. Pág. 8.

60 *Ibíd.*

aceptación del PCCh a la propuesta realizada por la dirigencia comunista cubana en 1974, para llevar adelante la formación de cuadros militares profesionales en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba⁶¹.

En cuanto a las medidas tomadas por el PCCh en función de indagar en las causas de la derrota de la UP, así como en el conocimiento, análisis y comprensión de las FFAA chilenas, se creó un grupo de trabajo compuesto por militantes del PCCh residentes en la República Democrática Alemana y algunos miembros del Partido Socialista Unificado Alemán⁶². La necesidad de indagar en las causas de la derrota del Gobierno Popular llevó a la dirigencia comunista chilena a enfocar los esfuerzos investigativos sobre uno de los actores y supuestos políticos-históricos centrales con los cuales se elaboró y materializó la *vía chilena al socialismo*, nos referimos al pretendido profesionalismo y neutralidad de las FFAA chilenas.

Estas problemáticas y esta iniciativa política han sido tratadas profusamente por los historiadores Rolando Álvarez y Viviana Bravo. Al respecto, nos interesa relevar en función de nuestra problemática principal, la apertura en el PCCh de temáticas de discusión y revisión política que permitieron a la postre la emergencia de elementos y factores de análisis útiles tanto para el estudio de la realidad política contingente, como para indagar en lo que fue la experiencia de la Unidad Popular. Lo anterior, implicó en algunos casos, poner en cuestión elementos y concepciones ordenadoras de la línea política desarrollada por el PCCh, sobre todo durante el gobierno de la Unidad Popular.

Respecto de la Tarea Militar del PCCh, ésta comenzó en abril de 1975 cuando un grupo de jóvenes comunistas inicia su proceso de formación profesional en las escuelas militares cubanas.

Según el historiador Rolando Álvarez, a mediados de 1974, el propio Fidel Castro “le señalaba a Manuel Cantero, representante de la Comisión Política del PCCh, que le parecía pertinente aprovechar la coyuntura para preparar militarmente a algunos militantes” (Álvarez, 2011: 174)⁶³. En base a los contenidos de un documento interno del

61 En relación a estas temáticas ver: Álvarez, 2006 y 2011; Bravo, 2007, 2008 y 2010; Rojas, 2011; Pérez, 2012 y 2013.

62 Para una completa revisión de este proceso ver los trabajos citados de Viviana Bravo, Rolando Álvarez y Luis Rojas. Según Viviana Bravo, a fines de 1973 y producto de un convenio entre el PCCh y las autoridades políticas de la RDA, se abrieron las puertas de la Universidad Karl Marx para que militantes comunistas chilenos se dedicaran al estudio de los procesos revolucionarios, particularmente la experiencia chilena, dando paso así al denominado “Seminario Latinoamericano”, conocido igualmente como el equipo de Leipzig (Bravo, 2010: 64-65).

63 De igual forma, Luis Rojas señala que cuando Volodia y Rodrigo Rojas como miembros de la Comisión Política del PC se entrevistaron con Fidel, fue éste quien le propuso

PCCh, sostiene que durante los meses de febrero y marzo de 1975 se reunieron en la Habana Rodrigo Rojas y Volodia Teitelboim por parte del PCCh y Fidel Castro, Raúl Castro, Manuel Piñeiro y Carlos Rafael Rodríguez por el gobierno cubano, en donde se reiteró el ofrecimiento para la formación profesional de militares comunistas chilenos. La oferta de Fidel de formar una masa de entre 200, 300, o 400 oficiales, tenía su objetivo en función de aprovechar una futura posible solución política al conflicto en Chile. Es en ese hipotético momento donde, según Fidel Castro, se hacía necesaria la existencia de estos oficiales y la importancia estratégica de estos cuadros. Agregando, “*los van a necesitar... (Serán) la espina dorsal del nuevo Ejército*”⁶⁴.

De esta manera se inicia el 16 de abril de 1975, lo que en términos partidarios se denominó “La Tarea Militar”. Aquel día, veintiocho jóvenes militantes comunistas chilenos iniciarán su formación como especialistas en Artillería Terrestre en la “desaparecida Escuela Militar “Camilo Cienfuegos”, al este de La Habana, y veintinueve en la especialidad de Tropas Generales en la Escuela Interarmas “General Antonio Maceo”, ubicada en las afueras de la capital cubana” (Rojas, 2011: 94).

La mayor parte de los militantes que se incorporaron a la “Tarea Militar”, eran jóvenes comunistas que desde mediados de 1972 se encontraban cursando carreras universitarias en Cuba. Otra parte, en menor cantidad, correspondía a jóvenes comunistas que comenzaban su exilio en distintas partes del mundo y, por último, aquellos que provenían directamente de las cárceles de la dictadura en Chile⁶⁵.

Según Luis Rojas, otro centenar de militantes comunistas se incorporó posteriormente a las distintas aéreas y especialidades de formación militar profesional que ofrecían las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, “desde ingenieros militares a ingenieros en comunicaciones, desde tanquistas a comisarios políticos, sin olvidar la logística con sus múltiples derivaciones” (Rojas, 2011: 100). Por último, un pequeño grupo de militantes comunistas se incorporaría a la Acade-

preparar jóvenes comunistas chilenos en Cuba, formar cuadros con carácter estratégico (Rojas, 2011: 94).

64 “Conversaciones entre delegaciones de los Partidos Comunistas de Chile y Cuba, marzo de 1975” y “Plan de formación militar para militantes de las JJ.CC”. Ambos documentos son parte del Archivo Interno del Partido Comunista y son citados en el texto de Rolando Álvarez (Álvarez, 2011: 174-175).

65 Esta información es extraída a partir de las entrevistas realizadas a José Miguel Carrera, Carlos Jiles, Patricio Stuardo, los oficiales “Augusto” e “Isidro”. Éste último, se incorpora a la Tarea Militar desde la URSS (entrevistas realizadas entre noviembre de 2008 y diciembre de 2010). Ver además (Rojas, 2011; Álvarez y Bravo, 2009: 100; Pérez, 2012 y 2013).

mia Naval. Otros de igual forma, vivirán esta experiencia en los países socialistas, particularmente Bulgaria.

A partir de los elementos y aspectos enunciados más arriba respecto del desarrollo de la Tarea Militar del PCCh, podríamos suponer que estos esfuerzos políticos partidarios iban orientados a la construcción de una formación completa de militares en función del desarrollo de un enfrentamiento militar a gran escala para terminar con la dictadura. De igual manera, que obedecían o eran resultado de un claro objetivo y de una evidente preocupación por parte de la dirigencia comunista en cuanto a la formación militar y el tema militar.

No obstante, estimamos que la denominada Tarea Militar se inscribía y desarrollaba en el marco de la política del Frente Antifascista, cuyo eje central por lo menos hasta 1980, fue generar una amplia alianza política entre las distintas fuerzas democráticas que se oponían a la dictadura, principalmente con la Democracia Cristiana. Por otra parte, como señala Luis Rojas, tampoco se pensaba o estaban en los planes de la dirigencia comunista, la creación de una fuerza militar propia del partido, menos aún, se enunciaba o consideraba el empleo de la violencia y las acciones armadas como elementos integrantes de la política para terminar con la dictadura.

En otro sentido, podemos sostener que al momento de los inicios de la “Tarea Militar” en 1975, el PCCh todavía mantenía un gran rechazo y una dura crítica política al Movimiento de Izquierda Revolucionario de Chile por sus llamados a resistir la dictadura y enfrentarla militarmente a través de acciones armadas. La crítica al aventurerismo y al ultra izquierdismo fue potente por lo menos hasta 1977 (pleno del PCCh en Moscú). Peor aún era su crítica y distancia, frente al llamado del MIR para que la clase obrera y el pueblo cuenten con su Fuerza Militar Propia⁶⁶.

Por tanto, a qué lectura política obedecía la “Tarea Militar”, por qué este proceso de formación militar profesional se inició antes de formularse oficialmente la tesis del *vacío histórico* en torno al tema militar (pleno de Moscú, 1977), y sobre todo, antes del llamado que hiciera el PCCh en cuanto a desarrollar todas las formas de lucha para derribar a la dictadura, incluida la violencia (septiembre de 1980).

De lo anterior, resulta entonces necesario preguntarse por qué el PCCh acepta comenzar con la formación de militares de alto rango y de especialistas militares. Por qué considera necesario contar con una fuerza o un contingente militar como el que ofrecía formar el gobierno cubano.

66 Al respecto ver el interesante artículo publicado por el PCCh que trata esta problemática: “El ultraizquierdismo, caballo de Troya del imperialismo”. Declaración publicada en Santiago de Chile, Septiembre de 1975. En: “Desde Chile hablan los comunistas...”.

Al respecto, estimamos que gran parte de las razones o los criterios que rondaron la decisión de aceptar el ofrecimiento cubano, tienen que ver o están directamente relacionados con los balances políticos realizados hasta ese entonces por el PCCh respecto de las causas de la derrota de la UP. En definitiva estimamos que la decisión no significó los inicios de una nueva política militar por parte del PCCh, tampoco implicó aceptar y asimilar simplemente y de manera dogmática la crítica externa del MCI, sino más bien, se relaciona con la autocrítica realizada por la militancia comunista respecto de sus concepciones sobre las Fuerzas Armadas y su política militar en torno a la *vía chilena al socialismo*.

Por tanto, la iniciativa de formar militares profesionales en Cuba por parte del PCCh, se encuentra directamente relacionada con los resultados de las reflexiones y los balances políticos realizados hasta ese momento sobre las causas de la derrota de la UP y particularmente es coherente con la táctica y las tareas fijadas por este partido para enfrentar a la dictadura. No fue pensada como una fuerza militar dispuesta a la lucha guerrillera, tampoco se contempló su ingreso inmediato a Chile en función del desarrollo de la lucha armada en contra de la dictadura. La Tarea Militar estaba pensada en términos estratégicos, la necesidad de tener un contingente de militares profesionales con los cuales pudiera aportar el PCCh en un hipotético escenario político: la derrota política de la dictadura y la asunción de un gobierno Demócrata Cristiano, en donde se hacía necesario la democratización de las FFAA chilenas, así como también el termino de las concepciones y elementos fascistas que imperaban en ellas.

De lo revisado hasta ahora, es posible sostener que los balances y discusiones abiertas sobre las causas de la derrota de la Unidad Popular, así como el desarrollo y profundización del análisis de la problemática militar, se afinan y expresan mayoritariamente en la órbita de la militancia y los cuadros de dirección ubicados en el exilio. Esto a su vez, es resultado y expresión del contexto abierto por el exilio y los impulsos externos para revisar la experiencia chilena, ya sea por las iniciativas levantadas en la dirigencia de la RDA o por las críticas del MCI. Este escenario, permitió que un segmento de la militancia comunista inicialmente desarrollara, dinamizara y reflexionara en torno a problemáticas políticas que si bien en lo inmediato no tenían efecto sobre la línea del PCCh, si al menos posibilitó una revisión y debate en torno a temáticas, actores y líneas de trabajo que hasta ese momento se encontraban a lo menos, superficialmente tratadas y consideradas en la reflexión teórica y política del PCCh, por tanto también en su práctica.

De igual forma, podemos plantear que los análisis realizados por la dirigencia comunista en Chile, por lo menos hasta 1975, muestran

una importante homogeneidad y continuidad analítica al menos en tres importantes elementos. La justeza y lo acertado de la línea política desarrollada por el PCCh que permitió el triunfo de la Unidad Popular; el funesto papel de la ultraizquierda; y el cambio en la correlación de fuerzas del movimiento popular en función del proceso de transformación social, lo cual llevó al aislamiento de la clase obrera, así como la imposibilidad de neutralizar a la reacción y la contrarrevolución.

Los conceptos y los elementos de análisis más autocríticos y que relevan el tema de la defensa y la necesidad de prepararse para ella, como señalamos, se instalaron inicialmente en los cuadros directivos del exterior. Lo que no implica, una ruptura o quiebre de la conducción política partidaria, ni la emergencia de una línea o táctica de periodo distinta a la del “Interior”. Más bien la asimilación de la crítica del MCI da pie para engrosar el debate político interno a partir de otras variables o temáticas, pero ratificando en su totalidad la línea política histórica del PCCh. En el mismo sentido, las dos grandes iniciativas políticas tendientes a enfrentar los temas militares o la política militar del partido, se inscriben coherentemente y operan política y materialmente en función de la táctica establecida por el PCCh para enfrentar a la dictadura, el Frente Antifascista.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, Rolando 2006 “¿La noche del exilio? Los orígenes de la rebelión popular en el Partido Comunista de Chile”, en Valdivia, Verónica; Álvarez, Rolando; Pinto, Julio *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet, 1973-1981* (Santiago: LOM).
- Álvarez, Rolando y Bravo, Viviana 2006 “La memoria de las armas. Para una historia de los combatientes chilenos en Nicaragua” en Revista *Lucha Armada en la Argentina* N° 5.
- Álvarez, Rolando 2007 “*La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el PC de Chile (1965-1990)*”, Tesis doctoral Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.
- Álvarez, Rolando 2011 *Arriba los pobres el mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965-1990* (Santiago: LOM).
- Bravo, Viviana 2007 “Moscú-La Habana-Berlín: Los caminos de la rebelión. El caso del Partido Comunista de Chile. 1973-1986” en

- Elvira Concheiro, Máximo, Modonesi y Horacio Crespo (coord.) *El comunismo: otras miradas desde América Latina* (México: UNAM).
- Bravo, Viviana 2008 “El tiempo de los audaces: La Política de Rebelión Popular de Masas y el debate que sacudió al Partido Comunista” en Álvarez, Rolando, Samaniego Augusto y Venegas, Hernán (Editores) *Fragmentos de una historia. El Partido Comunista de Chile en el siglo XX. Democratización, clandestinidad, rebelión, 1912-1994* (Santiago: Ediciones ICAL).
- Bravo, Viviana 2010 *¡Con la razón y la fuerza, venceremos! La Rebelión Popular y la Subjetividad Comunista en los '80* (Santiago: Ariadna Ediciones).
- Corvalán M, Luis 2000 “Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70” en Loyola, Manuel y Rojas, Jorge (comp.) *Por un rojo amanecer: Hacia una historia de los comunistas chilenos* (Santiago: Valus) 2000.
- Furci, Carmelo 2008 *El partido Comunista de Chile y la vía al socialismo* (Santiago: Ariadna Ediciones).
- Herreros, Francisco 2003 *Del Gobierno del pueblo a la Rebelión Popular. Historia del Partido Comunista 1970-1990* (Santiago: Editorial Siglo XXI).
- Millas, Orlando 1996 *La alborada democrática en Chile. Memorias. Una digresión 1957-1991* (Santiago: CESOC-Ediciones Chile-América).
- Moulian, Tomás y Torres, Isabel 1998 “Continuidad o cambio en la línea política del Partido Comunista de Chile”, en Augusto, Varas (comp.) *El Partido Comunista en Chile*. (Santiago: FLACSO-CESOC).
- Pérez Silva, Claudio 2012 “De la guerra contra Somoza a la guerra contra Pinochet. La experiencia internacionalista y la construcción de la Fuerza Militar Propia del Partido Comunista de Chile” en Claudio Pérez y Pablo Pozzi (editores) *Historia oral e historia política: Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990* (Santiago: LOM).
- Pérez Silva, Claudio 2013 “Gonzalo: Militancia e internacionalismo. Una aproximación histórica al desarrollo de la Tarea Militar del Partido Comunista de Chile” en Patricia Pensado (coordinadora) *Experimentar en la Izquierda: Historias de militancias en América Latina, 1950-1990* (Buenos Aires: CLACSO).
- Riquelme, Segovia 2009 *Un rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia* (Santiago: DIBAM).

- Rodríguez, José 1995 *Crisis y renovación de las izquierdas* (Santiago: Planeta).
- Rojas, Luis 2001 *De la rebelión popular a la sublevación imaginada. Antecedentes de la Historia Política y Militar del Partido Comunista de Chile y del FPMR, 1973-1990* (Santiago: LOM).
- Samaniego, Augusto 2002 “Lo militar en la política”: lecturas sobre el cambio estratégico en el PC. Chile. 1973 – 1983. (Relato e interpretación del origen de la Política de Rebelión Popular de Masas y la idea de Sublevación Nacional contra la dictadura)” en *Palimpsesto* (Santiago).
- Uliánova, Olga 2000 “La Unidad Popular y el golpe militar en Chile: percepciones y análisis soviéticos” en *Estudios Públicos* (Santiago) N° 79.
- Venegas, Hernán 2009 “Trayectoria del Partido Comunista de Chile. De la crisis de la Unidad Popular a la política de rebelión popular de masas” en *UNIVERSUM* N° 24. Vol. 2, (Talca).

ANTIHEROES

Tortura, traición y justicia revolucionaria en la Revista *Evita Montonera* (1974-1976)

Esteban Campos

*“Peor que la misma oligarquía
es el espíritu oligárquico
infiltrado en nuestras filas”*

Evita

Evita Montonera fue el medio de prensa oficial de la organización político-militar argentina Montoneros entre 1974 y 1979. Se trataba de una revista publicada de manera clandestina, que se proponía llegar a “todos los peronistas que luchan por la liberación”, y tuvo una duración de veinticinco números¹. En un trabajo anterior (Campos, 2014), advertimos que en los primeros números de *Evita Montonera* se articuló un conjunto de elementos simbólicos, destinados a crear un modelo de combatiente ejemplar. Las proezas en el combate, el jugarse la vida y prepararse para la muerte, la resistencia a la tortura, en suma, la capacidad para superar duras pruebas y protagonizar hazañas, junto a valores como la disciplina, la inteligencia y la seriedad, constituyeron un complejo heroico, cuyos elementos fueron variando a medida que

*Doctor en Historia por la Universidad de Buenos Aires y profesor visitante de la Universidade Federal da Integração Latinoamericana. Miembro del Grupo de Trabajo de CLACSO “Violencia y política. Un análisis cultural de las militancias de en América Latina”.

1 “Compañeros: esta revista es otra arma de lucha”, EM n.1 (diciembre de 1974), pp. 2-3. Las referencias a *Evita Montonera* se mantendrán en el texto respetando la caligrafía original, y se abreviarán en las citas. Para una reseña de la revista ver Pagliai, 2010 y Campos, 2014. La colección completa se puede consultar en el sitio web *El topo blindado*, <http://eltopoblindado.com/evita-montonera/>.

se cerraba el cerco represivo en torno a la guerrilla. ¿Qué pasaba con los militantes que carecían de los atributos necesarios para convertirse en un guerrillero ejemplar? ¿Cuál era el reverso del complejo heroico? En este trabajo consideramos que *Evita Montonera* construyó la figura del traidor como un espejo invertido del heroísmo guerrillero. Aunque en la revista se representaron distintos sujetos y objetos de la traición, los montoneros que la propia organización señaló como traidores fueron retratados como auténticos antihéroes, portadores de una variada gama de atributos negativos. Para comprobar esta hipótesis de trabajo hicimos un relevo de los primeros doce números de *Evita Montonera*, publicados entre diciembre de 1974 y marzo de 1976, que componen casi la mitad de la colección completa. A esta muestra se sumaron como fuentes complementarias las *Disposiciones sobre la Justicia Penal Revolucionaria* de 1972, y el *Código de Justicia Penal Revolucionario* de 1975, ambos redactados por Montoneros como cuerpos normativos internos². El recorte se justifica por los cambios que la revista impulsó en la representación de héroes y traidores en este período, en buena medida como respuesta a la profundización de la represión estatal y paraestatal a fines de 1975. Particularmente, se analizarán los artículos de *Evita Montonera* que abordaron los temas de la tortura y el juicio revolucionario a militantes de la organización, porque creemos que allí se condensa buena parte de su discurso sobre la traición.

La traición es un tópico de larga data en la cultura política de las izquierdas y el peronismo, dos tradiciones que a fines de los años sesenta se fundieron junto al cristianismo liberacionista para formar una cultura política montonera. En la primera mitad del siglo XX, la traición fue uno de los temas más calientes en la agenda de debate originada por los procesos de Moscú, celebrados entre 1936 y 1938 (Merleau Ponty, 1986). A pesar de todo, los estudios sobre la traición en la cultura de izquierdas brillan por su ausencia, salvo notables excepciones (Longoni, 2008 y Ruiz, 2013). En el discurso peronista, la traición no se puede entender sin su principal opuesto, la lealtad, un término tomado del lenguaje militar que sirvió para diferenciar amigos y enemigos de acuerdo a valores morales, intereses políticos y relaciones interpersonales (Balbi, 2007: 26). Sin embargo, a diferencia del discurso militar, donde se debe lealtad a las fuerzas armadas como encarnación de la patria, en el peronismo clásico la delgada línea que separaba al leal del traidor era la disidencia con el propio Perón (Balbi, 2007: 136-139 y Gilbert, 2013). Tras el golpe cívico-militar de 1955, el peronismo de la

² Agradezco a Laura Lenci el préstamo de una copia transcripta de las *Disposiciones sobre la Justicia Penal Revolucionaria* de 1972, un documento difícil de hallar en la mayoría de los archivos públicos.

resistencia trató de explicar el estallido del campo político justicialista a partir del binomio lealtad/traición, en una época donde Perón se encontraba en el exilio, y las alianzas políticas eran tan frágiles como dispersas: el ex vicepresidente Alberto Teisaire había denunciado a Perón en una cinta cinematográfica difundida por el gobierno de facto, y Arturo Jauretche adhería al proyecto desarrollista de Arturo Frondizi desde las páginas del semanario *Qué*. Del otro lado, el delegado de Perón John William Cooke trataba de coordinar las acciones de los comandos de la resistencia peronista.

Desde 1970, los Montoneros se insertaron en el peronismo reivindicándose como el brazo armado del movimiento, proclamando su lealtad a Perón a la manera de los antiguos militantes de la resistencia. Con el regreso definitivo de Perón al país, la posición de los Montoneros y sus organizaciones de masas se volvió cada vez más difícil; parecía imposible aspirar a ser la vanguardia del movimiento, y conservar al mismo tiempo la lealtad al viejo líder (Sigal y Verón, 1988: 202). Hasta 1973, los Montoneros intentaron utilizar el binomio lealtad/traición para señalar a sus antagonistas dentro del peronismo. Como afirma Alicia Servetto:

El enemigo interno era aquél que se decía, por supuesto, peronista, y proclamaba, como todos los demás, su lealtad al líder. Pero se trataba de alguien que no era lo que decía ser, que no hacía lo que decía hacer, en resumen: se trataba de alguien que no hacía lo que Perón decía que había que hacer (Servetto, 2012: 132)

A partir de 1974, el discurso montonero desplazó a Perón como objeto de lealtad, para colocar en su lugar a la patria y el pueblo, modificación que también alcanzaba a los grupos o personas que eran sindicadas como traidores (Sigal y Verón, 1988: 201). En *Evita Montonera*, cuyo primer número salió en diciembre de ese año, la palabra lealtad y su adjetivación ocuparon un lugar claramente marginal, aunque la figura del traidor se empleó de manera recurrente³. Como fórmula de reemplazo, se podría decir que la lealtad fue sustituida por la figura del peronismo auténtico, expresión empleada por Montoneros para promocionar el

³ Es posible que esta marginalidad de la lealtad en el discurso de *Evita Montonera*, tan recurrente en publicaciones anteriores como *El Descamisado*, tenga una relación directa con la incomodidad que generó en varios militantes el cuestionamiento abierto a Perón. De hecho, en 1974 se produjo una ruptura interna en Montoneros, que condujo a la formación de la Juventud Peronista Lealtad (Salcedo, 2011 y Pozzoni, 2013). En este contexto, no resulta extraño que la Conducción Nacional de la organización armada haya preferido restringir el uso de una palabra que, muerto Perón y pasadas sus exequias, parecía cada vez más ajena a su universo simbólico.

flamante Partido Auténtico, una organización de notables pertenecientes a la izquierda peronista con la que se presentó a elecciones. Pero en el imaginario político-militar de la organización, el reverso del traidor era el arquetipo del héroe clásico (Campos, 2014).

En las páginas de *Evita Montonera*, la traición era una categoría lo suficientemente elástica como para abarcar a diversos actores políticos y sociales: el traidor podía ser un “infiltrado del imperialismo” como el burócrata sindical, que traicionaba a la clase obrera⁴. Por otro lado, en las editoriales de 1974 y 1975 es frecuente la referencia al “gobierno traidor” de María Estela Martínez y José López Rega, que para los Montoneros no había cumplido con el programa votado el 11 de marzo de 1973. En este caso particular, el gobierno traicionaba al movimiento peronista y sus “objetivos revolucionarios”⁵. Asimismo, las fuerzas armadas fueron acusadas de traición a la patria, como ocurrió con la denuncia de la Marina y sus negociados en la compra de la fragata lanzamisiles Santísima Trinidad a Gran Bretaña⁶. Finalmente, la traición era un delito castigado por los cuerpos normativos montoneros, que tenían como ámbito de aplicación a los militantes de la propia organización (Lenci, 2008). En el *Código de Justicia Penal Revolucionario* que Montoneros redactó en octubre de 1975, la traición aparece como la primera de las faltas: “Art. 4 Traición: Incurrir en el delito de traición cualquiera de las personas indicadas en el Capítulo I [oficiales, aspirantes a oficiales, soldados y milicianos] que, por cualquier medio, colabore o sirva conscientemente al enemigo”⁷. Lo que llama la atención en primer lugar es la amplitud del concepto de traición, ya que no se aclara cual es el significado concreto de “servir conscientemente” al enemigo. Entendemos que esta omisión no se producía por falta de criterio, sino más bien porque el universo simbólico de la guerrilla presuponía que colaborar era brindar información a las fuerzas de seguridad. Entre los siguientes artículos del Código, por ejemplo, aparece el delito de delación:

⁴ *Evita Montonera* N°3, pp. 40.

⁵ *Evita Montonera* N°4, pp. 27; N°6, pp.4, 9; N°8, pp 10-25 y N°9, pp. 10. A diferencia de los burócratas, en el discurso montonero de este período los reformistas no son traidores, sino parte del Movimiento de Liberación Nacional (*Evita Montonera* N°6, pp. 5). Esta distinción puede ser vista como un antecedente de la política que seguiría Montoneros en el exilio tras el golpe militar, con una línea política que se acercó simultáneamente a los partidos socialdemócratas de Europa occidental y a la Organización para la Liberación de Palestina.

⁶ *Evita Montonera* N°7, pp. 15.

⁷ Código de Justicia Penal Revolucionario (Rot y Bufano, 2007)

Art. 7: Delación: La entrega consciente al enemigo de datos o elementos que puedan perjudicar objetivamente a la organización o a las estructuras que ella conduce constituye el delito de delación. Incurren también en este delito los prisioneros de guerra que entregan esos datos o elementos al enemigo en el curso de los interrogatorios de cualquier tipo que le efectúen y aun cuando hayan sido objeto de apremios, con excepción del caso previsto en el artículo anterior (Bufano y Rot, 2007)

La rigidez de este artículo demuestra que, ya en 1975, la conducción montonera sabía que el método de secuestro-tortura-delación utilizado por las fuerzas de seguridad era una amenaza para la existencia de toda la organización. Si los militantes que caían detenidos “cantaban”, se rompía la estructura piramidal de la guerrilla compartimentada en células, destruyéndola desde la base hasta la cúspide. Como veremos a continuación, los delitos que en el discurso jurídico de la organización armada eran catalogados de manera separada, como la traición y la delación, en el entramado simbólico de *Evita Montonera* aparecen juntos en varias ocasiones. Los artículos de la revista que abordaron el tema de la tortura y el juicio revolucionario a miembros de la guerrilla, fueron un terreno privilegiado para la emergencia de la figura del delator como traidor.

“LA TORTURA ES UN COMBATE Y SE PUEDE GANAR”

“Un cobarde pierde mucho más que su vida. Él ha perdido. Es un desertor del ejército glorioso, y merece hasta el desprecio del más ruín de sus enemigos. Y aún vivo ya no vivía; porque se había excluido de la colectividad”

Julius Fucik, *Reportaje al pie del patíbulo* (1943)

Las profundas huellas que dejó en la sociedad argentina el terrorismo de Estado practicado por la última dictadura militar, impulsó una gran variedad de trabajos que abordaron central o lateralmente el tema de la tortura (Duhalde, [1984] 1999, Gasparini, 1988, Diez, 2000, Calveiro, 2004, Flaskamp, 2007, Longoni, 2007). Hasta el siglo XIX, los tormentos eran parte de un procedimiento metódico que, conllevara o no la muerte, dejaba una marca indeleble en el cuerpo de los condenados, exponiendo su falta ante la comunidad. Para Michel Foucault, los suplicios aplicados durante el medioevo y la modernidad constituían “una producción diferenciada de sufrimiento, un ritual organizado para la

marcación de las víctimas y la manifestación del poder que castiga, y no la exasperación de una justicia que, olvidándose de sus principios, pierde toda moderación” (Foucault, 2005: 40). De esta manera, la tortura no era solamente el arte de regular el dolor en función de la falta castigada, sino también un espectáculo público donde el Estado realizaba una demostración de fuerza, reservándose el derecho de dar una muerte rápida bajo el hacha del verdugo, o mil pequeñas muertes en el potro. Con el advenimiento de la prisión y la sociedad disciplinaria, el castigo pasó, en líneas generales, de la teatralidad al ocultamiento. La exposición de la muerte ya no era pedagógica, y para Foucault la justicia no podía ser más salvaje que la falta cometida.

Sin embargo, la tortura fue empleada a lo largo del siglo XX en diversos ámbitos y momentos de forma sistemática: por los nazis en los países ocupados por Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, por los franceses en las guerras coloniales de Argelia e Indochina, por los norteamericanos en Vietnam, y por las dictaduras latinoamericanas, para mencionar solamente las experiencias más conocidas. El aprendizaje de las técnicas de tortura utilizadas por los militares franceses y norteamericanos en la Escuela de las Américas de Panamá, generalizó en América Latina la aplicación de un conjunto de tormentos de nuevo tipo. Las ideas de las escuelas de contrainsurgencia y guerra contrarrevolucionaria reunieron una vasta experiencia con el fin de aniquilar a la guerrilla y disciplinar cualquier expresión de disidencia social. ¿Cuáles eran los engranajes de la máquina represiva que basaba su funcionamiento en el arte de producir dolor? Como hemos visto, el objetivo de los torturadores era obtener información de las víctimas para permitir el secuestro de un nuevo grupo de militantes. Estos a su vez proporcionarían más datos y provocarían más caídas, yendo de la periferia al centro de las organizaciones que se pretendía destruir. En la Argentina, las fuerzas de seguridad instalaron la práctica de la tortura sin límites, cuyo ámbito de aplicación fueron los centros clandestinos de detención y su doctrina la guerra contrarrevolucionaria, desarrollada por los instructores militares franceses en la Escuela Superior de Guerra (Mazzei, 2002:116-123). El reemplazo del suplicio limitado gracias a las garantías de la detención legal por el tormento ilimitado de las políticas de excepción, fue clave para el funcionamiento del terrorismo de Estado. Como señala Ana Longoni, “*la transformación en los alcances de la tortura no es asunto menor en la eficacia del dispositivo represivo: perfeccionó los más siniestros métodos para extraer datos, nombres, citas al detenido, y también para deshacer su integridad como sujeto*” (Longoni, 2008: 118). La víctima era arrasada en su identidad y se convertía en un cuerpo sin nombre, desnudo e inerte ante la voluntad todopoderosa de los torturadores: “*el objetivo era obtener información*

útil, pero además, quebrar al individuo, romper al militante anulando en él toda línea de fuga o resistencia" (Calveiro, 2004: 69).

En junio de 1975 salió a la venta el número 5 de *Evita Montonera*, que incluyó una nota titulada "La tortura es un combate y se puede ganar". La finalidad del artículo era instruir a los militantes montoneros para que, en el caso de ser detenidos, puedan utilizar un conjunto de procedimientos destinados a tolerar el suplicio y burlar a las fuerzas de seguridad. Para *Evita Montonera*, la tortura era una prolongación de la guerra revolucionaria, y había que enfrentarla como un combate más:

La cana y los milicos son nuestros enemigos siempre. Por eso, cuando un compañero es detenido la guerra no ha terminado para él, sino que comienza un nuevo combate con ese enemigo. Con este espíritu hay que enfrentarlos. Es, además, la única posibilidad de salir victoriosos en una situación totalmente desfavorable: estamos solos y en sus manos. Ellos lo saben y especulan con esto para desmoralizarnos y quebrarnos, recurriendo a distintos métodos que incluyen la agresión física y la humillación⁸

¿En qué consistían estas agresiones físicas? La nota describe las torturas como golpizas sistemáticas, privación de agua y descanso. La primera referencia a la picana eléctrica aparece con el testimonio de un militante de vuelta de la mesa de torturas, que le dice a otro montonero que está esperando su turno: "Estoy bien, no te calentés; es como un calambre fuerte, nada más"⁹. Llamativamente, el dolor extremo de las descargas eléctricas aparece minimizado y banalizado, imagen que se vuelve todavía más singular si la comparamos con la radicalidad de las torturas psicológicas que se enumeran en el mismo artículo: amenazas de muerte, simulacros de fusilamiento, torturas a familiares en presencia del detenido, etc. Los consejos de *Evita Montonera* orientan al militante para que utilice las normas que la justicia burguesa imponía a la detención de personas:

Al ser detenido se pasará por dos etapas: la policial primero, que 'legalmente' no puede exceder de 10 días (obviamente, esto ahora no se respeta), y la judicial después. La declaración ante la policía se llama "espontánea" y ante el juez "indagatoria". Todo lo dicho respecto del verso preparado vale hasta el mo-

8 "La tortura es un combate y se puede ganar", *Evita Montonera* N°5 (junio-julio de 1975), pp. 20. La idea de la tortura como parte de la guerra revolucionaria se repite en "La batalla es siempre", *Evita Montonera* N°6 (agosto de 1975), pp. 14.

9 *Evita Montonera* N°5, pp. 20.

mento en que la cana toma declaración al sospechoso; el verso es el método para dialogar con ellos informalmente. Pero la actitud debe cambiar cuando comienzan a hacerse actas y otros escritos que demuestran que ya no se puede salir del paso. Entonces hay que reclamar que se nos diga de qué se nos acusa y pedir comunicarnos con nuestros familiares para que busquen un abogado; generalmente no darán bola y desde ese momento *la regla de oro es no declarar*. Esto significa no solo no decir nada, sino *tampoco escribir ni firmar nada* (conformidad para allanamiento, actas de secuestro, actas de allanamiento, papeles en blanco, etc.). Es incorrecto pensar que la declaración ante la policía carece de validez; por el contrario, el juez la toma muy en cuenta porque supone que es espontánea y sin consejos de abogados¹⁰.

Esto quiere decir que el discurso montonero planteaba un método de resistencia a la tortura que suponía el funcionamiento del Estado de derecho y sus garantías constitucionales, aun cuando reconocía la aplicación de políticas de excepción (torturas, incumplimiento del plazo de detención legal, incomunicación del detenido, etc.). Por eso, en la nota se aconsejaba al militante no delatar, no declarar, no firmar ningún documento, así como tratar de engañar, simular y aportar datos falsos para desorientar a los captores y ganar tiempo, hasta el momento en que los presos políticos eran legalizados. Estas indicaciones se comprenden mejor en el marco de las *Disposiciones sobre la Justicia Penal Revolucionaria* establecidas por los Montoneros en 1972, que autorizaba a los militantes presos a entregar información una vez pasadas las primeras veinticuatro horas de su detención:

El prisionero de guerra que aporte datos relevantes al enemigo será sancionado en los siguientes casos:

- a) Cuando aporte dichos datos antes de las 24hs. de su detención.
- b) Cuando proporcione en cualquier momento de la confesión datos innecesarios, calificándose como tales los que exceden al interrogatorio al que se lo somete (Lenci, 2008:12)

¿Qué ocurría en el plano simbólico con los montoneros que no soportaban los tormentos aplicados por las fuerzas de seguridad? Lo que salta a primera vista es el relativo pragmatismo expresado en las *Disposiciones*, que aceptaban la posibilidad cierta de que los militantes aporten información a sus captores bajo tortura. Sin embargo, quienes cedían

¹⁰ EM n.5, pag. 21. El subrayado en itálica figura en negrita en el original.

al miedo y al dolor optando por “cantar” indiscriminadamente, merecían para *Evita Montonera* el rechazo sin atenuantes de la comunidad guerrillera. Los militantes que entregaban información suficiente como para comprometer a la organización eran rotulados como traidores, y corrían un gran riesgo:

Salvarnos individualmente ayudando al enemigo a destruirnos es una actitud que merece el repudio de nuestros compañeros y del pueblo (...) Por otro lado, no hay salvación individual: el compañero que canta no alivia su situación y se destruye como persona, porque ha traicionado a los suyos. En esto cabe recordar una frase que le gustaba repetir al General Perón: *“miedo sentimos todos; lo importante es tener más vergüenza que miedo”*¹¹

Desde este punto de vista, el acto individualista de traicionar a la organización tenía como resultado la desintegración de la propia subjetividad, ya que el militante “se destruye como persona”. Paradójicamente, esta terrible consecuencia era muy similar a uno de los fines perseguidos por la tortura, el de despojar al detenido de sus atributos subjetivos, para convertirlo en un recurso más de la comunidad informativa. Como cada vez era más cierta la posibilidad de ser torturado hasta la muerte, el militante caído se encontraba entre dos muertes posibles, una física y otra simbólica. Para el psicoanalista brasileño Helio Pelegrino, la decisión no entregar información elevaba al militante a la dignidad del héroe, pero también podía conducir a su extinción física:

El torturado no puede hablar, aunque esto es un requisito casi sobrehumano. No hablar o hablar para engañar constituye en la tortura el discurso del héroe. Tal silencio, sin embargo, provocará el recrudecimiento de la violencia y el riesgo de la muerte física. Si el torturado no habla, puede morir físicamente. Si habla, y confiesa, sucumbe a un desacuerdo fundamental y muere como persona (Pelegrino, 1989: 19-21)

La doble amenaza de una muerte física y una muerte simbólica le imponía al militante torturado una situación que lo obligaba a elegir entre ser héroe o ser traidor. Es cierto que, a primera vista, en esta nota se advierte a los militantes sobre el peligro de enfrentarse a los torturadores, ya que *“las posturas heroicas no sólo son inútiles en esa situación, sino también negativas porque dejan sin efecto la imagen de inocencia que*

11 EM n.5, pág. 20.

*debemos representar*¹². Sin embargo, la astucia de engañar al torturador era una cualidad más del héroe montonero, cuya inteligencia podía sustituir la ausencia de un cuerpo vigoroso (Campos, 2014). Por el contrario, ser traidor era un estigma que asemejaba al militante quebrado con el propio enemigo: cuando en la nota se caracteriza al torturador, se produce una sutil analogía con el traidor, ya que el primero: “[es] un hombre que está perdido para la sociedad y tiene que desaparecer. No hay otra alternativa que eliminarlos. El contacto con ellos es repugnante”¹³. El torturador es ciertamente el peor enemigo, pero el militante quebrado por la tortura corre el peligro de mimetizarse con él, ya que ambos eran segregados por renegar de las convenciones sociales más fundamentales (Longoni, 2007: 92-93). Si la tortura era un combate que se podía ganar, ¿de qué factores dependía esa victoria? En el número siguiente de *Evita Montonera* aparecen más detalles sobre esta cuestión:

¿Se puede justificar a un compañero que canta en la tortura? ¿Y el que no canta, es por un coraje individual? No, no se puede justificar a un compañero que canta. *No ha tenido la combatividad suficiente para dar esa batalla con la fuerza que tiene su condición de militante*, frente a un puñado de miserables que hasta en la misma necesidad de torturar muestran que están perdidos históricamente. Pero tampoco un compañero “aguanta” por sus virtudes personales, al no cantar está acercando el momento de nuestra victoria.¹⁴

La garantía de la victoria era la combatividad montonera, que se puede definir en pocas palabras como la conciencia política de la victoria final. Por eso, ser combativo no solamente significaba resistir la tortura, sino preocuparse por la “formación personal, en la lectura de textos políticos, económicos, históricos, en la capacitación militar, en su aporte al crecimiento de la cultura popular; llevando adelante una vida familiar solidaria, cuidando su estado físico”¹⁵. Aunque la decisión de no traicionar descansaba en la convicción revolucionaria, una lectura atenta

¹² *Evita Montonera* N°5, pp. 23.

¹³ *Evita Montonera* N°5, pp. 20-21. En el artículo “La batalla es siempre” se repite este temor a la mimesis entre traidor y represor: “*Cuando vemos a un compañero flaquear frente al enemigo, en la tortura, en los interrogatorios, en la lucha política o armada, quiere decir que el enemigo ha logrado su objetivo. Frantz Fanon, revolucionario argelino, decía que todos tenemos, adentro de la cabeza, a un policía luchando con un manifestante*”, *Evita Montonera* N°6, pp. 14-15.

¹⁴ “La batalla es siempre”, *Evita Montonera* N°6 (agosto 1975), pp. 15. El subrayado en itálica es mío.

¹⁵ *Idem*

de las fuentes indica que mientras la traición aparecía como un acto de voluntad derivado de una carencia individual, aguantar la tortura no era un mérito personal: “En todos estos hechos nuestra combatividad personal, no debe ser más que el reflejo de una comprensión política: de la necesidad de vencer. Y ese no es un hecho individual, es la expresión de la combatividad de todo el pueblo peronista”¹⁶

Con los materiales que hemos reunido hasta ahora, se puede decir que para *Evita Montonera* la tortura era percibida como un engranaje inhumano y salvaje de la máquina judicial, una turbia sala de espera en la que el prisionero tenía que esperar a ser legalizado sin entregar información. De allí las detalladas instrucciones que se daban para que los militantes no sean perjudicados en el plano jurídico: evitar firmar cualquier papel, no declarar amparándose en la Constitución, etc. Si tenemos en cuenta el horizonte de expectativas de los Montoneros en 1975, es comprensible la falta de alusiones a la tortura sin límite como principio del sistema represivo, si bien era un hecho reconocido por la propia organización que las fuerzas de seguridad violaban sistemáticamente las garantías constitucionales. La percepción que tenían los Montoneros de la tortura estaba anclada en la experiencia de la represión sufrida por las organizaciones políticas y sociales entre 1966 y 1973, bajo las dictaduras de Juan Carlos Onganía y Alejandro Agustín Lanusse. En lo que sigue veremos como la figura simbólica del delator como traidor se modificó como respuesta a la escalada represiva.

JUZGAR AL TRAIADOR

*Los procesos de Moscú son de forma y de estilo
revolucionarios. Pues ser revolucionario es juzgar
lo que existe en nombre de lo que todavía no existe,
tomándolo como más real que lo real*

Maurice Merleau-Ponty, *Humanismo y terror* (1947)

En su análisis sobre los cuerpos normativos montoneros, Laura Lenci afirma que la violencia política fue legitimada por las organizaciones armadas a partir de la idea de justicia. En el caso de Montoneros, este tópico habría tenido una notable relevancia en su universo simbólico a partir del proceso que culminó con la ejecución del general Pedro Eugenio Aramburu (Lenci, 2008: 1-2). A partir de este enfoque, podemos distinguir tres elementos de la justicia revolucionaria montonera

¹⁶ *Evita Montonera* N°6, pp. 15. La última oración de este pasaje figura en negrita en el original.

que se articulan entre sí: en primer lugar, es una actuación de la justicia o *performance*, ya que independientemente de su función práctica, los procesos judiciales incoados por Montoneros tenían la finalidad de “parecerse para ser”, imitando el modelo normativo de las revoluciones triunfantes como Rusia, China o Cuba, para acercarse al ideal del Estado revolucionario como anticipación del nuevo orden (Lenci, 2008: 2, 31). Esta dimensión simbólica tiene que ver con un segundo aspecto, el pedagógico, ya que la puesta en escena del tribunal revolucionario tenía una función educativa, que ordenaba la vida de la organización armada de acuerdo a ciertas normas preestablecidas (Lenci, 2008: 13). Por lo tanto, el tercer elemento de la justicia revolucionaria era su papel como agente de la disciplina interna: la Conducción Nacional fue la principal usina de producción jurídica, y de acuerdo al mecanismo vertical establecido desde fines de 1975 para conformar los tribunales revolucionarios, la dirigencia montonera tenía la facultad de legislar, juzgar y ejecutar sentencias.

En los casos de Fernando Haymal y Roberto Quieto, la práctica del juicio revolucionario se encontraba íntimamente ligada a la estigmatización del delator como traidor, y al establecimiento de normas de comportamiento frente a la tortura cada vez más inflexibles por parte de la Conducción Nacional, en un marco de valores compartidos por el conjunto de la organización. En el número 8 de *Evita Montonera* publicado en octubre de 1975 se difundió la nota “Juicio revolucionario a un delator”, donde se detallaba el proceso judicial que concluyó con el asesinato del montonero Fernando Haymal, conocido por su nombre de guerra como Valdés:

A Fernando Haymal se lo acusa de traidor y delator por los siguientes cargos:

- a) Haber delatado la casa donde vivía un compañero de la Organización.
- b) Haber delatado un local de funcionamiento donde se había construido un depósito en cuya construcción el acusado había participado.
- c) Haber causado con su delación torturas y vejámenes a más de 10 compañeros.
- d) Haber causado con su delación la muerte del compañero Marcos Osatinsky.
- e) Haber causado con su delación la caída de diversos medios materiales de la Organización como dinero, armas, municiones, explosivos, casas, coches, elementos de propaganda, etc.

- f) Haber causado con su delación el pase a la ilegalidad de varios compañeros.
- g) Haber causado con su delación un triunfo político-militar del enemigo¹⁷

Los Montoneros acusaban a Haymal de haber provocado con su caída y posterior delación todo tipo de perjuicios, incluido el secuestro y asesinato de Marcos Osatinsky, miembro de la Conducción Nacional. Para sostener esta imputación, *Evita Montonera* explicó que el tribunal revolucionario se basó en el análisis de los hechos, el testimonio de los militantes detenidos por culpa de Haymal, y el propio alegato del militante procesado. Pero lo más interesante en este punto no es la veracidad o falsedad de las acusaciones, sino la puesta en escena del juicio con fines pedagógicos y de disciplina interna. Este aspecto se pone de relieve cuando el tribunal descarta los atenuantes presentados por Haymal en su defensa:

El principal método que el enemigo tiene hasta ahora para investigar a la Organización es la aplicación de torturas a los compañeros que logra detener. Por esta razón cualquier compañero que es detenido es torturado. Los compañeros que han caído en manos del enemigo desde el principio hasta ahora son torturados. De ese conjunto, cuyo número oscila entre 800 y 1000, el 95 por ciento pasó con éxito la tortura sin entregar ningún dato de importancia al enemigo. Hay un 4 por ciento que entregó algunos datos y un 1 por ciento o menos que declaró todos los datos que conocía. Esta estadística demuestra por sí sola que *la tortura es perfectamente soportable y que no es un problema de resistencia física sino de seguridad ideológica*, ya que ha habido compañeros y compañeras de escasa fortaleza física que han superado totalmente esa situación¹⁸

Esta afirmación se encuentra en sintonía con la idea de que la tortura era un combate que se podía ganar, planteada con anterioridad en las páginas de *Evita Montonera*. Si el tormento practicado con el fin de producir información busca separar la mente del cuerpo para desintegrar la subjetividad de la víctima, el discurso montonero planteaba una estrecha subordinación del cuerpo a la ideología, que implicaba reconocer a la organización político-militar como lugar de la verdad. A

¹⁷ "Juicio revolucionario a un delator", EM n.8 (octubre de 1975) pág. 21.

¹⁸ EM n.8, pág. 21. El subrayado en itálica es mío.

pesar de la evidente continuidad con la línea editorial de los números anteriores, la descripción del juicio revolucionario a Haymal introduce una novedad en el tratamiento del problema de la actitud militante ante la tortura:

Respecto de lo planteado por el acusado en cuanto a que pasó más de 96 horas sin que la Organización supiera nada de él, y aun suponiendo que eso pudiera ser cierto, ese hecho no lo releva de la obligación de no brindarle datos al enemigo ya que *la norma de la Organización para el caso de torturas es que los compañeros no deben hablar en ningún caso*, dado que cualquiera sea el tiempo transcurrido siempre se le brinda datos al enemigo que perjudican a la Organización y al propio compañero¹⁹

Este pasaje ya no presenta la misma plasticidad de los consejos de *Evita Montonera* para resistir a la tortura, que analizamos en el apartado anterior. Si allí se recomendaba al militante “no hacerse el héroe” para evitar la ira de los torturadores, sino apelar al engaño y a la simulación, aquí se afirma directamente que los montoneros capturados no tenían que hablar *en ningún caso*. De este modo, la crónica del juicio negaba las propias *Disposiciones sobre la Justicia Penal Revolucionaria* dictadas por Montoneros en 1972, donde se permitía de manera implícita entregar información relevante al enemigo después de aguantar la tortura durante veinticuatro horas. La dureza del discurso de *Evita montonera* se puede comprender si se atiende al contexto político más amplio en que fue enunciado: el 5 octubre de 1975, sesenta combatientes montoneros asaltaron el Regimiento 29 de Infantería de Monte de Formosa, en un operativo de gran envergadura que incluyó la toma de un aeropuerto, y el secuestro de dos aviones para garantizar la huida de los guerrilleros. Un día después, el presidente en funciones Ítalo Argentino Luder y sus ministros firmaron los decretos 2770, 2771 y 2772, que extendían la actuación de las Fuerzas Armadas a todo el país con el objetivo de nacionalizar la “lucha contra la subversión”. El cerco represivo sobre la guerrilla se cerraba cada vez más.

El 28 de diciembre de 1975, el dirigente montonero Roberto Quieto fue detenido en una playa de la localidad bonaerense de Martínez, mientras pasaba un domingo en familia (Pastoriza, 2005: 6). De acuerdo a la versión difundida por *Evita Montonera*, la organización se movilizó inmediatamente para realizar una campaña de denuncia, pero al día siguiente empezaron a caer varios militantes en manos de las fuerzas

19 *Evita Montonera* N°8, pp. 21. El subrayado en itálica es mío.

de seguridad. Para la Conducción Nacional, había una sola explicación: Quieto había “cantado” por no aguantar la tortura, provocando la pérdida de combatientes, locales y equipos, y por esta razón se decidió someterlo en ausencia a un juicio revolucionario. La noticia cayó como una bomba en la organización, ya que se trataba de un miembro de la Conducción Nacional, y antiguo jefe de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. La idea de que un alto dirigente montonero había violado las normas de seguridad impuestas por la propia conducción, y renegado del mandato que exigía “no hablar en ningún caso”, fue un golpe fulminante a los valores que otorgaban sentido al accionar militante²⁰. Frente a esta situación, el tribunal revolucionario tomó la determinación de condenar a muerte al ex jefe montonero:

Por todo lo dicho este Tribunal Revolucionario ha encontrado a Roberto Quieto culpable de los delitos de DESERCIÓN EN OPERACIÓN Y DELACIÓN, con los agravantes expuestos en los considerandos, y propone las penas de DEGRADACIÓN Y MUERTE a ser aplicadas en el modo y oportunidad a determinar. Esta sentencia no ha podido ser cumplida por la organización ya que desde el 28-12 no se tuvieron más noticias de Roberto Quieto²¹

La sentencia dictada por el tribunal montonero resulta llamativa porque en ningún momento se le levantan cargos por traición, aunque en la nota que cierra el número 12 de *Evita Montonera* se destaca “*la derrota sufrida por el pueblo con la detención y la traición del doctor Roberto Quieto*”²². Por otro lado, la desaparición de Quieto reforzaba el carácter performativo del proceso judicial, que no iba a tener ninguna

20 En la entrevista de Felipe Pigna a Mario Firmenich, el ex jefe montonero explica la crisis que produjo la caída de Quieto en la cultura política de la organización: “*Nuestra fuerza en su ideología tenía como un elemento significativo el tema del “hombre nuevo”. No era sólo una sociedad nueva, un cambio de estructura, un cambio de marco jurídico o un mero cambio de propiedad de los medios de producción; se trataba de una sociedad nueva también culturalmente, espiritualmente. Una sociedad que construya un hombre nuevo y ese hombre nuevo era el futuro de la sociedad. Se suponía que los militantes revolucionarios tenían que aproximarse o ser casi ese hombre nuevo. De modo que la evidencia de un quiebre en la tortura de un cuadro en la jerarquía de Quieto ponía en crisis estos conceptos. ¡Cómo era posible que aquél que tenía que ser el hombre nuevo pudiera cantar en la tortura!*”. Disponible en URL: <http://www.elhistoriador.com.ar/entrevistas/f/firmenich.php>

21 *Evita Montonera* N°12 (febrero-marzo 1976), pp. 14.

22 “La conducta revolucionaria” en *Evita Montonera* N°12 (febrero-marzo 1976), pp. 36. Como se deduce de los testimonios que cita Lila Pastoriza, la versión de la traición de Roberto Quieto circuló también entre los militantes a través de la oralidad (Pastoriza, 2005: 9-11). La numeración de páginas del trabajo de Pastoriza corresponde a la versión on-line, disponible en <http://www.elortiba.org/pdf/lucharmada6.pdf>

consecuencia práctica sobre la persona del condenado, sino un efecto pedagógico sobre la organización. Como se advierte en el testimonio del ex jefe montonero Mario Firmenich:

Era un juicio que en definitiva implicaba establecer jurisprudencia para la conducta ante la represión que se avecinaba. En ese juicio Quieto fue condenado por cantar en la tortura, condenado por delación. Tenía la intención de decir “no admitimos la delación, no nos parece razonable que alguien delate, aunque las torturas puedan ser muy tremendas”. Porque la delación es el verdadero óxido que destruye una organización clandestina²³.

Los agravantes mencionados en los considerandos del juicio revolucionario son la clave para observar cómo se construye la figura del antihéroe. La primera falta de Roberto Quieto es que “*no integra debidamente su vida familiar con la situación de clandestinidad que deriva de la lucha*” con las consecuentes fallas en la seguridad individual, ya que sus parientes “*llevan su apellido legal y no practican el antiseguimiento*”²⁴. En resumidas cuentas, el tribunal montonero acusaba a Quieto de tener una familia que no militaba, demostrando que en las organizaciones político-militares lo personal también era político (Lenci, 2008: 19). En el relevamiento documental de los doce números de *Evita Montonera* realizado para este trabajo, las semblanzas de militantes asesinados que servían para articular un complejo heroico presentan un modelo parental donde todos los familiares eran montoneros, o al menos se comportaban como tales²⁵. De esta manera, aquí tenemos el primer

23 Entrevista de Felipe Pigna a Mario Firmenich (s/f), en el sitio web *El historiador*. URL: <http://www.elhistoriador.com.ar/entrevistas/f/firmenich.php>

24 *Evita Montonera* N°12, pp. 14.

25 En la nota “La masacre de la familia Pujadas”, el sobrino de Mariano Pujadas (víctima de la Masacre de Trelew en 1972) es presentado como una reserva de los valores montoneros. El niño de once años describe la violenta entrada de un grupo armado en su domicilio: “*Yo no me asusté mucho porque ya estábamos todos acostumbrados a los allanamientos (...) Todos los que yo vi tenían armas grandes; uno con una Itaka y otro con una pistola 45. A la Itaka la conozco porque es una escopeta y la 45 es una pistola grande, negra, de caño grueso (...) En eso entró uno a mi pieza, prende la luz y me dice: Vos, chiquito, te quedás aquí. Y me pone boca abajo y me tapa con el cubrecama. Antes de salir de la pieza me pregunta: ¿Decíme, el sábado hubo una reunión acá? Y yo le digo: no, el sábado estuvimos todos trabajando; mi papá, mis hermanos y los empleados (...) Cuando me contaron lo que había pasado [la Triple A dinamitó a su padre, su tío y sus abuelos] sentí un dolor en el pecho. Casi me pongo a llorar. Había una amiga de mi familia que lloraba. Yo le dije: no llores, no hay que llorar. Ella me dijo: Sí que hay que llorar, vos también tenés que llorar. Mi papá siempre me dijo que no hay que llorar, le contesté*”. El niño replica el ideal masculino del héroe montonero: no delata, no llora, controla su miedo y como se advierte en varios

indicio de que la representación de Quieto como traidor reviste la forma de una anti-semblanza, ya que los problemas personales y la mala resolución de su vida familiar permitían explicar el “*extremo liberalismo de un jefe que no asume los costos personales de la guerra revolucionaria*”²⁶. El ex dirigente montonero era presentado como el reverso del héroe, que idealmente debía tener una familia militante preocupada por la seguridad de la organización. En segundo lugar, como ocurrió con el caso de Fernando Haymal, ser víctima de torturas no constituía un atenuante, sino más bien lo contrario: “Hablar, aún bajo la tortura es una manifestación de grave egoísmo y desprecio por los intereses del pueblo”²⁷. Es útil detenerse en este punto, ya que aquí no se repite la oposición entre el cuerpo y la “seguridad ideológica”, que en última instancia dependía de una decisión extrema (elegir entre ser héroe o ser traidor), sino que se destaca la traición a los intereses del pueblo, que desde el punto de vista montonero revisten un carácter objetivo. Como diría Maurice Merleau-Ponty en referencia a los procesos de Moscú, el juicio revolucionario “sólo alcanza al papel histórico del acusado, no concierne su honor personal” (Merleau-Ponty, 1986: 72). La justicia revolucionaria no juzga el pasado sino el porvenir:

Es por eso que no se ocupa de saber cuáles han sido los móviles o las intenciones, nobles o innobles, de los acusados: se trata de saber solamente si de hecho su conducta, expuesta sobre el plano de la praxis colectiva, es revolucionaria o no (...) Los procesos de Moscú son comprensibles sólo entre revolucionarios, es decir, entre hombres convencidos de *hacer la historia* y que por consiguiente ven ya el presente como pasado, y como traidores a los que dudan (Merleau-Ponty, 1986: 72-73)²⁸.

Como la perspectiva del juicio revolucionario se abre al porvenir, el sospechoso vale lo mismo que el culpable, y aquellos que dudan o disienten pueden ser considerados como traidores desde el punto de vista de los “intereses históricos” de la clase obrera, el pueblo o la Revolución. La idea de sentar

pasajes, conoce de armas, automóviles y política represiva, v. *Evita Montonera* N°10 (diciembre 1975), pp. 26. La doctrina familiar de Montoneros puede verse en la semblanza de Marcos Osatinsky, *Evita Montonera* N°9 (noviembre 1975), pp. 23.

²⁶ *Evita Montonera* N°12, pp. 14. Los comportamientos “liberales e individualistas” son criticados sistemáticamente en el artículo “¿Qué es el liberalismo?”, *Evita Montonera* N° 3, pp. 30.

²⁷ *Evita Montonera* N° 12, pp. 14.

²⁸ El tópico de la conducta mencionado por Merleau-Ponty aparece tanto en la “La conducta revolucionaria” (*Evita Montonera* N° 12, pp.36), como en el testimonio de Mario Firmenich citado más arriba.

jurisprudencia no tenía que ver solamente con el castigo ejemplar impuesto a Quieto, sino en un sentido más amplio con la conducta a seguir por los militantes en el caso de que fueran cercados por las fuerzas de seguridad:

A partir de que el Ejército comienza a aplicar su táctica de secuestro, interrogatorio y asesinato de militantes populares, el solo hecho de ser apresado significa un daño para la organización. Aunque el detenido resista la tortura, la organización debe abandonar la infraestructura que conozca el compañero y protegerse los compañeros que puedan ser afectados. A partir de allí comienza a tener vigencia un criterio que es la única medida revolucionaria posible frente a esa situación: No entregarse vivo, resistir hasta escapar o morir en el intento²⁹

Una vez más, la Conducción Nacional a través de su órgano de prensa oficial imprimía otra vuelta de tuerca a la actitud que los militantes debían asumir frente a la posibilidad de ser detenidos y torturados. En vísperas del golpe militar, la escalada represiva se había profundizado de tal manera, que la consigna era no entregarse vivo. Por eso, caer detenido era la imagen invertida del ideal heroico de morir por el pueblo. De nuevo, Quieto era retratado como el perfecto antihéroe, ya que como se advertía desde las páginas de *Evita Montonera*, “*un jefe montonero no se entrega*”³⁰.

CONSIDERACIONES FINALES

La legitimidad y el interés de estudiar la figura de la traición y del traidor en Montoneros se puede explicar a partir de los motivos que define María Olga Ruiz, en su investigación sobre el Movimiento de Izquierda Revolucionaria en Chile:

Me interesa revisar los conflictos y tensiones asociadas a las obligaciones y renunciaciones que los militantes debían realizar y aceptar como parte del compromiso que asumieron con la

²⁹ *Evita Montonera* N°12, pp. 14.

³⁰ “Un jefe montonero no se entrega”, *Evita Montonera* N°12, pp. 25. Esta nota aparece en la misma edición del juicio revolucionario a Roberto Quieto, en un juego de oposiciones especulares: mientras se exaltaba al oficial mayor Archi por su muerte en combate, la captura del ex miembro de la Conducción Nacional permitía definir los rasgos del antihéroe. Por otro lado, en el mismo número se puede leer una “Carta a Malena; de su compañero”, donde un montonero recuerda a su pareja caída en combate: “*Vos sabías la importancia de resistir, de eso hablamos mucho, y más en este momento donde había tanta confusión, tantas cosas feas; vos demostraste, o mejor dicho re-demonstraste, confirmaste, actualizaste que el que cree, el que está convencido, no se entrega*”, *Evita Montonera* N°12, pp. 22.

causa revolucionaria. En ese marco, el análisis de la traición (entendida -en un sentido muy amplio- como deslealtad e infidelidad hacia los principios de la comunidad de pertenencia) permite aproximarse tanto a los mandatos y deberes que debían seguir los miristas, como a las fisuras, desgarros y quiebres de aquellos que por diversas razones no se ajustaron a los modelos partidarios (Ruiz, 2013: 2)

El discurso de *Evita Montonera* creó la figura del traidor como un espejo invertido del heroísmo guerrillero, articulando un complejo simbólico de dos caras que trataba de explicar en términos sencillos y moralizantes para el conjunto de los militantes, la cambiante realidad de la represión estatal y paraestatal que se abatía sobre la guerrilla. Por otro lado, la traición también fue instrumentalizada como una categoría de la moral revolucionaria para disciplinar a la militancia, emitiendo una serie de prescripciones en torno al deber ser, y sobre todo el que *no hacer* de las prácticas político-militares. Por esta razón, es necesario aclarar que *Evita Montonera* reflejaba la línea política de la Conducción Nacional, antes que la verdad de las prácticas militantes en su conjunto, o las opiniones individuales de cada miembro de la organización. Conforme aumentaba la represión, cada sector de Montoneros se rigió con una autonomía operativa y táctica cada vez mayor, por lo menos hasta la reestructuración de la organización político-militar como Partido y Ejército a fines de 1976.

Si el héroe estaba vivo aun cuando su cuerpo moría porque era una semilla de nuevos combatientes (Campos, 2014: 8-9), al traidor por el contrario se lo retrataba como un antihéroe, ya que encarnaba los valores opuestos al ideal revolucionario del hombre nuevo. Si el héroe montonero tenía una vida familiar intachable, se preocupaba por su seguridad y no se entregaba vivo cuando era cercado por las fuerzas de seguridad, el traidor en cambio se dejaba atrapar sin oponer resistencia, no acataba las normas de seguridad y tenía una familia que no estaba comprometida políticamente con la organización. En resumidas cuentas, se trataba de una conducta “individualista” y “liberal” desde el punto de vista de la cultura política montonera. En el plano simbólico, el traidor era un muerto en vida, puesto que al optar por delatar a sus compañeros, se “destruía como persona”, y debía ser separado de su ámbito de pertenencia para evitar el contagio, como si se tratara de un leproso. En consecuencia, a Fernando Haymal y Roberto Quieto se les dio muerte en dos ocasiones (Zizek, 2003: 176-182). La primera fue una muerte simbólica, determinada por la expulsión de la comunidad guerrillera y la degradación militar a través del juicio revolucionario.

La segunda fue la muerte física, ejecutada por las fuerzas represivas o por la propia guerrilla, según el caso³¹.

Dado que la técnica del secuestro seguido de tortura para obtener información era la principal táctica que tenían las fuerzas de seguridad para destruir a las organizaciones guerrilleras, la revista dedicó varios números a prescribir cuál debía ser el comportamiento militante frente a la aplicación de tormentos. Como hemos visto, las modificaciones del discurso montonero sobre la tortura obedecían a los intentos de la organización para responder a la evolución de las tecnologías represivas. En junio de 1975, *Evita Montonera* sostenía que la tortura era un combate que se podía ganar a través de la astucia y el engaño, que permitían al militante detenido ganar tiempo hasta ser legalizado por el poder judicial. Estos consejos partían de un punto de vista de la tortura que se remontaba a la experiencia de la “Revolución Argentina”, justo en el mismo momento que el Estado de derecho iniciaba las políticas de excepción que prefiguraron el terrorismo de Estado (Franco, 2012: 313-315). En octubre del mismo año, la radicalización de la represión provocó un giro en el discurso montonero: el detenido no debía hablar en ningún caso, ya que aguantar la tortura era un problema de seguridad ideológica, y no de resistencia física. Sin negar que el combate contra la tortura se podía ganar, se reducían los márgenes de libertad del detenido, en oposición a las *Disposiciones sobre Justicia Penal Revolucionaria* de 1972, que permitía a los montoneros presos la posibilidad de entregar información, una vez transcurridas veinticuatro horas de su detención.

¿Qué lugar ocupaba la tortura en la cultura política guerrillera? Para Luis Mattini, la tortura era equivalente a la ordalía o “juicio de Dios” que se practicaba en la Edad Media, cuando a los sospechosos de algún crimen se les obligaba a caminar por las brasas o meter la mano en agua hirviendo para probar su inocencia. De la misma manera, las organizaciones armadas exigían “a los militantes, revolucionarios, activistas o a cualquier persona detenida y torturada, resistir la tortura como prueba de su fortaleza, lealtad a la causa, valentía y sinceridad de sus actos” (Mattini, 2006). Lo que se esperaba del militante que resistía a la tortura no dependía exclusivamente de mecanismos simbólicos, sino también de la experiencia en cada caso. El Frente de Liberación Nacional de Argelia, por ejemplo, pedía que sus militantes aguanten cuarenta y ocho horas de torturas, con el objetivo de evacuar las personas y retirarse de los

31 Desde luego, decir esto no significa creer que existió algún tipo de equivalencia, simetría o “espiral de violencia” entre las fuerzas de seguridad y la guerrilla en las décadas de 1960-1970.

lugares que conocía la víctima. La organización nacionalista vasca ETA fue aún más flexible, debido a la eficacia de sus mecanismos de compartimentación (Gasparini, 2008: 153). En el caso de la guerrilla argentina, Montoneros establecía un lapso de veinticuatro horas, aunque como hemos visto esa postura se fue endureciendo a medida que se cerraba el cerco represivo. Según Luis Mattini y Ana Longoni, el Ejército Revolucionario del Pueblo no estaba de acuerdo con fijar un límite de tiempo para resistir la tortura o repartir pastillas de cianuro con el objetivo de evitar los secuestros, como hizo Montoneros desde 1976. En la misma línea, la actitud montonera equivalía a aceptar que los militantes podían delatar a sus compañeros, y que la traición era algo natural. Desde este punto de vista, esa idea era derrotista, contrarrevolucionaria y burguesa, razón por la cual el mandato de “no cantar” se habría mantenido de manera inflexible (Mattini, 2006 y Longoni, 2007: 130-131).

El secuestro de Roberto Quieto en 1975 fue una bisagra en la concepción montonera del heroísmo y la traición: en el número 12 de *Evita Montonera*, publicado cuando ya se había producido el golpe militar en marzo de 1976, se produjo un nuevo giro en el discurso de la organización; ahora la consigna era no entregarse vivo, resistir hasta escapar o morir en el intento. De manera implícita, se admitía que los militantes que caían en manos de las fuerzas de seguridad en un número cada vez mayor, no podían resistir a la tortura y estaban “cantando”. La política de excepción basada en la tortura sin límites, fue contestada con medidas de excepción; como observa Laura Lenci, Roberto Quieto fue castigado por el nuevo *Código de Justicia Penal Revolucionario* de manera retroactiva, ya que al entrar en vigencia en enero de 1976, el proceso judicial tendría que haber tomado como referencia las *Disposiciones sobre Justicia Penal Revolucionaria* de 1972. A diferencia de este documento, el Código de 1975 establecía penas muy duras contra la traición y la delación, burocratizaba los procedimientos jurídicos y minimizaba los atenuantes (Lenci, 2008: 32). Con el correr del año 1976, la conducción montonera no confiará más en sus subordinados, y ya no creerá que la resistencia a la tortura dependía de un acto de voluntad. La obligación de llevar una pastilla de cianuro para evitar las caídas y las delaciones implicaba que la línea que separaba al traidor del héroe era cada vez más delgada. Dentro de la lógica de guerra total y creciente burocratización de la máquina de guerra montonera, la traición se volvió un problema cada vez más “objetivo”.

BIBLIOGRAFÍA:

- Balbi, Fernando 2007 *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo* (Buenos Aires: Antropofagia).
- Bufano, Sergio y Rot, Gabriel (editores) 2007 “Código de Justicia Penal Revolucionario” en revista *Lucha Armada en la Argentina* N° 8 (2007), pp. 124-127.
- Calveiro, Pilar 2004 *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina* (Buenos Aires: Colihue).
- Campos, Esteban 2'14 “Rodolfo Rey, peronista y montonero. La construcción de un héroe popular en los primeros números de la revista *Evita Montonera*” en *E-L@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos* vol. 12, N°47 (abril-junio). Disponible en URL: <http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/226>
- Diez, Rolo 2000 *Los compañeros* (La Plata: De la Campana).
- Duhalde, Eduardo Luis 1999 *El Estado terrorista argentino: quince años después, una mirada crítica* (Buenos Aires: EUDEBA).
- Flaskamp, Carlos 2007 *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina, 1968-1976* (Buenos Aires: Nuevos Tiempos).
- Foucault, Michel 2005 *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (México: Siglo XXI).
- Franco, Marina 2012 *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión” 1973-1976* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica)
- Gasparini, Juan 2008 *Montoneros. Final de cuentas* (Buenos Aires: De la Campana).
- Gilbert, Isidoro 2013 “Teisaire, historia de un traidor” en *Ñ. Revista de cultura* (03/12/13). Disponible en URL: http://www.revistaenie.clarin.com/ideas/Teisaire-historia-traidor-vice-peronismo_0_1039096103.html
- Lenci, Laura 2008 “Justicia, política y violencia: un análisis de los cuerpos normativos montoneros (1972-1975)”. Trabajo presentado en las Jornadas de Partidos Armados. Disponible en URL: <http://www.cedema.org/uploads/LauraLenci.pdf>
- Longoni, Ana 2008 *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión* (Buenos Aires: Norma).

- Mazzei, Daniel 2002 “La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la guerra sucia, 1957-1962” en *Revista de Ciencias Sociales* N°13, pp. 105-137.
- Merleau-Ponty 1986 Maurice, *Humanismo y terror* (Buenos Aires, Leviatán).
- Pagliai, Lucila 2010 “Evita Montonera: el lenguaje como derrotero y travesía” en Bufano, Sergio y Lotersztain, Israel (compiladores) 2010 *Evita Montonera. Revisión crítica de la revista oficial de Montoneros* (Buenos Aires: Ejercitar la memoria).
- Pastoriza, Lila 2005 “La ‘traición’ de Roberto Quieto: treinta años de silencio” en revista *Lucha armada en la Argentina* N°6. Disponible en URL: <http://www.elortiba.org/pdf/lucharmada6.pdf>
- Pelegrino, Helio 1987 “A tortura política” en *A Burrice do demonio* (Río de Janeiro: Rocco) pp. 19-21.
- Pozzoni, Mariana s/f “‘Leales’ y ‘traidores’: la experiencia de disidencia de la Juventud Peronista Lealtad (1973-1974), en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en URL: <http://nuevomundo.revues.org/65393#bodyftn66>.
- Ruiz, María Olga s/f “Disciplina y desacato: mandatos militantes y traición en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile” en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en URL: <http://nuevomundo.revues.org/64899>
- Salcedo, Javier 2011 *Los montoneros del barrio* (Buenos Aires: UNTREF).
- Servetto, Alicia 2012 “Historia de una relación compleja. La Juventud Peronista y los ‘gobernadores populares’: de ‘compañeros’ a ‘traidores’” en *Prohistoria* N°18, Año XV, pp. 123-141. Disponible en URL: <http://www.scielo.org.ar/pdf/prohist/v18/v18a06.pdf>
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo 1988 *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista* (Buenos Aires: Hyspamérica).
- Weschler, Wanda 2011 “La construcción del traidor durante el peronismo y la resistencia”. Ponencia presentada en las XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Universidad Nacional de Cuyo, 2 al 5 de octubre.
- Zizek, Slavoj 2003 *El sublime objeto de la ideología* (Buenos Aires: Siglo XXI).

ALGUNOS TEMAS DE LA NUEVA IZQUIERDA EN BRASIL*

Luiz Felipe Falcão**

En un artículo publicado en el periódico “Brasil de Fato” para finales de 2014, el veterano periodista y activista de izquierda Alipio Freire, aprovechando la oportunidad de honrar a un antiguo camarada que había muerto recientemente, abordó una cuestión referente a la historia del Brasil contemporáneo que aún no es objeto de muchas reflexiones: el papel de la llamada Nueva Izquierda en la rearticulación del movimiento obrero y de otras capas de la población en las décadas de 1970 y 1980, rearticulación esta que fue un factor relevante en el proceso de democratización del país que acompañó la corrosión gradual de la dictadura cívico-militar desplegada con el golpe de 1964. Recordando la trayectoria de Antônio Fernando Bueno Marcello, ex militante de Ala Roja, agrupación que surgió de una escisión del Partido Comunista de Brasil (PCdoB) en los años 1966-1967, Alipio (que también era militante de Ala, debido a que ambos fueron encarcelados al inicio de los 1970), habló sobre el periódico ‘ABCD Jornal’, creado en 1975 en uno de los

* Traducido del original en portugués por el autor; revisión de Mario Siede, a quien agradezco mucho.

** Profesor del Departamento de Historia de la Universidad del Estado de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil: luiz.felipe@mailcity.com. La investigación que suministró elementos para la elaboración de este artículo tuvo subvención de CNPQ y de FAPESC.

polos metalúrgicos más dinámico del país (Santo André, São Bernardo, São Caetano do Sul y Diadema) por un grupo de periodistas, entre ellos Marcello, bajo hegemonía esa organización:

“Durante las huelgas metalúrgicas del final de los 1970, cada vez que el Sindicato de Trabajadores Metalúrgicos de São Bernardo fue intervenido, el ‘ABCD Jornal’ se convertía en el portavoz de la Comisión de Salarios del Comando de Huelga. Y el periódico se tornó una fuerte referencia para toda la región, alcanzando incluso el sur de la capital – donde vivían muchos trabajadores que trabajaban en el ABC. En momentos de gran polarización, el ‘ABCD Jornal’ fue el primer periódico popular de izquierda desde el golpe de estado a tener ediciones sucesivas de 200 mil ejemplares.

Pero, a partir de cierto momento, el ‘ABCD Jornal’ no fue más sólo el periódico. Desde 1978, Marcello y sus compañeros crearon el ‘ABCD Centro Cultural’ – donde los debates, conferencias, exposiciones, cine y teatro se hallaban con el público local. Lineu Carlos – que fue trabajador bancario, militante de Ala, miembro de la Participación Activa e importante figura del teatro de los trabajadores bancarios - está ahora a todo vapor en ABC, organizando el teatro del nuevo centro cultural. Es también el ‘ABCD Centro Cultural’ quien va a financiar - entre otras iniciativas en el área de cine - la producción de ‘Línea de Montaje’, película de Renato Tapajós, uno de los fundadores de Ala Roja y organizador – junto con Olga Fudemma y otros compañeros – del Departamento de Cine del Sindicato de los Metalúrgicos de São Bernardo y Diadema. Renato había sido detenido en agosto de 1969 y saldrá en libertad condicional una semana antes de Marcello.”

Publicado al principio intermitentemente, el ‘ABCD Jornal’ ganó aliento en 1978 y circuló hasta los primeros años de la década siguiente, influyendo en la creación de otros órganos tales como el ‘Jornal da Vila’, en la zona sur de São Paulo y el ‘Reportero de Guarulhos’ (ayuntamiento de São Paulo con grande concentración fabril) y se convirtió, en la práctica, en el portavoz de las direcciones sindicales metalúrgicas toda vez que la dictadura intervenía en los sindicatos y arrestaba sus líderes para tratar de contener las grandes movilizaciones que se produjeron en esa región. Con esto, se convirtió en una especie de punto de referencia en alrededor del cual se desarrollaban varias actividades culturales y de formación política con repercusiones importantes en la clase obrera del área que abarcaba, bajo la inspiración y el liderazgo de activistas de organizaciones como Ala Roja, que estaban sometidas a la más estricta clandestinidad.

Más aún, serían incluso miembros del ‘ABCD Jornal’ y vinculado a Ala Roja que, en el congreso metalúrgico celebrado en la ciudad de Lins, interior de São Paulo, en 1979, tomarían la iniciativa de proponer la creación de un Partido de los Trabajadores, PT, de carácter masivo

y con una línea programática a favor de la democracia y de reivindicaciones obreras y populares como la organización libre en las fábricas, el derecho irrestricto a la huelga y una amplia reforma agraria (casualmente, una agrupación trotskista, la Convergencia Socialista, hizo una propuesta del mismo tenor en esta reunión). Exactamente por este conjunto de razones, Alipio Freire sintetiza sus reflexiones como sigue:

“En aquellos años, varias estructuras clandestinas o semiclandestinas actuaban en ABC. Jormal: región estratégica, porque reunía a muchas industrias de punta.

Aunque se intente borrar de la Historia y estigmatizar a tales estructuras, sin ellas la clase obrera y otros sectores de trabajadores no habrían se organizado, hasta el punto de ampliar los límites propuestos por las élites para la transición democrática.”

Y, en el tono punzante que siempre le ha sido peculiar, remató:

“Ningún historiador serio puede hablar de las huelgas del ABC en la segunda mitad de los años 1970, sin mencionar el trabajo de Marcelo y sus compañeros. Ningún historiador serio puede hablar de la fundación del Partido de los Trabajadores, sin mencionar el trabajo de Marcelo y sus compañeros.”

El texto de Alipio Freire, más allá del mérito del homenaje póstumo que proporciona, puede leerse como diatriba de un veterano ante lo que se considera un desprecio por experiencias, desde su mirada, de importancia, en que estuvo involucrado o tuvo conocimiento, lectura esta que ciertamente no sería de todo equivocada. Sin embargo, limitarse a una interpretación de este tipo equivaldría a no darse cuenta de que el texto puede considerarse también como una invitación o incluso un reto a reescribir la historia de las movilizaciones sociales que se produjeron desde el mediados de 1970 en Brasil como parte del proceso de erosión de la dictadura y de democratización del país, con el fin de incluir el papel desempeñado por las organizaciones y activistas independientes de la Nueva Izquierda, o Izquierda Revolucionaria, como se autodenominaban los órganos partidistas surgidos en la crítica de las proposiciones y prácticas del Partido Comunista Brasileño, PCB (también conocido como *Partidão*), de inspiración soviética, con sus virtudes y vicios, sus éxitos y sus fracasos.¹ Después de todo, lo que se ha informado sobre las

¹ Aunque ya existía en los años 1950 un pequeño no grupo trotskista, el Partido Obrero Revolucionario de los Trabajadores (PORT), del cual algunos egresos formaron la Organización Socialista Internacionalista (OSI) en la década de 1970, concertarse en Brasil que las primeras organizaciones de la Nueva Izquierda surgidas de la crítica al PCB fueron la Organización Revolucionaria Marxista Política Obrera (POLOP), en 1961, que reclamó la tradición de los primeros cuatro congresos de la Internacional Comunista,

actividades de las “estructuras clandestinas o semiclandestinas” en el ABC, centrándose en Ala Roja, podría fácilmente ser ilustrado en todo Brasil, ya sea en términos del movimiento sindical, ya sea en términos del movimiento estudiantil o movimientos populares de diversos tipos (por las guarderías, contra el costo de vida, por el derecho a la vivienda, etc.), teniendo como objeto de análisis otras tendencias políticas.

En realidad, investigaciones y reflexiones sobre las actividades de la Nueva Izquierda en la clase obrera y los movimientos populares durante el ascenso de las manifestaciones entre las décadas de 1970 y 1990 son aún poco frecuentes en el Brasil contemporáneo, especialmente en comparación con cuestiones conexas, como la lucha armada, la violencia política, el funcionamiento de la represión y la tortura, los escritos memorialistas de militantes y activistas, o aun las monografías académicas que intentan trazar la trayectoria de esta o aquella organización específica. Por ejemplo, sobre la lucha armada, hay un inventario exhaustivo elaborado por Gorender (1998) – a pesar de la fragilidad de sus conclusiones sobre la derrota de la lucha armada, centrada en la superioridad estratégica y organizativa de la represión- y una producción cada vez más amplia de la Guerrilla de Araguaia, destacando la labor pionera de Pomar (1980), resaltando las divergencias en el Comité Central del PCdoB acerca del fracaso y aniquilamiento de la guerrilla y el extenso estudio documental realizado por Morales y Silva (2005), afuera varios otros estudios que se centraron en las diferentes propuestas de guerra de guerrillas y sus resultados invariablemente adversos, como Rollemberg (2003) e Reis Filho (1990).

Por su parte, la violencia política, el funcionamiento de la represión y la tortura han sido estudiados en detalle por Pietrocolla (1966), Joffily (2012) y Godoy (2014), que cuenta incluso con testimonios de agentes represivos, mientras que escritos memorialísticos de militantes y activistas son hoy bastante numerosas, como por ejemplo Sirkis (1983) y Azevedo (2010). Ya entre los trabajos académicos, algunos están dedicados a ciertas estructuras como las Oposiciones Sindicales, como Faria (1986) y Batistoni (2001), otros siguen la trayectoria de esta o aquella organización, como Mandy (2002) y Pellicciotta (2012), mientras que otros tienen un enfoque no restringido a las estructuras ilegales o semiclandestinas, como los de Ridenti (2010) y Patto (2013).

Estos trabajos son complementados por investigaciones y publicaciones bajo la responsabilidad de activistas y militantes directamente

cuando Lenin estaba vivo y activo; el Partido Comunista de Brasil (PCdoB) en 1962, oriundo de una cisión de inspiración maoísta del PCB; y la Acción Popular (AP), también en 1962, derivada de izquierda cristiana. Después del golpe de 1964, varios otros grupos surgieron de las rupturas internas del PCB o fraccionamientos de las organizaciones citadas aquí, en muchos casos bajo fuerte influencia del triunfo de la Revolución Cubana en 1959.

involucrados con la resistencia a la dictadura y con el proceso de democratización, como es el caso de antiguos miembros de la Oposición Sindical Metalúrgica de São Paulo, OSM-SP, agrupación que consistía en una especie de frente obrero político y sindical de izquierda, actuando dentro y paralelamente a su sindicato y reuniendo trabajadores vinculados a la Pastoral Obrera de la Iglesia Católica, a las organizaciones clandestinas, a la Frente Nacional del Trabajo, FNT (asociación creada por profesionales y trabajadores para dar apoyo jurídico y social para el movimiento sindical) y obreros independientes (véase, por ejemplo, el trabajo “La investigación obrera”, lanzado por el IIPPE en 2014). O aun acerca de experiencias de educación formal y formación profesional, mezclada con una politización intensiva, en particular, en las periferias de São Paulo y otras grandes ciudades, en el mismo período, contenidas en Moraes (2014).

Todo esto, en conjunto, contribuye a un mejor entendimiento de la resistencia a la dictadura y del proceso de democratización y, como corolario, de las propias estructuras clandestinas y semiclandestinas en que se articulaba la Nueva Izquierda, de sus posiciones y de sus trayectorias. Y, en la actualidad, estas producciones, asociadas con la provisión de fondos documentales anteriormente inaccesibles o de difícil acceso, así como a investigaciones que recurren sistemáticamente a las metodologías de Historia Oral, hacen posible presentar algunas conclusiones preliminares sobre las características de la Nueva Izquierda y su desempeño bajo el régimen dictatorial.

I

No es raro escuchar de los brasileños de diferentes procedencias y de diversos lugares en la estructura social del país una evaluación según la cual los habitantes de Brasil no tienen memoria, o tienen muy poca memoria, lo que contribuiría a que las arbitrariedades y las violencias fuesen rápidamente olvidados y favorecería la impunidad. Como ocurre con frecuencia, las generalizaciones de este tipo, que simplifican las complejas relaciones internas de una sociedad, tienden a hacer poco transparentes y comprensibles los fenómenos y las trayectorias a que se refieren, favoreciendo, al contrario de la comprensión que intentan sacar a la luz, pensamientos y prácticas conservadoras con un toque de prejuicios que alimentan y incrementan las arbitrariedades y las violencias.

Esta evaluación según la cual los brasileños están desprovistos de memoria no es una exclusividad de Brasil, ya que autojuzgamientos similares pueden ser colectados en otros países, como en Argentina. Sin

embargo, es necesario tener en cuenta que ello puede tener algún fundamento si se toma en cuenta que los procesos sociales en la modernidad (la modernidad tardía o posmodernidad, porque en esto particular no importa el diagnóstico) viene implicando en intensas transformaciones, profundas y en una velocidad extremadamente acelerada. Como uno de los resultados de estos cambios vertiginosos, la densificación de las experiencias desarrolladas se vuelve problemática y a menudo insuficiente para adquirir alguna legitimidad, además que ruidos de variados tipos interferir en la transmisión, de una generación a otra, de los conocimientos obtenidos, favoreciendo así seguidas rupturas de experiencia entre ellas. Pero, a su vez, la compactación tenue de la experiencia social y las quiebras sucesivas de comunicación generacional encuentran una especie de atenuante en la creciente preocupación y capacidad de registrar y almacenar datos e informaciones, lo que faculta, al menos en parte, encuentros con experiencias sociales precedentes, encuentros estos instituidos por la seducción ejercida por la memoria, o, más propiamente, por una cultura de la memoria entendida como comercialización creciente y exitosa de la memoria por la industria cultural (Huysen: 2000), o contruidos por lo ingenio historiográfico.

En particular, las dificultades o rupturas en la comunicación de experiencias de una generación para otra, en el caso de la Nueva Izquierda brasileira, serían derivados de varios factores, con destaque para las duras críticas dirigidas a PCB tras el golpe de estado de 1964, siendo la mayor parte de su dirección acusada de negligencia ante los preparativos golpistas, creencia en un dispositivo militar legalista que se opondría a los sublevados con el fin de preservar el gobierno civil del presidente João Goulart (tanto cuanto en el apoyo suministrado por una supuesta burguesía nacional y por sectores de las clases medias) y, sobre todo, por inacción que trajo una dura derrota del movimiento obrero y popular. Que, en muchas situaciones, estas críticas no tenían la indispensable profundidad, concentrándose en la hesitación y falta de decisión demostradas por el “Partidão”, es algo comprobable en la documentación producida por individuos y grupos que articularon las disidencias: esto, incluso, los inclinó a un voluntarismo — que, por cierto, ha contagiado toda la Nueva Izquierda — que les hizo, si no todos, en su mayor parte, tomar en armas para abiertamente confrontar la dictadura apoyados en juicios frágiles e cuestionables de la correlación de fuerzas.

En las reminiscencias de uno de los combatientes de esta época, el periodista Flavio Tavares (2012:44), escritas y publicadas décadas más tarde, surgieron algunos de los más inquietantes recuerdos desta mixtura de desprendimiento, insensatez y perplejidad:

“[...] asombrado por la soledad y desamparo, sentime como un loco y me preguntaba si todo lo que habíamos hecho no eran sólo gestos mesiánicos en que nosotros - que queríamos ser la vanguardia de la resistencia a la dictadura militar – terminábamos devorados por nuestros hijos, es decir, nuestros actos.”

Por una amplia y variada gama de razones plenamente comprensibles, las masas trabajadoras no se dejaron seducir por aquellas demostraciones de abnegación: la casi totalidad del pueblo permaneció indiferente o anestesiada y el régimen acumuló fuerzas para golpear de forma contundente quienes lo contestaban. Pocos años más tarde, más precisamente en 1972, la lucha armada de izquierda contra la dictadura estaba derrotada, mismo considerando uno u otro estertor aquí y allá, y los grupos restantes bastante debilitados y aislados. El diagnóstico expresado por Tavares fue bien incisivo y requirió mucho esfuerzo, así como un buen tiempo, para superarse.

“[...] Estábamos todos ahogados en 1969, quinto año triunfal de la dictadura. Ahogados y abandonados. Habíamos entregado todo a la causa de nuestra “utopía popular”, incluyendo la vida. O principalmente la vida. Aún no teníamos conciencia de esta generosidad que, a veces, se confundía con una donación aventurera o una bravata de jóvenes, mechada con gente madura, algunos hasta casi ancianos. Pero ¿y el pueblo? ¿Dónde estaba el pueblo, depositario y meta de esta sacrificada lucha por la utopía?”

El pueblo había desaparecido, se quedaba en la comodidad o incomodidad de las casas o incluso quitaba la calle, al igual que en aquella noche fría de junio en São Paulo, dos meses antes de mi arresto. ¿Qué pasó?”

Lo que sucedió, como señaló Almeida y Weiss (1998), es que la gente estaba o asustada por la represión política o – lo que sin duda tenía más peso - anestesiada por los éxitos económicos alcanzados por el régimen, especialmente en la primera mitad de la década de 1970, por lo que se conoció como “milagro económico brasileño”, intensiva modernización del país sobre la base de alta inversión en infraestructura, expansión inmobiliaria y consolidación de un mercado de consumo de masa, en gran parte debido a la disponibilidad de capital de inversión y préstamo en el mundo capitalista (lo que multiplicó la deuda externa del país) y la contención de los salarios de los trabajadores asegurada por estricto control de los sindicatos y asociaciones classistas y prohi-

bición del derecho a la huelga.² Debido a esto, “el pueblo” no se sentía atraído por las propuestas y acciones de aquellos que buscaban ser su vanguardia en la lucha contra la dictadura, dejándolos completamente solos en aquel combate desigual.

Lo que sucedió, vale complementar y enfatizar, fue el arresto, la muerte o el exilio de muchos militantes y activistas, aniquilando organizaciones y conduciendo los remanentes que permanecieron generosos a iniciar autocríticas a partir de 1971, caso de Ala Roja, y poco tiempo después los otros sobrevivientes (aparte de PCdoB, porque la masacre que fue víctima su Comité Central, perpetrado por los órganos de represión en 1976, interrumpió una tardía revisión consecuyente de la Guerrilla de Araguaia). De todos modos, la virulencia de los juicios sobre el PCB y la derrota de opción armada, sumadas, comprometió mucho la transmisión de los conocimientos de la generación que vivió las agitaciones anteriores al golpe de 1964 y, en gran parte, de quienes estaban activos en las movilizaciones de los años 1967 y 1968. Con esto, y frente a una coyuntura desfavorable, restó incorporar referencias antes desconocidas o despreciadas, como los escritos del italiano Antonio Gramsci y del búlgaro Georgi Dimitrov (en este último caso, reasumido con celo fervoroso por el Movimiento Revolucionario 8 de octubre, MR8, procedente de un escisión del PCB que había estado profundamente involucrado en la lucha armada, gracias a sus formulaciones acerca de un “frente popular” contra el fascismo), para entender lo que estaba pasando y aprovechar las instituciones que mantenían un aparato legal, como los sindicatos, directorios académicos, asociaciones de vecinos y grupos creados por las iglesias, para dedicarse a una paciente actividad de base en los lugares de trabajo y residencia con el objetivo de contribuir a la recuperación de la capacidad de organización y movilización de los trabajadores, estudiantes y población subalterna en general.

Registrando testimonios de ex activistas o militantes, el más usual es encontrar experiencias que se tejieron alrededor de mediados de los 1970 desde las más diversas razones, aunque no sea raro encontrar a algunos de ellos cuyo vínculo con la izquierda hallase situado en su adolescencia o incluso en la infancia, debido al contacto con parientes, amigos o profesores que mantuvieran algún tipo de actuación política tras el golpe de estado o establecieron una distancia crítica

2 Entre 1968 y 1973, la tasa de crecimiento anual del producto interno bruto (PIB) fue superior al 10%, lo que tuvo repercusiones hasta el final de la última década con tasas anuales de crecimiento superiores al 7%, con todas sus consecuencias perversas en el corto plazo - con su extensa lista de violencias y arbitrariedades, complementada con el acentuado incremento de los índices de concentración de riqueza - y en el largo plazo, cuando fue necesario pagar la factura a los acreedores internacionales.

hacia el régimen. Ejemplares en este sentido son los recuerdos de María Isabel de Almeida, actualmente profesora de la Universidade de São Paulo, USP:

“Es muy loco lo que me pasó. Porque yo estaba en una granja, un lugar en Ibitinga, interior de São Paulo, viviendo lejos de la ciudad. El hecho de estar apartada de lo que ocurría en el mundo era demasiado complicado, porque mi acceso se limitaba a un pequeño radio transistor que sólo reproducía la música tradicional. Yo conocía solamente esto, porque el resto de lo que estaba ocurriendo en el planeta no llegaba allí. Cuando empecé a ir a la ciudad, en el cuarto año de escuela, viajando cada día en autobús, era en los quioscos que conocí las personas que circulaban alrededor del mundo. Allí me convertí en una consumidora de la revista “Contigo”, dedicada a las telenovelas, pero que también repercutía la pasteurización de lo que estaba pasando. Luego conocí a los Beatles, Rolling Stones, Vanderlei Cardoso, Rita Lee, Caetano Veloso y Gilberto Gil, todo a través de la lente de una revista bien limitada. Más tarde, cuando me mudé a la ciudad, empecé a asistir a una discoteca que tenía en las noches de domingo, mientras que en mi escuela tenía un conjunto de rock que se llamaba “Piedras Románticas”. Entonces, es de los quince años en adelante que, de alguna manera, esto entra en mi vida...”³

Según ella, su infancia fue política y culturalmente muy limitada, porque vivió “en una granja”, “lejos de la ciudad”, lo que dificultaba la llegada y circulación de las nuevas ideas que proliferaron por todo el mundo. Sólo en su juventud y en un entorno más urbano, es que ella pasa a tomar contacto, aunque indirecto, a través de una revista dedicada a telenovelas, con noticias sobre los cambios en los patrones de comportamiento de los jóvenes o incluso la contestación de los valores existentes. La recepción de estas novedades se potencializa cuando completa la enseñanza media y ingresa en el curso de Historia de USP, en 1974, donde se involucró con la militancia de izquierda al punto de su presencia en el curso ser mero pretexto para el activismo:

“Mi abuela moraba en São Paulo y compraba para cada nieto algo que creía importante. Por ejemplo: tengo hasta hoy la revista “O Cruzeiro” de la inauguración de Brasilia. Ya mis tías

³ Maria Isabel de Almeida, profesora universitaria, 58 años, testimonio al autor en São Paulo, 31 de agosto de 2012. Todos los testimonios aquí expuestos fueron editados, sin alterar su contenido, para facilitar su lectura.

compraban la revista “Realidad” cuando iban de vacaciones a la granja. Así que mi carpeta en la escuela era hecha con esa revista, que me encantaba. Más tarde, cuando me mudé a la ciudad, vi a estudiantes de la Universidad del Estado de São Paulo, UNESP, de Araraquara, escenificando a Brecht en una presentación en la escuela secundaria donde estudiaba. Entonces pensé: “Lo que estos chicos están hablando! ¿Qué es eso?” Pero aún no sabiendo unir las cosas...

Cuando ingresé en USP, estaba harta en el final del primer año del curso de Historia. “¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Para que sirve?” Y aquellos maestros horribles, aquellas disciplinas que no conectaban con nada. Un día hablé con una amiga que iba a dejar todo, iba al Pantanal, donde mi padre estaba a cargo de una granja, para enseñar indios a leer y escribir. Ella, sin querer escuchar mis quejas, respondió: “Mira, ya que estás sintiendo esto, ¿acepta leer unas cosas que yo puedo te pasar?” Y luego trajo un paquete completo de diarios del MEP⁴. Empecé a leer este material y pensé: “Putá! Es posible hacer algo aquí.” Entonces yo me jugué entera en la política y me torné liderazgo del movimiento estudiantil. La política se ha convertido en el eslabón central de mi vida. Luego fue a enseñar a jóvenes y adultos y en las clases hablaba de la lucha contra la dictadura, el movimiento contra la carestía, etc. Después fuí desligando-me del movimiento estudiantil, entré en el movimiento de oposición sindical de los maestros de la red privada y luego en la organización del PT”.

Maria Isabel se involucró, por lo tanto, intensamente, en la segunda mitad de la década de 1970, con la reorganización del movimiento estudiantil de USP y sus reverberaciones fuera del campus de la universidad, como manifestaciones a favor de la libertad de expresión y organización y el derecho de huelga, así como en contra las detenciones políticas y la represión del movimiento sindical, culminando con una participación activa en la oposición sindical de los maestros de la red privada de enseñanza y en el proceso de formación del PT. Y, en varios momentos de su testimonio, llama la atención la importancia que dio a su nivel de compromiso en aquel momento, “la política se ha convertido en el eslabón central de mi vida”, incluso mediante la expresión “espan-tosa dedicación” para referirse a su compromiso.

Sin embargo, resulta sugestivo que, al mismo tiempo, exista en su testimonio como que un silencio revelador sobre el legado de las generaciones anteriores que ella, así como su generación como un todo,

4 Movimiento para la Emancipación del Proletariado, organización de izquierda que surgió de una escisión de POLOP y activa en Brasil de los años 1970 y 1980

tuvo condiciones de aprovechar para enriquecer y profundizar su propio compromiso. Por el contrario, algunas de las menciones claves que hace aluden a fenómenos en grande parte innovadores en el escenario político brasileño, como las oposiciones sindicales y el Partido de los Trabajadores. En el primer caso, las oposiciones a modo de articulaciones con características de frente única política y sindical de los sectores más combativos de una categoría profesional para, aprovechando los vacíos legales, impulsar un sindicalismo organizado desde los lugares de trabajo para disputar con los “carneros” (a menudo instituidos por la dictadura) el liderazgo de las luchas por salario y la dirección de las entidades, y que han tenido en la OSM-SP su vector más representativo. En el segundo caso, una agremiación política también con características de frente única en el período de su formación, creado de bajo para arriba reuniendo a sindicalistas, intelectuales, artistas, estudiantes, sectores progresistas de la Iglesia Católica y, destacadamente, militantes y activistas de izquierda, con fuertes vínculos con el movimiento obrero y popular e innegables inclinaciones socialistas.

En los senderos de la historia, Maria Isabel fue contemporánea de la reorganización del Directorio Central de Estudiantes, DCE, de USP, primera agremiación estudiantil independiente recreada durante la dictadura, en 1976, con el nombre de Alexandre Vannuchi Leme, un joven que estudiaba Geología en la institución cuando fue detenido y asesinado bajo tortura por la policía en 1973, acusado de pertenecer a la Alianza Nacional Libertadora, ALN (la mayor y más activa organización armada de la izquierda brasileña), lo que generó una gran conmoción. En términos de tiempo, la distancia que los separaba era insignificante; Sin embargo, en el sentido político de sus acciones, la brecha era insuperable. Así, el nexo que podría unir a Alexander Vannuchi y Maria Isabel, permitiéndole a ella aprovechar las experiencias que ello había comenzado a acumular en su breve existencia, estaban implacablemente rotos. Para la nueva generación, fue, en gran medida, no un empezar de cero, pero un comienzo nuevo.

II

Similitudes y diferencias pueden ser señaladas si el testimonio es una persona originaria de otra extracción social, como es el caso de Miguel Tadeu de Carvalho, quien se unió a la misma agrupación política de Maria Isabel, pero en la condición de trabajador metalúrgico, que llegó a ocupar posiciones prominentes en la OSM-SP y en la creación del PT, siendo que hasta hoy mantiene una militancia de izquierda en el Partido Socialismo y Libertad, PSOL, donde ocupó la presidencia del Directorio del Estado de São Paulo.

El viene de una familia de campesinos que emigraron a la ciudad de São Paulo en busca de una vida mejor, y allí hizo un curso técnico en el Servicio Nacional de Aprendizaje Industrial, SENAI, una institución paraestatal centrada en la provisión de educación profesional, y fue también en la ciudad, en la segunda mitad de la década de 1970, que su compromiso se concretó:

“Yo nací en São Paulo, pero me crié en Minas Gerais. Mis padres son de este éxodo rural que hizo que la gente arriescase una vida mejor vida en São Paulo. Hice solo la enseñanza primaria y el SENAI, formándome ajustador mecánico. Tenía 17 años y llegué a São Paulo directo en la fábrica. (...) Estábamos en un período de cierta estabilidad, la dictadura celebrando, la mayoría de la gente ni siquiera sabía que existía lucha. Yo mismo empecé en la iglesia, mis padres eran muy católicos, y participé del ala más conservadora. Pero la iglesia abrió cursos nocturnos, para completar la formación, y me inscribí.

Yo trabajaba de día en la metalúrgica y por la noche asistía este curso. Y allí actuaban militantes de izquierda, supe después, que daban clases voluntariamente e hacían trabajo político con los obreros. Entonces conocí a un compañero, una persona maravillosa, que se acercó a mi y a mi hermano menor y llegó a frecuentar nuestro hogar. Estábamos sospechosos y incluso hablamos: “Caramba, ¿qué este tipo quiere?” Pero después entramos en la discusión política, hicimos capacitación, ello pacientemente acompañando. Entonces supimos que tenía un grupo de la Oposición de Sindical Metalúrgica reuniendo en esa iglesia. Nuestro contacto empezó así, en la iglesia, pero no en las acciones de la iglesia.”⁵

Miguel Tadeu, como Flávio Tavares, recordó el período de estabilidad, y desmovilización que caracterizó el “milagro económico”, y como María Isabel no tenía ninguna experiencia previa de actividad política hasta tomar contacto con un militante en un curso nocturno realizado en la iglesia del barrio en que residía. Adelante, recordó, de manera bien objetiva, uno de los episodios más significativos en que se ha implicado, la huelga de los trabajadores metalúrgicos de São Paulo de 1979, hecha casi por completo sin apoyo de la dirección del sindicato, durante la cual fue detenido por agentes del Departamento de Estado de Política y Social, DEOPS:

“He participado activamente de la gran huelga de 1979, cuando fue asesinado el Santos Dias. Como la Oposición Sindical

⁵ Miguel Tadeu de Carvalho, 56 años de edad, obrero metalúrgico jubilado, testimonio al autor en São Paulo, 29 de agosto de 2012.

tuvo un papel destacado, logró aprobar en las asambleas que el sindicato alquilase subse-des en las varias zonas industriales. Luego se eligió una Comisión Central de Negociación, para representar la categoría entera, y regionales, y fue elegido para la de Zona Sur. La huelga tuvo unos cuarenta días porque ha tenido un reflujo y cuando fue asesinado Santos Dias creció nuevamente. Y como yo era un activista dedicado, a veces reemplazaba a alguien en la mesa de negociaciones. Fue una gran responsabilidad y, en esos momentos, usted crece, aprende.

(...) Al otro lado de la mesa no hablaban por empresas. Hablaban por FIESP [Federación de las Industrias del Estado de São Paulo], por la Federación. En aquel momento trabajaba en una gran empresa, Metal Leve, y ella paró. En un primer momento paró casi masivamente. Más tarde, en el reflujo, muchos obreros volvieron a trabajar. Allí hicimos piquetes, “piquetones”. Allí hicimos varias veces. La huelga terminó y me despidieron, porque incluso lideré piquete en la puerta de la empresa: entonces no hubo salida, no me aceptaron más adentro.

No alcancé a hacer el trabajo que gustaría, que era organizar un grupo de base, por sector. Eso lleva tiempo, lleva al menos dos años para que usted pueda conocer la empresa, conocer a todos los trabajadores, ganar la confianza y tal. Cuando estalló la huelga tenía allí un año y medio, el trabajo estaba aún en formación. Y allí fue todo aniquilado porque me pusieron en la calle y a otros también. Permaneció poca cosa..”

El relato no sufrió cambios importantes al mencionar la duración del movimiento de huelguista por cuarenta días, la muerte del obrero Santos Dias – un destacado activista católico, muerto a tiros por la policía durante un piquete - su detención y su dimisión sin haber alcanzado la meta que pretendía, a saber, la organización de una comisión de fábrica. Por otra parte, las referencias a su participación en esta huelga, durante el cual fue elegido para la comisión de la Zona Sur, tal vez la mayor concentración industrial de São Paulo, llegando a integrar por veces la comisión central de negociación con una de las patronales más importantes del país, destacaran en particular la responsabilidad de representar la categoría en un momento así y el aprendizaje que se sacaba de todo esto: “Usted está en un lado y los patrones en otro, negociando beneficios para tu clase, para tu categoría. Necesitas saber el límite de la negociación, hasta cuanto va, hasta cuanto no va, y que satisfacción va dar a su clase.”

A pesar del testimonio sobrio, Miguel fue ganando proyección por su militancia sindical y política, al punto de participar, ya en 1980, en el congreso de fundación de PT como delegado elegido de su región.

Y para legalizar el partido, recordó haber hecho propaganda casa por casa, en las ferias, en el centro de la ciudad: “ponía una bandera de PT, a veces tenía son, a veces no, a veces hablaba de la garganta y llamaba la gente explicando con un volante y pidiendo afiliación”, logrando mucha adhesión pero también mucho rechazo, porque la derecha era fuerte y PT “odiado o amado”. Por otra parte, el papel del liderazgo hizo que, al año siguiente, 1981, ocupase una posición prominente en el grupo de la Oposición Sindical que disputó y perdió las elecciones para el Sindicato de Metalúrgicos de São Paulo, en parte porque la oposición se dividió en la disputa con los “pelegos” (PCB y PCdoB presentaron una lista própria, mientras que en las elecciones siguientes, en 1984, PCB y PCdoB adhirieron a los “caneros”).

De una manera menos sobria, pero con objetividad y contenido similar, Anisio Batista de Oliveira, trabajador metalúrgico retirado vinculado a la Pastoral Obrera de la Iglesia Católica identificada con la Teología de la Liberación, trató de recordar su trayectoria que lo llevó a lograr liderazgo significativo en los movimientos sociales, sendo el cabeza de la lista de la OSM-SP en las elecciones sindicales de 1978 y, posteriormente, uno de los pocos diputados elegidos en las primeras elecciones que PT participó en 1982. Una vez más, es alguien que ha emigrado del campo a la ciudad y desarrolló su aprendizaje a través de cursos técnicos ofrecidos por SENAI, además de encontrar en la ala progresista de la Iglesia Católica la oportunidad para comprender y reaccionar contra la pobreza, que desde temprano probara y lo enojara:

“Yo nací en una familia campesina en São José do Rio Preto. Estado de São Paulo, y desde que era niño yo trabajaba en la granja como un colono, hasta la edad de dieciocho años, cuando llegué a la ciudad de São Paulo para procurar mejor suerte e hice varios cursos técnicos en SENAI para trabajar en las industrias metalúrgicas: después de 35 años, me retiré como obrero metalúrgico. Trabajaba de día y estudiaba por la noche: fue sacrificado. Hice desde pieza pequeña hasta pieza de avión, y me siento muy orgulloso de haber producido piezas para la industria automotriz, para plantas de energía hidroeléctrica, navíos, aviones. Así mi mano de obra marchó alrededor del mundo, porque ayudé a construir el mundo, ¿verdad? Estoy orgulloso de tener este conocimiento. Y después que me retiré me fui a la Universidad estudiar lo que yo quería, licenciatura en Filosofía, que finalicé en 2009.

Tan pronto llegué a Sao Paulo me comprometí en una iglesia de los Dominicanos, donde tuve contacto con la Teología de la Liberación, con

la cual me identifiqué. Con el tiempo, creamos la Pastoral Obrera de los Cristianos Socialistas aquí en São Paulo, para recibir formación religiosa y también aprender más sobre la realidad en que vivíamos. En todas las industrias que trabajé discutíamos el problema del obrero: no sólo la cuestión salarial, sino también la cuestión de la alimentación, de la seguridad, y luego tuvimos los llamados ‘comités de fábricas clandestinos’, porque en ese momento si hablase con el jefe sobre el comité de fábrica el patrón te despedía. Siempre tuve una participación activa en el movimiento sindical, en la Oposición Sindical.”⁶

La vida dura, peleada, otra vez aparece en los recuerdos de trabajadores, asociada con el orgullo del profesional con sólida formación técnica que, además de permitir el disfrute de mejores salarios, garantizaba cierta protección contra el desempleo que siempre ha amenazado a los obreros militantes, una vez que su calificación ayudaba a obtener una nueva colocación cada vez que era despedido de una fábrica. Aquí, es un orgullo que no se entrelaza con arrogancia o pedantería, pero con superación en el sentido que le daba Hegel, es decir, sobrepasarse a otro nivel. Consecuente con esto, afirma haber hecho “desde pieza pequeña hasta pieza de avión”, “piezas para la industria automotriz, para plantas de energía hidroeléctrica, navíos, aviones”, que le permite concluir: “mi trabajo alrededor del mundo, porque ayudé a construir el mundo también”. Y, en relación con esto, reconoció la importancia de su vida en contacto con la Teología de la Liberación en una iglesia del barrio en que vivía y que estaba bajo la conducción de los sacerdotes dominicos, lo que fue decisivo para la creación de la “Pastoral Obrera de los Cristianos Socialistas”, organismo que alcanzó gran repercusión en São Paulo durante las décadas de 1970 y 1980, movilizándolo a miles de trabajadores y sus familias, apoyando huelgas obreras, brindando apoyo a los movimientos populares contra el alto costo de vida, por vivienda, guarderías, etc..

Una generación mayor que Miguel Tadeu, Anísio puede aludir a las primeras etapas de la Oposición Sindical Metalúrgica en 1965, poco después del golpe, cuando algunos trabajadores conectados al PCB intentan rearticular sus acciones en São Paulo, llegando a patrocinar algunas movilizaciones en 1968 cuando hubo las huelgas de Osasco, en la Gran São Paulo, y en Contagem, en la Gran Belo Horizonte, Minas Gerais, al parecer en solidaridad con estas. En seguida, esos movimientos se desactivaron casi totalmente, en un ambiente de fuerte represión por parte de la dictadura y de los empleadores, empezando lentamente a articularse en nuevas bases en los primeros años de los 1970.

⁶ Anísio Batista de Oliveira, 72 años de edad, obrero metalúrgico jubilado, testimonio al autor en São Paulo, 24 de abril de 2013.

“La Oposición Sindical Metalúrgica comenzó a formarse en el año 1965, después del golpe, con los militantes de PCB. Pero fue a principios de los 1970 que se volvió más orgánica, con un personal que pertenecía a una nueva generación, más conectada a la Iglesia y los partidos clandestinos, con una estructura bien organizada a partir de 1975. Después de 1984 la oposición fue se diluyendo un poco, porque muchos dirigentes han perdido sus empleos o cambiaron a otra categoría: algunos se fueron al banco, otros para químicos, caucho, pero en todas las categorías han proliferado las oposiciones y varias, como la de productos químicos y la banca, terminaran ganando la elección.

Como parte de eso, recuerdo que en 1973 trabajaba en Villares y no hacíamos reunión dentro de la fábrica, llamamos reuniones en los sábados, domingos. Y así hemos organizado una huelga histórica, porque en aquel momento de represión hacer una huelga era duro. ¿Qué hemos hecho? Parábamos tres horas por la mañana y tres horas por la tarde. A menudo se alternaba mañana y tarde. En cada sesión hemos tenido un liderazgo que coordinaba todo y en la mía había una pieza muy grande fue: cuando era tiempo de parar, yo le golpeaba con un pedazo de hierro, toim, hacía un enorme trueno en la fábrica, entonces las máquinas se detenían todas. Era muy guapo. Fue una huelga linda. Pero fui despedido tres días después, ya en la víspera de Navidad; Villares en aquel tiempo regalaba a los niños de los trabajadores y ni los presents recibí para mis hijos. Pero Villares negoció, no cobró el reajuste que dio anticipado. De todos modos fue una victoria para los obreros, pero perdí mi trabajo”.

La Oposición Sindical Metalúrgica de São Paulo, seguramente la más influyentes de Brasil en los años bajo consideración, fue, como ya descrito anteriormente, una especie de frente político sindical que reunía, en una estructura semiclandestina, obreros que participaban en las organizaciones de la Nueva Izquierda, de la Pastoral Obrera y de otras instituciones como el Frente Nacional del Trabajo, así como a obreros que habían decidido permanecer independientes. En su ideario, junto a la libertad sindical, el derecho de huelga, el fin de la compresión salarial y mejores condiciones de vida, constaba la implementación de los comités de fábrica como un factor decisivo para la aparición de un verdadero sindicalismo libre en Brasil, junto al hecho de que se han incorporado banderas políticas y sociales como amnistía a los presos y exiliados políticos de la dictadura y reforma agraria.

La referencia al surgimiento de la Oposición Sindical poco después del golpe de estado es, sin embargo, básicamente protocolar, una vez que figura en documentos que la misma elaboró, hasta porque en los años 1960 la preocupación era reanudar la dirección del sindicato que había sufrido intervención gubernamental y entregue para los “caneros”.

Además, entre 1971 y 1975, la oposición estuvo en gran medida desarticulada. Fue, sin embargo, en este último período que, “con un personal que pertenecía a una nueva generación”, ella comienza a estructurarse como una alternativa política y sindical y a proyectar líderes irían obtener un prestigio considerable en la categoría y junto a dirigentes y entidades de otras categorías. En otras palabras, mientras se busca establecer un linaje de la Oposición Sindical Metalúrgica de São Paulo, que provendría del pos golpe de 1964 (hay documentos de la propia oposición que remiten esto a 1961, cuando es creada la primera comisión de fábrica en una industria metalúrgica, la COBRASMA, con sede en Osasco), los recuerdos de Anísio Batista de Oliveira corroboran la sugerencia de una brecha importante entre las perspectivas sindicales antes y después de los años 1970, con la afirmación de preocupaciones existentes previamente con respecto a la necesidad de una respuesta más amplia y más profunda a los obstáculos para una organización sindical libre de la tutela del estado y con base en los lugares de trabajo, de lo que la OSM-SP hizo su marca registrada por excelencia. Y, aunque de manera contradictoria, en la mayoría de las veces por la inquietud de adoctrinar y reclutar cuadros para construir un partido revolucionario en los moldes leninistas, la Nueva Izquierda tuvo una participación efectiva en todo esto, como atestigua, en sus propios términos, Anísio Batista:

“En aquel tiempo de represión nunca milité en los partidos clandestinos, pero estaba en contacto con toda esa gente de MR-8, MEP, POLOP, liderazgos muy buenos y aguerridos. Siempre me han llamado a militar en la clandestinidad, pero pensaba que al trabajador no le gusta tener una cosa ilegal, le gusta tener algo abierto donde puede decir: ‘Estoy aquí’.

Por esto y por ser más realista, en la formación de PT nosotros éramos llamados ‘igrejeiros’, porque la gente tenía propuestas muy avanzadas de izquierda y deseábamos una propuesta más realista. Luego tuvimos una cierta fricción porque creían que éramos conciliadores. En verdad, en cierto modo el crecimiento de la sociedad es mismo dentro de una conciliación: usted puede tener una visión de izquierda marxista como tengo, pero no puedes poner su propuesta en una sociedad que no va a funcionar. Hay que tener los pies bien puestos sobre la tierra. De todos modos, poco después de la fundación fui elegido diputado por el partido en 1982, pero hoy ya no soy del partido, porque el cambio de PT me hizo dejar el PT.”⁷

7 Valeria refletir, como o faz Martínez (2007), o grau de ruptura enfrentado também pela experiência do PT com a realidade criada pela sua institucionalização, em especial quando o partido passou a assumir o poder executivo em nível municipal, estadual e mesmo

La institución de una estructura semiclandestina como la Oposición Sindical no sólo permitió realizar y ampliar una actividad entre los trabajadores, sino que también resultó en una actuación conjunta de militantes y activistas cristianos, independientes y de la Nueva Izquierda en favor de un sindicalismo libre y combativo. Con la creación de PT y, más adelante, de la Central Única dos Trabalhadores, CUT, con una dimensión masiva mucho más grande, parte sustancial de estos militantes y activistas ha ido incorporandose a estas nuevas estructuras, paralelamente a un proceso de disolución gradual de la mayoría de las organizaciones de la Nueva Izquierda y el reemplazo de viejas expectativas, como el partido revolucionario de inspiración leninista, por horizontes más o menos inmediatos, como la profundización de la democracia y las conquistas sociales. Por su parte, valeria reflexionar, como hizo Martínez (2007), el grado de ruptura enfrentado también por la experiencia de PT, con la realidad establecida por su institucionalización, especialmente cuando el partido comenzó a asumir un papel dirigente en nivel local, estatal y nacional, provocando un gradual alejamiento de sus bases originales y la pérdida de muchas de sus orientaciones programáticas.⁸

Según esto, Anísio Bautista define precisamente su propio campo político como un cristiano socialista que no aceptaba los “ilegales” y preocupabase por mantener “los pies bien puestos sobre la tierra”. En una dimensión algo distinta, de quien integro una de las organizaciones de la Nueva Izquierda, Miguel Tadeu reconoció su importancia para su formación política y asimismo para el desarrollo del movimiento sindical que enfrentó y ayudó a debilitar a la dictadura en Brasil:

“El contacto con MEP fue importante, hablo hasta hoy, porque he aprendido cosas que no aprendería incluso se estuviese en la universidad. Porque en MEP leemos mucho, por ejemplo, leí Gramsci como en 1980, lo que era sin precedentes en Brasil para cualquier estudiante. Y yo era un obrero común. Por supuesto no es sólo eso, un cuadro político no se forma solamente con teoría, de repente: lleva años, y es en el día a día, en con-

nacional, ocasionando um afastamento paulatino de suas bases originais e a perda de muitos de seus referenciais programáticos, ao que se poderia agregar a crise e derrocada do mundo soviético.

8 A eso podríase agregar también la crisis y posterior colapso del mundo soviético y la pérdida de prestigio de China debido a la violencia de su régimen político y pragmatismo económico que desplegó, así como el triunfo de las experiencias revolucionarias de otro tipo como en el caso de Nicaragua o la pérdida de referencias por parte de la izquierda europea, todo esto en conjunto conspirando para poner en jaque los modelos que influyeron la Nueva Izquierda: una más detallada discusión de todo esto sería importante, pero más allá del alcance destinado a este texto.

tacto directo dentro de la fábrica, en la línea de producción, en convivencia con la gente, en el día a día del sindicato, cuando empiezas a entender cómo funciona la máquina sindical. Y, sobre todo, en el momento de la huelga, en la lucha concreta.

En el caso de São Paulo, se puede decir que todas las organizaciones de izquierda actuaron en la oposición se articularan con la Pastoral Obrera. Una cosa no convivía sin la otra: solas, ni las organizaciones de izquierda podrían influir en los trabajadores y traerlos para la lucha, ni la Pastoral. La Pastoral tenía más facilidad apoyándose en la estructura de la iglesia. Pero las organizaciones contribuyeron mucho, porque podrían tener un análisis más preciso de la cojuntura, proporcionar formación. Entonces las cosas se combinaban allí.

Por esto no estoy de acuerdo con la idea de que el nuevo sindicalismo surgió espontáneamente, de la nada. Una cosa que se debes tener en cuenta es que existen líderes que surgen de repente, en la historia, que son cosas sobrenaturales, si es posible usar ese término. Una figura como Lula, por ejemplo, no se produce otro en un corto espacio de tiempo. ¿Por qué es un hombre que me parece a mí muy frágil en términos de formación. Creo que ha leído poco, debo haber leído mucho más que él. Pero es un tipo que si le pides para hablar una media hora sobre la roca que está allí, él habla y se arregla para conseguir teoría no se sabe de dónde para explicar el por qué esa roca esta ahí. Así que es algo fantástico. Ahora creo que las luchas que surgen en un momento histórico no vienen de la nada: son el resultado de un proceso de preparación, de organización, de movilización.”

La comprensión de Michael Tadeu sobre la izquierda, de su convivencia con la Pastoral Obrera en la Oposición Sindical y de la aparición de un sindicalismo masivo en Brasil en la segunda mitad de la década de 1970 es ilustrativo de una autoevaluación objetiva y generalmente positiva de su propia trayectoria, mostrando un perfil que se asemeja a lo de Anísio Batista en lo que se refiere al orgullo de haber superado una condición ordinaria de vida, de haber superado un umbral que funcionó casi como una imposición de su extracción social. En otras palabras, es una dimensión subjetiva que parece peculiar a lo que podría llamarse “modo de recordar” obrero (posiblemente derivado de un “modo de experimentar” obrero, o de aquellos que fueron obreros por condición social de nacimiento y por un período prolongado de tiempo, como son los casos planteados aquí, algo práctico, directo, sin lucubraciones intrincadas, que se distingue del “modo de recordar” de militantes y activistas originarios o establecidos en capas intelectualizadas, como Flávio Tavares y Maria Isabel, donde es recurrente el abultar o “superlativar” de la experiencia, que asume una proporción hiperbó-

lica para subrayar que aquellos no fueron tiempos comunes y, por lo tanto, no estarían de acuerdo con representaciones y recuerdos triviales de las luchas por un mundo más justo, libre e igualitario.

III

En este punto, y para finalizar, es oportuno apuntar, basado en las investigaciones, lecturas y reflexiones que ya existen, algunas conclusiones preliminares sobre la Nueva Izquierda y su desempeño bajo la dictadura.

- 1- Abordar la Nueva Izquierda significa reflexionar sobre un conjunto de estructuras clandestinas y semiclandestinas creadas desde el comienzo de los 1960 – a partir de iniciativas prácticas y esfuerzos de reflexión que remontan al menos hasta los años 1950 o mismo antes - con el objetivo de transformar la sociedad y, tras el golpe de estado de 1964, derrocar a la dictadura, asentada en la crítica de las concepciones políticas y forma de actuación del PCB, no limitándose, así, a los órganos partidistas articulados en torno a propuestas programáticas y assertivas tácticas.
- 2- Desde el punto de vista de su formación y experiencia, es un fenómeno en gran parte urbano (aunque varios de sus militantes y activistas fueran de extracción rural), no debido a una ausencia de lucha contra la dictadura en el medio campesino⁹, sino como repercusión del acelerado proceso de urbanización que se produjo de la década de 1950 en adelante, que hizo la población urbana superar a la rural por primera vez en el censo de 1970, realizado por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística, IBGE.

9 Por ejemplo, el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra, MST, fue fundado en 1984 en base a movilizaciones contra el modelo de reforma agraria de la dictadura, centrado en la colonización de tierras en regiones remotas como Amazonia o contra la expropiación de áreas afectadas por represas, aparte de otros sufrimientos impuestos por el régimen. En el mismo año, se produjo la llamada “rebelión de Guariba”, una rebelión de los cortadores de caña de azúcar en la ciudad de São Paulo, contra la exigencia de los empleadores para aumentar el área de caña de azúcar a cortar y, también, contra una elevación abusiva de lprecio de la agua suministrada por una empresa estatal: tras violenta operación policial contra la multitud de famélicos, desgüeñados y harapientos de todas las edades que vagaban por la ciudad, se firmó un acuerdo que no ttataba del acceso a la tierra, sino que asentía derechos ya concedidos a los trabajadores urbanos, como transporte seguro y gratuito; provisión de herramientas (hoz y lima) y equipos de protección individual (guantes, polainas); registro oficial como trabajadores; decimotercero sueldo; pago por días detenido por acontecimientos imprevistos como lluvia o falta de transporte.

- 3- Después de, en gran parte, dejarse seducir por las opciones de lucha armada para hacer frente a la dictadura, que ha ocasionado su debilitamiento y aislamiento bajo el impulso de una represión virulenta, esta Nueva Izquierda, especialmente desde mediados de 1970, logró establecer vínculos con los trabajadores y el movimiento popular, contribuyendo a la recuperación de su capacidad de organización y movilización, sin abandonar su ambición de constituir un partido revolucionario en los moldes leninistas.
- 4- 4) Ya de los años 1980 en adelante, con la fundación de PT y mismo de CUT, se ha producido entre la inmensa mayoría de estas estructuras clandestinas y semiclandestinas un cambio agudo de la preocupación con la revolución socialista y con el partido revolucionario, hacia otras problemáticas como la profundización de las libertades y de la democracia, bien como la preservación de las conquistas económicas, políticas y socio-culturales en el orden instituido después del final de la dictadura en 1985.
- 5- 5) En referencia a sí mismos y a otros militantes y activistas, es posible evidenciar un etos de los miembros de la Nueva Izquierda, extendido en gran medida a las izquierdas en general, que abarca valores y comportamientos, sin cualquier escala de prioridad, como abnegación, dedicación, solidaridad, compañerismo, responsabilidad, conciencia de los males del mundo, defensa de los ideales de libertad, igualdad y justicia, convicción de los objetivos a alcanzar, orgullo de la trayectoria y elevada autoestima.
- 6- 6) Hay distinciones expresadas por acentos, lagunas o pliegues en los modos de recordar entre los militantes y activistas, dependiendo de su origen social y de las identificaciones que establecen con otros estratos sociales, como las clases medias e intelectuales, así que uno puede hacer referencia a un modo de recordar obrero (probablemente relacionado con una experiencia obrera) basado en referencias prácticas y objetivas, sin cavilaciones sinuosas o referencias hiperbólicas.

Estas conclusiones preliminares no tienen la ambición de agotar los debates sobre la Nueva Izquierda, ni representan las únicas formas posibles de formular algo sobre el tema. Mucho menos de esto, ellas pretenden solamente sistematizar y socializar la etapa actual de las investigaciones, lecturas y reflexiones realizadas sobre el tema, con el fin de estimular el debate y animar otras e innovadores incursiones alrededor de él.

Volviendo al principio de este texto, a las palabras de Alipio Freire, es válido considerar que aún se intenta, en Brasil, hacer con que se esvanezca la presencia y el papel desempeñado por los activistas y militantes de la Nueva Izquierda en el enfrentamiento del régimen dictatorial, con sus éxitos y errores, sus sueños utópicos a veces rozando el desvarío, su abnegación en conseguir superar un orden social, política y económica intolerable por las iniquidades contra la inmensa mayoría de la población que tal orden siempre albergó en su seno. Y del auténtico esfuerzo de borrar rastros aquí referido, participan no sólo los sectores más a la derecha y conservadores de la sociedad, desvelando que, en cierto sentido y en cierto límite, la sociedad brasileña, en realidad, padece de una falta de memoria. Sin embargo, en este tiempo y lugar, la Historia puede ser movilizadora, puesto que para ella nada está en posición de considerarse garantizado o consumado.

BIBLIOGRAFÍA

- Almeida, Maria Hermínia Tavares de e Weiss, Luiz 1998 “Carros Zero e pau-de-arara: o cotidiano da oposição de classe média ao regime militar”, en: Schwarcz, Lilia Moritz (org.). *História da Vida Privada no Brasil IV* (São Paulo: Companhia das Letras).
- Azevedo, Ricardo 2010 *Por um triz: memórias de um militante da AP* (São Paulo: Plena).
- Batistoni, Maria Rosângela 2001 *Entre a fábrica e o sindicato: os dilemas da Oposição Sindical Metalúrgica de São Paulo (1967-1987)* (São Paulo: PUC-SP) (Tese de Doutorado em Serviço Social).
- Faria, Hamilton J. B. de 1986. *A experiência operária nos anos de resistência: a Oposição Metalúrgica de São Paulo e a dinâmica do movimento operário (1964-1978)* (São Paulo: PUC-SP) (Dissertação de Mestrado em Ciências Sociais).
- Freire, Alipio 2014 “Antonio Marcello e seus Camaradas”, en: *Brasil de Fato* (São Paulo), 18 de dezembro.
- Godoy, Marcelo 2014 *A casa da vovó: uma biografia do DOI-CODI (1969-1991), o centro de sequestro, tortura e morte da ditadura militar* (São Paulo: Alameda).
- Gorender, Jacob 1998 (1987) *Combate nas trevas* (São Paulo: Ática).

- Huyssen, Andreas 2000 *Seduzidos pela memória* (Rio de Janeiro: Aeroplano).
- IIEP 2014 A investigação operária: empresários, militares e pelegos contra os trabalhadores (Brasília e São Paulo: Comissão da Anistia do Ministério da Justiça e IIEP).
- Joffily, Mariana 2012 *No centro da engrenagem: os interrogatórios na Operação Bandeirante e no DOI de São Paulo (1969-1975)* (Rio de Janeiro/São Paulo: Arquivo Nacional/EDUSP).
- Martinez, Paulo Henrique 2007 “O Partido dos Trabalhadores e a conquista do Estado (1980-2005)”, en: Ridenti, Marcelo e Reis Filho, Daniel Aarão (org.) *História do marxismo no Brasil VI: Partidos e movimentos após os anos 1960* (Campinas: UNICAMP).
- Mattos, Marcelo Badaró 2002 “Em busca da revolução socialista: a trajetória da POLOP (1961-1967)”, en: Ridenti, Marcelo e Reis Filho, Daniel Aarão Reis Filho (Org.) *História do Marxismo no Brasil V partidos e organizações dos anos 1920 aos 1960* (Campinas: UNICAMP).
- Moraes, Carmen Sylvia Vidigal (org.) 2014 *Educação de trabalhadores por trabalhadores: educação de jovens e adultos e formação profissional* (São Paulo: Editora Sociologia e Política).
- Morais, Tais e Eumano, Silva 2005 *Operação Araguaia: os arquivos secretos da guerrilha* (São Paulo: Geração Editorial).
- Motta, Rodrigo. Patto Sá 2013 “História, Memória e as disputas pela representação do passado recente”, en: *Patrimônio e Memória* (São Paulo: UNESP) v. 9, p. 56-70.
- Pellicciotta, Mirza Maria Baffi 2012 *Liberdade... e luta: considerações sobre uma trajetória política (anos 1970)* (Campinas: UNICAMP) (Tese de Doutorado em História).
- Pietrocolla, Luci Gati 1996 “Anos 60/70: a violência e o medo na construção da experiência do exílio e da clandestinidade”, en: *Revista Brasileira de História* (São Paulo: ANPUH e Contexto) v. 16, n. 31, p. 303-327.
- Pomar, Wladimir 1980 *Araguaia, o partido e a guerrilha: documentos inéditos* (São Paulo: Brasil Debates).
- Reis Filho, Daniel Aarão 1990 *A revolução faltou ao encontro* (São Paulo: Brasiliense).

- Ridenti, Marcelo 2010 *Brasilidade Revolucionária* (São Paulo: UNESP).
- Rolleberg, Denise 2003 “Esquerdas revolucionárias e luta armada”, en: Ferreira, Jorge e Delgado, Lucilia de Almeida Neves (Org.) *O Brasil Republicano IV. O tempo da ditadura. Regime militar e movimentos sociais em fins do século XX* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).
- Sirkis, Alfredo 1984 *Os carbonários: memórias da guerrilha perdida* (São Paulo: Global).
- Tavares, Flávio 2012 1999 *Memórias do esquecimento* (Porto Alegre: LP&M).